



SAN JUAN BOSCO

LA PATAGONIA Y LAS TIERRAS AUSTRALES DEL CONTINENTE AMERICANO

ARCHIVO HISTORICO SALESIANO DE LA PATAGONIA NORTE
E INSTITUTO SUPERIOR JUAN XXIII
Centro de Investigaciones — Area de Historia

BAHIA BLANCA
1986

Tierra del fuego



LA PATAGONIA
Y LAS
TIERRAS AUSTRALES
DEL
CONTINENTE AMERICANO



SAN JUAN BOSCO

LA PATAGONIA
Y LAS
TIERRAS AUSTRALES
DEL
CONTINENTE AMERICANO

Presentación, traducción y notas del
"PROYECTO PATAGONIA DB"
por ERNESTO SZANTO SDB

ARCHIVO HISTORICO SALESIANO DE LA PATAGONIA NORTE
E INSTITUTO SUPERIOR JUAN XXIII
Centro de Investigaciones — Area de Historia

BAHIA BLANCA
1 9 8 6

Publicación del Archivo Histórico de las Misiones Salesianas
de la Patagonia Norte y del Instituto Superior Juan XXIII,
Centro de Investigaciones — Área de Historia,
Vieytes 286 (Casilla de Correo 402),
8000 Bahía Blanca, República Argentina

© Copyright 1986,
por Editorial del Sur,
Vieytes 150, Bahía Blanca.
Hecho el depósito que previenen
la ley 11.723 y el decreto 12.063/57.

ISBN 950-9771-00-7

Printed in Argentina.
Impreso en la Argentina.

BIBLIOTECA DE HISTORIA SALESIANA Y PATAGÓNICA I

BOSCO Giovanni

La Patagonia e le Terre Australi del Continente Americano, [manuscrito, Copia fotográfica], Biblioteca de la Pontificia Universidad Urbaniana, FC1, Libro III de este volumen, Editorial del Sur, Bahía Blanca, 1986.

SZANTO Ernesto

Proyecto Patagonia DB, Introducción y Nota crítica a Bosco Juan, *La Patagonia e le Terre australi del Continente Americano...*, [Libro I de este volumen], Editorial del Sur, Bahía Blanca, 1986.

SZANTO Ernesto

La Patagonia y las Tierras Australes del Continente Americano, Traducción al castellano del Documento inédito de San Juan Bosco, [Segunda Parte de este volumen], Editorial del Sur, Bahía Blanca, 1986.

CONTENIDO

1. Presentación y notas al Documento original italiano.
2. Traducción del Documento al castellano.
3. Fotocopia del manuscrito original, existente en la Biblioteca de la Pontificia Universidad Urbaniana de Roma (BMPF) FC1.

ÍNDICE GENERAL

Prólogo	13
---------------	----

LIBRO PRIMERO

Proyecto Patagonia D. B.

"Questo tenue lavoro..."	17	Escritos de Viajeros y Exploradores	31
El Proyecto misionero de Don Bosco	17	Cómo nombraban los misioneros a los indíge- nas en los siglos XVII y XVIII	31
Fuente de nuevas publicaciones	18	Una Relación del Convento Franciscano de Chi- llán	32
Las fuentes consultadas	20	Visión europea del indígena en los siglos XIX y XX	32
"Las noticias que he podido recoger"	21	Don Bosco y los indígenas	34
Descripción del Documento	22	Antropófagos o caníbales	34
Contenido del Documento patagónico. Sus ti- tulares	23	Las Misiones de la Patagonia	35
La historiografía salesiana se enriquece	23	1876 y 1877: años de la Patagonia para Don Bosco	36
Testigo calificado	24	La acción misionera del arzobispo Aneiros y de los Padres Vicentinos	37
La sangre de las espadas salpicó a la Cruz	25	Tres años antes	38
La historia escrita por los blancos	27	A modo de conclusión: "Dispuestos a cualquier sacrificio..."	39
"Los epítetos más humillantes..."	28	Notas	40
En el siglo XVI	28	Bibliografía	41
En el siglo XVII	29		
En el siglo XVIII: Testimonios. Endurecimiento de dichos y de hechos	29		
Testimonios italianos, franceses e ingleses	30		

LIBRO SEGUNDO

Traducción castellana del estudio de Don Bosco sobre La Patagonia y las Tierras Australes del Continente Americano

Advertencias preliminares	47	Volcanes	52
Introducción	49	Penínsulas	52
La Patagonia propiamente dicha	49	Ríos	52
Límites	49	Lagos	52
Posición astronómica	49	Clima	52
Dimensiones	50	Reino mineral	53
Descripción física del País. Clima	50	Reino vegetal	53
Constitución del suelo	50	Reino animal	54
Islas	51	Cuadrúpedos	54
Golfos y Bahías. Puertos principales	51	Pájaros	56
Cabos y Promontorios	51	Pesca	58
Montes	52		

Segunda Parte

Historia del descubrimiento de la Patagonia y de los asentamientos europeos en dicha región

Expedición de Magallanes	61	Continuación de la historia de los establecimien-	
Nuevos exploradores	63	tos españoles	66
Colonización	64	Punta Arena	70
Descripción de la población del Carmen	65	Puerto Carestía	73

Tercera Parte

Los habitantes. Su carácter y costumbres familiares y civiles

Nuevos relatos	77	Gobierno	83
Costumbres de los Patagones	78	Idioma y ciencias. Inteligencia	84
Su carácter moral	79	Juegos	85
Alimento	79	Caballos y arneses	86
Viviendas	80	Armas y estrategia militar	87
Vestidos y adornos de la persona	80	La mujer	88
Del fumar. Ebriedad	81	Divorcio	88
La caza	82	Pubertad de las niñas	89
Posibilidad de comercio	82	Los Fueguinos	89
Crueldad	83		

Cuarta Parte

Religión

Divinidades	91	Trámites para los esponsales. Matrimonio	95
Fiestas religiosas	92	El niño	96
Culto	93	Ceremonias fúnebres	97
Superstición	93	Sepultura	98
Costumbres en las enfermedades contagiosas ..	94		

Quinta Parte

Misiones

El año 1675	99	El año 1741	102
En 1681	99	El año siguiente, 1742	103
En 1684	99	En 1743	103
Algo más afortunado fue el año 1704	99	En 1744	103
En 1711	102	Año 1744	104

Conclusión

Estado actual de la Patagonia

Habitantes	109	Índice	113
Guerras y hostilidades	110	Láminas que ilustran aspectos de la cultura in-	
Nuevo proyecto	110	dígena de la Patagonia	115
Conclusión	112		

LIBRO TERCERO

Fotocopia del Manuscrito original existente en la Biblioteca de la Pontificia
Universidad Urbaniana de Roma (BMPF) FC1

PRÓLOGO

El hecho de ser SAN JUAN BOSCO autor del texto que hoy presento fotocopiado, traducido del italiano y brevemente comentado, me exime de todo esfuerzo para motivar a los lectores. Porque es natural que quieran saber qué conocía y qué escribió Don Bosco sobre la desconocida Patagonia de 1876. Principalmente, desde la perspectiva de su proyecto e ideal misionero.

Arriesgo decir que hoy puedo brindar el original y la traducción del *Documento mayor del pensamiento misionero de Don Bosco*. Porque toda la literatura misionera de Don Bosco anterior a 1876, desemboca en estas páginas; y toda la literatura salesiana misionera posterior —hasta 1985, aproximadamente— se abreva en este ideario. Ideario que se va puliendo y afinando gracias a la experiencia recogida por Cagliari, Fagnano y los Misioneros de la primera hora patagónica.

La misma historiografía salesiana del Centenario de las Misiones (1975) podrá ahora pulir sus aristas, y reconocer sin ambigüedades el pensamiento genuino, fontal de Don Bosco acerca de las Misiones, y encontrará la respuesta a interrogantes hasta ahora abiertos y a la espera de ser satisfechos.

En estos años ha aflorado a primer plano la problemática de la cultura y de las culturas. Su evangelización es también motivo de reflexión para la Iglesia, así como el encuentro de la Iglesia con las culturas en su proyección pastoral y misionera.

También desde este punto de vista, este trabajo de Don Bosco, desde la distancia de 1876, es un aporte nada desechable.

Leyéndolo encontramos explicitada la médula del *ser salesiano*. Comprendemos por qué Don Bosco eligió con preferencia que llegó a parecer obsesiva, y con amor creativo, la Patagonia y los indígenas de la Patagonia, como destinatarios de su servicio eclesial misionero.

Este Documento llega a tiempo. Han comenzado a desgranarse las cuentas del rosario de centenarios de las fundaciones salesianas a lo largo y lo ancho de la Patagonia.

Les corresponde encabezar la serie de los Anales de las Misiones Salesianas de la Patagonia a estas páginas compuestas y firmadas autográficamente por Don Bosco en 1876.

Este logro se debe al apoyo económico y aliento espiritual de quienes soy agradecido deudor: el Rmo. Rector Mayor de los Salesianos de Don Bosco, D. Egidio Viganó, los Superiores de la Inspectoría Salesiana de Alemania Norte, PP. José Oppen y Reinhard Helbling, el Inspector emérito de la Inspectoría Salesiana de la Patagonia Norte y Centro, P. Francisco Casetta, el P. Gerhard Pütz, de la Procura Misional de la Inspectoría de Alemania

Norte, el P. Benjamín Stochetti actual Superior de la histórica Inspectoría de la Patagonia Norte y Centro, el Lic. José Del Col, Rector del Instituto Superior del Profesorado "Juan XXIII", el Lic. Valentín Rebok, valioso y paciente asesor técnico-científico, el Lic. Luis Fogliazza por la gestión económica de la edición ante el Instituto Salesiano de Artes Gráficas.

Vaya finalmente mi gracias a un grupo de amigos de la República Federal Alemana que también apoyaron este trabajo: Alfons Wacker de Breidt (Lohmar) BRD y el equipo de apoyo misionero presidido por la Sra. Agnes Grosswendt de Geber (Lohmar) BRD.

Gracias a todos ellos he podido comenzar a publicar este Documento de la primera hora misionera salesiana y patagónica.

Sin duda que la mejor recompensa será ver este trabajo en manos de muchos lectores, y estimulando nuevos estudios, monografías, análisis geográficos, históricos y antropológicos, y profundización del tema *Evangelización de las Culturas*. Será la proyección al presente de esas páginas redactadas por Don Bosco, a punta de corazón, entre mayo y agosto de 1876.

ERNESTO SZANTO, SDB.

Bahía Blanca, 31 de enero de 1986,
Fiesta de san Juan Bosco,
Patrono de la Patagonia.

LIBRO PRIMERO

PROYECTO PATAGONIA D. B.

**Presentación y notas al
Documento original italiano**

EL PROYECTO PATAGONIA

"Questo tenue lavoro..."

"Este débil trabajo...", o tal vez "este trabajo de poca monta, de poca substancia, breve, sencillo...", es un manuscrito de 153 páginas de 19 por 28 cm. Lo fecha y firma en Turín el 20 de agosto de 1876, el *Sac. Gio. Bosco*. (1)

Y lo eleva al Cardenal Franchi, Prefecto de la Propagación de la Fe, con una carta que comienza así:

"Con demora envío a V.E. Rdma. las noticias que sobre la Patagonia he podido recoger, por lo que pido a usted tenga a bien disculparme. Varios asuntos que no pude postergar, los pocos autores y sus escasas noticias sobre aquellas vastas regiones, me han llevado más tiempo del que yo pensaba."

Y añade una breve, pero significativa autocrítica:

"Este sencillo - tenue - trabajo no está terminado, y si se tratase de publicarlo, yo necesitaría un poco de tiempo para revisarlo con tranquilidad. Con todo, no fue posible hallar una historia de las experiencias hechas para evangelizar a la Patagonia. Fue necesario tomar todo lo que se pudo hallar en los autores que hablan sólo incidentalmente de las Misiones." (2)

El proyecto misionero de Don Bosco

Veamos porqué preparó y elevó Don Bosco este trabajo al Cardenal Franchi.

Casi sobre la Semana Santa, en abril de 1876, Don Bosco viajó a Roma. Llevaba en su agenda las más variadas actividades y entrevistas. (3) También tuvo varias audiencias con el Papa Pío IX. En la última audiencia este le encarga al Cardenal Franchi que reciba a Don Bosco, en audiencia, y examine con él su propuesta sobre las Misiones. Era el 11 de mayo de 1876.

Esa misma tarde, Don Bosco conferenciaba con Franchi, y le entregaba un *Promemoria de un proyecto para la promulgación del Evangelio en la Patagonia...*, fechado el día anterior, 10 de mayo. (4)

Este *Promemoria* fue publicado íntegro varios meses después por Don Bosco, en sus *Letture Cattolice*, junto con *Proyectos para la civilización de la Patagonia*, bajo la firma de D. Julio Barberis. (5)

Cuando Ceria publica el epistolario de San Juan Bosco, al reproducir este *Promemoria* elevado a Franchi, lo presenta como "promemoria de un proyecto suyo [de Don Bosco] para la evangelización de la Patagonia". Y puntualiza que Don Bosco "se decidió a hacer tal exposición, al advertir que en Roma sólo se tenían conocimientos muy vagos sobre las tierras de la Patagonia". (6)

Pero el PROYECTO PATAGONIA DON BOSCO, cuya fotocopia, traducción y comentarios aquí presentamos, es distinto.

Por lo que se sabe, Don Ceria no llegó a conocer el Documento que hoy tengo la gran satisfacción de publicar desde la Patagonia para el mundo: GIOVANNI BOSCO, *La Patagonia e le Terre Australi del Continente Americano* (Torino, 1876), hasta la fecha, manuscrito inédito, existente en la Biblioteca de la Pontificia Universidad Urbaniana de Roma, F 1 C. Convergamos en llamarlo *Proyecto Patagonia Don Bosco*.

Quienes en pos de Ceria han incursionado por los campos de la historiografía salesiana, siguieron abrevándose en el volumen de *Letture Cattolice* de marzo - abril de 1877, un tomito de 8 x 12,5 cm., y 237 páginas, que contiene:

1º una breve, pero cálida nota biográfica del Padre César Chiala, fallecido ese año 1876;

2º 19 cartas de los Misioneros;

3º un apéndice de 13 páginas, con el *Promemoria de un proyecto para la propagación del Evangelio en la Patagonia, humildemente presen-*

tado a Su Eminencia Rma. el Cardenal Franchi, prefecto de la Congregación de Propaganda Fide, y con la descripción de *Proyectos para la civilización de la Patagonia*, (7) elevado el 23 de agosto del año anterior.

El autor del volumencito aprovecha las cartas de los Misioneros, y les incorpora, como se puede leer en la segunda carta, "un poco de historia de estos países, de esta nueva patria nuestra"; y declara, carta mediante, que se servirá "de las noticias recogidas sobre el terreno y de los historiadores más acreditados..., y siendo abundantes las informaciones encontradas en la rica biblioteca de la Universidad de esta capital". (8)

El sagaz historiógrafo y crítico Jesús Borrego ha encontrado el testimonio directo que nos explica el método con que se preparaban las cartas de los Misioneros, para publicarlas, primero, en los periódicos, y luego, compiladas, en las *Lecturas Católicas*.

La noticia que se toma de la *Crónica* de Don Barberis, se refiere a las Cartas de los Misioneros reacondicionadas por Don Chiala, y publicadas en las *Lecturas Católicas* con el título "De Turín a la República Argentina; Cartas de los Misioneros Salesianos". Mas fallece Don Chiala, y enseguida asume la misma tarea Don Julio Barberis, director de *Letture Cattoliche*.

Por testimonio de Barberis, conocemos que tanto la idea como el modo de realizar la recomposición de las cartas de los Misioneros se deben íntegramente a Don Bosco. El material lo aportan Cagliero y los otros misioneros, y la nueva forma redaccional, primero, Don Chiala y luego, Don Barberis.

El todo "se estructura, por una parte, con la compilación ordenada de las noticias, extraídas indiscriminadamente de las diversas cartas llegadas de América, y por otra, con las ilustraciones históricas, geográficas y topográficas tomadas de libros o enciclopedias. Preparado el borrador, Don Bosco, en la revisión, "siempre añade notas particulares". (9)

A la luz de estas fuentes, cuando los datos y descripciones de la Patagonia y sus habitantes brindados por las cartas se confrontan con las páginas del inédito de Don Bosco: *La Patagonia e le Terre Australi del Continente Americano*, se llega a la conclusión de que este manuscrito que estamos preparando, y la bibliografía consultada para redactarlo, son la fuente principal en la que abrevó Don Barberis, bajo la inspiración y asistencia directa de Don Bosco, para incorporar a las cartas de los misioneros las más variadas notas sobre la Patagonia y sus habitantes.

Fuente de nuevas publicaciones

Más, todavía: Las fuentes y borradores, y nuestro Documento inédito hasta el año 1986, volvieron a aparecer algo remodelados en sucesivos números del *Bollettino Salesiano*, con el título de *La Patagonia e le Terre Australi del Continente Americano*. He aquí esas publicaciones:

En febrero de 1880: Proemio y Bibliografía consultada;

En abril de 1880: Capítulo 1, Descripción física de la región;

En mayo de 1880: Capítulo 2, Los tres reinos de la naturaleza;

En junio de 1880: Capítulo 3, Descubrimiento de la Patagonia;

En agosto de 1880: Capítulo 4, Ulteriores investigaciones de la Patagonia;

En setiembre de 1880: Capítulo 5, Historia del establecimiento de Carmen o Patagones (sic);

En noviembre de 1880: Capítulo 6, Continúa la historia del establecimiento de Carmen;

En abril de 1881: Capítulo 7, De Carmen a las Cordilleras — Nuevos aportes al Proyecto Patagonia;

En julio de 1881: Capítulo 8, De las Cordilleras a Carmen — Nuevos aportes al original Proyecto Patagonia;

En octubre de 1881: Capítulo 9 x X (sic), Desde el río Chubut al estrecho de Magallanes;

En abril de 1882: Capítulo IX (sic), Punta Arena;

En febrero de 1883: Parte Tercera, *Los habitantes*, Capítulo I, Las tribus patagónicas;

En abril de 1883: Parte Tercera, Capítulo II, Estatura y conformación física de los Patagones;

En setiembre de 1883: Parte Tercera, Capítulo III, Costumbres y carácter moral de los Patagones;

En enero de 1884: Parte Tercera, Capítulo IV, Indole de los Patagones — Su crueldad;

En abril de 1884: Parte Tercera, Capítulo V, Viviendas; comidas y vestidos de los Patagones; caza;

En octubre de 1884: Parte Tercera, Capítulo VII, Gobierno. Idioma. Inteligencia de los Patagones. (10)

EL PROYECTO PATAGONIA de Don Bosco, su publicación parcial injertada en la *Repubblica Argentina e la Patagonia — Lettere dei Missionari Salesiani*, en 1877, y los capítulos insertados en el *Bollettino Salesiano* entre 1880 y 1884, finalmente culminan en el extraordinario trabajo del Salesiano Padre Lino D. Carbajal publicado en Italia entre 1899 y 1902. Se trata de *La Patagonia — Studi*

generali, en cuatro volúmenes. No entraré a co-
tejar ambos contenidos, para descubrir las rela-
ciones entre fuente e inspiración. A los expertos
les cabrá esta satisfacción.

Entre la abundante bibliografía que usa Carba-
jal aparecen algunas obras que Don Bosco men-
ciona en la bibliografía de su PROYECTO PATA-
GONIA. Es decir:

V. Quesada, *La Patagonia y las tierras australes*;

A. D'Orbigny, *Voyages dans l'Amérique méridionale*;

F. Lacroix, *La Patagonie, Terre du Feu et Archipel des Malouines...*

Esto me anima a arriesgar la afirmación de una
posible relación de fuente de inspiración a las
que me refería antes.

Este trabajo del Padre Carbajal, quien al menos
conoció los contenidos del *Bollettino Salesiano*
que más arriba enunciarnos, fue recibido con mu-
cho interés y aplauso por la crítica especializada
de Italia. (11)

La Civiltà Cattolica dijo, entre otras cosas: "Te-
niendo en cuenta las pocas obras escritas hasta
el presente [1901] sobre la Patagonia, ésta del
Padre Carvajal es la más completa, la más esme-
rada y atrayente de todas... La obra del Padre
Carvajal es estrictamente científica, y abraza y
comprende cuanto se puede decir y cuanto se co-
nozca de aquellas tierras australes". (L. C. C.,
Roma, año LII, junio de 1901, pág. 6, *Juicios crí-
ticos*.)

Para el *Giornale Arcadico*, "se trata de una am-
plia y poderosa monografía en cuatro volúmenes,
donde se estudian a fondo en sus más variados
aspectos una inmensa región, todavía en gran par-
te despoblada..." (*Juicios*, pág. 10.)

Globus considera a esta voluminosa obra, "la
más completa descripción de la Patagonia que se
ha publicado en nuestros tiempos". (Bd. LXXVII,
pág. 27, *Juicios*.)

Para la *Rivista di Fisica e Scienze Naturali*, "la
obra del Padre Lino Carvajal es, ciertamente, la
obra más importante que sobre la Patagonia Ar-
gentina y Chilena ha salido a luz en Italia". (*Jui-
cios*, pág. 29.)

El *Bollettino Bibliografico* de Turín señala que
"el libro no contiene una simple descripción de
la Patagonia, como podría hallarse en cualquier
tratado de Geografía, completado con noticias de
viajes más o menos exactas... En esta obra se en-
cuentra toda la Patagonia, como es: geográfica,
hidrográfica, política, etnográficamente, etc."
(*Juicios*, pág. 30.)

"Necesito un informe sobre la Patagonia..."

Volvamos al PROYECTO PATAGONIA D.B.
Veamos cómo nació.

Desde Pisa, el 14 de mayo de 1876, Don Bosco,
regresando ya de Roma a su Oratorio de Turín, le
escribe a Don Barberis:

"Carísimo Don Barberis: Comienzo a escribir-
te esta carta que te anuncia un trabajo que ne-
cesito: un informe sobre la Patagonia, en el que
se recoja todo lo que se puede conocer:

"1º Referente a su extensión, límites, pueblos
confinantes sobre la línea desde el Pacífico al
Indico;

"2º Usos, costumbres, estatura de los Patago-
nes, y sus ocupaciones;

"3º Religión, tradiciones y especialmente in-
tentos de los misioneros para penetrar entre esos
indígenas.

"Puedes consultar el Ferrario: *Usos y costum-
bres de todos los pueblos*, en el último volumen
sobre América; a Marmocchi, *Enciclopedia*, César
Cantú; un autor reciente, cuyo nombre sabré una
vez llegado a Turín..." (12)

Sin duda, en la audiencia del 11 de mayo, que
se realizó por indicación del mismo Pío IX, el
Cardenal Franchi pidió a Don Bosco que ampliara
su información sobre la Patagonia y su proyecto
misionero. Por eso, durante el viaje de regreso
a Turín, desde Pisa, donde se queda un par de
días, le escribe a Don Barberis.

El Padre Barberis era un competente profesor
de Geografía, y Maestro de Novicios de la joven
Sociedad Salesiana.

El mismo día de llegada a su casa del Oratorio
en Turín, Don Bosco conversa con Don Barberis
casi una hora, "a pesar del cansancio del viaje y
del gran dolor de cabeza que lo aquejaba".

Don Barberis en sus *Memorias* nos sigue dicen-
do: "Hacía dos días que yo sólo me ocupaba de
leer sobre el tema de la Patagonia. Por eso le
exponía a Don Bosco varios detalles sobre su ex-
tensión, posible número de habitantes, sus cos-
tumbres... Pues, parecía que Don Bosco hubiese
estudiado ese tema durante toda su vida, dada la
forma de corregirme muchas cosas y añadir
otras..."

En un momento dado —señala Barberis—, Don
Bosco exclamó:

—He llegado a los sesenta años casi sin haber
apenas sentido mencionar el nombre de la Pata-
gonia. ¿Quién habría dicho que tendría que lle-
gar al punto de estudiarla punto por punto, con
todos sus detalles?

Y prosigue Barberis, el Geógrafo y Maestro de Novicios:

"Yo tenía preparados dos mapas de la Patagonia y de América Meridional, y observamos muy atentamente su posición geográfica, es decir, en qué grados de latitud comenzaba y en qué grados terminaba, si había indicación de poblaciones, y no hallamos ni una sola población. Nos detuvimos a señalar los golfos, el estrecho de Magallanes, las islas circunvecinas"

Y a pesar del dolor de cabeza y del mareo que lo obligó a Don Bosco a apoyarse en los estantes de la Biblioteca para no caerse, no quiso dejar el tema de la Patagonia. Recomendó con insistencia a Don Barberis que terminase cuanto antes ese trabajo, "para mandarlo luego a la Congregación de la Propagación de la Fe, Roma, para conseguir establecer en la Patagonia, como se había decidido, una Prefectura Apostólica, que sería confiada a los Salesianos".

Así lo recordaba Don Barberis en sus *Memoorias*. Y puso manos a la obra. (13)

Tenía en Buenos Aires un querido hijo espiritual, el Padre Baccino. A él recurre por bibliografía. Baccino le contesta el 3 de agosto de 1876 que por medio de un señor Montaldo y su familia, que viajan a Italia, le manda una *Description complète de Géographique et Statistique de la Confédération Argentine*, por V. Martín de Moussy, en tres tomos. Y además un *Completo atlante* y una *Carta Geográfica*, recientemente impresa. (14)

Estas obras ya no le servirían para el trabajo que estaba compaginando para Don Bosco. Le llegaron tarde. Pero sí, para ulteriores publicaciones.

Las fuentes consultadas

En las Observaciones preliminares del PROYECTO PATAGONIA DON BOSCO se dan a conocer las fuentes consultadas, formulando esta advertencia:

"Los datos presentados en este escrito se han tomado de los autores más serios que trataron estos temas. Se han seleccionado solamente aquellos de cuya veracidad se tiene una certeza moral, y que han sido expuestos con las expresiones más precisas, de acuerdo con la información que poseemos."

Y se enumeran las obras especialmente consultadas, con un breve juicio de valor:

1º Vicente [sic] Quesada, *La Patagonia y las tierras australes del Continente Americano*, editado en Buenos Aires, en 1875. Recopilación de documentos públicos.

El título de esta obra es el que adopta Don Bosco para el trabajo que le ha pedido el Cardenal Franchi, sobre la Patagonia.

2º Alcides D'Orbigny, en dos de sus obras: *Viaggio nell'America meridionale*, de los años 1827-35, y *L'uomo americano*. Este experimentado estudioso de las ciencias naturales —hace notar Don Bosco— recorrió el Hemisferio Austral del Nuevo Mundo durante ocho años consecutivos, y vivió ocho meses en la Patagonia. Es un autor serio y sin exageraciones.

3º *La-Croix*, en una obra suya particular, titulada *La Patagonia, le Terre del Fuoco e le isole Malvine*. El autor es considerado uno de los geógrafos mejor informados de la primera mitad de nuestro siglo.

4º *Guinnard*, en la obra titulada *Tre anni di schiavità in Patagonia*. "El autor mismo estuvo cautivo durante tres años seguidos en plena Patagonia, y fue vendido como esclavo a varios dueños, de tribus diferentes. De este modo pudo observar las costumbres de una parte considerable de esas tierras."

Don Bosco lo cita largamente; pero no le habría prestado tanta fe, si hubiera conocido lo que *Musters* escribía de *Guinnard* en 1871, en el Prólogo de su libro publicado en Londres. Doy su título traducido: *Vida entre los Patagones—Un año de excursiones por tierras no frecuentadas, desde el Estrecho de Magallanes hasta el Río Negro*.

Musters dijo de *Guinnard*, que "mientras estaba ocupado en preparar para la imprenta las páginas siguientes [las de su libro], tuvo la oportunidad de leer la obra de M. *Guinnard* publicada en francés, primero y dada recientemente [hacia el año 1870] al público inglés en una vigorosa traducción titulada *Three years' slavery among the Patagonians*".

Nota *Musters* que este título lo atrajo, naturalmente; pero un atento examen del libro lo llevó, con gran sorpresa, al convencimiento completo de que la experiencia personal del autor se limitaba por entero a los indios pampas del norte del río Negro.

Nota *Musters* que según las propias declaraciones y omisiones de *Guinnard*, es evidente que ninguno de los *amos* que tuvo le hizo atravesar ese río, al que —siempre según *Musters*— define clara y exactamente como el límite septentrional de la Patagonia.

Por lo tanto, el nombre de *patagones* es un nombre totalmente equivocado en el libro de *Guinnard*. Además señala *Musters* que la curiosa relación de *Guinnard* sobre los *Tcheouelches* o nó-

mades pedestres, que se vestían con pieles de foca y acostumbraban alimentarse con pescado y que estaban absolutamente desprovistos de caballos no puede aplicarse a ninguna tribu del este de la Cordillera. Según Musters, los fueguinos son la única raza que presenta algunas de las costumbres características atribuidas a la titulada tribu patagónica.

Finalmente Musters lamenta que Guinnard, probablemente inducido por otros haya presentado bajo el nombre de Patagones a los indios pampas, a quienes por su país, su raza, su lenguaje y su carácter, hay que considerarlos completamente distintos de los Tehuelches de la Patagonia. (15)

5º Giulio Ferrario, *Il costume antico e moderno America*, vol. 3º, allí donde habla de la Patagonia.

6º Daly, traducido, corregido y con notas del Conde Cibrario: *Usi e costumi sociali, civili e politici di tutti i popoli del mondo*.

Este Daly y el título de su libro despejan una incógnita. En la carta a Don Barberis desde Pisa, Don Bosco le sugiere varias obras para consultar. Y se refiere a "un autor reciente, cuyo nombre sabré una vez llegado a Turín".

Ceria se apresura a poner una nota conjetural: "Debe ser Daly, que en 1875 publicó en Buenos Aires *La Patagonia y las tierras australes del Continente Americano...*" Entraigas se asocia a la afirmación de Ceria sobre la posible identidad de ese autor reciente, al que se había referido Don Bosco. (16)

Pero resulta que Daly, según acabamos de ver, es presentado como autor de *Usos y costumbres sociales, civiles y políticos...* Quien a su vez, aparece aquí como autor de una obra sobre *La Patagonia y las tierras australes del Continente Americano*, es Vicente Quesada, que encabeza la lista de la bibliografía, de lo que ya hablamos antes.

Este Daly, por varios historiógrafos prejuizado autor de un libro el cual como queda aclarado en el PROYECTO PATAGONIA DON BOSCO, no le pertenece, todavía le hizo una zancadilla, también a Don Jesús Borrego.

Al perfilar la personalidad del salesiano Juan Bautista Baccino a través de su epistolario, Don Jesús nos lo muestra a Baccino colaborando con Don Barberis, remitiéndole desde Buenos Aires la bibliografía para cumplir con ese trabajo que, como vimos, Don Bosco necesitaba terminar urgentemente: el PROYECTO PATAGONIA DON BOSCO, para presentarlo en Roma.

Aquí aprovecha Borrego la ocasión para sugerir que unos cuatro volúmenes que están en danza, y que en noviembre de 1876 el cónsul Gazzolo

había mandado en préstamo para complacer a Don Bosco que se los había pedido insistentemente, podían ser el Daly.

El mismo Gazzolo, en carta a Barberis, le dice que esos volúmenes "contienen todo lo más reciente y exacto que se conozca de las tierras de América del Sud". Pero fueron remitidos a Turín el 15 de noviembre de 1876. Don Bosco ya había terminado su PROYECTO PATAGONIA el 20 de agosto, día en que fecha y firma.

Como ya lo dijimos, Daly aparece allí como autor de *Usos y costumbres...*, traducido al italiano por el conde Cibrario. Hasta que no se encuentren otras pruebas, no parece que a Daly se le pueda atribuir *La Patagonia y las Tierras Australes del Continente Americano*, como sugería Ceria y aceptaron varios. (17)

Después de estas observaciones, prosigamos con la bibliografía del PROYECTO PATAGONIA DON BOSCO:

7º Un anónimo, *Galería universal de todos los pueblos del mundo*.

8º *Il Giro del Mondo* Periódico actual de geografía y de viajes, en distintas páginas; especialmente, en los dos quinternos [sic] titulados *Viaggio di Pio IX al Chili*, y *Osservazioni particolareggiate nelle terre circostanti allo stretto di Magellano*.

9º En los temas referentes a la geografía de estos países, además de los autores mencionados, se consultará con mucha atención a Marmocchi, a Balbi y a Malte-Brun.

10º Varias relaciones de los misioneros publicadas en las *Cartas edificantes* y en el *Museo de las Misiones Católicas*, de Turín. "También se tomaron algunos detalles de las cartas que nuestros misioneros ya nos han escrito desde el lugar donde trabajan." (18)

"Las noticias que he podido recoger..."

Fueron tres meses y algunos días de búsqueda y elaboración del informe sobre la Patagonia —nuestro *Proyecto Patagonia Don Bosco*—, prometido al Cardenal Franchi. Don Barberis reunía el material, y bajo la dirección de Don Bosco redactaba, compaginaba, enmendaba, sustituía y completaba el Documento. Desde el 15 o 16 de mayo hasta el momento de la firma del mismo por Don Bosco, el 20 de agosto de 1876.

Si bien Don Barberis fue el técnico ejecutor, Don Bosco asumió personalmente la responsabilidad final, estampando su firma autógrafa: "*Torino, 20 agosto 1876, Sac. Gio. Bosco*". Y, repi-

tiendo lo dicho al comenzar este estudio, lo elevó a la Congregación Pontificia de la que dependían las Misiones con carta del 23 de agosto, tres días después, con la tinta de esas 155 páginas todavía fresca.

El título completo del Documento es: *La Patagonia e le Terre Australi del Continente Americano*, en italiano. Es decir, *La Patagonia y las Tierras Australes del Continente Americano*.

Esta auténtica reliquia de Don Bosco la tuve con emoción entre mis manos en noviembre de 1983. Gracias a la amable asistencia técnica del auxiliar de la Biblioteca de la Pontificia Universidad Urbaniana, señor Antonio Alesiani, y del Director de la misma Biblioteca, P. Willi Henkel OMI. Así pude obtener la fotocopia del Documento original que Don Bosco puso en manos del Cardenal Franchi en agosto de 1876. Este manuscrito, fotocopiado íntegramente, lo entrego al estudio y a la admiración de los estudiosos en la tercera parte de este libro.

Es el Proyecto Misionero de Don Bosco sobre la Patagonia. Proyecto claro, de metas definidas y nunca abandonadas por el Santo. Antes bien siempre perseguidas tenazmente, aunque más no fuera que dando un largo rodeo y sabiendo esperar. (19)

Descripción del Documento

Este Manuscrito consta de 153 páginas de texto, numeradas por el amanuense del 1 al 153, en el ángulo superior izquierdo en la página de la izquierda, y en el ángulo superior derecho en la página de la derecha, a libro abierto.

La portada, sin numerar, lleva en lo alto 1876 el título del escrito, en grandes caracteres caligráficos. Y el sello del lugar donde se conserva hace más de un siglo: *Bibliotheca Missionum Propaganda Fide*, identificada por las cuatro iniciales correspondientes, encerradas en un doble círculo, como se puede ver en la primera fotocopia del Documento.

Las dos páginas siguientes, sin numerar, nos brindan las *Observaciones Preliminares*. Al final, después de la pág. 153, una última página sin numerar, conteniendo el Índice del trabajo, cierra el volumen.

Se escribió sobre papel de arroz, de tamaño no convencional (19 x 28 cm.), sin renglones ni márgenes impresos. Está bien conservado, aunque deja ver la pátina del tiempo.

Los amanuenses, calígrafos, han usado una densa tinta china, que a veces, en los trazos más

gruesos, se ha traspasado a la página siguiente, aunque no llega a dificultar la lectura del texto.

Los calígrafos se han esmerado en una escritura redonda, o *rotonda italiana*, en los títulos, y cursiva inglesa, o *inglese posata*, en el cuerpo del escrito.

Hasta la página 94, la caligrafía del primer amanuense es una cursiva inglesa de pulso liviano y ágil, trazos finos, regulares, sobrios y elegantes.

El calígrafo de las páginas 95 a 153, más el Índice al final, en su letra cursiva inglesa se caracteriza por trazos gruesos, más movidos, aunque legibles. Tiene trazos exuberantes, no exentos de cierta aplomada elegancia.

Consultado el Padre Jesús Borrego, miembro del Instituto Histórico Salesiano, para identificar a las caligrafías del manuscrito, envió esta respuesta, en carta fechada en Roma el 8 de julio de 1985:

"...He tardado en contestar unos días por esperar a D. Fco. Motto, del I.S.S., experto en adivinar las *caligrafías salesianas*, ya que tenemos identificadas unas 40; pero, como Ud. sospecha, estas copias han debido de hacerlas Novicios muy allegados a Don Barberis, y es imposible identificarlas. Pues tenían amanuenses Don Bosco, Don Rúa, el mismo Don Berto... La que ha llamado 'A' [de la pág. 1 a la 94], decía que podía ser de D. Celestino Durando; pero yo no me atrevería a darlo por cierto. La 'B' [de la pág. 95 a la 153], ni idea..."

Al pie del texto de la última página, la personal, inconfundible letra de San Juan Bosco, quien fecha y firma personalmente todo el escrito.

Las ochenta hojas están cosidas a mano en cuadernillos, y encuadernados éstos en sobria cuerna roja. Como convenía para ser presentado al Cardenal Prefecto de la Congregación de la Propagación de la Fe.

Ya dije que esta Monografía sobre la Patagonia tuvo por inspirador y redactor principal a Don Bosco mismo, y como colaborador técnico, a Don Barberis, que trabajó en equipo con Don Bosco.

Sólo estoy intentando presentar globalmente este documento inédito y trabajo original. *Pienso que es un Documento de especial importancia*, para la Patagonia entera, en primer lugar. Y también para los investigadores que bucean en la historia de las Misiones Salesianas, tratando de captar en profundidad el *genuino proyecto misionero* de Don Bosco.

A los técnicos les reconozco el privilegio que tienen de producir una prolija y concienzuda edición diplomática de este Documento.

Dentro de la flexibilidad que me permite el método de transcripción diplomática, moderado o interpretativo y libre que he adoptado, me conformo con hacerlos a todos partícipes de la existencia de esta *reliquia del Proyecto misionero de Don Bosco*. (20)

Contenido del Documento patagónico. Sus titulares...

Entrego una traducción del original escrito en italiano.

Portada: En alto, la fecha 1876.

Título, con caligrafía de gran estilo: *La Patagonia e le Terre Australi del Continente Americano*, o sea *La Patagonia y las Tierras Australes del Continente Americano*.

Observaciones preliminares (en dos páginas sin numerar): Don Bosco declara que "las cosas que se exponen en este escrito se han tomado de los autores más serios que han hablado de estos temas". Y que, "por consiguiente, se eligieron las cosas que se pueden tener por verdaderas, con certeza moral, y se las expuso con las expresiones más exactas que nos fue posible usar". Y pasa lista de las obras y autores usados como fuentes.

En la página 1 y siguientes: Título, *La Patagonia y las Tierras Australes del Continente Americano*.

Patagonia propiamente dicha. Límites. Posición astronómica. Dimensiones. Descripción física. Clima. Islas. Golfos y bahías. Puertos principales. Cabos y promontorios. Montes. Volcanes. Penínsulas. Ríos. Lagos. Clima. Reino mineral. Reino vegetal. Reino animal: Cuadrúpedos. Pájaros. Peces.

Segunda Parte

Historia del descubrimiento de la Patagonia y de las Fundaciones Europeas en dicha región.

Expedición de Magallanes. Nuevos exploradores. Colonización. *Descripción del pueblo* (villaggio) *del Carmen*. Continuación de la historia de las fundaciones españolas de la Patagonia. *Punta Arena* [sic]. *Puerto Carestía*.

Tercera Parte

Los habitantes. Su carácter y costumbres domésticas y civiles.

Nuevos relatos [sobre la Patagonia]. Costumbres de los Patagones. Su carácter moral. Comida. Viviendas. Vestidos y adornos de la persona. El fumar. La ebriedad. La caza. Posibilidades de comercio. Crueldad. Gobierno. Idioma

y ciencias. Inteligencia. Juegos. Caballos y arneses. Armas y estrategia militar. La mujer. Divorcio. Pubertad en las niñas. Los *fueguinos*.

Cuarta Parte

Religión. Divinidad. Fiestas religiosas. Culto. Superstición. Costumbres en las enfermedades contagiosas. Trámites para los esponsales. Matrimonio. El niño. Ceremonias fúnebres. Sepultura.

Quinta Parte

Misiones: [En las 27 páginas que Don Bosco dedica a este tema, comienza diciendo que "la historia detallada de estas misiones es poco conocida, y a pesar de las muchas investigaciones realizadas, no fue posible hallar más datos que los que aquí se expondrán" (pág. 117), y luego, en la pág. 143, cierra esta Quinta Parte reiterando que "nos disgusta que a pesar de las investigaciones cumplidas, sean éstas las únicas noticias que se pudieron encontrar referentes a las Misiones en la Patagonia".]

Conclusión

Situación actual de la Patagonia. Habitantes. Guerras y hostilidades. Nuevo proyecto. Conclusión.

Al Documento lo cierra una destacada caligrafía redonda, declarando: *Soli Deo honor et gloria* (A Dios solo el honor y la gloria) *Amen*. Y al pie de la página, de puño y letra, fecha y firma Don Bosco: *Torino, 20 agosto 1876 / Sac. Gio. Bosco*.

La última página, no numerada, es el Índice del Documento.

La historiografía salesiana se enriquece

En adelante, los estudiosos de Don Bosco y de su audaz empresa misionera mundial, iniciada en la Patagonia, tendrán algo más que los breves Promemorias que citan, y que, ya dijimos, traen los fascículos III y IV de las *Letture Cattoliche* de marzo y de abril de 1877. *Tendrán a la mano las páginas de La Patagonia e le Terre Australi del Continente Americano, firmadas por Don Bosco*.

Y estudiándolas, podrán constatar que es demasiado generoso afirmar que el Memorándum del 10 de mayo de 1876 contenía el plan de la evangelización de la Patagonia, o llamarlo *Prospecto geográfico de nuestro Sur*. O apresurado, olvidando el contexto en que fue redactado el Memorándum (Italia y 1876), señalar que Don Bosco "no se manifiesta un conocedor a fondo de la Patagonia: en muchos pormenores se equivoca", por-

que "había ido a beber a fuentes nada seguras, y era natural que errase". (21)

Lo concreto es que Don Bosco comienza su estudio señalando que "estas vastísimas regiones de América del Sud... sólo han sido exploradas en una pequeñísima parte. Por lo que estas tierras están todavía envueltas en un profundo misterio..." Por eso, "estamos reducidos todavía a vagas conjeturas; en particular, con referencia al centro de la Patagonia, que se puede llamar enteramente desconocida, y que los geógrafos se ven obligados a hacer figurar en blanco sobre sus mapas, aun los más detallados". (22)

El mismo escrito nos permite ver a Don Bosco pensando con anticipación de años en la consolidación visible y jerárquica de sus misiones patagónicas. Así, el primer pedido explícito lo formuló en el Promemoria del 10 de mayo de 1876. Después de recordar que "unos años antes se habían tratado varios proyectos con el Card. Barnabó, de gloriosa memoria" —proyectos "que también fueron expuestos al Santo Padre"—, destaca que uno de ellos resultó el preferible, y fue bendecido por el Papa, quien alentó para que se lo realizara. Y este proyecto, que pareció debía preferirse —señala Don Bosco—, consistía en establecer asilos, colegios, internados y centros de educación en las fronteras de los indios.

Entre las cosas necesarias para realizar el proyecto, ruega al Cardenal que "establezca una Prefectura Apostólica, para que se pueda ejercer la autoridad eclesiástica sobre las tierras de los Pampas y de los Patagones". (23)

Luego trabaja hasta agosto en la redacción de su documento sobre la Patagonia. En éste no hay ningún pedido explícito de consolidar jerárquicamente la naciente misión. Aunque sí Don Bosco insinúa a Patagones como cabecera, de la misión y promociona repetidamente, en el trascurso del escrito, al "Jefe de los Misioneros D. Cagliariero", citando sus opiniones y puntos de vista e informes. (24)

Me atrevo a suponer que cuando Don Bosco pensó que su extenso y minucioso trabajo sobre la Patagonia ya había sido leído y asimilado por el Cardenal Franchi, decidió escribirle, y así lo hizo el 31 de diciembre de 1877. Le dice:

"Me parece oportuno y eficaz para consolidar de manera estable la existencia y difusión del Evangelio:

"1º Erigir en Prefectura Apostólica la misión del Carhué;

"2º Erigir el Vicariato Apostólico de Santa Cruz, por estar más lejos, y casi diría en la impo-

sibilidad de tener un Obispo para los sacramentos que requieren un obispo." (25)

Bruno pone como primer paso para la creación de las jurisdicciones eclesiásticas en la Patagonia, sobre todo, esta carta de Don Bosco del 31 de diciembre de 1877. (26) En realidad, el primer paso documentado lo da Don Bosco en mayo de 1876, cuando pide la creación de la Prefectura Apostólica en las tierras de los pampas y de los patagones.

Testigo calificado

El Estudio de Don Bosco sobre la Patagonia ha sobrevivido, y es uno de los testigos mayores de su proyecto misionero patagónico, y del tipo de conocimiento e información que él tenía sobre la Patagonia y sus problemas.

Ya vimos que hasta ahora se tenía como fuente principal a *La Rep. Argentina e la Patagonia. — Lettere dei Missionari Salesiani.* (27)

Don Barberis publica en la pág. 69 que "la conducta de exterminio, que todavía en la actualidad [1877] la República Argentina aplica contra ellos [los indígenas], les despierta odio contra todo lo que podrían aprender de los pueblos civilizados". Y más adelante señala que los caciques de los Pampas y de los Patagones "están en lucha contra el Gobierno, a causa de las vejaciones y malos tratos, y que por eso, eludiendo a las tropas acantonadas para reprimirlos, recorren la campaña, roban, y armados de carabinas Rémington toman prisioneros a hombres, mujeres y niños, caballos y ovejas, cuando se les acercan demasiado.. En el estado de lucha y de exasperación en que se encuentran los Indios contra el Gobierno, los misioneros pueden hacer poco o nada".

Frente a tales afirmaciones, el historiador Pedro Stella piensa que todo esto es exagerado, y sostiene que "la realidad era menos trágica de lo que las cartas dejan ver", y que "*los argentinos no tenían por principio el exterminio*". (28)

Sin embargo, hace más de un siglo, en 1876, Don Bosco ya había escrito y firmado este juicio lapidario en el trabajo consignado al organismo máximo de las misiones de la Iglesia:

"La imprudencia y la conducta esencialmente impolítica de los primeros españoles que se establecieron al norte [de las tierras de los indígenas] les provocó un odio particular a todo lo que tiene sabor a europeo; y la *conducta de exterminio* que aun en la actualidad [a fines del siglo 19] practica la República Argentina, les hace odiar todo lo que podrían aprender de los países civilizados con gran ventaja para ellos".

Don Bosco se apropia de este juicio de Lacroix, al que cita entre comillas, y que, según consenso generalizado en ese tiempo, era uno de los geógrafos más informados de la primera mitad del siglo XIX. (29)

Hacia el final del Documento, al referirse a la situación del indígena en la Patagonia [1876], Don Bosco señala que "desde hace tres siglos los blancos les hacen guerra de exterminio, asesinan sin piedad a los que se les presentan, a muchos los hacen prisioneros..." (30)

Y luego, hablando de guerras y hostilidades, añade:

"Al presente [1876] la República Argentina está entreverada en horribles luchas con los indígenas que se encuentran en sus fronteras. Los indígenas están muy exasperados, porque los argentinos ganan cada día más terreno sobre ellos, y los echan de los lugares donde tienen derecho de estar." (31)

Porque "el indio, ostentando un orgullo racial exclusivo, propio de hombres libres acostumbrados a la vida del desierto, se opuso desde un principio y con toda valentía al despojo del que, a título de civilización, era objeto por parte de los conquistadores españoles, los que a sangre y fuego, la mayoría de las veces, los iban empujando hacia el interior de ese desierto, donde las distancias enormes, la soledad, la falta de recursos y otros miles de peligros, se conjuraban a cada instante contra la vida humana.

"Convertido en un enemigo irreconciliable, fue ya imposible civilizarlo, y menos con los procedimientos o métodos de que hicieron gala inicialmente los conquistadores."

Este sincero enfoque pertenece al premio nacional de Historia, Arqueología y Filología correspondiente al trienio 1946-48, y premio especial otorgado por el jurado del concurso *Estímulo a la Literatura Militar Argentina*, año 1948: el Coronel Juan Carlos Walther. (32)

En agosto de 1833, Charles Darwin estuvo por la zona del Colorado, rumbo a Bahía Blanca, en la Argentina, durante su famoso viaje de cinco años alrededor del mundo. Allí conoció al general Rosas, en plena campaña contra los indios. Refiere Darwin:

"El plan del general Rosas es matar a todos los indios dispersos, y después de obligar a los sobrevivientes a encontrarse en un mismo lugar, atacarlos en masa durante el verano, con la ayuda de los chilenos. Este operativo deberá ser repetido tres años seguidos... La huida de los indígenas al Sud del Río Negro, donde podrían ponerse a salvo, es impedida, debido a un tratado hecho con los tehuelches con

esta finalidad. Rosas les paga un tanto por el asesinato de cada indígena que pase al Sud del río, y si no lo hiciesen, pagarían con la propia vida. La guerra está sobre todo dirigida contra los indios de la Cordillera, porque varias tribus de esta zona oriental combaten junto a Rosas. Pero éste, pensando como lord Chesterfield que sus amigos podrían en el futuro convertirse en enemigos, los hace formar siempre en primera línea, de modo que su número vaya disminuyendo gradualmente.

"Creo —añadía Darwin— que dentro de 50 años ya no habrá ni un indio salvaje al Norte del Río Negro. La guerra es demasiado sangrienta para que dure más; los cristianos matan a cada indio, y éstos hacen lo mismo con los cristianos. Es triste comprobar cómo los indígenas han tenido que ceder frente a la dominación española." (33)

El laureado libro de Walther es un testimonio más del calvario que vivieron nuestros aborígenes hasta la culminación de la guerra contra el indio, que se llamó la **Conquista del Desierto**. Para esto, la Sociedad Rural de Buenos Aires en 1871 ofrecía su apoyo material con los recursos a su alcance, "insistiendo en la necesidad de expulsar al Sur del Río Negro a los bárbaros que asaltaban los establecimientos bonaerenses". Así hablaban esos hacendados argentinos en el Memorandum presentado al Gobierno.

Los indígenas, por su parte, "a pesar de su escasa cultura —como dice Walther—, comprendían que el *huinca* [el cristiano blanco, su enemigo] poco a poco trataba de arrebatarles las tierras en que instalaban sus tolderías y apacentaban sus ganados. Así esta raza indómita apelaba a la violencia, ante el despojo de que a su juicio era objeto por los cristianos". (34)

"En la actualidad, en 1985, lo que el aborigen tal vez ha olvidado —señala el Padre Francisco— son los detalles de crónica, que poco importan al fin; pero su tragedia global sigue gimiendo y sangrando entre las fibras más íntimas y tiernas de la raza: *Fuimos derrotados en nuestra misma tierra por los huincas que vinieron de más allá del mar y se han quedado con todo: ésa es la lección monótona y casi ritual que cada generación mama con la leche materna, en todo rancho aborigen.*" (35)

La sangre de las espadas salpicó a la Cruz

Frente a las realidades que acabamos de presentar, Don Bosco, con el inquebrantable optimismo que brota del amor cristiano, afirmaba que "sólo el misionero, con su conducta de paz, podrá poco a poco hacer deponer el odio que tienen con-

tra todo lo que sabe a europeo, y junto con la religión, introducir la civilización". (36)

Dejo a los culturólogos la tarea de analizar las relaciones existentes entre lo europeo, la religión y la civilización, como valores enunciados por Don Bosco. Sí, subrayo su afirmación, su credo misionero: "Sólo el misionero, con su conducta de paz..."

Pero, a la vez, no puedo dejar de recordar los contenidos de la *leyenda negra* de la conquista y colonización de América latina. La historia ha ido enseñando que esta *leyenda negra* no era muchas veces tan *leyenda*, ni otras, tan *negra*.

Las disposiciones de los Reyes de España, y luego, las Leyes de Indias, eran muy de alabar en su espíritu. Pero los indígenas del Caribe y los pueblos de México, la actual Colombia y Venezuela, como los del Perú, de Chile, del Paraguay, del Uruguay, del Brasil y del Litoral argentino, y como los de la Patagonia y de las tierras fueguinas, sufrieron dura y cruel experiencia, durante varias generaciones.

No es mi propósito redactar un Memorial más de agravios. Sólo recordar que se desencadenó una violencia más, y desde fuera, cuando los católicos de Europa vinieron a conquistar a los paganos del Nuevo Mundo, en las tierras australes del Continente Americano.

Porque, definitivamente, ya "no es aceptable plantear el problema del indígena como intruso. Porque los indígenas son dueños, nó problema [...] El problema del indígena, con todas sus implicancias, se suscita en América con el hecho mismo del descubrimiento". (37)

Ya temprano, el 12 de marzo de 1550, los mapuches lanzaron un formidable ataque al fuerte de Penco, bastión de los conquistadores en tierra chilena. Los indios son rechazados, y muchos quedan prisioneros. El mismo Valdivia, en carta fechada en Concepción del Nuevo Extremo, el 15 de octubre de 1550, comunica a Carlos V la noticia de que les había hecho cortar las manos y las narices a los indios, para escarmiento.

"No conocía a los mapuches —dice Campos Menchaca.— Comenzaron con eso las crueldades incomprensibles de los españoles en contra de la raza mapuche, y siguieron durante todo el período colonial, siendo precisamente esa crueldad una de las causas de la indomable resistencia mapuche." (38)

Por el año 1738, la conducta indígena se había vuelto en general agresiva, también por las tierras del Río de la Plata.

"Los procedimientos depredatorios que ponían en práctica los indios, no eran en algunos casos

más que la respuesta a los reprobables procedimientos de gente militar como el maestre de campo Juan San Martín, quien había ordenado matanzas de naturales sin discriminación alguna entre aquellos que eran amigos o enemigos.

"Falkner, testigo ocular de esas acciones, caracterizó aquellos momentos en los términos siguientes: «Esta conducta cruel del maestre de campo enfureció de tal manera a todas las naciones de indios Puelches y Moluches, que a una se levantaron en armas contra los españoles, los que enseguida se vieron atacados simultáneamente desde las fronteras de Córdoba y de Santa Fe en todo el litoral del Río de la Plata, con una extensión de más de 100 leguas, y con tal furia, que les era imposible acudir a la defensa, porque los indios en partidas volantes de pocos individuos, se lanzaban sobre varios pueblos y estancias a la vez...»" (39)

Hace poco más de un siglo, en la República Argentina, era ministro de Guerra y Marina el Dr. Adolfo Alsina (1874-77). A una consulta que le formulara al joven General Julio A. Roca, éste respondía:

"A mi juicio, el mejor sistema de concluir con los indios, ya sea extinguiéndolos o arrojándolos al otro lado del Río Negro, es la guerra ofensiva, que es el mismo seguido por Rosas, que casi concluyó con ellos..." (40)

Es criterio coincidente con el del coronel Rudecindo Roca, quien desde la frontera de San Luis escribía el 1º de marzo de 1879. "Los indios, verdaderos moradores tradicionales del desierto, han ya casi desaparecido por completo". Agrega que el plan de operaciones desarrollado, "ha dado al traste con la última generación de un enemigo grosero, audaz unas veces, cobarde otras, pero que, sin embargo, siempre tuvo en jaque a las fuerzas de la Nación". (41)

Estanislao S. Zeballos, por su parte, pedía que se tratara a los pampas "con implacable rigor", porque "esos bandidos mueren en su ley, y solamente se doblan al hierro".

"Zeballos oponía al alarido del indio, su propio grito de combate", muestra con acierto Martínez Sierra. "No analizaba aquí el grado de culpabilidad que le cabía al blanco por su conducta frente al indio, a quien había corrompido por los vicios e incitado al pillaje mismo, para satisfacer propósitos políticos y de lucro, tal como lo habían señalado misioneros, militares y publicistas desde los tiempos de la colonia."

Después de estas severas afirmaciones, a vuelta de página, cita a Zeballos, proponiendo que para cumplir con la Constitución, que imponía tener

trato pacífico con el indio, se tratara de "redimirlo de las tinieblas del alma, por medio de la religión, de la escuela y del trabajo, tratándolo con energía, pero con amor y justicia"; y finalmente declaraba que "se necesitan leyes previsoras y benignas en favor de los indios, y la incorporación de sus tratados a los actos solemnes de la Nación, como sucede en los Estados Unidos..."

"Todavía en 1895, la reflexión histórica nos lleva a lamentar que el blanco no hubiera sabido ser magnánimo al menos en el momento del triunfo —como dice Martínez Sierra—, por lo cual abrió una profunda brecha de resentimiento que se mantuvo vivo en los reductos donde confinara al indio, para ser transmitido a los descendientes". (42)

Ya en el siglo XVI, el 9 de junio de 1537, el Papa Paulo III puntualizaba que "aunque estén fuera de la fe de Cristo [los indios] no están privados, ni deben serlo, de su libertad, ni del dominio de sus bienes, y [...] no deben ser reducidos a servidumbre", y que "han de ser atraídos y convidados a la dicha fe de Cristo con la predicación de la palabra divina y con el ejemplo de la buena vida". (43)

Desde esta perspectiva habló el Papa Juan Pablo II a los Obispos del CELAM en Santo Domingo el 12 de octubre de 1983, al inaugurar la novena de años en preparación a la celebración del 5º Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América.

Primero declara que "la Iglesia, en lo que a ella se refiere, quiere acercarse a celebrar este Centenario con la humildad de la verdad, sin triunfalismos; ni falsos pudores: solamente mirando a la verdad, para dar gracias a Dios por los aciertos, y sacar del error motivos para proyectarse renovada hacia el futuro".

Luego añade con franqueza que "la Iglesia no quiere desconocer la interdependencia que hubo entre la Cruz y la espada en la fase de la primera penetración misionera... Pero tampoco quiere desconocer —afirma el Papa— que la expansión de la cristianidad ibérica trajo a los nuevos pueblos el don que estaba en los orígenes y gestación de Europa: *la fe cristiana*, con su poder de humanidad y salvación, de dignidad y fraternidad, de justicia y amor para el Nuevo Mundo". (44)

En 1895 llevaba ya diez años de intensa actividad pastoral como Vicario Apostólico de la Patagonia el Obispo misionero Juan Cagliero.

Entonces narra que en una reunión de indígenas le oyó decir solemnemente a una anciana de la tribu:

"Muchos piensan que Dios no ama al pobre y al indio; pero Dios me dijo que nos ama con preferencia, y que odia al rico que nos roba y nos

maltrata. Los cristianos [aludiendo a los soldados argentinos y a los comerciantes europeos] han sido malos con nosotros, nos han robado nuestros animales y nuestros hijos."

Y acota Cagliero: "Por desgracia, verdad amarga para los civilizados. En la campaña militar contra los indios en 1880-81 y 1883, los soldados les robaron todos sus animales [su ganado], y cuando no mataban, desmembraban a las familias contra el derecho natural, incorporando al ejército los hijos mayores, y distribuyéndose entre ellos o regalando a familias particulares los más pequeños. Y así dejaban solos al padre y a la madre en medio de la desolación y el llanto". (45)

La historia escrita por los blancos

Félix San Martín vivió entre los indígenas del Neuquén. Él tuvo la valentía de dejar escrito que "la historia de esa lucha [entre hijos de la tierra y blancos invasores] la hemos escrito los blancos desde nuestro punto de vista, cargándole la mano al aborigen, y enalteciendo nuestras acciones.

"No queda constancia de la otra referencia —dice—, de la del criterio indígena sobre el mismo asunto. Pero bien puede formarla la razón serena del estudioso oyendo a los araucanos relatar, trémulo el labio, la odisea de las tribus en el desbande definitivo; los horribles sufrimientos de la huida a pie por el desierto, dejando a la vera de las sendas sus mujeres y sus hijos muertos por la sed, el hambre, el frío y la fatiga. Nadie podía detenerse a auxiliar al agonizante: la persecución del vencedor era tan tenaz, y no daba cuartel. [...]

"Los ancianos que formaban la escolta de estas caravanas dolientes, rugían de impotencia ante la desgracia irreparable, perdida ya toda esperanza en los lanceros de la tribu, sus hijos y sus nietos, muertos unos en el entrevero de la sorpresa, dispersos otros en la inmensidad de la pampa. [...] La mayor parte de esos grupos de madres fueron alcanzados por las partidas de descubierta. Sobre el mismo terreno de la captura se procedía a su distribución: las mujeres de tal edad, a tal pueblo; éstas, a tal otro; los chicos varones, a tal ciudad; las mujercitas, a aquella otra..."

"Y las madres indias, madres al fin, veían partir a sus hijos a destinos ignorados, y luego morían de tristeza en los campamentos, destrozada el alma, maldiciendo al *huínca* que desparramaba a los cuatro vientos los seres queridos —lo único que les quedaba después de la destrucción total

de sus familias—, como los huracanes arrebataban la arena de los médanos natales.” (46)

Otra es la historia escrita por los blancos. Como decía el Padre Mariano Campos Menchaca en su libro *Nahuelbuta*:

“Se suele escribir la Historia de la Araucanía desde el punto de vista de los conquistadores españoles, como quien dice desde la orilla norte del Bío Bío; yo la miro desde los *aucantraum*, desde la orilla sur del gran río.”

Esta historia del mapuche, como la historia de toda la América indígena, “se la puede ver desde el punto de vista de los Gobernadores, capitanes y encomenderos. Yo escribo más bien —declara el Padre Campos— desde el punto de vista de los propios indígenas y de los misioneros, que captaban mejor el alma y el dolor mapuches... En lugar de tener sentimientos de guerra hacia los indígenas, los tengo de respeto, estima y cariño”. (47)

Con esta declaración coincide el reclamo del misionero salesiano Padre Francisco Calendino, desde el corazón de las misiones mapuches del Neuquén, en la Argentina. El Padre Francisco reclama una depuración de la historia, porque “la que se ha escrito y se filtra en los manuales, fue escrita unilateralmente por los vencedores, y con evidentes preocupaciones épicas y autoabsolutorias”.

El Padre Francisco reclama “una historia serenamente escrita por profesionales de la historia; no una historia de *enemigos* en base a partes de guerra, sino una historia de hermanos, escrita desde una óptica antropológica y social, americana y cristiana”. (48)

“Los epítetos más humillantes...”

“Una historia escrita desde una óptica antropológica y social, americana y cristiana...” Justiciera propuesta. Clara y terminante. Y como consecuencia, “una depuración de los textos escolares, que suelen ensañarse impunemente contra los aborígenes con los epítetos más humillantes”.

“Tal vez —escribe el Padre Francisco— olvidan nuestros escritores, oradores y poetas, que miles de niños aborígenes estudian en esos textos, bebiendo cada día en ellos la dosis de resentimiento, vergüenza y complejos de inferioridad que luego les critican despiadadamente.” (49)

Yo anhelo que estas páginas de Don Bosco que estoy presentando, puedan ser leídas en paz por los hermanos mapuches. Por esto, para no aumentar el caudal de sus “resentimientos, vergüenza y complejos de inferioridad”, he sustituido los epítetos humillantes del original del documento.

En la traducción digo *indio, indígena, aborigen, nativo, natural del país*, en lugar del original *selvaggio* en italiano. Este término, *salvaje*, es culturalmente conflictivo, desde ambas vertientes: desde la perspectiva de los europeos, y desde la perspectiva de nuestros indígenas.

Es necesario exorcizar a este vocablo. Averiguar cómo llamaron los españoles a los primeros nativos de América que encontraron. Y averiguar cuándo, cómo y por qué de nativo, indio o aborigen se pasó a la calificación de salvaje o bárbaro. (50)

Pienso que esto deben conocerlo los indígenas. Es necesario ayudarles a asumir estos rasgos de su identidad histórica; es decir, cómo los veían los blancos que llegaron a sus tierras, y cómo los calificaban. Lo cual no significa un cheque en blanco en favor de los *huincas*. También deben tomar conciencia los mapuches de la calificación que a ellos les merecían los blancos.

La aceptación mutua de culturas diferentes, con sus virtudes y sus vicios, es el punto de encuentro humano constructivo. Es el diálogo de las culturas. Es vida. Por lo contrario la actitud de rechazo cerrado es semilla de odios. Es muerte.

Esta es la experiencia de la historia.

En el siglo xvi

Durante los años de la ocupación y exploración de las tierras de América, el apelativo corriente de los nativos era *indio*, por creer que eran habitantes de las Indias, las del *Lejano Oriente* de los europeos.

Leyendo escritos de esa época, hallamos que el *primer cronista de Indias*, al hablar en 1535 del Río de la Plata, se refiere a “... el cual río los *naturales* llaman Paranaguacú”. (51)

En 1541, Alonso de Santa Cruz habla en su *Islario* de un “... río principal que los *indios* llaman Paraná...” (52)

En 1544, Sebastián Gaboto menciona a los *indios* en la Tabla dedicada al Río de la Plata que aparece en su planisferio, donde expresa: “Llaman los *indios* a este gran río el Ryo huruai...” (53)

En la primera publicación sobre el Río de la Plata —una carta escrita en 1545 por un tal Ambrosio Eusebio, y publicada en Venecia en 1552 con el título de *Cartas escritas al señor Pedro Aretino*— se hablaba de “nuevos tesoros publicados por tantas extrañas clases de *indios* de diversas lenguas en todo diversas”. (54)

Según las informaciones de la cartografía, en 1544 Gaboto sobre el Planisferio que ya mencionamos, deja escrita su entrada en el Río de la Plata, en "vista de la grandísima relación que los *indios* de la tierra le dieron..." (55)

En la biblioteca de Wolfenbüttel existe un mapa español supuestamente hecho por Ribero entre 1526 y 1530, o por lo menos una copia de un trabajo del mismo autor. Al oeste del río Paraná aparece esta leyenda: "...la boca de este gran río descubrió Juhán Díaz de Solís el año de 1515 e aquí lo mataron los *Indios*..." (56)

En un Informe al Rey en noviembre de 1530, el Consejo de Indias hablaba de "grandes poblaciones, ricas, aunque muy trabajosas de pacificar, por la calidad de los *naturales* dellas..." (57)

En 1562 aparece el término *salvaje* en portugués: *salvagens*, en un mapa publicado por el portugués Bartolomé Velho. Sitúa a los *salvagens grandes* por tierras patagónicas. (58)

Ese mismo año, el cartógrafo mallorquín Bartolomé de Olives escribe sobre un mapa que publica: "Querandís Los moradores de esta sierra son *silvestres*". (59)

Juan López de Velasco, cosmógrafo y cronista de Indias, en 1574 decía que Solís había entrado en 1512 en "... el Río de la Plata... y que habiendo vuelto el año 15 con título de gobernador lo mataron los *indios*".

Por esa fecha, el mismo Velasco se refería al lago Titicaca como a "la gran laguna de Chucuito, en *lengua de indios* Titicaca". (60)

Cieza de León, en *La Crónica del Perú*, escrita en 1553, al tratar de la provincia de Chicuito, destacaba su importancia, porque "ha sido y es cabeza de los *indios*... y es delo más antiguo de todo lo que se ha escrito, a la cuenta que los *indios* dan". (61)

En el siglo xvii

Prosiguiendo en nuestro rastreo, encontramos que en 1602 Ruy Díaz de Guzmán escribió de Gaboto que "corriendo la tierra tuvo comunicación con los *indios* de su comarca con quienes entabló amistad". Y luego, cuando la fundación de Santa Fe, dice: "concluido el Fuerte, luego Juan de Garay salió a correr la tierra empadronando los *indios* de la comarca". (62)

En 1605, el Procurador de la ciudad de Buenos Aires levanta una *Información* con motivo de la muerte de Juan de Garay. Fray Juan de Escobar declara como testigo, y expresa que es de su conocimiento que Garay "...hizo gente para la entrada y descubrimiento de los dichos *indios cé-*

sares y que no hubo efecto que en esta ocasión lo mataron los *indios minuas*..." (63)

En 1618, en España, el cartógrafo Pedro Quiros, en un mapa titulado *Descripción coreográfica de las Provincias Unidas del Perú, Chile, Nuevo Reyno y tierra firme*, al lado de unas lagunas escribe: "alrededor de las lagunas hay muchas poblaciones de *indios* que llaman Césares". (64)

Alrededor de 1660 comienza la escalada de acciones ofensivas y represivas entre el indio y el blanco. (65)

Era Gobernador de Buenos Aires Alonso Mercado y Villacorta. En 1661 y 1663 había informado al Rey que "en los términos de aquella jurisdicción por parte de Sud y confines de la Cordillera de Chile y provincia de Tucumán, habían sido siempre habitados de un numeroso gentío de *indios Serranos y Pampas bárbaros* en el modo de vivir en los campos..." (66)

Otro gobernador de Buenos Aires, José Martínez de Salazar, le escribe al Rey en 1674: "Los *indios* de este distrito que llaman Pampas... nunca se han podido domesticar ni reducir a política cristiana..." (67)

En el siglo xviii: Testimonios.

Endurecimiento de dichos y de hechos

Un escrito de principios del siglo xviii: una comunicación de Silvestre Antonio de Roxas a la Corte de Madrid, en 1707, describiendo el itinerario que había de seguirse para encontrar las tierras de los Césares, hablaba de "... un río muy grande y manso que sale a un valle muy espacioso y alegre en que habitan los *indios césares*". (68)

En marzo de 1748, el Gobernador de Buenos Aires le escribe al marqués de la Ensenada; le da noticias de la misión del Padre Cardiel, enviado para reconocer la desembocadura del río de los Sauces, y —añadía— si en esta ocasión se halla oportunidad [...] visitar toda la tierra y sus *bárbaras naciones*". (69)

Por su parte, el Padre Cardiel anota en su Diario que llevaba "por guías e intérpretes a dos *infieles serranos*". (70)

Estos dos infieles lo abandonaron el 21 de mayo, porque estimaban que "los infieles que buscábamos eran muy *bárbaros y sangrientos*, que nos habían de matar".

Luego, en 1760, el Padre Cardiel compuso un mapa titulado *Parte de la América Meridional*. En la región pampeana de la Argentina puso esta inscripción: "Pampas, Campañas desiertas fre-

cuentadas de *indios vagos* llamados pampas, serranos, puelches, tuelches, etc." (71)

En otro mapa de 1784, atribuido al Jesuita Martín Dobrizhoffer, se escribió entre los 35° y 37° de latitud: "Los bárbaros del sud". (72)

El mismo calificativo aparece en un mapa hecho en 1786 por José Custodio de Saa y Faría en la ciudad de Buenos Aires, por orden del virrey Loreto. En éste, sobre la región pampeana de Saa escribió con letras destacadas: "Terreno habitado por varias naciones de *indios bárbaros*"; y al sud del río Negro reiteraba: "indios bárbaros". (73)

Aquí cabe la observación de Martínez Sierra: "Las condiciones de vida del indio hicieron que éste fuera calificado de bárbaro, y esta manera de llamarlo se generalizó tanto, que en la cartografía quedó constancia de ello, por lo que hacía a los naturales de la región de las pampas". (74)

En 1772, el Cabildo de Buenos Aires encara la defensa del ganado de los hacendados. Decide una serie de operativos, "por los perjuicios que se siguen a los vecinos de la pérdida de sus haciendas y ya por lo que se aprovechan de ellas *nuestros enemigos los infieles*". (75)

Más tarde, en 1777, el primer virrey del Río de la Plata, Pedro de Cevallos, apenas tomó posesión de su cargo, en una nota dirigida al Cabildo se manifestaba "admirado de saber la indolencia con que de algunos años a esta parte se toleran en los términos de esta ciudad *las crueldades que los infieles cometen impunemente* en los pobres vecinos de esta campaña". (76)

Cevallos le deja a su sucesor el virrey Vértiz una memoria sobre el problema. Tiene fecha del 12 de junio de 1778, y en el acápite "Frontera de Indios" dice que "es muy fácil componer un cuerpo de diez a doce mil hombres capaces de arruinar *esa canalla de indios despreciables* y abominados aun de los propios de su especie que pueblan las serranías". (77)

Basilio Villarino, piloto de la Armada Real y primer explorador del río Negro, del Limay y de las aguas de la región del Huechu Lafquen, partió de Carmen de Patagones el 28 de setiembre de 1782. A la altura de Choele Choel, después de unos incidentes con indios, anota en su Diario: *Es imposible hacer cosa buena con los indios y lo más seguro es el rigor*". (78).

En 1784, Juan de la Piedra, comandante del Fuerte de Carmen de Patagones, decide entrar en territorio indígena, al sur de la provincia de Buenos Aires.

Según las instrucciones del virrey, de la Piedra debía tratar de no quebrar la armonía con

los indios. Pero de la Piedra pensaba que los indios sólo podían ser doblegados por la violencia. Por eso, en un choque entre blancos e indígenas, la gente de de la Piedra degüella a quince indios, entre los que había algunas criaturitas.

Cuando el Deán Gregorio Funes, en su *Ensayo de Historia Civil* comenta el hecho, escribe: "En las bestias, cuyo instinto es cruel, no estaría tan apagado el sentimiento enérgico de la piedad". (79)

Villarino iba entre esos exploradores. Y como refiere Martínez Sierra, pocos días después, en otro combate con los indios cerca de la Sierra de la Ventana, tanto Villarino como de la Piedra pagaron con sus vidas. Acabada la batalla, los indios vencedores tomaron prisioneros a los sobrevivientes. Y después propusieron la paz, con devolución de prisioneros.

El 19 de setiembre de 1795, el Síndico Procurador presentaba ante el Cabildo de Buenos Aires un vasto plan de colonización. En su extenso alegato decía:

"Hablemos, señores, con claridad; ello es una cosa vergonzosa que una capital de este rango [Buenos Aires, capital del Virreinato] tenga sus fronteras a corta distancia, [...] dejando el demás campo y aquella tierra que es la madre fecunda que trabajada produce al hombre su felicidad, desierta y en las manos de unos bárbaros."

Y después de pronunciarse contra el espíritu guerrero mostrado en la conquista, terminaba:

"En el día *estos mismos indios*, que habiendo cuidado no pueden dañarnos, deben ser el objeto en que se empleen el celo, la aplicación y el amor, *porque ellos son las verdaderas Indias...*" (80)

Testimonios italianos, franceses e ingleses

Por los documentos citados, hemos podido entrever la mentalidad reinante también en la Argentina colonial.

Entre tanto, en Europa, en 1700, en Francia, en un mapa diseñado por G. de L'Isle: *L'Amérique Méridionale*, en la latitud de los 30° y hacia el oeste del país, dice: "Pampas, campagnes stériles habitées des peuples qu' en prenent le nom"; es decir, "Pampas, campos estériles, habitados por pueblos que de allí toman el nombre".

En 1748, otro francés, D'Anville, produce un mapa titulado *Amérique Méridionale*. Al sur del paralelo 35° escribe:

"Grandes plaines appellées Pampas d'un mot Indien que dans la langue quichua du Pérou signifie proprement vallée, et le même nom si donne aux indiens qui vivent errants dans les Plainnes"; es decir, "Grandes llanuras llamadas Pampas por una palabra indígena que en la lengua quichua del Perú significa con propiedad valle, y *el mismo nombre se les da a los indios que viven errantes en las llanuras*". (81)

En 1772 se da a conocer en Londres una versión inglesa del mapa de D'Anville, por cuenta de Robert Sayer. El texto inglés, con una leyenda en el espacio vacío entre Buenos Aires y Cuyo, dice: "Grandes llanuras llamadas Pampas, las cuales en la lengua del Perú significan valles, tierras bajas, por cuyo motivo los indios que vagan por estas regiones son también llamados Pampas".

En 1785 se publica en Italia un mapa cuya leyenda sobrescrita es la traducción italiana del texto del mapa de D'Anville, 1748. Esta obra cartográfica se titula *Chili della Terra Magellanica coll' isola della Terra de Fuoco*. En el espacio que corresponde a la región pampeana pone: "Grandi pianure chiamate Pampas, parola indiana che nella lingua quichua del Perú significa propriamente vallata. E il medesimo nome si da agl' indiani che vivono erranti in queste pianure". (82, 83 y 84)

Escritos de Viajeros y Exploradores

Un clásico de los viajes científicos es el libro de Charles Darwin: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Este viaje lo cumplió en la nave *Beagle*, capitaneada por Fitz Roy. También anduvo Darwin por la Patagonia, y recorrió largos tramos por tierra. El libro original está en inglés, fue publicado en Londres a mediados del siglo XIX.

En 1982 apareció en Italia una pulcra edición en italiano. En esta traducción italiana habla comúnmente de *indios*. Pero en la página 347 se refiere a los araucanos, y dice: "las tribus dependientes de Valdivia son *reducidas y cristianos*. Los indios más al norte, hacia Arauco e Imperial, son todavía *muy salvajes y no convertidos*".

Luego, en la Patagonia Argentina, llega hasta las costas del río Colorado. El general Rosas está en plena campaña contra los indígenas. Darwin constata que "cada uno está aquí perfectamente convencido de que ésta es la guerra más justa, porque está hecha a *los bárbaros*"; y "no sólo han sido exterminadas tribus enteras, sino que los *Indios sobrevivientes se han vuelto más bárbaros...*" (85)

Cómo nombraban los misioneros a los indígenas en los siglos xvii y xviii

Nos reduciremos a presentar datos del Reino de Chile y del Virreynato del Río de la Plata.

Citaré los testimonios del Padre Nicolás Mascardi, jesuita, misionero mártir del Nahuel Huapi; de Tomás Falkner, científico y misionero jesuita de los Pampas, del Padre José Sánchez Labrador, también jesuita misionero del Paraguay, y de los Padres Franciscanos del área araucana de Chile.

Desde la zona del Nahuelhuapi, ya entre los indios poyas, el Padre Mascardi escribe a su comunidad del Colegio de Castro, en la isla de Chiloé. Es la *Carta y Relación* del 15 de octubre de 1670.

El calificativo corriente que Mascardi aplica a los indígenas es el de *bárbaros*. Así habla de "los Poyas del sur, que viven arrimados a la Cordillera y son *los más bárbaros*"; y al bautizarlos, ve "ya brotando las primeras flores y primicias de esta *gente bárbara*".

Relata un diálogo con los Poyas, quienes le dijeron "que ellos eran aquellos a *quienes los españoles llamaban bárbaros*, y decían que comían carne humana y que yo [Mascardi] con su trato de ellos echaría de ver que *no eran tan bárbaros e intratables como decían...*" Y cuando da testimonio de la devoción que los Poyas demostraban a la Santísima Virgen, dice: "Es increíble el afecto y moción, que con su vista cría en los corazones de *estos bárbaros...*" (86)

En 1772, un siglo después de la *Carta y Relación* del Padre Mascardi, el agudo estudioso y gran misionero jesuita del Paraguay, Padre Joseph Sánchez Labrador, escribe un libro titulado *Paraguay católico*, que contiene las cosas siguientes:

- "I. La misión de los indios pampas;
- "II. La misión de los indios puelches;
- "III. La misión de los indios patagones."

Leyendo al pasar, constato que normalmente habla de *naciones infieles, indios infieles, indios naturales del País, indios de la Cordillera, indios americanos, indios australes...*

En algunos casos habla de "la ferocidad de los indios del País"; "de las bárbaras costumbres de sus habitantes", los indios meridionales; y del cacique Bravo Cacapol refiere que "es reconocido y respetado entre todos *estos infieles* [Los Pampas] *por su ferocidad y valentía*".

Al describir la tez de las mujeres tehuelches y patagonas, y de sus muchachos y muchachas, dice que "si se vistieran a lo español, ninguno los tendría por *Bárbaros*."

De los Indios Australes dice que "tienen una ley bárbara".

Relata que un misionero fue testigo admirado "de que por tan poco vendiera el Bárbaro a su pobre parienta". (87)

Una Relación del Convento Franciscano de Chillán

De Chile nos ha quedado un testimonio manuscrito que yace en los Archivos del Vaticano. Se trata del *Informe historial cronológico de las Misiones del Reyno de Chile*. Hace la "descripción del Terreno ocupado por los Indios; de su condición, costumbres y Ritos de su bárbara gentilidad", y "otras noticias tomadas de documentos igualmente verídicos". Está fechado en el Colegio de Propaganda de Chillán el 31 de diciembre de 1784, y firmado por FRAY MIGUEL ASCASUBI. (88)

Aunque, de paso, no debo omitir que el franciscano Fray Luis Olivares Molina cita el *Informe cronológico de las Misiones del Reino de Chile* hasta 1789, como "escrito por un religioso misionero del Colegio Apostólico de San Ildefonso de Chillán, fechado allí mismo el 31 de octubre de 1789". (89)

¿Serán el mismo documento el *Informe historial cronológico* del 31 de diciembre de 1784, cuya fotocopia poseo, y el *Informe cronológico* del 31 de octubre de 1789, o este documento tiene por fuente a aquél?

Pues bien; el *Informe historial Cronológico* de Fray Miguel Ascasubi, normalmente suele referirse a los indios, los naturales y la nación Peguéncha; las naciones de Indios, gentiles, Indios netos... Cada tanto, a modo de nota negativa, se refiere a "la bárbara gentilidad, el bárbaro estilo, la crueldad de los bárbaros, los bárbaros bautizados, su conducta gentilica..."

En el folio 34 indica los motivos por los que no es fácil tener informes exactos; es decir, la dispersión de estos naturales, su falta de civilización y subordinación en lo temporal y espiritual; sobre todo, "su innata desconfianza del Dominio español, de quien recelan siempre que pretenden reducirlos a una rigurosa servidumbre".

Más adelante se refiere a "la conquista espiritual de estos naturales", hasta que, "exasperados los Indios de las Tiranías, opresiones y malos tratamientos de los nuevos colonos, tramaron secretamente una conspiración general; y dando sobre la ciudad la entraron a sangre y fuego con tan bárbaro furor, que fueron raras las familias que pudieron librarse del estrago..." (folio 45).

Cuando Fray Ascasubi señala que los Naturales "ignoran de todo punto la lengua española", y "que no tienen en su trato cosa alguna que huela a civilización" (folio 69), ya está asomando un prejuicio cultural: la antinomia *civilización* (europea) versus *barbarie* (indígena). Éste es un lastre u obstáculo endémico del desarrollo histórico de los pueblos de la América Latina.

Este prejuicio sociológico europeizante fue usado como arma contra la evangelización de los pueblos. Fue lo que enturbió y obstaculizó la tarea de los misioneros en las misiones entre indígenas durante los siglos XIX y XX, en distintas áreas de América Latina.

Esta antinomia *civilización-barbarie* y sus raíces la captó agudamente Musters en su largo viaje a través de la Patagonia. Dejó escrito en 1871:

"Es de esperar que la vida real en los toldos que se ha narrado aquí, habrá habilitado al lector para formarse una idea del carácter de los Tehuelches, más favorable de lo que por lo general se sugiere... No merecen, seguramente, los epítetos de salvajes feroces, salteadores del desierto, etc. Son hijos de la naturaleza. [...] Como es muy natural, recelan de los extranjeros; sobre todo, de los de origen español, o, como los llaman ellos, de los cristianos. Y no hay que maravillarse de esto, si se considera el trato, la crueldad traicionera y la explotación pícaro de que esos indígenas han sido objeto por parte de los conquistadores y de los colonos, alternativamente." (90)

Visión europea del indígena en los siglos XIX y XX

El 20 de agosto de 1890, la Congregación de la Propagación de la Fe daba el visto bueno para su publicación a un trabajo titulado, en italiano, *L'Araucania—Memorie inedite delle Missioni de FF. MM. Capuccini nel Chili*. Contiene las Memorias de numerosos Padres Capuchinos que fueron misioneros entre los araucanos de Chile desde 1848, e interesantísimos testimonios.

Vamos a espigar sólo las expresiones referentes al modo con que ellos calificaban a los indígenas. Se refieren a un pueblo "otrora infiel y salvaje", a "idiomas bárbaros", a "indio infiel", "indígena cristiano..." Hablan de "disuadir a los salvajes de costumbres tan bárbaras...", de pueblo bárbaro y a la vez heroico..."

Los dos términos más usados son *indígena* y *bárbaro*. (91)

En 1910, en Catania, el Padre Samuel Cultrera, capuchino, ofrecía en segunda edición un libro ti-

tulado *Una Missione fra i Selvaggi del Brasile*. (92)

Todavía en 1925, la Escuela Tipográfica de Ancona editaba las Memorias ilustradas de los 29 años de misión del Padre Savino de Rímíni, de los Menores Capuchinos, con el título de *Tra i selvaggi dell'Araguaya*. (93)

Los testimonios precitados ya nos permiten distinguir el perfil de los dos polos culturales: civilización o barbarie, el hombre civilizado o el bárbaro-salvaje.

Para entrar en el modo de ver y pensar europeo es útil asomarse a las enciclopedias y diccionarios europeos, espejos de su mentalidad.

Busco el término *bárbaro*, en la Enciclopedia Italiana (Treccani) y me entero de que el concepto de bárbaro ha variado mucho desde los griegos hasta nuestros tiempos. Desde fines de la Edad Media hasta el presente se ha ido reduciendo la extensión geográfica del término; y esto, a medida que se difundía la civilización europea, y desaparecían o eran asimilados los pueblos bárbaros. Pero, además, por el hecho de que el término, vaciado de su significado étnico-religioso, o sustituido por el concepto menos truculento —mejor dicho, neutral— que encierra en sí el concepto de *pueblos primitivos*, ha quedado reducido a nombrar determinados instintos naturales no reprimidos.

Sin embargo, durante los cuatro primeros siglos en que Europa se asomó a las tierras y culturas de la América India (1492-1900), aplicaron fuertemente la idea de bárbaro como *extranjero feroz* que no respetaba las leyes e instituciones europeas (españolas, portuguesas, inglesas, holandesas, francesas, etc.), y como enemigo de la patria y de la religión (de los europeos).

Y así como en la Edad Media se era o cristiano o bárbaro, después de 1492, en las Indias, en última instancia sólo se podía ser cristiano (sometido a los blancos) o bárbaro (libre en su tierra). (94)

"Entre nosotros [en Italia] los *pueblos no civilizados se llaman salvajes o bárbaros*. Los griegos y los romanos —explica Tommaseo— llamaban bárbaros a todas las naciones extranjeras, para señalar que ellos gozaban de la luz más pura de la razón y de la libertad.

"El salvaje —sigue diciendo Tommaseo— vive en las selvas, en un estado más próximo a la naturaleza bruta. Los bárbaros pueden tener casa y ciudades. Por eso hablamos de naciones bárbaras, y no de naciones salvajes, porque la nación supone el fundamento de instituciones sólidas.

"En cierto sentido, el salvaje es superior al bárbaro. En cuanto a que el estado salvaje puede ser un estado de ignorancia inocua, de pacífica soledad, pueblos a los que nosotros [los europeos] llamamos salvajes y quizás no lo sean.

"En otro sentido, el salvaje es inferior al bárbaro. Porque la barbarie puede ir unida a cierto grado de cultura; puede ser considerada barbarie confrontada con una civilización floreciente; puede consistir en determinados prejuicios o costumbres.

"Sin embargo, parece que la idea de bárbaro sugiere algo repugnante o rechazable. Porque pensamos que la barbarie, aunque sea menos inculta, es agresiva. El salvaje huye del hombre, para no ser agredido, o si agrede, lo hace por miedo o por suspicacia, fruto de la ignorancia.

"Hay salvajes bárbaros, y salvajes no bárbaros. Hay bárbaros casi salvajes, y hay bárbaros próximos a la civilización.

"De los salvajes se refieren notables actos de gentileza. Los primeros invasores de América, quizá eran más bárbaros que aquellos pobres salvajes."

Y concluye Tommaseo: "En sentido figurado, estas diferencias conservan su valor. En nuestra sociedad llamamos *salvaje* al que huye de la sociedad humana, y *bárbaro*, al que carece de humanidad. Entre las personas que la sociedad llama civilizadas, los actos de barbarie son más frecuentes que entre aquellos que viven como salvajes." (95)

En el *Vocabolario Nomenclatore* de Prémoli encontramos que *selvaggio* (salvaje) es "el que vive sin ley, sin cultura intelectual, o a la suma con alguna noción de ley, de religión, de costumbres civiles..., bárbaro (sin civilización), bestial, feroz, indómito, inhospitalario, insocial, intratable". (96)

En el *Grand Dictionnaire Français-Italien et Italien-Français* de 1882 leemos que *sauvage* "se dice de los hombres que viven fuera de la civilización..., quien gusta vivir solo..., salvajes son los lugares no cultivados..., salvaje es quien vive en los bosques sin habitación estable..., salvaje es quien huye de la compañía de sus semejantes..., salvaje es sinónimo de rústico, rudo, duro, grosero..." (97)

Años antes, en 1864, el *Dizionario di cognizioni utili*, editado en Turín (donde vivía y desarrollaba su obra Don Bosco), presentaba a los *salvajes* como a "gente de anchas espaldas, cabeza enorme, cabellos negros y toscos, poca barba, fisonomía inexpresiva y de unos seis pies [unos 3 metros] de estatura, por lo que son posiblemente los más

altos de la tierra". Este dato lo aporta el historiador salesiano Pietro Stella, haciendo notar que esa noticia la Enciclopedia la toma, a su vez, de la *Nuova Enciclopedia Popolare*, publicada en la misma Turín diez años antes, en 1848. (98)

El mismo Stella señala lecturas que entonces brindaban información sobre las misiones y los indígenas. Esas informaciones, que se adoptan y amplían en el PROYECTO PATAGONIA DB, nos están mostrando un Don Bosco normal, espejo de la mentalidad de su tiempo también en lo que a misiones e indígenas se refiere.

Desde 1848, era un asiduo lector de los *Anales de la Propagación de la Fe*. De éstos sacaba material para sus publicaciones propias. Lo mismo era lector y propagandista de la publicación turinesa *Museo de las Misiones Católicas*, que dos Sacerdotes amigos suyos publicaban allí en Turín.

Don Bosco piensa y sueña esas misiones en sentido estricto, entre infieles y en el sentido más romántico de su tiempo: entre pueblos "cruels y salvajes..." Tal como eran presentados en los libros y revistas europeos. (99)

Don Bosco y los indígenas

En el "PROYECTO PATAGONIA DB" se puede comprobar que Don Bosco habla generalmente de los indígenas; de tribus no reducidas o sometidas; de indios, indígenas o *indiani*; nativos o naturales, naciones indígenas, tribus bárbaras... Otras veces, pero menos, habla de salvajes. Esto depende de la terminología usada por los autores que cita como fuentes de información.

En tiempo de Don Bosco —observa Stella—, "salvaje era una palabra mágica que despertaba el interés y la curiosidad de quien quería asomarse casi a los orígenes de la naturaleza humana, tal como se había conservado fuera de la civilización, o tal como se había embrutecido bajo el peso del pecado original, de los vicios y de las pasiones desencadenadas..." Además del halo de leyenda con que los antiguos exploradores habían logrado rodear a los indígenas de la Patagonia.

Stella, tomando como fuente al Barberis, de *La Repubblica Argentina e la Patagonia —Lettere dei Missionari Salesiani*, opina que "apenas llegados a Buenos Aires los Salesianos, obedeciendo a una sabia disposición de Don Bosco, se pusieron a escribir cartas llenas de informaciones que en Turín podían resultar útiles para propaganda y otros fines". Realmente, "las primeras informaciones sobre los salvajes patagones —señala Stella— eran aptas para despertar fuertes emo-

ciones. Porque también los patagones, por ejemplo, según dichas informaciones, habían sido y continuaban siendo caníbales..." (100)

Como ya puntualizamos al comienzo de este estudio, las referencias sobre los indígenas insertadas en las Cartas de los misioneros son un trabajo hecho en Turín. Las noticias se tomaban de las fuentes que sirvieron en su momento para redactar este PROYECTO PATAGONIA DB.

Antropófagos o caníbales

Este tema, como asimismo el tema de la estatura gigantesca de los indígenas de América del Sud —en particular, de la Patagonia o Tierras Magallánicas—, formaba parte de las preocupaciones e informaciones de viajeros curiosos, exploradores y misioneros de los siglos XVI, XVII y principios del XVIII.

A Don Bosco también lo atraieron estas mismas preocupaciones o prejuicios culturales. Presta fe a los autores que ha leído; pero sufre, porque los indígenas de sus sueños e ideales apostólicos son *caníbales*. (101)

En 1871-72 se le había presentado en sueños "la visión de crueles salvajes que matan misioneros, los descuartizan, los cortan en pedazos, y ensartan sus carnes en las puntas de sus lanzas y a continuación, la inmediata aparición de misioneros salesianos que se acercan a esas hordas con rostro alegre y precedidos por un grupo de niños, con el rosario en la mano, y que son recibidos y escuchados con mucho gusto." (102)

Pues bien el recuerdo de estas escenas *vistas*, las referencias de los autores consultados, el testimonio de viajeros y las noticias de sus Salesianos misioneros, despertaban en Don Bosco sentimientos de profunda compasión. Por la miseria espiritual de los indígenas, por una parte, y además, por lo mucho que éstos sufrían.

Con frecuencia le oyeron a Don Bosco exclamar: —¡Pobre gente! Llevan una vida tan infeliz, sufren tanto, carecen de medios para abrigarse. Hagamos todo lo posible para acudir en su ayuda y sacarlos de su miseria.

Y a sus Misioneros les recomendaba que tuvieran gran compasión de *los pobres indígenas*, y que los trataran bien. Y que se interesaran ante las autoridades civiles, para conseguir que no los traten con tanta dureza.

Todo esto lo declaró Don Julio Barberis en la Causa de Beatificación y Canonización de Don Bosco. (103)

El tema de la antropofagia de los indígenas da para mucho. Anthony Pagden señala que "el canibalismo ha tenido un papel notable en la literatura popular de las culturas más diversas, y siem-

pre se lo ha presentado como a un símbolo de las aberraciones más horribles también en las mitologías de pueblos tan distantes unos de otros como los esquimales y los azandás, los islandeses y los maoríes"; y luego subraya que "el interés de la cultura europea por este fenómeno parece una obsesión..."

Luego documenta cómo los griegos calificaban de tribus caníbales a las poblaciones nómades que vivían más allá de la ecumene, y que hasta Aristóteles denunciaba como "salvajes a quienes gusta la carne humana", a las poblaciones establecidas alrededor del Mar Negro.

Añade Pagden: "Todas estas tribus, que sólo son una mínima parte, eran consideradas *bárbaras* por los griegos". Y prosigue: "Este modo más bien simplista de ponerse frente *al otro*, de definir *al diferente* —especialmente si, como los Escitas, constituían una amenaza seria para los centros de la cultura de esa época—, este modo simplista fue después ampliamente adoptado por los escritores cristianos. Con el crecer de su conocimiento de la cultura oriental y occidental, aumentó el número y la variedad de las tribus entregadas a la antropofagia".

Con el descubrimiento de América —prosigue Pagden— "aumentó el número de razas que se alimentaban de carne humana. Esto permitió, declarar lógicamente legítima, la campaña colonizadora". Y con ironía recuerda como Colón, que aún no había puesto pie en las Indias Occidentales, sintió hablar con bastante satisfacción de la existencia de una tribu cuyos miembros tenían como hocicos de perro (aunque quien le dio la noticia no había visto ni un ejemplar de éstos en su vida), y que se alimentaban de los habitantes de las islas vecinas, después de haberles dado caza. A estas poblaciones de los caribes llamaron *caníbales*.

Muy pronto, la característica de antropófagos fue extendida de los indios caribes a otros grupos étnicos indoamericanos, hasta la Tierra del Fuego.

En realidad —según Pagden—, cada vez que los españoles necesitaban una excusa para ignorar los edictos del Rey que prohibían la esclavitud, cuando se topaban con ritos que no alcanzaban a entender —especialmente, si esos ritos requerían sacrificios humanos—, los clasificaban como expresiones de canibalismo.

"Rápidamente —observa Pagden— este tipo de imagen del salvaje de África y de las Américas, como insaciable y encarnizado devorador de seres humanos, entró a formar parte del repertorio de la iconografía europea." (104)

Este tema de los antropófagos en tierras americanas, y más noticias sobre Gigantes y Patagones, se encuentra tratado con abundante documentación en el trabajo de Ramiro Martínez Sierra publicado en Buenos Aires en 1975, con el título *El Mapa de las Pampas*. En el tomo I ofrece un estudio seriamente documentado sobre geografía legendaria y mitos en los mapas.

La Misiones de la Patagonia

Dentro del clima misionero y de los conocimientos sobre los indígenas que en su época se podían tener, Don Bosco lleva adelante, sin desmayos, su proyecto misionero. El ideal que desde joven cultivaba, comenzó a convertirse en palpable realidad a partir de mayo de 1870.

El impulso del Concilio Vaticano I, que había asumido las grandes inquietudes misioneras de Gregorio XVI y las preocupaciones pastorales de Pío IX, la visita al Oratorio de Don Bosco cumplida por obispos misioneros de lejanos países, la motivación de *un sueño* extraordinario, los diálogos personales con el Papa: todo esto decidió al corazón misionero de Don Bosco a encarar con audacia lo que había sido el anhelo de toda su vida: la misión entre los pueblos paganos más postergados de la Tierra.

Los hombres y los acontecimientos se fueron dando de este modo.

Por el año 1870, Don Bosco se pone en comunicación con el cónsul argentino en Savona, Juan Bautista Gazzolo. Sus conversaciones apuntaban a la Argentina. (105)

Ese mismo año, desde setiembre, en Buenos Aires es Vicario Capitulante de la arquidiócesis el obispo Federico Aneiros. Éste en sus preocupaciones pastorales da prioridad a la misión entre los indios de su vasta arquidiócesis.

Así, en noviembre de 1872 le comunica al Papa que "para mayor gloria de Dios y bien de tantos infieles que aún están en la sombra de la muerte en estas regiones", se ocupa de "establecer Misiones Católicas entre los indios llamados vulgarmente Pampas, que se encuentran en los confines de esta arquidiócesis". (106)

Alrededor de esa misma fecha, también Don Bosco conversa con el Papa Pío IX y el Cardenal Barnabó, sobre "América meridional y nominalmente la Argentina", y sobre "la necesidad de misioneros para cuidar de los italianos dispersos, y estudiar la posibilidad de alguna misión entre los indios pampas y patagones". (107).

Además, entre 1871 y 1872 tuvo Don Bosco el *sueño* sobre las Misiones. (108) De tal manera lo impactó este sueño, que durante tres años es-

tuvo tratando de descifrar sus alcances. No lograba comprender a qué pueblos podían corresponder las características vistas en esos aborígenes [*selvaggi*].

Consultó libros de Geografía, pasó revista a gente de distintas regiones del mundo, conversó con viajeros venidos de allá... Cuenta Don Bosco que por un error muy curioso, se había convencido de que su sueño se refería a la India o a Australia, y que pasó casi tres años hablando sólo de dichos países. Hasta que a fines de 1874 el cónsul Gazzolo viaja a Turín, y propone a Don Bosco una fundación salesiana en la Argentina, a pedido del arzobispo Aneiros.

Ya había intercambiado cartas con el Arzobispo, y con el Párroco de San Nicolás de los Arroyos, Ceccarelli. (109) Gazzolo era intermediario de estas cartas, y apoyaba las invitaciones que le llegaban a Don Bosco.

Don Bosco quedó maravillado por estas cartas de Argentina. Se consiguió libros sobre Geografía de América del Sud, los leyó con suma atención y decía:

—¡Estupendo! Por estos libros y las ilustraciones que tenían, vi perfectamente descritos los indígenas del *sueño*, y la región por ellos habitada, la Patagonia, inmensa región al sud de la República.

"Después de muchas otras noticias, aclaraciones e informaciones obtenidas, ya no me quedó ninguna duda —concluía Don Bosco.— Todas las cosas estaban perfectamente de acuerdo con el *sueño*. De ahí en adelante conocí perfectamente el lugar hacia donde debía dirigir mis pensamientos y mis esfuerzos. (110)

Don Bosco se pasa el año 1875 preparando la Primera Expedición de Misioneros Salesianos a la Argentina: carteo con Gazzolo, con el Pbro. Ceccarelli, con el arzobispo Aneiros, con el Vicario General Espinosa, con Roma.

1876 y 1877: años de la Patagonia, para Don Bosco

Mientras sus Salesianos llegados a Buenos Aires a fines de 1875 se prodigaban en la Capital y en San Nicolás de los Arroyos, Don Bosco seguía firme en su objetivo: la Patagonia. Lo demuestran las cartas que ese año fueron llegando a Cagliero, Superior de los Salesianos en la Argentina y Vicario de Don Bosco. Éste le escribe el 27 de abril de 1876, y entre muchas cosas, le encarga:

"9º Como nuestra finalidad es tratar de entrar en la Patagonia, estaría bien que te presentes en mi nombre al Arzobispo, a quien también es-

cribo, y le digas de parte del Santo Padre si él [el Arzobispo] lo cree oportuno, y qué tiempos y maneras estima más convenientes, pero siempre sobre la base de que nosotros estableceríamos colegios y hospicios, y estos siempre en las cercanías de tribus de indígenas." (111)

Fue en la primavera de este año '76 que Don Bosco, en una de las audiencias que tuvo con Pío IX, le contó su *sueño* al Papa. Unos cinco años después de haberlo soñado. Por primera vez se lo contaba a alguien, por lo que se sabe.

Ya en Turín de regreso de Roma, el 17 de mayo comienza a redactar con Don Barberis el manuscrito de 155 páginas cuya fotocopia está en la Tercera Parte de este libro, al que hemos convenido en llamar "PROYECTO PATAGONIA DB".

Todavía falta averiguar si este escrito, enviado al Cardenal Franchi el 23 de agosto de 1876, fue puesto en manos del Papa antes de ser archivado, hasta ver la luz en Argentina en 1986.

En carta a Cagliero, el 30 de mayo de 1876, Don Bosco le dice:

"...Aquí te mando noticias de todo lo que me pidió el Santo Padre, quien está completamente decidido a intentar algo en la Patagonia y en las Pampas. El Santo Padre quiere dirigir personalmente esta empresa..." (112)

El 29 de junio, nueva carta de Don Bosco a Cagliero. Le dice: "El Santo Padre desea vivamente una experiencia tal como la hemos pensado; con los Pampas y la Patagonia". Y le hace unas sugerencias. (113)

A fines de julio de 1876 ya debía estar bastante adelantada la redacción del PROYECTO PATAGONIA. Precisamente el día 30, en una conversación privada mantenida con Don Bodratto, el Santo le cuenta el mismo *sueño* que pocos meses antes había confiado al Papa. Luego, esa misma tarde, Bodratto le confía a Barberis el *sueño* de Don Bosco.

Tres días después, el mismo Barberis escucha de labios de Don Bosco el relato de ese *sueño*. Barberis no le dijo a Don Bosco que ya lo conocía por boca de Bodratto. Se lo dejó contar íntegramente. El historiador Lemoyne certifica que también a él le contó Don Bosco el mismo *sueño*, y que tanto él como Barberis lo pusieron por escrito, tal cual se lo habían oído contar a Don Bosco. (114)

El 1º de agosto, nuevamente le escribe Don Bosco a Cagliero: "Recuérdate siempre que Dios quiere nuestros esfuerzos siempre orientados hacia los Pampas, los Patagones, y hacia los niños pobres y abandonados..." (115)

Entre tanto, fechada en Buenos Aires a 1º de julio, llegaba la respuesta del arzobispo Aneiros a la carta que Don Bosco le escribiera en abril:

"...No puedo menos de encarecer el celo que V. Rma. muestra por la conversión de los infieles de la Patagonia. La escasez de los recursos con que contamos, tanto más que ahora el Gobierno no nos pasa los fondos que antes acostumbraba, unida a la gran distancia que hay de aquellas regiones a esta capital, hace que no podamos ocuparnos de esas misiones. Sin embargo, *en el verano pienso hacer la visita del Curato de Patagones*, situado al Norte de la Patagonia, y pienso llevar, para que me ayuden en la misión, al Padre Superior Don Juan Cagliero, y algún otro de los Padres. Una vez allí, veremos lo que se puede hacer." (116)

Del fervor misionero que reinaba entre los Salesianos de Italia es testimonio la carta de Don Bosco a Cagliero, del 13 de agosto de 1876:

"Son cerca de doscientos los que piden ir de misioneros a la Patagonia. Toda Italia y Europa política y religiosa hablan de nuestro proyecto para la Patagonia." (117)

Nuevamente, con fecha 12 de setiembre:

"Gran fermentación para ir a las misiones: abogados, notarios, párrocos, profesores, piden hacerse salesianos con esta finalidad. [...] Después de la visita que hagas a Carmen o a Patagones con el Arzobispo, escríbeme; díle que el Santo Padre desea mucho nuevos intentos en favor de los indígenas, y que aplaude nuestros esfuerzos para abrir casas de educación en sus confines, tratando de agotar los recursos para conseguir clero indígena." (118)

El 31 de octubre, nueva carta de Don Bosco a Cagliero:

"...Tengo ya tres ejemplares [tres candidatos] para mandarte..., uno para Patagones... Lo desean, y pienso que son los candidatos adecuados. ¿El Arzobispo irá contigo a hacer la visita a Patagones?" (119)

El 14-XI-76, Don Bosco a Cagliero:

"...Haz todo lo posible para encontrar algún Indio que se pueda educar en el sentido de vocación eclesiástica. Si fuere menester, te mandaré un buen Maestro de novicios."

Y por medio del segundo contingente misionero que parte para Buenos Aires y Montevideo, envía una carta más a Cagliero, su querido Vicario de América:

"...El Santo Padre sueña con los Pampas y los Patagones, y está dispuesto a ayudarnos también con medios materiales, si fuere menester." (120)

La acción misionera del arzobispo Aneiros y de los Padres Vicentinos

Mientras Don Bosco iba realizando tenazmente sus proyectos misioneros, también el Arzobispo de Buenos Aires ponía en marcha una pastoral misionera intensiva, en el ámbito de su arquidiócesis.

El resultado de las gestiones del arzobispo Aneiros fue la labor cumplida por los Padres Lazaristas (Vicentinos o de la Misión) de 1874 a 1876, entre los indígenas adyacentes a las fronteras interiores del sud y del oeste de la Provincia de Buenos Aires.

Terreno nuevo lo llama el Padre George, C.M., al redactar la crónica de la misión que dieron con el arzobispo, en Azul, en noviembre de 1873. Entonces Azul era una "pequeña población situada unos 240 kilómetros al sud de Buenos Aires, en la frontera con los indios", como escribía el Padre George a los Superiores de la Congregación. (121)

El arzobispo Aneiros prosigue desarrollando su proyecto misionero. Y así recordamos que en julio del '76 Aneiros le comunicaba a Don Bosco que el verano siguiente pensaba visitar a Patagones, y llevar como acompañantes a Cagliero y algún otro de los Padres. (122)

Pero ya en octubre de ese año '76 el diario *La América del Sud* del 26 de octubre comunicaba: "Han partido los RR.PP. Pablo Savino y José Cluny, de la Congregación de la Misión, a fundar sus misiones en el Norte de la Patagonia."

Y así en febrero del '77 ya se halla el Padre Savino en gira misionera por la costa del río Colorado. Lo sabemos por una carta del cacique Queupemil dirigida al arzobispo. (123)

Una carta del Superior de los Salesianos en Buenos Aires, Padre Bodrato, con fecha 29 de enero de 1877, informaba a Don Bosco que los Padres Lazaristas "solicitaron y obtuvieron de la Curia de Buenos Aires la parroquia de Patagones". Y hacía notar que "conforme el Doctor Antonio Espinosa advirtió al Arzobispo, *dicha parroquia se había ofrecido a los Salesianos, que la habían aceptado*; pero comprobó después el arzobispo, haberse obrado así olvidando que los Lazaristas la habían pedido primero, y que, por lo tanto, les estaba reservada".

A continuación, en la misma carta, Bodrato puntualiza:

"Nosotros [los Salesianos] nos hallábamos en muy buenas relaciones con los Lazaristas, y hemos hablado más de una vez sobre este asunto; y he advertido que ellos no entienden desistir, sino que esperan el momento oportuno para continuar

con su misión. Más, aún; ansían vernos a nosotros de una parte, y a ellos de otra, trabajando todos de acuerdo en aquel vastísimo campo, que daría ocupación a un ingente número de misioneros." (124)

A fines del 77, el Padre Savino, con la aprobación de su Congregación y el apoyo económico del Consejo de Misiones de Indios, presidido por Aneiros, compra dos casas. Una en Carmen de Patagones, para internado y externado de niñas indígenas, y la dedica a Santa María de los Indios. La otra casa, en Mercedes de Viedma, adquirida con dinero de la Sociedad de San José. Y además, dos solares solicitados a la Municipalidad para instalar un Colegio de Artes y Oficios, con el nombre de San José de los Indios. Más otro destinado a la enseñanza de la agricultura. (125)

Pero el 17 de enero de 1878 el Padre Savino comunica al arzobispo la resolución tomada tras madura reflexión, en la presencia de Dios, de retirarse enteramente de la misión de Patagones. (126)

Bodratto le pasa la novedad a Cagliari, que estaba en Italia por deberes de su cargo, de que el Padre Savino presentó formal renuncia, así a su General como al Arzobispo:

"Este buen sacerdote —dice Bodratto—, después de haberse sometido a enormes sacrificios, se vio en la imposibilidad de seguir"; y añade: "Días pasados vino a hablarme confiadamente de todo lo que le había acontecido. Él está conforme con ceder a los Salesianos las dos casas que hizo construir en Patagones, y nos anima a aceptar la misión. Aduce el motivo de encontrarse solo y pobre allá donde sin medios materiales nada se consigue". (127)

Recién el 15 de agosto de 1879, el arzobispo Aneiros le ofrece la misión de la Patagonia a Don Bosco —esa misión "por la que tanto se interesa", le dice—, y le ofrece también la Parroquia de Patagones como centro de misión. (128)

Don Bosco contestaba a Aneiros, el 13 de setiembre diciéndole que había recibido "con el corazón rebotante de júbilo... su muy grata y apreciadísima nota"; y añadía:

"PUEDE VUESTRA SEÑORÍA CONTAR CON MI COOPERACIÓN Y CON LA DE TODA LA CONGREGACIÓN SALESIANA. SÍ, LOS SALESIANOS, CONFIADOS EN LA AYUDA DE DIOS Y EN EL PODEROSO AUXILIO DE MARÍA SANTÍSIMA, Y ALENTADOS POR LA INVITACIÓN DE VUESTRA SEÑORÍA Y POR LA DEL EXCELENTÍSIMO GOBIERNO NACIONAL, SE HACEN CARGO DE ESA TRASCENDENTAL MISIÓN." (129)

Y así, el 28 de octubre de 1879 el Padre Savino, después de haber hecho el inventario de la misión en Patagones, le decía al Padre Bodratto en Buenos Aires que Patagones aguardaba a los Padres, pero mucho más a las Hermanas, para que se hagan cargo de la enseñanza de las niñas". (130)

Tres años antes...

El 20 de agosto de 1876, el Sacerdote Juan Bosco había firmado en Turín las 155 páginas manuscritas cuya médula son las Misiones Salesianas de la Patagonia.

Todo este carteo que hemos presentado, sirve para poner en luminosa evidencia que ya en 1876 había asumido las Misiones de la Patagonia, y planificado de algún modo la implantación de la Iglesia en esas entonces misteriosas y casi desconocidas regiones del Sur argentino.

Quince páginas del Manuscrito las dedica a *El Carmen*, y declara que cree "necesario describir brevemente esta Villa especialmente, porque, con la ayuda de Dios, los Salesianos esperan abrir allí una Casa de Formación destinada de modo particular a brindar asilo a los niños más abandonados" (folios 39 a 50).

En el folio 50 hace notar Don Bosco "la suma importancia de establecer alguna Misión y también algún hospicio en la ciudad del Carmen". Esto —dice— "facilitaría el aprendizaje de las costumbres e idioma de los Patagones, internarse luego poco a poco en la región, y establecer estudios adaptados para preparar *misioneros indígenas para evangelizar la Patagonia*".

Reitero: esto lo escribe Don Bosco en 1876. Como se puede ver en la fotocopia de las últimas ocho páginas del Manuscrito, que son la *Conclusión*, tres páginas están destinadas a la "Situación actual de la Patagonia", sus habitantes en 1876, las guerras y hostilidades, y las cinco páginas restantes, a presentar lo que Don Bosco llama *el Nuevo Proyecto*.

"El nuevo plan fue combinado con el Santo Padre" asevera Don Bosco. Nótese que esto se lo está diciendo al Cardenal Franchi, que probablemente estuvo presente en las audiencias que el Papa había concedido a Don Bosco para tratar el tema de las misiones.

Y termina señalando que "mientras se pensaba en el modo de fundar nuevas Casas en la República Argentina, circunstancias favorables concurrieron en favor de los proyectos sobre la conversión de la Patagonia". Y pasa Don Bosco a describir tres proyectos, cada uno de los cuales, según él, ofrece esperanzas de éxito.

Luego puntualiza que "todas estas cosas están en tratativas", y que, "entre tanto, han sido pedidos con urgencia no menos de 20 nuevos misioneros, que se preparan a partir el próximo octubre para Montevideo y Buenos Aires, siempre que con la caridad de los fieles se pueda preparar el equipaje necesario". (131)

A modo de conclusión: "Dispuestos a cualquier sacrificio..."

"Desde el 11 de noviembre de 1875, día en que los primeros misioneros partieron de Valdocco hacia la República Argentina, hasta el 31 de enero de 1888, día de la muerte de Don Bosco, zarparon para la América del Sur doce expediciones de Salesianos y seis de Hijas de María Auxiliadora, sumando un total de 151 Salesianos y 50 Hijas de María Auxiliadora.

"Con la puesta en marcha del proyecto misionero, Don Bosco se embarcó en una empresa de consecuencias imprevisibles, tanto en el plano económico como en el plano de los recursos humanos de que disponía. Él sabía que podía contar con la protección de Dios y con la comprensión de los hombres. Ninguna de las dos cosas le fallaron. La ayuda material pedida con tenacidad, llegó siempre, aunque a veces con retardo.

"Respecto del personal, puede ser significativo lo que escribió uno de los biógrafos de Don Bosco: «...el multiplicarse de los pedidos para entrar en la Congregación, también por parte de Sacerdotes, era precisamente uno de los efectos producidos por la expedición de los Misioneros. Antes de esto, la Congregación se desarrollaba lentamente y en el anonimato: nada o muy poco se conocía fuera del Piamonte. A partir de entonces, en cambio, antes, durante y después de la expedición de los misioneros, los diarios italianos y extranjeros hablaron de los Salesianos y de Don Bosco de tal manera, que la noticia de la Pía Sociedad se difundió en todas direcciones, atrayendo la atención de muchos, y a sujetos cada vez más numerosos»." (132)

Prosigo asumiendo todavía el pensamiento de Favale:

"Don Bosco eligió para las misiones —por lo menos, a nivel de dirigentes— hombres ricos en dones naturales y sobrenaturales, los inició en el conocimiento del idioma y de las costumbres de los pueblos que iban a evangelizar, les recomendó respeto y deferencia hacia las autoridades civiles y eclesiásticas, y hacia los miembros de los Institutos Religiosos, los invitó a amarse, aconsejarse y corregirse mutuamente, los urgí a fundar

seminarios para el cultivo de las vocaciones nativas, sin exclusión alguna de indios convertidos, y los exhortó a no descuidar todo lo que podía ayudar al progreso humano y social de la juventud pobre y abandonada, dedicando particular atención a los aborígenes." (133)

Todo esto está medularmente contenido en el Manuscrito domboscano que hoy presentamos en imprenta.

Don Bosco, antes de estampar su firma autógrafa al pie de las 155 páginas, pide a la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, que "tome bajo su eficaz protección al proyecto misionero expuesto; que lo examine y modifique, y que con sus santos e iluminados consejos oriente a quienes de buena gana se ofrecen para trabajar, si no con mucha ciencia y virtud, ciertamente con buena voluntad y con ánimo dispuesto a cualquier sacrificio que de ellos dependa". (134)

Un análisis superficial y apresurado podría quedarse a mitad de camino presentando una visión parcial, y por lo tanto, históricamente fallida, de la personalidad de los Salesianos que Don Bosco mandara para realizar su proyecto misionero patagónico.

No era inflación literaria, sino sano realismo de Padre y Fundador insigne, el que le hizo decirle al Cardenal Franchi que sus Salesianos, los que iban a las Misiones de la Patagonia, se ofrecían "*de buena gana para trabajar, si no con mucha ciencia y virtud, ciertamente con buena voluntad y con ánimo dispuesto a cualquier sacrificio que de ellos dependa*".

Pues bien, un concienzudo análisis de la personalidad y actuación de los Salesianos que Don Bosco envió a las playas del Río de la Plata arroja un saldo normal, humano, de algunos fracasos vocacionales. Pero también nos muestra como otros, los más, madurando como personas y superando obstáculos de hombres y de ambientes, logran estabilidad en una labor apostólica y misionera, asumida conforme a su temperamento y carismas personales. (135)

La actuación de los Misioneros Salesianos que Don Bosco envió a la Patagonia, correspondió generosamente —muchas veces, heroicamente— a las expectativas contenidas en aquella firma manuscrita SAC. GIO. BOSCO que el Santo de la Patagonia estampó aquel 20 de agosto de 1876 en la última página de LA PATAGONIA Y LAS TIERRAS AUSTRALES DEL CONTINENTE AMERICANO.

ERNESTO SZANTO, S.D.B.

Bahía Blanca, 4 de octubre de 1985,
Fiesta de San Francisco de Asís.

NOTAS

- (1) BOSCO Giov., *La Patagonia e le terre Australi*.
- (2) CERIA, *Epistolario*, III, 88.
- (3) MB (*Memorie Biografiche*), XII, 158-295.
- (4) CERIA, *ib.*, 58-61; MB, *ib.*, 643-646.
- (5) BARBERIS G., *La Reppublica Argentina e la Patagonia*, 219-226.
- (6) CERIA, *ib.*, 58.
- (7) BOSCO G. (S.), *ib.*, f. 148-151.
- (8) BARBERIS G., *ib.*, 11.
- (9) BORREGO, *Giovanni Battista Baccino*, 163.
- (10) Cf. *Bollettino Salesiano* en los números indicados.
- (11) Cf. en Bibliografía CARBAJAL, *La Patagonia*; cf. ID., *Juicios críticos*.
- (12) CERIA, *ib.*, 61-62.
- (13) BARBERIS A., *Don Giulio Barberis, Direttore*, 66-67.
- (14) BORREGO, *ib.*, 392-393.
- (15) MUSTERS G., *Vida entre los Patagones*, I, 134-135.
- (16) MB, XII, 205.
CERIA, *ib.*, III, 61, 62.
ENTRAIGAS, *Los Salesianos*, II, 69.
- (17) BORREGO, *ib.*, 30, n. 20.
- (18) BOSCO G. (S) *ib.* Lo llamaremos desde ahora "PROYECTO PATAGONIA DB".
- (19) CRITERIO, año LVII, n° 1936-37, 741-2.
- (20) CRITERIO, *ib.*
- (21) ENTRAIGAS, *ib.*, 67.
- (22) "PROYECTO PATAGONIA DB", fol. 1.
- (23) CERIA, *ib.*, 60.
- (24) "PROYECTO PATAGONIA DB", fs. 149-150.
- (25) CERIA, *ib.*, 261.
- (26) BRUNO C., *Historia de la Iglesia*, XII, 391.
BRUNO C., *Los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora*, I, 113 y sgtes.
- (27) BARBERIS G., *ib.*, 69 y 175.
- (28) STELLA P., *Don Bosco nella storia...*, I, 173, n. 30.
- (29) "PROYECTO PATAGONIA DB", f. 1 y 69.
- (30) "PROYECTO PATAGONIA DB", f. 144.
- (31) "PROYECTO PATAGONIA DB", f. 146.
- (32) WALTHER J. C., *La Conquista del desierto*, 66 y 68.
- (33) DARWIN Ch., *Viaggio di un naturalista...*, 115-116.
- (34) WALTHER J. C., *ib.*, 457-458.
- (35) CALENDINO F., "... dónde está tu hermano?", 82.
- (36) "PROYECTO PATAGONIA DB", f. 147.
- (37) BERNARD (h) T., *Enciclopedia Juridica OMEBA*, XV, 492.
- (38) CAMPOS MENCHACA M., *Nahuelbuta*, 13.
- (39) MARTINEZ SIERRA R., *El Mapa de las Pampas*, I, 129.
- (40) WALTHER J. C., *ib.*, 555.
MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, II, 240.
- (41) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, II, 248.
- (42) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, II, 248; 260.
- (43) BERNARD (h) T. *ib.*, indigenismo.
- (44) JUAN PABLO II, *Mensaje Iberoamericano*.
- (45) BOLLETTINO SALESIANO, *luglio 1895*, 178.
- (46) SAN MARTIN F., *Neuquén*, 12.
- (47) CAMPOS MENCHACA M., *ib.*, XIX.
- (48) CALENDINO F., *ib.*, 83.
- (49) CALENDINO F., *ib.*, 83.
- (50) BERNARD (h) T., *ib.*
- (51) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 34.
- (52) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 34.
- (53) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 43.
- (54) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 29.
- (55) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 28.
- (56) MARTINEZ SIERRA R., *io.*, I, 29.
- (57) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 30.
- (58) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 20.
- (59) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 26.
- (60) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 78.
- (61) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 78.
- (62) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 124.
- (63) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 53.
- (64) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 56.
- (65) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 127, n. 9.
- (66) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 127.
- (67) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 127.
- (68) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 57.
- (69) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 103.
- (70) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 103.
- (71) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 94.
- (72) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 92.
- (73) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 240.
- (74) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 92.
- (75) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 133.
- (76) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 139.
- (77) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 141.
- (78) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 171.
- (79) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 179.

- (80) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 242.
 (81) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 88.
 (82) MARTINEZ SIERRA R., *ib.*, I, 88; 92.
 (83) BOUGAINVILLE L., *Voyage autour du monde*.
 (84) COOK G., *Storia dei Viaggi*.
 (85) DARWIN Ch., *ib.*, 116; 347.
 (86) FURLONG G., *Nicolds Mascardi S.J.*, 121, 122, 132.
 (87) SANCHEZ LABRADOR J., *Los Indios Pampas, Puelches, Patagones*, 7, 9, 19, 20, 21, 22, 23, 25, 28, 30, 32, 72, 82, 108, 129, 139, 141, 157.
 (88) ASCASUBI Fray Miguel, *Historia de las Misiones*, ASV, SS, F. Pio IX.
 (89) OLIVARES MOLINA L., *La Provincia franciscana de Chile*, 147.
 (90) MUSTERS G., *ib.*, 282.
 (91) *L'Araucania, Memorie inedite*.
 (92) CULTRERA S., *Una Missione fra i selvaggi*.
 (93) SAVINO DA RIMINI, *Tra i selvaggi*.
 (94) ENCICLOPEDIA ITALIANA (Treccani), VI, 124.
 (95) TOMMASEO N., *Dizionario dei sinonimi*, 85, n. 550.
 (96) PREMOLI P., *Vocabolario*, II, 1228.
 (97) FERRARI ET CACCIA, *Grand Dictionnaire*, n. 685.
 (98) STELLA P., *ib.*, 171.
 (99) STELLA P., *ib.*, 169.
 (100) STELLA P., *ib.*, 171.
 (101) "PROYECTO PATAGONIA DB", f. 29, 92, 94, 150.
 (102) MB, X, 54.
 STELLA P., *ib.*, 169.
 (103) FAVALE A., *Progetto missionario...*, 93.
 (104) PAGDEN A., *Importanza dell'Antropofagia*, 533, 534, 535, 541.
 (105) COPELLO, *Gestiones del arzobispo Aneiros*. BRUNO C., *Historia de la Iglesia*, XI, 76 y sgtes.
 (106) COPELLO S., *Gestiones*, 24.
 (107) BRUNO C., *Los Salesianos...*, I, 42.
 (108) MB, X, 4-55.
 (109) BRUNO C., *Los Salesianos...*, I, 43.
 (110) MB, X, 1268.
 (111) MP, XII, 195.
 (112) MB, XII, 262.
 (113) MB, XII, 269.
 (114) MB, X, 53 y 54.
 (115) MB, XII, 2, 3.
 (116) MB, XII, 668.
 (117) MB, XII, 301.
 (118) MB, XII, 311.
 (119) MB, XII, 314.
 (120) MB, XII, 531.
 (121) PALACIOS H., *Historia de la Congregación de la Misión*, 234.
 (122) MB, XII, 668.
 (123) COPELLO S., *ib.*, 155.
 (124) BRUNO C., *Los Salesianos...*, I, 248.
 (125) BRUNO C., *Historia de la Iglesia*, XI, 407.
 (126) BRUNO C., *Historia de la Iglesia*, XI, 407.
 (127) BRUNO C., *Los Salesianos...*, I, 249.
 (128) BRUNO C., *Historia de la Iglesia*, XI, 455.
 (129) BRUNO C., *Historia de la Iglesia*, XI, 456.
 (130) BRUNO C., *Los Salesianos...*, I, 250.
 (131) "PROYECTO PATAGONIA DB", f. 144-152.
 (132) FAVALE A., *ib.*, 937-938.
 (133) FAVALE A., *ib.*, 936.
 (134) "PROYECTO PATAGONIA DB", f. 152.
 (135) FRANGI G., *I Missionari Salesiani*.

BIBLIOGRAFIA

- ASCASUBI Fray Miguel, *Historia de las Misiones del Rno. de Chile, 31 de dic. de 1784 [manuscrito]*, ASV SS F. Pio IX.
 AA. VV., *L'Araucania Memorie inedite delle missioni dei FF.MM. Capuccini nel Chili*, BMPF/PUU.
 BARBERIS Alessio, *Don Giulio Barberis Direttore Spirituale della Società di S. Francesco di Sales. Cenni biografici e Memorie*. Scuola Tipografica Don Bosco, San Benigno Canavese, 1932.
 BARBERIS Giulio, *La Repubblica Argentina e la Patagonia, Lettere dei Missionari Salesiani [Letture Cattoliche, anno XXV, fascicolo III e IV, marzo e aprile]*, Tipografia e Libreria Salesiana, Torino 1877.
 BERNARD (h) Tomás D., *Indigenismo en Enciclopedia Jurídica OMEBA*, Bibliográfica OMEBA, Buenos Aires, 1977.
 BOLLETTINO SALESIANO, Via Cottolengo 32, Torino. Año 1880 a 1884.
 BORREGO Jesús, GIOVANNI BATTISTA BACCINO. *Estudio y edición crítica de su Biografía y Epistolario*, LAS, Roma, 1977.
 BOSCO Giovanni, *La Patagonia e le Terre Australi del Continente Americano*, Torino 1876 [manuscrito]

- existente en la BMPF de la Pontificia Universidad Urbaniana bajo la sigla F 1 C]
- BOUGAINVILLE Louis A., *Voyage autour du monde*, 2de. éd. augm. Paris, Saillant et Nyon Libraires, 1772.
- BRUNO Cayetano, *Historia de la Iglesia en la Argentina* [12 vol.], Editorial Don Bosco, Buenos Aires, 1981.
- *Los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora en la Argentina*, ISAG, Buenos Aires, 1981.
- CALENDINO Francisco, "... dónde está tu hermano?" (*Génesis 4,9*) *Cartas del Padre Francisco*, Latinoamérica Libros SRL, 3ª edición, marzo 1985, Buenos Aires.
- CAMPOS MENCHACA Mariano, *Nahuelbuta*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires-Santiago.
- CARBAJAL Lino D., *La Patagonia, Studi Generali* [4 vol.], Tipografía Salesiana S. Benigno Canavese, 1899-1900.
- *Juicios críticos sobre la obra La Patagonia, Studi Generali, ... vertidos en Europa en Revistas, Periódicos, Diarios y Cartas al Autor*, Tipografía del Colegio Pio IX, Buenos Aires, 1903.
- CERIA Eugenio, *Epistolario di S. Giovanni Bosco, a cura di...* [4 vol.], Torino 1955-1959.
- COOK Giacomo, *Storia dei Viaggi intrapresi dal Capitano G. Cook*, presso Ignazio Soffietti stampatore e Francesco Prato Libraio, Torino 1791.
- COPELLO Santiago L., *Gestiones del Arzobispo Aneiros en favor de los indios*, Editorial Difusión, Buenos Aires, 1944.
- CULTRERA Samuele, *Una missione fra i selvaggi del Brasile*, 2ª ediz. Catania, 1910.
- DARWIN Charles, *Viaggio di un naturalista intorno al mondo* [trad. di Mario Magistretti], Giunti-Martello, Firenze 1982.
- ENCICLOPEDIA ITALIANA di science, lettere ed arte [Treccani], Roma, 1949.
- ENTRAIGAS Raúl A., *Los Salesianos en la Argentina* [4 vol.], Plus Ultra, Buenos Aires, 1969.
- FAVALE Agostino, *Progetto missionario di Don Bosco e suoi presupposti storico-dottrinali* [en SALESIANUM, Periodicum Internationale, trimestre oct.-december 1976], LAS, Roma.
- FERRARI ET CACCIA, *Grand Dictionnaire Français-Italien et Italien-Français*, Garniers Frères Libraires-Editeurs, Paris 1882.
- FRANGI Gino, *I Missionari Salesiani nel primo quinquennio americano*. [Dissertazione dottorale, Università Pontificia Salesiana, Facoltà di Teologia], Roma, giugno 1878. Inédito.
- FURLONG Guillermo, *Nicolás Máscardi SJ y su Carta-Relación [1670]*, Ediciones Theoria, Buenos Aires, 1963.
- JUAN PABLO II, *Mensaje Iberoamericano*, n. 229-30, año 1984-85, Madrid.
- MARTINEZ SIERRA Ramiro, *El Mapa de las Pampas* [2 vol.], Buenos Aires, 1975.
- MEMORIE BIOGRAFICHE di San Giovanni Bosco, vol. X, Torino, 1938.
- *del Beato Giovanni Bosco*, Torino 1930-34.
- MUSTERS G. Ch., *Vida entre los Patagones. Un año de excursiones por tierras no frecuentadas, desde el Estrecho de Magallanes hasta el Río Negro* [Edición de la Universidad Nacional de La Plata, Biblioteca Centenaria, tomo I], Buenos Aires, 1911.
- OLIVARES MOLINA Luis, *La Provincia Franciscana de Chile de 1553 a 1700 y la defensa que hizo de los indios, Santiago de Chile*, 1961.
- PAGDEN Anthony, *Importanza dell'Antropofagia nell'Europa preindustriale* [Quaderni Storici, 50, agosto 1982].
- PALACIOS Horacio S., *Historia de la Congregación de la Misión en el Plata*, Buenos Aires, 1983 [inédito].
- PREMOLI Palmiro, *Vocabolario-Nomenclatore*, Fratelli Tieses editori, Milano 1926.
- "PROYECTO PATAGONIA DB", cfr. BOSCO Giovanni, *La Patagonia e le Terre Australi del Continente Americano* [Manuscrito].
- SANCHEZ LABRADOR Joseph, *Los Indios Pampas, Puelches, Patagones*. [Monografía inédita anotada y publicada por Guillermo Furlong Cardiff SJ], en Viau y Zona Editores, Buenos Aires, 1936.
- SAN MARTIN Félix, *NEUQUEN* [Biblioteca del Suboficial], Buenos Aires 1930.
- SAVINO DA RIMINI, *Tra i selvaggi dell'Araguaya*, Ancona, 1925.
- STELLA Pietro, *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica*, 2a. ediz. LAS, Roma, 1979.
- SZANTO Ernesto, *Documento inédito, Proyecto Patagonia*, en *Criterio*, año LVII, 20 de diciembre de 1984, n. 1936-37, Buenos Aires.
- TOMMASEO Nicolás, *Dizionario dei sinonimi della lingua italiana*, Casa Editrice Francesco Vallardi, Milano, 1949.
- WALTHER Juan C., *La conquista del Desierto*, 1a. edición [Círculo Militar], Buenos Aires, 1964.

LIBRO SEGUNDO

Traducción castellana
del estudio de Don Bosco sobre
La Patagonia y las Tierras Australes
del Continente Americano

LIBRO SEGUNDO

Traducción castellana
del estudio de Don Juan Bosco sobre
la Patagonia y las Tierras Australes
del Continente Americano

ADVERTENCIA

En esta traducción se ha respetado al máximo el rostro del original italiano. Se ha conservado la ortografía de los nombres propios de personas, animales, vegetales y lugares como aparecen en el original. No siempre corresponde a nuestras grafías. Por consiguiente los estudiosos podrán asomarse a la Patagonia tal como era conocida en Europa en 1876. Tal como la presenta San Juan Bosco, el Santo de la Patagonia, en esta rica "summa patagonica". Traducción sin abundar en correcciones, glosas ni comentarios. Simplemente respetuosa traducción.

En el cuerpo de la traducción se señalan con un número 1, 2, 3, etc., las páginas correspondientes al original fotocopiado que se publica íntegro en la tercera parte.

1876

La Patagonia
y las Tierras Australes del
Continente Americano

Advertencias preliminares

Las cosas que se presentan en este escrito han sido tomadas de los autores más serios que han hablado de estos temas.

Se seleccionaron solamente las cosas de cuya veracidad se tiene una certeza moral y que han sido expuestas con las expresiones más precisas de acuerdo con la información que poseemos.

Nos hemos servido especialmente de las obras siguientes:

1º **Vincente Quesada**. "La Patagonia y las tierras australes del Continente Americano" publicado en Buenos Aires, en 1875. Es una recopilación de documentos públicos.

2º **Alcide D'Orbigny**. [Nos hemos servido] de dos de sus obras "Viaggio nell'America meridionale" y "L'uomo americano". Este hábil estudio de las ciencias naturales recorrió el Hemisferio Austral del Nuevo Mundo por ocho años seguidos y vivió ocho meses en la Patagonia. Es un autor serio y sin exageraciones.

3º **La-Croix**, en particular en una obra suya titulada "La Patagonia, las Tierras del Fuego y las islas Malvinas". El autor es considerado uno de los geógrafos más informados de la primera mitad de nuestro siglo.

4º **Guinnard**, en la obra titulada "Tre anni di schiavitù in Patagonia". El autor mismo estuvo cautivo durante tres años seguidos en plena Pa-

tagonia y fue vendido como esclavo a varios dueños, de tribus diferentes de manera que pudo observar las costumbres de una parte considerable de esas tierras.

5º **Giulio Ferrario**. "Il costume antico e moderno" América, vol. 3º, allí donde habla de la Patagonia.

6º **Daly** - traducido, corregido y anotado por el Conde Cibrario "Usos y costumbres sociales, civiles y políticas de todos los pueblos del mundo".

7º **Un anónimo**. "Galleria Universale di tutti i popoli del mondo."

8º **Il giro del mondo**. Periódico actual de geografía y de viajes, en diferentes páginas y especialmente en los dos quinternos "Viaggio di Pio IX al Chili" y "Osservazioni particolareggiate nelle terre circostanti allo stretto di Magellano".

9º En los temas referentes a la geografía de estos países, además de los autores mencionados también se consultarán con esmero a Marmocchi, a Balbi y a Malte-Brun.

10º Varias relaciones de los misioneros registradas en las "Lettere edificanti" y en el "Museo delle Missioni Cattoliche" de Turín. También se tomaron algunos detalles de las cartas de nuestros misioneros que ya nos han escrito desde su puesto.

¹ La Patagonia

y las Tierras Australes del Continente Americano

Al Sur de Chile y de la República Argentina yacen, casi desconocidas, las Pampas, la Patagonia y las Tierras del Fuego. Estas regiones vastísimas de América del Sud constituyen el terreno continental más austral del globo. Situadas en el extremo del Nuevo Mundo, en un clima inhóspito, sólo ha sido explorada una mínima parte de las mismas. Por esta razón, dichas tierras permanecen todavía envueltas en un profundo misterio, como si estuviesen defendidas por una muralla infranqueable.

Es cierto que algunos navegantes se aventuraron por el estrecho de Magallanes y en las aguas del cabo Horn, para enriquecer a la ciencia náutica con nuevas observaciones acerca de estos pasos tan peligrosos; pero solo lograron examinar muy superficialmente el interior de esas tierras, conocer el carácter y las costumbres de los indígenas y, estudiar la naturaleza del suelo y sus productos, comprobar las posibles ventajas de un asentamiento en estos parajes.

De esta manera estamos reducidos ahora a vagas conjeturas, en particular sobre el centro

² de la Patagonia del que se puede afirmar que es totalmente desconocido y al que los geógrafos se ven obligados a presentar en blanco aun en los mapas más detallados. La parte continental de estas tierras se llama Patagonia y constituye una península en cierto modo triangular; rota en muchos puntos por el mar que forma gran cantidad de puertos, golfos y ensenadas y dentro de éstas, pequeñas penínsulas, puntas y promontorios.

Luego las islas están diseminadas aquí y allá; especialmente hacia el Sud las hay muchas y grandes. Estas toman el nombre de tierras del fuego ya sea por causa de los muchos volcanes que hay en ellas, ya sea porque en el momento en que fueron descubiertas los españoles vieron muchos

fuegos encendidos aquí y allá, por ser la hora en que esos míseros habitantes se estaban asando un poco de carne para alimentarse.

También se llaman tierras Magallánicas porque descubiertas por primera vez por el célebre viajero Magallanes.

Se comenzará describiendo la parte continental, es decir, la Patagonia propiamente dicha, luego se pasará a describir la parte insular, es decir las tierras Magallánicas o del Fuego.

La Patagonia propiamente dicha

Límites. Se da el nombre de Patagonia a la parte meridional del continente Americano situada entre el Río Negro, la república Argentina y Chile por el norte, el estrecho de Magallanes al sur y entre las cordilleras de Chile y el Gran Océano por el oeste y el Atlántico al oriente.

Posición astronómica. Tomada en el sentido más estricto la Patagonia comienza en los grados 38° 50' de latitud meridional y llega hasta los grados 53° 55'. Luego dentro de la longitud occidental, partiendo del meridiano de París, está comprendida entre los grados 63° y 70°.

Sin embargo en realidad

³ las tribus de los Patagones no sometidos se extienden hacia el Noroeste hasta el grado 35°. Después al sur, abarcando también las islas que forman la tierra del Fuego, llegamos a la latitud de 57° grados; y esta es la extensión exacta que aquí se da a la palabra Patagonia. Mucho más al sur, es decir del grado 61 al 63 hay todavía varias islas que forman el archipiélago de las Setland meridionales; pero estas no son visitadas casi nunca por los viajeros Europeos y parece que o no son de ningún modo habitadas o que viven allí poquísimos indígenas.

Dimensiones. De Norte a Sud mide 2.680 Km. de largo, 840 Km. de ancho y una superficie total de 12.000 Miriámetros cuadrados (336.000 millas geo. qte [cuadradas]).

La-Croix dice que la Patagonia propiamente dicha más el archipiélago de las Tierras del Fuego tiene una superficie de 66.6000 [sic] leguas cuadradas.

Descripción física del País. Clima.

Esta región no es aun suficientemente bien conocida como para poder brindar una descripción exacta del territorio. Según algunos viajeros en esta región solo hay vastos desiertos, alguna rara pradera e inmensos espacios cubiertos de salitre.

Al contrario, según otros presenta magníficas florestas ricas en árboles y maderas.

Parece que ambas afirmaciones son verdaderas pero referidas a localidades distintas, porque la Patagonia comprende dos regiones bien diferentes: una, montañosa, en la parte occidental; la otra, llana, en la parte oriental.

La región de las montañas ocupa las tierras que se extienden a lo largo de las playas del Pacífico y la parte occidental del Estrecho de Magallanes. Esta región está cubierta de montes y cerros y formada por rocas primitivas, bañada por ríos numerosos y pequeños, cubierta de bosques, sujeta a lluvias casi continuas, con una temperatura que en verano no pasa de los 3 y los 7 grados

⁴del termómetro Réaumur. Las llanuras ocupan la parte occidental de estrecho de Magallanes y las costas del Atlántico. Esta parte fué llamada por los Españoles *Costa Desierta* o *Comarca Desierta*. Esta, en general, es baja, plana, arenosa, escasa de aguas y totalmente desprovista de árboles; goza de un aire seco y sereno y el calor del verano oscila entre los 5 y los 9 grados.

Todos los autores coinciden también en reconocer que el suelo de la parte septentrional de la Patagonia es más rico y más fértil que en las regiones meridionales.

En el norte de la Patagonia la vista puede poseerse cada tanto sobre alegres oasis y a veces también sobre árboles frutales trasplantados desde Europa por los primeros colonos Españoles y que se entremezclan con sauces del país. Es una dulce sorpresa encontrar en las riberas del Río Negro, higueras, ciruelos, manzanos con todo el esplendor de una vegetación lozana.

Fuera de estos poblados que limitan con la República Argentina el aspecto del resto de la Patagonia es esencialmente monótono. Grandes llanuras en las que solo se divisan escasos pastizales quemados por la sequía; aquí y allá, en medio del desierto, algún montículo alza su cima carente de sombra. Este es el triste paisaje que en una extensísima región del territorio Patagónico se presenta a la vista del extranjero.

Constitución del suelo. Desde el punto de vista de su formación el suelo de la parte septentrional de la Patagonia, ya bastante estudiado, parece ofrecer a partir del pie de los Andes hasta el mar, una sucesión de estratos de terreno terciario, que contienen alternativamente conchuelas de agua dulce y marinas y osamentas de mamíferos entre areniscas tan uniformemente estratificadas que

⁵en las costas del mar y en las orillas del Río Negro donde se divisan en todas partes riberas de gran altura, se puede seguir la línea de los estratos a lo largo de 6 u 8 leguas sin que estos cambien sensiblemente de espesor.

Además muchas muestras de rocas, así como las descripciones de los viajeros, demuestran que toda la costa oriental de la Patagonia hasta el estrecho de Magallanes es un terreno de la misma conformación. Por lo demás el suelo terciario continúa, al pie de los Andes, hacia el septentrión y comunica con el terreno que roza al desierto del gran Chaco y gira alrededor de las Pampas Argentinas propiamente dichas formadas invariablemente por arcilla y terrenos de aluvión.

De este modo, con excepción de los terrenos de aluvión y de las orillas de los ríos, el terreno de la Patagonia no es apto para cultivos porque cualquiera presenta llanuras arenosas y secas, que no conservan la humedad que la vegetación requiere.

Además las llanuras de estas regiones están cubiertas de sal y los lagos de la parte norte son también salados.

Esta substancia es tan abundante en los terrenos de la Patagonia que a menudo aflora a la superficie hasta de los terrenos aluvionales del Río Negro.

Más aun, ningún pozo ha dado alguna vez agua potable y la misma agua que por falta de otra más dulce están obligados a beber los habitantes de las *estancieros* [sic] es tan salobre que a los extranjeros les ocasiona violentos cólicos y una disentería perjudicial.

Esta conformación del suelo y otros descubrimientos recientes anuncian que la Patagonia estuvo en otras épocas, cubierta por el mar.

Admitiendo esta hipótesis que parece bastante razonable, se explicará fácilmente la formación de las numerosas

⁶salinas que brindan a los colonos de Carmen sus productos naturales dado que las aguas al retirarse formaron lagos salados en los valles de bajo nivel; al evaporarse la parte líquida, debido a la escasez de lluvias y a la extrema sequía muy pronto se formaron salinas vastísimas que pueden brindar un producto extraordinario. Es de destacar todavía que las orillas de estas salinas contienen cristales que los Indios toman por sal no siendo sino yeso o sulfato de cal.

Algunos de estos cristales en barritas tienen hasta 10 o 12 pulgadas de largo y pueden presentarse como las muestras más completas y bellas de este tipo.

Islas. Las costas de la Patagonia son sumamente recortadas, sobre todo las que están al oeste sobre el Gran Océano, en el que hay laberintos de escollos y de islas, algunas muy notables por su extensión.

Entre las islas se destacan el archipiélago de Chiloé que, políticamente hablando, depende de Chile, las islas de Chonos, las de la Campana, de la Madre de Dios, de S. Martín de Lobos. Al sur las numerosas islas del archipiélago Magallánico y al este las islas Malvinas o Falkland.

Golfos y Bahías. Puertos principales. Las costas orientales de la Patagonia presentan dos grandes golfos y muchos pequeños; los dos grandes son el de S. Mateo y al Norte y más al Sud el de S. Jorge, formando en medio de los dos la hermosa península de S. José.

Entre los pequeños golfos y bahías, partiendo del grado 35 de latitud Sud, yendo siempre en dirección al sud hasta el estrecho de Magallanes, encontraremos la bahía de Sanboronbon [sic] que todavía está en el estuario del Río de la Plata, la Bahía Blanca, bahía Talsa [?], bahía de la Unión, bahía Anegada que se

⁷encuentran antes de llegar al Río Negro; la bahía Rosas, puerto S. Antonio, puerto S. José formados en el golfo de S. Mateo; el golfo Nuevo comprendido entre la Península S. José y el Continente; la bahía Camaranos [sic] y el puerto Malaspina cerca del grado 45 de latitud, las bahías

Longado y Mazzaredo al Sud del golfo de S. Jorge y los cuatro grandes puertos: Deseado, S. Julián, S. Cruz y Gallegos y Bahía Grande completan la enumeración de la parte oriental.

La costa occidental tiene 3 principales y son: el de Guayateca al Norte, luego el de Peñas y al fin el de la Trinidad, que forman las penínsulas de Tres montes y de la Trinidad.

Hay luego una infinidad de pequeños golfos. Pero ya sea que dicha costa casi no es recorrida y por lo mismo es muy poco conocida, ya sea porque no tienen importancia en la historia de los viajes y de las misiones, aquí se omite mencionarlos para no extenderse demasiado.

Cabos y Promontorios. Partiendo del Sud de Buenos Ayres y yendo hacia el estrecho de Magallanes, sobre el Océano Atlántico, se encuentra el cabo S. Antonio que cierra el estuario del Río de la Plata, el cabo Corrientes formado por las estribaciones de la pequeña cadena de montañas llamadas Cerro del Volcán que se adentran en el mar; el cabo Permeo [sic] junto al Río Negro. El cabo Raso y el de las Dos Bahías circa del grado 45° de latitud Sud; el cabo de las Tres puntas, el cabo Blanco y el cabo Deseado (Desiderato) al sud del golfo S. Jorge; el cabo S. Francisco de Paula en el grado 55° y el de las Vírgenes que se adentra en el océano no lejos de la entrada oriental del estrecho de Magallanes; el cabo S. Andrés y más que todos los otros el cabo Frowart situado en el extremo más meridional del continente americano, adentrado en medio del estrecho de Magallanes.

Luego en el gran Océano surge una infinidad de pequeños promontorios porque

⁸la costa es allí muy recortada; pero son pocos los que se distinguen por algo digno de ser mencionado. Los más notables son el cabo Pilares a la salida del estrecho de Magallanes: el cabo de las Montañas al este de la isla Vellington [sic]; el cabo Peñas junto al golfo del mismo nombre; el cabo Quiloa en el extremo meridional y los cabos Malalqui y Gabun en el extremo norte de la isla de Chiloé; los cabos Ancud, Manlia y Quedal en la extremidad de Chile que limita con la Patagonia.

Además de estos señalaremos aquí los cabos del Espíritu Santo, S. Sebastián y S. Diego al este de la Tierra del Fuego.

El famoso cabo Horn considerado como el más meridional de América, junto al cual pasan ahora las naves que quieren dirigirse a la costa occidental de América, por ser el estrecho de Maga-

llanes demasiado peligroso; y el cabo Pilares, al oeste de la Tierra del Fuego a la salida del mismo estrecho de Magallanes. Es importante conocer lo mejor posible donde se hallan dichos cabos, golfos, montes, ríos, etc. para poder formarse una idea clara del lugar donde han sucedido los hechos: pues muchas veces conociendo los lugares donde ocurrieron se puede conocer la verdadera importancia de lo sucedido.

Montes. En el cabo Froward comienza esa célebre cadena de los Andes que atraviesa todo el Nuevo Mundo desde el Sur hasta el Septentrión, siguiendo a mayor o menor distancia la costa del Gran Océano. Dicha cadena lleva el nombre de Sierra Nevada de los Andes, en la Patagonia, porque allí se presenta cubierta de nieve todo el año. Hasta ahora ha sido poco explorada. Estas montañas con las numerosas cadenas secundarias forman el armazón de las tierras que nosotros estudiamos. Entre las cumbres principales de esta cadena, a partir del grado 35° descendiendo hacia el sur encontramos al monte Descalberado [sic] el

° paso de Villaricca [sic] y el Niribae, el monte Iate Gauteles, Melimogu, Genammen, Mendolat, Maca ubicados del grado 43 al 45; más hacia el sur en contraremos solo a los montes Castle y Slokes.

Además de esta cadena principal, en esta región surgen otros montes más. Se pueden señalar las montañas de Chasmati que nacen en la costa occidental cerca del cabo S. Andrés, se internan en la tierra en dirección noroeste y luego se vuelven bruscamente para correr de Norte a Sur casi hasta el estrecho de Magallanes.

Entre las cumbres principales que aun se hallan esparcidas por la Patagonia señalaremos:

Volcanes. Hay muchísimos volcanes en actividad [?] como el de Osorno en el 41° de latitud norte, el de Quechunabi-Iluyaca en el 44° 20' de latitud norte, los de Minchimavida y S. Clemente en el 46° de latitud norte. [!]

Mucho más numerosos son los volcanes existentes en el archipiélago Magallánico; hay otros en las islas Malvinas [!].

Penínsulas. Las principales penínsulas que se pueden señalar son: al Este sobre el Océano Atlántico la península S. José; al sur está la península de Brunswik que forma la punta más meridional del continente Americano y está unida al cuerpo principal de la Patagonia solo por medio de

un istmo de 15 kms. lleno de laguitos. La parte occidental está toda llena de pequeñas penínsulas por estar tan recortada por el mar. Hay dos que son las más importantes, casi hacia el sud, a la salida del estrecho de Magallanes; una llamada tierra de Guillermo IV; la otra más al norte toma el nombre de península de los Tres Montes.

Ríos. Los ríos principales nacen en la ladera oriental de los Andes y desembocan en el Atlántico. El primero

¹⁰ de estos al Sudeste de las Pampas de Buenos Ayres es el Nenque que brota en los Andes de Cuyo en el 29° de latitud septentrional y desemboca en la Bahía de Anegada; el Desaguadero o Río Colorado, el río mayor de la Patagonia, que nace bajo el 30° paralelo y después de atravesar la Laguna de Guanachuache [sic] y la Laguna Grande desagua en el Atlántico en el 39° 50' de latitud septentrional; el Río Negro que nace sobre la falda oriental de los Andes entre los paralelos 35° y 36° de latitud meridional y se vierte en el Atlántico a los 41°.

El río Cimpal que atraviesa de Oeste a Este toda la Patagonia a la altura del grado 43° de latitud Sud [!]. El Camerone [sic] que al parecer nace como los anteriormente mencionados, al Este de los Andes, corre al principio de Norte a Sur y luego decididamente de Occidente a Oriente. Más al Sur está el río Desiré que desemboca en el puerto del mismo nombre y varios otros ríos y afluentes no suficientemente conocidos, dada la inexactitud de los conocimientos que se tienen sobre el interior de las tierras [patagónicas].

Lagos. En el interior [de la Patagonia] hay una gran cantidad de lagos, dos de los cuales, descubiertos por el inglés King y llamados Ogway-River y Skiring-Water son de gran extensión y se comunica entre si mediante un angosto canal.

En el centro, un poco hacia el Sur, están los lagos Calaguape y el lago Capur o Viedma.

Un detalle que merece ser mencionado es la tendencia de la mayor parte de los ríos que fluyen hacia la costa occidental, a ensancharse y transformarse en pequeños lagos.

Clima. Por su clima la Patagonia puede llamarse la Escandinavia de América. Aunque las tierras más australes del continente Americano no vayan más allá del grado 54 de latitud Sur, el clima es sin embargo rigurosísimo. El paraje es frío y salvaje, vientos

¹¹ impetuosos y repentinos cambios de temperatura caracterizan su clima. En la parte meridional, la tierra está cubierta de nieve la mayor parte del año. En determinadas estaciones mientras en la parte montañosa caen lluvias torrenciales en las otras partes está seco y sereno.

Toda la Patagonia empero está expuesta a vientos impetuosísimos y corrientes de vientos contrarios se dan en todas las estaciones del año; y cuando sopla el viento del Sur el frío es insoporable. Los vientos impetuosos y los repentinos cambios de temperatura no son incomodidades propias de la Patagonia sino más bien características de los climas de altura y de los extremos de cualquier continente. Todas las circunstancias que pueden contribuir a crear dicho clima, se encuentran en la Patagonia en sumo grado. Tres vastos océanos separan a esta tierra de todo el universo; en estos se hallan grandes masas flotantes de hielo hasta los grados 50 de latitud Sud y a veces más abajo aun.

Algunos años, en invierno, a la altura de los 50 grados se encontraron campos de hielo en pleno océano. Humboldt explica de la siguiente manera el rígido clima de América Meridional. "La escasa anchura del continente, su prolongarse hacia el polo, el océano glacial cuya superficie no sufre interrupciones y está dominada por vientos periódicos que soplan del polo hacia el Ecuador, corrientes de agua muy fría y helada que se dirigen hacia el estrecho de Magallanes y hasta el Perú; numerosas cadenas de montañas cuyas cumbres cubiertas de nieve se elevan más allá de las nubes; los desiertos nada arenosos y por consiguiente menos capaces de researse por el calor, florestas impenetrables que cubren las llanuras ecuatoriales, repletas

¹² de ríos, todas estas cosas producen en las zonas más bajas de América un clima bastante menos caluroso que el clima del Antiguo Continente en igual latitud. Se ha demostrado que la diferencia de calor entre América y el Antiguo Continente equivale aproximadamente a 10 grados de latitud, es decir, por ejemplo, que hace el mismo calor entre nosotros a los 40° como allá a los 30°" [Hasta aquí la cita de Humboldt]. Luego esta desproporción aumenta más todavía en la Patagonia dada su posición y forma.

Otra razón que de algún modo explica porque en el hemisferio Austral el calor es menor que en el septentrional, según los astrónomos, es la permanencia más breve del sol en los signos meridionales de la eclíptica en su curso anual: es

decir, se debe a la mayor rapidez con que se mueve la tierra en invierno, en su perihelio; esto produce que el sol esté en los signos meridionales del zodíaco siete días y 18 horas menos que en los boreales.

Los físicos añaden una nueva causa llamada del calórico radiante y tratan de demostrar que en un determinado tiempo el hemisferio Austral pierde una mayor cantidad de su calor propio constante que el que pierde el hemisferio boreal.

Reino mineral. Las altas montañas de los Andes son totalmente de roca dura. Toda la llanura está sembrada de piedras calcáreas; grandes extensiones están cubiertas de arena y de sal. Alrededor del puerto Deseado, bahía segura y profunda, las rocas son mármoles veteados de negro, blanco y verde y además hay pedernales y talco tan brillante que parece cristal; las conchillas fósiles forman en esas costas, bancos notables de rara belleza.

Reino vegetal. La constante humedad de la atmósfera aunque no es favorable a muchas plantas europeas, especialmente a los árboles frutales, sin embargo en muchos lugares alimenta una vegetación lozana. Los bosques que cubren las laderas

¹³ de las montañas en dos tercios de su altura, rivalizan por su lozanía con las de las regiones tropicales y abundan en maderas para construcción pero al Este de los Andes no hay sino vastas salinas cubiertas de hierbas y brezos [!]. Entre los árboles que abundan en la costa elevada hay una especie de abedul, *betulla antartica*, que a veces alcanza a medir 35 pies de circunferencia y suministra óptima madera. Una especie de palmera o de helecho arborescente se propagó hasta el estrecho de Magallanes.

Entre los frutos propios de la Patagonia dos son los principales: la algarroba y el "pichequini" [sic]. La algarroba (soë) se parece a la vaina de las arvejas y contiene una semilla muy dura. Este fruto cosechado en maduración, machacado entre dos piedras, metido en una bolsita de cuero y sumergido en agua para que fermente, produce una bebida con la cual se embriagan fácilmente y que además produce fuertes cólicos y extrañas contracciones nerviosas. Comida tal como se desprende de la planta, tiene un sabor mas bien áspero, aunque contiene una gran parte azucarada; pero pocos instantes después de haberlo comido produce una dentera tal que se debe esperar varios días antes de poder volver a comer sin dolor.

El trulca o pichequino [sic] es un pequeño fruto rojo o negro, de forma oval, del tamaño de un guisante, muy agradable y dulce. El arbusto que lo produce tiene abundante ramaje y muchas hojas muy pequeñas. Tanto los arbustos crecidos como los más nuevos están repletos de pequeñas espinas, que resultan un gran obstáculo para recoger la fruta. Los indígenas emplean un medio muy sencillo y cómodo: a los pies del arbusto extienden un cuero sobre el cual caen los frutos, a medida que golpean suavemente cada rama con un pequeño bastón.

Zarandeado cuidadosamente el trulca, lo meten en saquitos de cuero que cuelgan de ambos

¹⁴ flancos de sus caballos. Al sacudirse esas frutas con su galope se van machacando y producen un jarabe color de vino, que se vuelca totalmente en una bolsa de cuero capaz de contener una gran cantidad. Cumplida la fermentación se obtiene un delicioso licor, que ellos saborean con placer, se les calienta la cabeza aunque no sufren sus entrañas, mientras que si se come la fruta en gran cantidad, produce una irritación que los indígenas solo pueden remediar engullendo mucha grasa de caballo.

Reino animal. Aunque la Patagonia es pobre en lo que se refiere al reino mineral y vegetal [!] es muy rica en el reino animal.

Por todas partes vagan tropillas inmensas de caballos, bestias con cuernos, vicuñas, guanacos, especie de gamos sin cuernos y con una joroba sobre el lomo, y nandú o avestruces Americanos. Abundan los gamos (Guazu-u de Azara; cervus campestris de Couvier) especie de gamo que difiere del europeo por tener blanco el pecho. También abundan los pumas o leones americanos. Fueron llamados así porque su aspecto produce espanto, aunque luego este animal no tenga en su andar y en su estampa nada del león de Africa del que tomaron para este el nombre, los Americanos.

Escasean los pájaros terrestres pero abundan los acuáticos entre los que se cuenta el cisne de cuello negro (anser nigricollus) y varias clases de patos.

En las costas del mar abundan los lobos marinos y los pingüinos; también se encuentran variadas especies de crustáceos que durante una parte del año constituyen el alimento principal de los pobladores.

El guanaco, el loro verde, la liebre pampa y muchos otros animales de Perú y de la república Argentina se multiplicaron extraordinariamente

en la Patagonia. Lo mismo que los caballos, los vacunos, los perros

¹⁵ fueron llevados allí por los Europeos y ahora constituyen la riqueza especial y casi única de de esos pobladores.

Mas para pasar a una enumeración más detallada es necesario señalar en la Patagonia a los animales siguientes.

Cuadrúpedos. Entre los cuadrúpedos el *lobo colorado* (canis jubatus) que ataca a los gallináceos; el *couguar*, este tigre americano que después de hartarse de sangre y carne palpitante cubre con hierbas, hojas y arena los restos de su presa, para volver a comer cuando lo necesite; dos especies de gatos salvajes, el *pajero* y el *mbaracayá* que compiten con el *couguar* en las cacerías que hacen en las llanuras bañadas por el Río Negro; la *mofeta* que despide un olor fétido e insoportable cuando se le acerca algún enemigo; el *glouton-risor* que excava cuevas y que dotado de las mismas cualidades que la mofeta, cuando se enoja despide un fuerte olor a almizcle; el *zorrrillo* se asemeja a las martas en sus líneas esbeltas y graciosas, con la piel negra adornada por dos rayas blancas longitudinales de la nuca a la cola; no olvidemos al *zorro de la Patagonia* que, según Catesby se distingue del zorro de Europa por su pelo gris plateado. Este animal, más astuto aun que aquel cuyas costumbres conocemos, sale por la noche de su madriguera para ir a atacar por sorpresa al gallinero. Con frecuencia empujado por el hambre, no encontrando nada para aplacarla, se arroja sobre las correas de cuero aun no curtido que usan los pobladores y las corta y se las lleva. De este modo ocurre con frecuencia que ganado y caballos encerrados en un corral formado por troncos y leños atados con trozos de cuero, liberados por algún zorro atrevido que ha devorado las ataduras de la empalizada, se escapan de noche.

Los Patagones les tienen un miedo horrible y cuentan de los zorros numerosos hechos más o menos extravagantes, hasta asegurar que los hubo tan atrevidos que llegaron a cortar las correas de cuero de las que colgaban sus armas colocadas bajo la almohada, mientras ellos dormían;

¹⁶ cuentan asimismo que una noche, un zorro, tirando de las riendas de un caballo para llevárselas consigo, llegó a conducir al caballo hasta su madriguera.

Todavía entre los mamíferos que existen más o menos numerosos en la Patagonia mencionaremos a la *zarigüeya* [comadreja] cuya ternura maternal es tan alabada; ésta esconde a sus crías en la bolsa abdominal ante el menor peligro que los pueda amenazar.

En la parte alta del país hay más especies de roedores como los *etenomi* [sic] que devastan las llanuras como nuestros topos; hay topos a montones, algunos de ellos autóctonos y muchos traídos por los barcos Europeos; el *guesa* (?) es un animal propio de estas tierras y nunca se acerca a los trópicos. Lo mismo sucede con la veloz *mara o liebre de América*. Este cuadrúpedo se caracteriza por la costumbre que tiene de excavar profundas cuevas. Su pelo es de un gris rojo fuerte sobre el lomo y blanco en la panza; hacia la cola tiene una medialuna que hace juego con el resto del pelo. Algunas son tan grandes como un perro mediano. Los indígenas las cazan encarnizadamente y despliegan una gran destreza. Puesto que la mara tiene un andar muy irregular y da mil vueltas cuando huye, los caballos empleados en este tipo de ejercicio realizan evoluciones parecidas, de modo que cuando no se está acostumbrado a este estilo de cabalgar, uno es despedido de la montura sin duda alguna.

Pero los indígenas están tan entrenados que acompañan al caballo en todos sus movimientos y llegan a cansar de tal modo a la liebre que, sin poner nunca los pies en tierra, logran aferrarla por las orejas y capturarla.

En la Patagonia no hay ni *monos* ni *jaguar*; este último, después del tigre el más grande y más hermoso de todos los gatos no pasa nunca más al Sur de los montes del Tandil.

¹⁷ Entre los mamíferos desdentados, no podemos omitir *el piche*. Los animales de esta familia son notables por el caparazón duro y escamoso que los cubre; tienen el hocico agudo, orejas grandes, uñas salientes, cuatro o cinco dedos en las extremidades delanteras, y cinco en las posteriores. Excavan viviendas subterráneas, y se alimentan de vegetales e insectos. *El piche* es un animal pequeño, gracioso, muy manso, muy inofensivo y muy buscado por su carne, que ciertamente no sería rechazada en las mesas más suntuosas de Europa. Los Gauchos y los indígenas los asan colocándolos con el caparazón sobre las brasas, y cuando está suficientemente asado, las escamas se desprenden muy fácilmente. No es cosa rara encontrar en las casas de los colonos piches, que

son divertidos por sus rarezas, y las posturas singulares que toman algunas veces.

Los pantanos del río Negro sirven de refugio una gran cantidad de *pecaríes de collar*; es decir, *jabalíes de América*, animales indomables tanto en este país como en cualquier otro. Una especie de ciervo llamado *guaquí-te* [huemul] es también común en la Patagonia; pero es menos interesante que el *guanaco*, cuya carne y sobre todo el cuero son muy apreciados por los indígenas.

Para algunos naturalistas, este último animal, es considerado la *llama* en estado salvaje, y representante en América de los camellos del Oriente. Por su conformación externa, se lo puede comparar a un asno, con patas y cuello más largos. Abunda en todas las zonas templadas de América del Sud, desde las islas boscosas de la Tierra del Fuego hasta las regiones montañosas del Plata, y también hasta la Cordillera del Perú. Aunque prefiera lugares altos, vive también en los pantanos de la Patagonia meridional. En general, estos animales andan en pequeñas tropillas de doce a treinta animales; sin embargo en las costas septentrionales del estrecho de Magallanes se reúnen en manadas muy grandes.

¹⁸ Un rasgo característico de estos cuadrúpedos es la curiosidad. Si por casualidad nos encontramos frente a un *guanaco* solo, éste, en vez de huir —como correspondería a su instinto de animal salvaje—, se para y nos observa atentamente; un momento después reanuda su carrera, y vuelve a detenerse para mirarnos. Si luego adoptamos una postura extraña —por ejemplo, si nos echamos en el suelo con los pies en alto—, el guanaco se acerca, para reconocer el objeto singular que ha visto de lejos. Para capturarlos, algunos viajeros han recurrido a esta treta con buenos resultados. Algunos han sido vistos también sobre las montañas de la Tierra del Fuego. Son domesticables, y a veces se tornan tan familiares, que se vuelven atrevidos. No tienen la menor idea de la defensa natural, y un solo perro basta para capturarlos, a pesar de su tamaño. Cuando una manada de guanacos es asaltada por hombres a caballo, se desbandan de golpe y huyen atolondradamente, sin saber adonde dirigirse.

Los guanacos se arrojan de buena gana al agua; en el estrecho de Magallanes pasan a nado de una isla a otra. Byron, en su viaje, los ha visto beber agua salada, y los oficiales del barco inglés *Beagle* han divisado una manada entera que parecía estar bebiendo las aguas de una salina en el Cabo Blanco. Por lo demás, si no pudiesen tolerar el agua

salada, en algunas partes de la Patagonia correrían el peligro de morir de sed.

Durante el día, a menudo se refugian en hondonadas llenas de polvo. Estos animales tienen una costumbre que parece inexplicable: hacen todos sus necesidades en el mismo lugar. Algunos de estos depósitos alcanzan a tener ocho pies de diámetro, y contienen necesariamente una gran cantidad de guano. Frezier observa que ésta es también una costumbre de las llamas; dice que resulta muy ventajosa para los indígenas, que emplean los excrementos del guanaco como combustible.

¹⁹ El señor D'Orbigny corrobora esta afirmación, y asegura que todas las especies de este género, es decir, las llamas, las alpacas y las vicuñas están dotadas de ese instinto singular.

Parece que para morir, los guanacos eligen determinados lugares con preferencia a otros, y así en las playas del Santa Cruz, por ejemplo, se ha visto el suelo blanco por los huesos; principalmente, en los lugares cubiertos de matas, y próximos a las costas. Esos esqueletos no presentaban ningún rastro de fractura, lo que habría sido todo lo contrario, si los guanacos hubieran sido devorados por animales feroces. Lo mismo se observó a orillas del Río Gallegos.

No se encuentra explicación a esta costumbre. Con todo, merece señalarse que cuando un guanaco es herido, siempre se dirige hacia el arroyo más cercano. Estos hechos pueden servir para explicar, a veces, la presencia de esqueletos intactos en una caverna o enterrados en estratos aluvionales; pueden explicarnos así por qué se encuentran en terrenos sedimentarios restos de una especie de mamíferos con más frecuencia que los de otras especies.

Además de los cuadrúpedos que hemos enumerado, se hallan en la Patagonia vacunos, caballos y lanares, que los colonos europeos sucesivamente han llevado y aclimatado. Los vacunos abastecen especialmente un activísimo comercio de carne salada. Sobre todo en los alrededores de Carmen se cría un número extraordinario. También los perros llevados allá por los Europeos se han multiplicado extraordinariamente, y abundan también al sur de la Patagonia y en la Tierra del Fuego.

Pájaros. En la Patagonia abundan los pájaros; pero no hay ninguno que tenga las plumas brillantes y variadas, como las especies que viven en las regiones centrales de América.

El avestruz, que se encuentra en bandadas numerosas al Norte, es más

²⁰ pequeño que el avestruz de África, y además difiere notablemente de éste. Tiene cuatro dedos en las patas, tres delante, y uno posterior grueso y redondo. Sus plumas son grises a lo largo de todo el lomo, y tiene la cabeza semejante a la de un ganso. Su nombre indígena es *nandú* [sic]. Pone sus huevos en Octubre y en Noviembre en los lugares más alejados, y se limita a empollarlos de noche, tarea que también comparte el macho. Los pobladores dicen que cuando el empollar llega a su término, el ñandú rompe los huevos no fecundos para atraer a su alrededor las moscas para que sirvan de alimento a los polluelos. Otro rasgo característico de esta ave es su gran curiosidad. Cuando está domesticada, suele meterse en un corrillo de personas que están conversando, para observarlas; en estado salvaje, este instinto singular a menudo les ha resultado fatal, puesto que buscan conocer todo lo que les parece extraordinario, y el *cougard* los toma de sorpresa cuando ya no tienen posibilidad de huir. La carne del avestruz es muy buscada por los nativos. Los Gauchos comen sólo la pechuga que llaman *picanilla*. Los huevos se venden no sólo en la región, sino también en Buenos Aires y en Montevideo.

Las plumas del ñandú no se pueden comparar con las hermosas plumas del avestruz africano, y sólo sirven para plumeros. En Buenos Aires y entre los Indios moxos se las tiñe con colores brillantes. La cacería de esta ave se hace a caballo, y los pobladores de Carmen de Patagonia [sic] se muestran sobremano diestros. No es tan fácil aproximarse a un avestruz, porque corre con una velocidad casi increíble. Apenas se lo divisa, es necesario lanzar en su dirección el caballo a todo galope, para alcanzarlo en el primer momento, porque de otro modo el caballo se cansaría inútilmente, al tratar de seguir al ágil ñandú en las mil vueltas que da sin

²¹ la menor fatiga, para desconcertar al cazador. Apenas el gaucho está a una distancia conveniente, le arroja las bolas, con cuya correa lo traba y lo apresa. A veces, al verse rodeado, trata de alejar a los caballos pinchándolos con una especie de uña terminal de que están provistas sus alas; y cuando ha perdido toda esperanza de salvación, se arroja entre las patas de los caballos, que espantados, con frecuencia, despiden de las monturas a los jinetes inseguros. Entonces vuelve a huir en línea recta; pero otros enemigos lo sorprenden de nuevo y acaban por enrollar a lo largo de sus largas patas una última boleadora, que de

tiene definitivamente su carrera. Al punto es sacrificada, y el vencedor le corta las alas, que cuelga en señal de triunfo de su caballo. Éste es uno de los espectáculos más interesantes para el extranjero, y llena de singular animación las desiertas llanuras de la Patagonia septentrional.

El señor D'Orbigny ha descubierto en esta región otra especie de avestruz, al que dió el nombre de *Rhea pennata*, y opina que es éste y no el *nandú* [sic] el que llega hasta el estrecho de Magallanes.

En la Patagonia es considerable el número de las aves de rapiña. El formidable *cóndor*, cuyas alas gigantes cas suelen alcanzar quince pies de envergadura, era venerado por los Incas del Perú, como lo había sido el gavilán por los Egipcios; en majestuoso vuelo pasa rozando las más altas cumbres del litoral.

Este coloso alado tiene importunos competidores en el *catharte aura*, y también en el *catharte urubu*. El primero, que también llamado *Vultur aura*, es una especie de buitre muy voraz, y que difunde a su alrededor un insoportable olor a podrido.

El *urubu* es una variedad del precedente, y su olor, como el líquido que brota de sus narices, tienen una gran analogía

²² con el almizcle, mezclado todavía con un horrible hedor de carne podrida. Estos pájaros se reúnen por centenares sobre los cuerpos muertos, y son utilísimos para los Americanos, en cuanto los libran de los restos infecciosos que, de quedar en los lugares húmedos, podrían producir enfermedades epidémicas. Cuando los urubus son perseguidos enseguida después de la comida, les cuesta huir volando por lo que arrojan el alimento ingerido momentos antes quizás, no tanto para aligerar el peso del propio cuerpo y poder huir más rápido, cuanto para frenar a los caracarás, que dejarán de seguirlos, para recoger los nauseabundos restos lanzados por sus enemigos. El *caracara* que aquí mencionamos, es un águila voracísima que suele parar cerca de los lugares habitados, para arrojarse sobre los restos de los animales muertos, y que va en pos del hombre, como si ya desease su cadáver.

El verano trae consigo al *halcón* y otras aves nocturnas carnívoras, como el monótono *nocorutu*, especie de lechuza o buho propia de las regiones Magallánicas. La cheveche *urucurea*, especie de lechuza que hace su nido en cuevas, se halla de día también en las llanuras; mientras que el bosque alberga a la más pequeña de las le-

chuzas, que suele hamacarse en pleno mediodía sobre las flexibles ramas del sauce.

Entre los pájaros de menor tamaño se encuentra en la Patagonia: un *mirlo* que el invierno aleja del estrecho de Magallanes, y habita en los matorrales. Junto a este último suele vivir el *guasón de la Patagonia*, pájaro de varios colores, cuyo canto, modulado ora en escala cromática ora en melodiosas cadencias, ha sido considerado una imitación del ruiseñor: entra también en las casas y se familiariza tanto que sólo le agrada estar entre la gente. Entre los matorrales se esconden el *troglodita saltarín* o diminuto *jilguero*, el asustadizo *synataxe* insectívoro, y el ligero *gobe-mouche*. Las praderas del Nordeste son

²³ frecuentadas por algún *pipís*, otro insectívoro que se confunde con la alondrita, por la alegre alondrita, y por un *tangara*, que puede competir con el *colibrí*, por la variedad y el brillo de sus colores. Ese pequeño pájaro es el único de su familia que vive en los pantanos, donde se muestran también los sociables *troupiales* teñidos de negro o de vivos colores, y el *estornino militar*, que debe su nombre a sus hombreras y a su pecho rojo. Mencionemos todavía en las cercanías del Río Negro más especies de golondrinas de ágil vuelo; el *gros-bec* que se distingue por sus plumas completamente azules y su cuello blanco; el *anumbi*, pájaro marrón de patas rosadas, a cuyas melodiosas escalas hacen eco las aguas del río. Nada más curioso que la morada de los unumbis; está puesta en las puntas de las ramas dobladas de los árboles espinosos, o si no, en medio de matorrales aislados: en el primer caso, a menudo suspenden su nido sobre el agua, y no es raro ver dos reunidos. Este nido es verdaderamente extraordinario, teniendo en cuenta la pequeñez de sus constructores, que a lo sumo miden de dieciocho a diecinueve cms. de largo, mientras que el nido alcanza los cuarenta cm., y tiene la forma de un óvalo alargado, y más ancho en la base que en la parte superior. Su exterior está protegido por una cantidad de ramitas espinosas entrecruzadas con tal arte, que no se pueden quitar sin romperlas.

El interior, tapizado de trapitos, de plumas, de crines y paja, está compuesto por dos ambientes: uno muy espacioso, que tiene una abertura lateral. En este primer departamento hay una especie de corredor que sube y luego baja al segundo ambiente, mejor adornado que el primero. En octubre redoblan sus canciones. Por lo demás, trabajan constantemente en su singular

²⁴ vivienda, que es la preocupación de toda su vida, fuera del tiempo que dedican a sus pichones.

El *anabato*, pájaro de los matorrales, cuyos hábitos se asemejan a los del anumbi, y cuyo canto es igualmente cromático y cadencioso; el *hornero*, arquitecto que construye su nido en espiral sobre ramas flexibles, el *ibis*, de grito desagradable y largo pico, el *tinocoro*, ejemplar que se confunde con la tierra, por el color gris de sus plumas, y que sólo huye cuando uno ya le está poniendo el pie encima, el *bioró*, brillantemente coronado de blancas plumas, largas y sutiles, de las que se despoja cada año, y que son de gran valor, por ser este pájaro un ejemplar muy raro, alguna *cigüeña* de pico largo y agudo; el *pico forrado*, que los antiguos navegantes Españoles e Ingleses han descrito con el nombre de palomas blancas, y cuyas costumbres marítimas contrastan con su aspecto totalmente terrestres. Éstas son las principales especies que el naturalista puede observar en la Patagonia; sobre todo en ciertas localidades privilegiadas, que sería muy largo enumerar aquí. No omitimos, sin embargo, mencionar una de los más hermosos fenicoptéridos que viven en estos lugares, el *flamenco*, que construye su nido en medio de las vastas salinas naturales, que blancas como la nieve, se extienden en medio de las llanuras más áridas. Estos nidos que llegan a veces a dos mil forman como un oasis oscuro que contrasta en modo singular con el reflejo brillante de estos lagos de cristal. Cada nido es un cono de un pie de altura, truncado en el vértice y cóncavo en la base, para recibir los huevos. Cada uno dista del otro el espacio de un pie circular, y esta distribución es perfectamente regular. Esta reunión de conos, todos absolutamente parecidos y de la misma altura, semejan

²⁵ una ciudad de calles tortuosas, como las de nuestras antiguas plazas fuertes. El flamenco tiene las patas y el cuello desmesuradamente largos, las plumas del cuerpo, de un blanco rosáceo, y las alas, de color de fuego. Se encuentran en bandadas numerosas, son migratorias, y van de un lago a otro, prefiriendo los de agua turbia, sumergiéndose hasta el vientre en el agua, para buscar los pequeños animales acuáticos, de los que son muy ávidos. Nunca se separan, ni marchan aislados: se van todos de una vez y dejan la tierra, donde semejaban una línea regular de infantería; despliegan las alas, de muy hermoso color rojo, conservando siempre un orden simétrico, y volando, forman todavía una larga falange inmóvil. Al re-

tornar la primavera, y de regreso al lugar donde se había establecido el año anterior, cada pareja repara su nido; lo rehace si las aguas se lo llevaron, terminado el trabajo, depositan los huevos en la parte superior del cono, y entre ambos los empollan.

Entre los pájaros trepadores se distinguen, sobre todo, los *carpinteros* y el *ara patagónica*, una especie de hermoso papagayo que se encuentra hasta el estrecho de Magallanes.

La especie de los gallináceos tiene en la Patagonia el quejumbroso *tinamo*, especie de perdiz, cuya carne es muy delicada; las *tortolillas*, cuyos pichones en invierno llegan a millares, y finalmente la *aendromina*, otra perdiz, cuyas plumas punteadas de blanco sobre un fondo gris le dan un aspecto muy pintoresco. Este pájaro, conocido en el país con el nombre de *martineta*, vive en bandadas, anda casi siempre por tierra, y no levanta vuelo sino cuando se la espanta mucho.

Los pájaros acuáticos conocidos en estas regiones son dos especies de cisnes, once especies de patos, la oca antártica.

²⁶ que viaja hasta la Tierra del Fuego; el *cormorán* y el *grebe*, el nadador más hábil de todos los pájaros de este género. Los reptiles son escasos, y no se halló sino un solo sapo. Hay también peces de agua dulce, pero sólo de una o dos especies. Mayor interés despiertan los insectos. Son numerosísimos, y lo que causa mayor admiración es que se hallan en gran cantidad en la superficie de las salinas. Están todos impregnados de sal, y por lo tanto, en perfecto estado de conservación. Aún no se ha logrado explicar la presencia de estos insectos en los lagos salados de la Patagonia; los habitantes y los obreros encargados de la explotación de estas reservas no han podido descubrir aún la causa de este hecho, que, por otra parte, no se había observado todavía.

Pesca: Las costas son visitadas con frecuencia por ballenas, delfines y otros cetáceos, a los que se da caza activamente por barcos de todas las naciones. Estas costas están pobladas de *anfíbios*, a la cabeza de los cuales pondremos dos especies de *focas*: una conocida con el nombre de *foca de trompa*, y la otra llamada vulgarmente *león marino*. La pesca de estos anfíbios durante mucho tiempo ha atraído la actividad de los europeos a las costas de la Patagonia.

“Los barcos, dice el Sr. D’Orbigny, llegan en Agosto y en Setiembre. Echan anclas en el río Negro, ya sea en la bahía de San Blas o en el puer-

to de la Unión. Cada barco trae consigo una pequeña embarcación para trasportar la grasa de foca, y para poder desembarcar en la costa. Establecen sus campamentos en lugares señalados, esperan que las manadas de las focas salgan del agua, y ponen sumo cuidado en no atacarlas antes de que estén todas en tierra. Más bien, la época en la que se podía comenzar la cacería era establecida por la autoridad del Carmen, población situada cerca de la desembocadura del Río

²⁷ Negro, último punto de las costas habitado por Europeos.

He aquí de qué modo tiene lugar esta caza. El día establecido, cada barco, armado de largas lanzas de hierro y de palancas, navega por la orilla, para obligar a las focas a refugiarse en tierra. Llegadas a la playa en tropel, desde los barcos les impiden la retirada. Los machos tratan de volver al agua los primeros; pero los pescadores les impiden el paso, y para vencerlos más fácilmente, se les da un golpe en la trompa. Entonces el animal se yergue sobre sus aletas, y encarando con la boca abierta a su agresor, trata de morderlo o aplastarlo bajo el peso de su cuerpo. Pero éste, acostumbrado a esta maniobra, aprovecha el momento para hundirle la lanza en el pecho y diestro y rápido se retira antes que el animal caiga. Con frecuencia, este primer golpe, bien dirigido, deja a la foca aturdida, perdiendo las fuerzas junto con su sangre, de tal manera que con algún golpe en los flancos terminan por rematarla.

Otras veces, estas primeras heridas sólo sirven para encolerizar al animal; que con mayor fuerza vuelve a levantarse, abriendo sus terribles fauces y emitiendo un ronco grito. Entonces la lucha se vuelve más difícil. El pescador que no tenga suficiente experiencia y no retire su lanza a tiempo, la ve muy pronto hecha pedazos por el peso del animal, o reducida a mil astillas por sus dientes formidables.

Mientras los marineros más diestros se ocupan de eliminar a los machos, otros con lanzas de madera dan muerte a los animales jóvenes que están alrededor de las hembras; estas por toda defensa abren la boca, emiten gritos y alaridos, y se acer-

can unas a otras, y así son liquidadas a lanzazos en sus flancos. Ninguno de estos animales muere antes de haber perdido toda su sangre, a menos que se le fracture el cráneo a golpes. Los pescadores nunca dejan vivo ningún animal perteneciente a la manada; todos son sacrificados, aunque sean más de doscientos, como sucede a veces.

²⁸ Sólo pueden salvarse las que en medio de la carnicería logran ganar el mar sin ser vistas. Terminada la matanza, los pescadores arrojan paja encendida sobre los cuerpos de los muertos, para reconocer a los que no fueron suficientemente heridos; luego proceden a derretir la grasa en los hornitos preparados previamente. Una foca grande rinde ordinariamente un tercio de tonelada de aceite, mientras que siempre se necesitan cuatro o cinco hembras para obtener otro tanto. Es indudable que las focas puedan dar el doble del aceite que se les extrae, porque casi todas las demás partes del cuerpo, los intestinos, el hígado y aun el vientre, que siempre tienen uno o dos pies de grasa, podrían proveer aceite. Pero todas estas partes son abandonadas, y se extraen solamente las del lomo, porque son más fáciles de llevar, y así se pierde más de lo que se recoge.

El aceite solo puede, pues, brindar un ramo de comercio siempre lucrativo, y ordinariamente se vende en Europa como aceite de ballena. Este ramo del comercio ha sido utilizado por los Ingleses, y sobre todo por los Franceses, con tal intensidad, que acabó por arruinar toda producción, puesto que las focas, a causa de la guerra de exterminio que se les hacía, abandonaron los parajes de Buenos Aires y de la Patagonia. No se puede estimar en menos de dos mil toneladas el aceite exportado anualmente; y si se calcula que veinte focas de trompa, machos y hembras, no producen más que una tonelada, se verá que al menos debían ser sacrificados cada año cuarenta mil de estos anfibios."

Así termina la historia física y natural de la Patagonia, que se ha creído oportuno exponer, porque puede servir para aclarar mucho las cosas que a continuación se irán enunciando.

²⁹ Segunda Parte

Historia del descubrimiento de la Patagonia y de los asentamientos europeos en dicha región

Expedición de Magallanes: Apenas 25 años después de haber Colón descubierto a América, ésta ya había sido casi enteramente recorrida y explorada. Mas no se conocía aún la forma en que este nuevo Continente terminaba en su parte meridional. Algunos creían que sus tierras se prolongaban hasta el polo austral, y otros sostenían que avanzando en la navegación hasta los 40 o 50 grados de latitud sur, se encontraría un paso para ir al Gran Océano, que está del otro lado de América, sin necesidad de descender de los barcos.

La opinión más común era que las tierras tenían un término, y que el paso al Gran Océano sería encontrado. Sin embargo, los numerosos viajaron que salieron en su busca, no se atrevieron a pasar más allá del grado 32 o 33 de latitud; es decir, llegaban hasta el río de la Plata, donde se fundó Buenos Aires.

Mas el año 1517 el portugués Magallanes, persuadido de que dicho paso debía de existir, fue a ver al cardenal Ximenes, que gobernaba a España en ausencia del emperador Carlos V, y se ofreció para visitar las grandes posesiones de España en el Oriente, pasando por el sur de América. El emperador Carlos V lo hizo esperar dos años; mas viéndolo tan decidido y convencido, lo nombró capitán general de una escuadra de cinco naves, con las que Magallanes zarpó para realizar el primer viaje alrededor del mundo.

Se embarcaron en Sevilla, el 10 de agosto de 1519. Una vez que llegó al Brasil, el 27

de la Plata), donde hacía poco había ocurrido el luctuoso caso de Juan de Solís, devorado junto con sus compañeros por los aborígenes.

Hasta ese tiempo, ninguno había ido más al sur; pero él continuó navegando en esa dirección, y manteniéndose siempre cerca de la costa, descubriendo así nuevas tierras.

Debió superar muchas dificultades, resistió la furia de terribles huracanes, desbarató varios motines de los marineros que lo seguían, y llegó felizmente a un puerto en el que decidió invernar, para tener mejores posibilidades de visitar por tierra diversas provincias del interior de la Patagonia, y explorar con mayor comodidad las costas próximas.

El puerto en el que desembarcaron se llamó de San Julián, y los revoltosos fueron severamente castigados. (Era el mes de mayo; es decir, hacia el fin del otoño en el hemisferio austral.)

Durante los dos primeros meses que pasaron los españoles en estas remotas regiones, no vieron un alma; pero finalmente se les presentó un indígena, y después otros, todos de estatura gigantesca, y como estaban vestidos y calzados con cueros, Magallanes los llamó patas de oso o patagones (oso en español, *patagón*), nombre que les ha quedado a estos pueblos, aunque ellos no se llaman a sí mismos de este modo. Más, aún: ignoran que se los denomine patagones, y que la tierra que habitan sea llamada Patagonia por los europeos.

La nave llamada *Santiago*, destacada, al iniciarse la primavera, para explorar las costas, naufragó entre los hielos.

El 21 de agosto de 1520, tras cinco meses de infortunada permanencia en estos parajes, las cuatro naves que quedaban desplegaron nuevamente

³⁰ de diciembre, Magallanes desplegó de nuevo las velas, y costeano el Continente en dirección al sur, llegó a la desembocadura del gran río (Río

sus velas, y siguiendo siempre la costa, enfilaron hacia el sur. Pero como la estación aún seguía muy fría y tempestuosa, Magallanes condujo la escuadra hasta la desembocadura del río Santa Cruz, en los 50 grados de latitud, para detenerse allá todavía un par de meses, esperando una ocasión más propicia.

³¹ En esa estada, nuevamente tuvo que sufrir mucho. Con todo, la demora le dio mayores posibilidades de explorar las costas de la Patagonia, y también de internarse varias millas tierra adentro.

Finalmente, pudo proseguir viaje el 21 de octubre, y después de un corto tiempo encontró un promontorio que llamó de las *Once Mil Virgenes*, porque ese era el día a ellas dedicado, y el estrecho al que se entraba fue llamado de Magallanes, nombre de su descubridor, con el que ahora es comúnmente conocido.

En ese estrecho se levantó una terrible tormenta, que duró casi dos días seguidos, y que puso en peligro inminente a toda la escuadra; pero quiso Dios que cesara la tormenta, por lo que pudieron llegar a un promontorio desde el que divisaron el mar abierto, del otro lado. El promontorio fue llamado cabo Deseado, y el miércoles 28 de noviembre la escuadra de Magallanes, reducida a tres naves, entró en el gran mar que enseguida fue llamado Gran Océano o Mar Pacífico.

Por él se navegó durante tres meses y veinte días, sin divisar el más mínimo escollo; pero a continuación, siguiendo siempre el mismo viaje, encontró un número extraordinario de islas, que llamó simplemente islas del Océano, y ahora constituyen la quinta parte del mundo, conocida con el nombre de Oceanía. Visitó muchas de estas islas; mas cuando llegó a las Islas Filipinas, desgraciadamente participó de las guerras que allí reinaban permanentemente entre esos isleños, y murió en una batalla el 27 de abril de 1521. Los vencedores no quisieron devolver su cadáver. Además de él, poco después fueron asesinados veinticuatro españoles, y les fue quitada una nave. Por eso, los sobrevivientes tuvieron que partir de prisa, y no pararon hasta Borneo, desde donde embarcados llegaron a las islas Molucas el 6 de noviembre de 1521. Aquí, los portugueses llegados del oeste fueron encontrados por los españoles venidos del este; los europeos, pues, habían cumplido la vuelta al mundo. Los compañeros de Magallanes sobrevivientes a los

³² desastres, retomado su camino, arribaron a España el 6 de setiembre de 1522, después de tres años y algo más de viaje. Habían zarpado con cinco naves, y volvían con una. Habían partido 237 hombres, y regresaron 18, la mayor parte enfermos. "Desde nuestra partida —dice Pigafetta— hasta nuestro regreso calculamos haber recorrido 14.460 leguas y dado la vuelta entera al globo, yendo siempre de este a oeste. Desembarcamos, y todos en camisa y a pie descalzo fuimos con un cirio en la mano a visitar la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria y la de Santa María la Antigua, como habíamos prometido hacer, durante los momentos de mayor peligro."

La historia de las cosas vistas en este viaje fue redactada por orden del emperador Carlos V, por el historiador Pedro Mártir, quien la dedujo de todos los documentos, diarios y apuntes que fueron hallados a bordo de las naves que sirvieron para esta expedición. Pero, por desgracia, en el saqueo de Roma de 1527, el único manuscrito de esta historia enviado al Papa fue quemado, y la memoria de tamaña empresa se habría perdido con el correr de los años, si no hubiese escrito una relación interesante y detallada un culto caballero de Vicenza llamado Antonio Pigafetta, quien, interesado por ver con sus propios ojos las cosas maravillosas que se contaban del Océano, había acompañado en ese viaje al audaz navegante.

Como es natural, contándose en este relato por primera vez cosas tan maravillosas y a todos desconocidas, el autor incurrió en diversos errores, y en algunos detalles exageró las tintas en las cosas que contaba; especialmente, cuando se refiere a la Patagonia. Esto, con todo, no hace que el contenido de la obra pierda su valor, en cuanto fue escrita por quien vio las cosas.

La descripción de Pigafetta cayó en descrédito, porque Maximiliano Transilvano en su libro tradujo al de Vicenza,

³³ repitió sus exageraciones, y añadió otras de su propia cosecha. Después, al escribir una historia general y natural de las Indias, Gonzalo Fernández Oviedo repitió las exageraciones de los dos precedentes, añadiendo otras más por su cuenta.

Siendo éstas las únicas obras sobre la Patagonia que por algún tiempo tuvieron circulación general, indujeron en error a muchos autores, e hicieron perder la fe en las cosas que contaban los primeros navegantes, las cuales, aunque en sí verdaderas, parecían falsas, por las maravillas que

relataban, y más, todavía, al ir unidas a las fábulas totalmente increíbles que les habían añadido. Entre otras cosas, por ejemplo, exagerando la estatura de los Patagones, Oviedo decía que los había de una altura de tres pértigas, y que un Europeo, por alto que fuese, alzando el brazo no llegaba a la cintura de un Patagón.

Nuevos exploradores: Después de Magallanes, la Patagonia ya no fue explorada por mucho tiempo. España habría querido fundar establecimientos en distintos puntos; pero la dificultad de atracar a sus puertos y la poca seguridad que éstos ofrecen, movieron a los Europeos a renunciar a establecerse en sus costas.

En 1578, los Ingleses, sin embargo reaparecieron sobre el suelo de este país, hasta ahora exclusivamente explorado por navegantes Españoles; pero, visitados muchos lugares, se retiraron disgustados de lo inhóspito de estas tierras, y no dejaron rastros de su paso. Sin embargo, las fantásticas afirmaciones de algunos otros viajeros decidieron al Gobierno Español a tentar de nuevo la fundación de un establecimiento en aquel país, porque, confiando en las afirmaciones de algún entusiasta, se esperaba encontrar ciudades importantes, edificios magníficos e inmensas riquezas.

Por consiguiente en 1582 fue desembarcado un considerable número de Españoles en la parte oriental de la península de Brunswic, [sic] que es el extremo más meridional del Continente Americano, en el lugar que hoy se llama

³⁴puerto del hambre. [sic] Estos aventureros, al mando de Sarmiento y de Diego Flores, para comenzar la obra de civilización, pusieron los primeros cimientos de la ciudad de S. Felipe.

Sólo entonces cayeron en la cuenta de que la tierra que les habían descrito como el verdadero país de la abundancia, era una tierra estéril e inhóspita. Pronto se les acabaron los víveres que habían traído consigo, y el frío comenzó a hacerse sentir del modo más terrible. Sarmiento decidió ir a las colonias del Norte a buscar provisiones; se embarcó, naufragó repetidamente, y fue capturado por los Ingleses. Entre tanto los cuatrocientos infortunados colonos que esperaban su regreso, murieron de hambre y de frío, y atacados por los indígenas. Reducidos a sólo 25 decidieron buscar por tierra un lugar más favorable donde hallar con qué proveer a su miserable existencia. Partieron y el único que no los quiso seguir, ya no los vio regresar. Este sobre-

viviente fue hallado sobre las ruinas de la ciudad naciente cuatro años después por el corsario Cavendisk, [sic] el cual se lo llevó prisionero.

Desde entonces, España, disgustada por estas expediciones demasiado arriesgadas se conformó con los establecimientos que tenía hasta el Río de la Plata. Por varios años, los Ingleses fueron los únicos que visitaron los diferentes puntos del estrecho de Magallanes. Cavendisk atracó varias veces al Puerto Deseado: J. Chidley, en 1590, echó anclas en el puerto del Hambre, mudo testigo del desastre de la colonia Española; tres años más tarde, Ricardo Harekins surcó las aguas del puerto S. Julián.

Muy pronto, los Holandeses, que también aspiraban al dominio de los mares, aparecieron por estas costas, todavía tan poco conocidas. Sebald de Woert, Simón de Cord, Olivier del Nord y Spielberg se internaron en el terrible estrecho, y visitaron algunos lugares de la Patagonia meridional.

³⁵El año 1601, los Españoles se atrevieron a entrar en el territorio Patagónico partiendo de Buenos Aires y atravesando las pampas. Esta expedición, conducida por Hernandarias de Saavedra, brindó a los indígenas la oportunidad de convenirse de que los Europeos no eran invencibles, a pesar de sus formidables medios de destrucción. Los soldados Españoles y su jefe cayeron en manos de los Patagones, y se salvaron a duras penas.

En 1615, dos Holandeses, Lemaire y Schouten, descubrieron el estrecho que luego llevó el nombre del primero de estos viajeros; la existencia de ese paso mostró a los geógrafos de ese tiempo que el estrecho de Magallanes no era el único paso, como ellos creían, a través del cual se podía pasar a la otra parte de América, o sea que el Océano Atlántico no se comunicaba con el Gran Océano por medio de una sola boca.

En 1618, los Españoles, celosos de este hecho, cuyo mérito y honor era totalmente de los Holandeses, encargaron a García de Nodal de explorar nuevamente este paso, y seis años después, el holandés Santiago el Ermitaño bordeó el extremo meridional de la Tierra del Fuego.

A fines del siglo xvii, estas tierras australes fueron de nuevo visitadas por dos Ingleses: Narbourow y Nood; finalmente, después de cierto tiempo, también los Franceses se arriesgaron por estas regiones, que no conocían todavía. De 1696 a 1712, Degennes, Beauchesne-Gouin y Frezier apa-

recieron por allá sucesivamente. Después de esta última época, los navegantes más famosos del siglo XVIII, por ejemplo Anson, Byron, Bougainville, Wallis y Cook exploraron las regiones de la Patagonia y la Tierra del Fuego.

Colonización: Los éxitos de los Jesuitas en el Paraguay y en el Perú en el hecho de la colonización inspiraron a España la idea de confiar a dos de estos religiosos, los Padres Quiroga y Cardiel, la misión de formar un nuevo establecimiento en el punto

³⁶ de la costa patagónica que a su parecer fuese más favorable. Este intento, que tuvo lugar en 1745, no dio ningún resultado, y el informe de los dos Jesuitas no fue como para animar a realizar semejantes ensayos en el futuro. Con todo, después que el Inglés Falkner, que había vivido largo tiempo en las Pampas, publicó una descripción de las tierras Magallánicas, España, alarmada por las intenciones de Inglaterra de fundar establecimientos en las tierras Australes de América, se puso seriamente a fortificar los puntos principales del litoral Patagónico, y a crear colonias.

El establecimiento de S. José fue fundado en 1779; a raíz de esto, pero una gran epidemia obligó a los colonos a refugiarse en Monte Video [sic]. El mismo año tuvo lugar un intento más afortunado de colonización en el sitio donde existe ahora el pueblo del Carmen o Carmine, a unas leguas de la boca del río Negro. En 1780 hubo otro intento de colonización en el puerto de San Julián, por parte de Francisco de Viedma; se construyó un fuerte con algunas casas, y se dio a este lugar el nombre de Florida Blanca [sic]. El puerto Deseado vio casi al mismo tiempo comenzar otro asentamiento. Estos distintos esfuerzos indican a las claras el proyecto firme de asegurar la posesión de la Patagonia a la Corona española; pero no tuvieron resultado satisfactorio, porque España se vio obligada en 1783 a abandonar todos los puntos ocupados por sus súbditos, con la sola excepción de la colonia naciente sobre el río Negro es decir, el fuerte del Carmen.

Francisco de Viedma encargado de dar a este asentamiento todo el desarrollo y la importancia de que parecía capaz, compró a un cacique el curso del río desde la desembocadura hasta S. Javier, y supo ganarse tanto la confianza de los indígenas, que tuvo la satisfacción de ver a estos hombres tan bravos y celosos de su independencia, ayudarlos de buena

³⁷ gana en la construcción del fuerte de Carmen, que muy pronto sirvió de abrigo a los pobladores, hasta entonces obligados a cobijarse en las cuevas. En 1781, el virrey de Buenos Ayres, accediendo al pedido de Viedma, decidió enviar a Carmen una guarnición de 734 individuos venidos de las montañas de Galicia, en España. A partir de este momento la colonia adquirió una importancia real y verdadera.

En 1782 el piloto Basilio Villarino fue encargado de remontar el curso del río para buscar un paso a Chile a través del río Mendoza, al que se creía afluente del Río Negro; pero esta expedición, interesante desde el punto de vista geográfico, no acarreo ningún beneficio material a la colonia de Carmen.

Todo marchaba prósperamente en la colonia del Río Negro, cuando Juan de la Piedra, nombrado en 1784 comandante de Carmen, tuvo la descabellada idea de declarar la guerra a las naciones indígenas, y atacó al Cacique cuya alianza con los españoles hasta ahora había favorecido el bienestar de la colonia.

El pequeño ejército del De la Piedra, en esta nefasta campaña, cometió crueldades dignas de los aborígenes que eran sus víctimas. Todo lo que caía bajo la mirada de los españoles, fue despiadadamente masacrado, sin distinción de edad ni de sexo; pero los indígenas no tardaron en tomarse el desquite; y los compañeros del De la Piedra, diezmados y despavoridos, tuvieron que huir a Buenos Ayres. Sólo entonces los Españoles pudieron apreciar el tamaño error cometido, porque esta lucha sangrienta fue señal de una serie de hostilidades a las que ninguna concesión pudo poner término. A pesar de todo, la colonia se mantuvo gracias a las fuerzas que le mandaba España. Antes bien, el comercio se volvió más activo, debido a la abundancia de sal recogida en los alrededores de la población.

³⁸ La Colonia de S. José fue más desafortunada. La conducta imprudente de un Jefe Español ocasionó su ruina, cuando comenzaba a marchar según las huellas de la de Río Negro, y ya contaba con veinte mil cabezas de ganado. He aquí cómo relata el señor D'Orbigny esta sangrienta catástrofe, cuyos detalles le fueron narrados por uno de los tres Españoles a los que perdonaron la vida los indígenas. "Los Indios mantenían un activo comercio con los establecimientos, y de mil maneras trataban de prestar pequeños servicios a los colonos. Ocurrió que tres soldados de Carmen desertaron, y se refugiaron entre los In-

dígenas. El Comandante requirió poder buscar y traer al Fuerte a los desertores, y con este fin ofreció grandes recompensas a los Caciques Patagones, que se encargasen de eso. Estimulados por el ansia de lucro, dos de estos últimos salieron tras las huellas de los fugitivos, y después de algún tiempo regresaron con dos de los soldados españoles, reclamando lo que se les había prometido. El Comandante Español y la mayor parte de sus connacionales, considerando nula toda palabra dada a los Indígenas, hicieron caso omiso del justo reclamo de los Caciques. Éstos insistieron, y él, para sacárselos de encima, les dijo al fin que fueran a S. José, donde el sargento estaba encargado de entregarles los objetos prometidos.

Los caciques hicieron este viaje, y se encontraron con que no sólo el Comandante del establecimiento no tenía nada para darles, sino además, que ni siquiera había recibido orden alguna en este sentido. Los caciques, irritados, regresaron al Carmen, y echaron en cara al Comandante el haber faltado a la palabra dada. Éste se disgustó, porque gente bárbara se atrevía a hacerle reproches; perdió la calma, los amenazó con el fusil, y los hizo echar del fuerte. Los caciques, con el odio en el corazón, resolvieron vengar esta ofensa a cualquier precio. Puesto que el Carmen estaba demasiado bien defendido como para poder atacarlo, disimularon y

³⁹ esperaron el momento favorable a la ejecución de su propósito. No sabían exactamente quién de los dos los engañaba, si el Comandante del Carmen o el sargento de S. José; mas siendo este último lugar el más accesible, resolvieron dirigirse hacia allá.

Muchas tribus patagónicas se reunieron, marcharon a la Península, acamparon en sus alrededores, y un día de fiesta, mientras todos los habitantes del poblado estaban desarmados en la pequeña capilla escuchando la Misa, los cercaron y los asesinaron. Sólo tres españoles lograron escapar de esta carnicería, y esto, gracias a la amistad que tenían con algunos Indígenas. El establecimiento fue totalmente destruido, las casas, incendiadas y una parte de los animales, robada."

La población del Carmen, que primeramente había sido destinada a cárcel o prisión política, se convirtió, en cambio, en un refugio de ladrones.

Hacia el año 1809, cuando los Criollos de Buenos Ayres comenzaron el movimiento insurreccio-

nal que produjo la expulsión de la monarquía Española de las Américas, cinco revolucionarios de los más notables y audaces fueron desterrados a la Patagonia por el Virrey Liniers. Después de este acontecimiento, los ejemplos de deportaciones semejantes, por causas políticas, se repitieron con frecuencia. Luego, se terminó abusando de las facilidades y ventajas que ofrecía como lugar de destierro la población del Carmen, porque se terminó enviando allá los condenados a quienes la clemencia de los jueces perdonaba la vida. Se comprende hasta qué punto la desgraciada invasión de semejante población haya podido influir sobre la moralidad de los colonos de este establecimiento.

Puesto que cuanto falta decir de los establecimientos españoles de la Patagonia está relacionado con el Carmen, antes de pasar a otro tema, creemos necesario describir brevemente esta aldea, especialmente, porque en ella, con la ayuda de Dios, los Salesianos esperan abrir una Casa de educación

⁴⁰ destinada de modo particular a brindar asilo a los niños más abandonados.

Descripción de la población del Carmen: El pueblo del Carmen, junto a los Patagones, está situado según la mayor parte de los geógrafos sobre la línea que separa la Patagonia de las Pampas llamadas de Buenos Ayres, es decir, sobre el río Negro, cerca del grado 41 de latitud sur. Está dominado y protegido por un fuerte de forma cuadrada que domina los alrededores, y las aguas del río, a cierta distancia de la población. Aunque este asentamiento —el único que ha quedado en pie sobre las costas de la Patagonia— esté situado a seis leguas de la desembocadura del río, con todo, también las naves de mayor calado pueden remontar el río cómodamente, y anclar con seguridad en sus aguas tranquilas y profundas. El aspecto del Carmen es agreste, y al mismo tiempo pintoresco. Los sauces llorones que dan sombra a las orillas del Río Negro, los terrenos de aluvión, que en ambas riberas brindan una larga franja de verdor; las altas barrancas que aquí y allá alzan sus cumbres sin vegetación, y cuyas laderas, cubiertas de tierras vegetales, están tapiadas de verdeantes árboles, todo este fresco paisaje que se despliega y se extiende a lo largo de la gran arteria que separa la Patagonia del resto del mundo, ofrece un extraño contraste con los desiertos que la rodean.

La población del Carmen puede alcanzar a quinientos o seiscientos habitantes. Algunos de ellos, descendientes de los primeros colonos, agricultores o crianceros, venidos casi todos de las montañas de Castilla; otros son comerciantes de todas las nacionalidades, o esclavos negros empleados como obreros en los distintos establecimientos; otros, finalmente, son gauchos desterrados de la República Argentina por delitos.

D'Orbigny dice que el clima es bastante templado, al menos durante una parte del año y sumamente saludable.

⁴¹ En el Carmen hiela muy poco, y no nieva nunca. A pesar de esto, generalmente hace más frío que en los lugares situados a igual distancia del ecuador en el hemisferio boreal. Las noches, sobre todo, son sumamente frías, debido a la ausencia del sol, que deja libre camino a la influencia del viento, único azote de ese punto privilegiado. Junto a los Patagones llueve muy raramente, y soplan casi continuamente los vientos del oeste, que producen la sequía. Esta aridez es tal en la Patagonia en general, que la lluvia se evapora casi enseguida; tanto, que los cadáveres de los animales se secan al contacto con el aire, y quedan así durante muchos años sobre el mismo suelo, sin descomponerse.

El comercio del Carmen consiste en sal, recogida en las salinas naturales, cueros, lana de ovinos, carne salada, cereales, pieles, plumas de ñandú, fruta como manzanas y uva, aceite de foca y jamones, los que son sumamente apreciados en Buenos Ayres.

Los pobladores practican también un activo intercambio comercial con los Indígenas, que con este fin se acercan numerosos a las proximidades de la población. Por algunos trozos de vidrio roto, aguardiente y tabaco, compran a los Patagones las preciosos tapetes que ellos fabrican con los cueros de los guanacos, de los zorros y de los avestruces. Los *Aucas* y los *Puelches* de los Pampas llevan sus tejidos de lana, riendas y lazos de cuero, y hermosa peletería.

El pueblo está administrado por un comandante militar, delegado y representante del Gobierno de Buenos Ayres, y por un empleado de aduana. El primero ejerce un poder absoluto sobre la colonia, menos en materia de finanzas, las que son de competencia del aduanero, que está encargado de cobrar los impuestos sobre los animales y los productos del país.

Continuación de la historia de los establecimientos Españoles de la Patagonia: La parte de la Patagonia que está más próxima a las fronteras no podía sino experimentar el impacto de la revolución ocurrida en Buenos Aires

⁴² en 1810. Habiendo triunfado el partido republicano, éste no tardó en hacer marchar un cuerpo de ejército contra el Carmen, con orden de adueñarse de esta población. La expedición fue un éxito, y lo que es mejor aún, sin necesidad de disparar un solo tiro de fusil o de cañón. Pero el delegado del gobierno de Buenos Aires abusó de la docilidad de los habitantes; usó los métodos del déspota más intratable; sin compasión sobrecargó de impuestos a todos los que poseían alguna cosa; arruinó la agricultura con sus contribuciones y oprimió a la población de mil maneras.

Esta conducta impolítica infaliblemente debía producir una reacción en el Carmen; los vecinos, exasperados por las injusticias del comandante, se asociaron rápidamente a los planes de dos exiliados Españoles que conspiraban contra la autoridad Republicana. El momento de la acción fue elegido con tino; era el 1812, Montevideo estaba sitiado por los revolucionarios, y esta importante operación inquietaba al gobierno revolucionario, al mismo tiempo que dividía las fuerzas de las que podía disponer. Los conspiradores no perdieron un instante; se apoderaron del fuerte, así como de una nave de guerra que estaba anclada en el río. No se requería otra cosa; los revolucionarios debieron ceder, pero quienes los desplazaron, no cumplieron ninguna de las promesas que habían hecho a sus cómplices, y pareció que mediante sus odiosas injusticias estuviesen queriendo tomarse el trabajo de hacer olvidar los modos brutales de aquellos a quienes habían destituido. Por lo demás, su triunfo no duró mucho tiempo. Nuevamente amenazado por un batallón republicano, el Carmen se sometió humildemente, como había hecho la primera vez; pero, por desgracia, como suele suceder en semejantes casos, fueron los pacíficos vecinos los que pagaron por los delitos de los conspiradores.

En represalia por los robos cometidos por la fracción Española al erario del Estado, los propietarios vieron sacrificados sus animales, saqueadas sus casas y devastada la

⁴³ campaña. Éste fue un golpe terrible para la pobre colonia. Detestados por los revolucionarios, a causa de su entendimiento con el partido

de la autoridad Real, perjudicados en sus bienes y hasta en sus medios de subsistencia, los habitantes se vieron reducidos a la más profunda miseria. Obligados a vivir de la caza, se dispersaron por las llanuras y por las orillas del río, donde llevaron por algún tiempo la vida nómada y precaria de los indígenas.

Estos desórdenes, no sólo eran funestos para los colonos, lo eran también, y de modo muy sensible, para los nuevos dueños de la población. Éstos advirtieron muy pronto que ya no les quedaba nada por tomar, y que llegaría el momento en que los establecimientos agrícolas, completamente arruinados, no producirían ya ni siquiera lo necesario para alimentar a la guarnición. En consecuencia, el Comandante abandonó al pueblo y confió a un subalterno la difícil tarea de mantenerse en un lugar en el que en esos momentos todo debía estar conspirando contra la dominación de Buenos Ayres.

Entre tanto, el exceso de la miseria había obligado a los pobladores a reanudar relaciones comerciales con los indígenas, cosa que hasta entonces siempre les había repugnado. Los Indios Ancas [sic] les llevaron pieles y tejidos por ellos fabricados, y los colonos les daban en cambio de poco que habían podido salvar del naufragio de su prosperidad. Este tráfico atrajo poco a poco a los indígenas, y les sugirió la idea de ir a saquear las fronteras de Buenos Ayres, para vender enseguida el producto de sus rapiñas a los Españoles del Carmen. Este singular tipo de negocios fue muy provechoso para la Colonia: poco a poco la población de la aldea que poco antes estaba en las últimas, recuperó un aspecto de bienestar.

Los habitantes tuvieron oportunidad de observar que los animales con cuernos, dejados en plena libertad después del asesinato de los colonos, se habían

Los soldados dejados en el Carmen por el Comandante republicano, después de los desórdenes de 1812, se sublevaron, asesinaron al Gobernador, se mancharon con los delitos más horribles, y trataron a este infeliz pueblo como a una provincia conquistada.

Se cuenta que ebrios de sangre, fusilaron a algunos de sus oficiales, y obligaron a los otros a arrastrar sus cadáveres al sitio donde ellos mismos luego debían ser sepultados vivos hasta el cuello. Estos jóvenes contumaces fueron obligados finalmente a poner término a su furor; atacados por las tropas del Gobierno central, huyeron cobardemente, y se refugiaron entre los *Ancas* [sic], donde continuaron su vida de bandolerismo.

El Carmen se había resentido con este duro golpe, pero se restableció prontamente, redoblando su actividad comercial. Los Indígenas, al no encontrar más hacienda en S. José, optaron por robarla en las estancias de los pueblos limítrofes, y pronto fueron tan hábiles en este oficio de ladrones, que no sabiendo qué hacer con los animales que caían en sus manos, y no pudiendo despachar todos al Carmen, iban a venderlos a Chile y a otros lugares muy lejanos. Se calcularon en más de 40 mil los vacunos vendidos por los indígenas a los colonos del Carmen durante los tres años

⁴⁵ de la administración del comandante Oyuela. De esto se puede inferir la importancia que adquirió en esa época el comercio del cuero y de la carne salada. Se vio que tenían éxito las especulaciones más extrañas fuera de toda expectativa razonable. Varios comerciantes de Buenos Ayres se enriquecieron en brevísimo tiempo en la Patagonia, a expensas de sus propios compatriotas, cuyos animales pasaban sucesivamente de las manos de los indígenas a las de los desprejuiciados compradores. El Gobierno de la República habría debido impedir esa forma de bandolerismo, y nosotros no tenemos palabras suficientes para censurar a quienes autorizaron con su indiferencia un estado de cosas tan contrario a todo principio de justicia y de moralidad.

Las relaciones comerciales de los colonos con los indígenas no fueron la única causa de la importancia que estos últimos adquirieron en la época de la que estamos hablando. Un acontecimiento imprevisto y de suma gravedad vino a recordar a los colonos los peligros de su posición en medio de tribus bárbaras; aunque, por ser los aborígenes tímidos y estar divididos entre ellos, hasta entonces no eran fuertes. Durante la gue-

⁴⁴ multiplicado prodigiosamente. Un Cacique, después de haberse asegurado de que podría vender toda la hacienda que hubiera podido llevar al Carmen, había capturado y arreado cerca de mil en dos viajes: esto bastaba para despertar en los colonos el deseo de aprovechar tan preciosa ventaja, y todos los años, en la misma época, cruzaban audazmente los desiertos de la Patagonia, en busca de hacienda. Así llegaron a recuperar lo que habían perdido, y a imprimir un nuevo impulso a la agricultura, principal fuente de sus riquezas.

En 1819, empero, un nuevo desastre vino a poner en duda la existencia de la Colonia resucitada.

rra de la independencia que ensangrentó las llanuras de Buenos Ayres, un oficial del partido Español llamado Pincheira desertó, y se pasó a los Indígenas con la mayor parte de sus soldados. Se asoció a la vida de asesinato y rapiña que entonces llevaban los Arancanos [sic], y se convirtió en jefe de una banda terrible formada por cerca de trescientos hombres armados a la Europea y acostumbrados a la disciplina, y así devastó las fronteras de las Repúblicas de Buenos Aires y de Chile. Muy pronto, a las otras tribus de indígenas se unieron numerosos desertores, y también algún arrendatario, que prefirió las emociones del robo a mano armada, a los tranquilos placeres de la vida doméstica. Finalmente, la audacia de los bandidos creció tanto, que ya nadie podía vivir seguro, aunque viviese en una casa bien fortificada o en los refugios llamados en este país *castillos fuertes* [fortines].

⁴⁶ Estos desórdenes continuaron siempre, y continúan hasta la fecha, aunque en forma menos sangrienta, y por eso, menos temidos, pero igualmente funestos para los intereses y la tranquilidad de los habitantes. Los Colonos de los establecimientos Españoles están obligados a vivir siempre en guardia, temiendo en todo momento las agresiones de los dignos compañeros de Pincheira.

La guerra que estalló en 1826 entre Brasil y Buenos Aires tuvo una influencia singular sobre el Carmen. La escuadra Brasileña había bloqueado el Río de la Plata. Entonces los corsarios de la República Argentina, mal defendidos por el Fuerte de la Ensenada o del Tuyú, trasportaban al Río Negro los numerosos prisioneros tomados a la marina del Brasil. El suelo del Carmen fue desde entonces pisado por gente de todo el mundo que, trayendo abundante botín de guerra y pocos escrúpulos en materia de moral, introdujo en la tranquila colonia, convertida para ellos en terreno neutral, el gusto por los objetos lujosos y costumbres muy licenciosas.

Mezquina compensación por esta degradación moral fue el gran progreso material que provino de estas riquezas, porque la afluencia de forasteros, y la presencia de los oficiales de los corsarios, que dilapidaban locamente el fruto de sus rapiñas, produjeron un movimiento comercial extraordinario, y aumentaron en proporción considerable la riqueza de los habitantes.

Ya no era la modesta aldea a la que los indígenas llevaban sus animales, y los vendían más barato: se había convertido en un centro importante, y lugar de encuentro de todos los individuos

Europeos y americanos, entre los que las guerras de las repúblicas vecinas habían despertado pensamientos de avaricia y amor a la aventura.

En 1828, los Brasileños, irritados por la prosperidad de un asentamiento que era como el depósito de las mercaderías a ellos robadas, planearon quitarle Patagones a la República Argentina de Buenos Aires. Y efectivamente, muy pronto cinco naves de guerra se presentaron en la boca del Río Negro;

⁴⁷ tres lograron superar con éxito la barrera del río, y avanzaron hacia la Colonia. El Carmen no tenía como defensa más que marineros de los corsarios, algunos soldados de infantería, y la milicia de la población, compuesta por pobladores y Gauchos. Se reúnen, discuten la situación, y por unanimidad deciden defenderse. Armaron enseguida dos barcos, para ir a atacar a las naves enemigas, mientras que la caballería debía caer sobre las tropas brasileñas. El general de éstas, de origen inglés, creyó que con soldados aguerridos como los suyos habría sido fácil derrotar a un puñado de hombres indisciplinados, como creía que eran los del Carmen, y apoderarse del poblado. Por eso, sin perder tiempo, hizo desembarcar a sus soldados, y sin sospechar nada puso en tierra 700 hombres, dejando poca gente a bordo de las naves.

Desde el sitio del desembarco debía recorrer seis leguas para llegar al Carmen. El guía que los dirigía aconsejó, por temor a una emboscada, no marchar a lo largo de la costa del río, sino internarse tierra adentro, y caer sorpresivamente sobre el Carmen. Pero era imposible que todos los movimientos del enemigo pasaran inadvertidos para hombres acostumbrados a las pequeñas astucias de la guerra, como lo eran los Indígenas.

Los soldados del Fuerte, en número de ciento veinte, tomaron enseguida la resolución de vencer a los Brasileños por la sed, y comenzaron a realizar su plan inmediatamente.

Las tropas Brasileñas, todas compuestas de infantería, habían partido sin la precaución de proveerse de agua. De manera que después de cuatro o cinco horas de marcha forzada por áridos desiertos, comenzaron a sentir una sed devoradora acrecentada por el calor del verano.

Con todo, viéndose próximos a conseguir su objetivo, se daban ánimo, y trataban de ganar la costa del Río Negro; pero fueron vanos sus deseos, pues encontraron a la milicia indígena preparada para impedirselo.

Hubo varias escaramuzas, y cayeron muchos hombres de uno y otro bando. El asunto parecía agravarse, cuando el general brasileño, conocido por

⁴⁸ su uniforme galoneado de oro, y ubicado por los gauchos, fue abatido por una bala.

El desaliento empezó a cundir entre su gente, una sed cruel atormentaba a los soldados, y los hacía murmurar. Los oficiales trataban inútilmente de reunirlos, y el grito general de rendirse los obligó a entregar sus armas a las milicias, que los tomaron a todos prisioneros. Mientras los habitantes del Carmen obtenían esta victoria señalada, las naves llegaron al fondeadero. Se combatió con ardor, y ya uno de los barcos brasileños era tomado, cuando la noticia de la derrota de las tropas obligó a los otros dos a rendirse. Este fue el resultado de la expedición Brasileña. (D'Orbigny, t. 2º de la parte histórica, p. 290.) Un rasgo de codicia sin freno y barbarie dejó sus huellas en el lugar donde fue herido el general Brasileño. Apenas cayó en tierra, un Gaucho bajó del caballo, se precipitó sobre él, le quitó su rico uniforme, y advirtiéndole que llevaba un precioso anillo, le cortó el dedo del cual no lo graba extraerlo.

El general sólo estaba herido, y se había mantenido inmóvil con la esperanza de salvarse. Pero el dolor que le produjo la cuchillada del gaucho fue tan vivo, que se le escapó un gemido que lo traicionó; entonces el soldado le hundió el sable en el corazón, y huyó triunfante con el anillo codiciado.

Un año después de esta lucha sangrienta, aún se podían ver las llanuras del Carmen cubiertas de huesos dispersos, con aves de rapiña que se disputaban trozos de carne secada al sol. Eran los restos de los cadáveres de los brasileños muertos en el combate. Los vencedores no los habían juzgado dignos de los honores de la sepultura. Por otra parte, parece que ésta sea la costumbre de América cuando se entabla una guerra encarnizada, y esto se estila en las mismas regiones en las que ha penetrado una cierta civilización. Después de la batalla, esas regiones presentan el aspecto de cementerios revueltos; espectáculo muy apto para inspirar tristes reflexiones sobre las violentas agitaciones de la que es presa la mayor parte de la sociedad Americana. Por otra parte, afortunados los que sucumben, porque

⁴⁹ los sobrevivientes expían cruelmente en manos de sus enemigos la adhesión a la propia causa.

Así los prisioneros Brasileños del combate del Carmen, por temor de complicaciones, fueron enviados a pie a Buenos Ayres en la estación más calurosa del año, conducidos por oficiales tan bárbaros como sus subalternos. Estos desdichados recorrieron trescientas leguas por desiertos áridos y ardientes, devorados por la sed, sometidos a las privaciones más duras y a los tratos más inhumanos. Gran número murió en el camino, y otros, exhaustos por el cansancio y debilitados por las enfermedades, no pudieron seguir a los demás, y fueron abandonados en esas llanuras inhóspitas.

A su regreso, los soldados que los habían escoltado, se gloriaban de haber adquirido nuevos títulos de reconocimiento por parte de sus compatriotas, debido a la manera con que habían perseguido a los infelices prisioneros.

Se ha visto en qué circunstancias se había acrecentado de modo extraordinario la prosperidad de Carmen. Por una consecuencia absolutamente natural y fácil de prever, este próspero estado de cosas debía desaparecer, al cesar la afluencia de los corsarios y de los forasteros. Firmada la paz entre el Brasil y Buenos Ayres el 3 de octubre de 1828, la colonia comenzó de nuevo a decaer, y se le presentó una nueva época de calamidades y ruinas. Los Indígenas retomaron el ritmo de sus depredaciones, y el terror que esparcieron por mucho tiempo por ambos márgenes del Río Negro fue tal, que gran número de los habitantes del Carmen fue a buscar en los alrededores de Buenos Ayres la tranquilidad de la que ya no podía gozar en la vecindad con los Ancas y los Patagones [sic].

Alrededor de 1840, este establecimiento, que había tenido tantas alternativas de bienestar y adversidades se hallaba en la situación más deplorable. Hasta se puede pensar que la indiferencia del gobierno de Buenos Ayres tendrá como resultado final su completa destrucción puesto que también en nuestros días el Carmen va perdiendo diariamente ese poco de prosperidad que le quedaba, y se puede decir que poco a poco el comercio quedará anulado.

⁵⁰ "Si el Carmen decae completamente, entonces los indígenas de la Patagonia, sin el control del contacto con los extranjeros, se establecerán atrevidamente en la morada del hombre civilizado, y colgarán los arneses de sus caballos de las paredes que resuenan aún músicas armoniosas. La destrucción de la Colonia del Carmen será una verdadera pérdida para los navegantes y para los

comerciantes de Buenos Aires; y convertirá además, en muy difícil toda otra fundación en esas mismas regiones." (Hasta aquí, Lacroix.)

De todo lo dicho se desprende la suma importancia de establecer alguna misión y también algún hospicio en la ciudad de Carmen. Los indígenas ya mantienen allí un comercio activo, y entrarían de buena gana en contacto con nosotros. Luego, con facilidad, y una vez aprendidos los hábitos y el idioma de los Patagones, nosotros podremos poco a poco, desde este punto, internarnos en la región. Y más todavía si logramos establecer un gran hospicio y también estudios adaptados, desde aquí mejor que de cualquier otro punto podremos preparar misioneros indígenas para evangelizar la Patagonia. Éstas fueron las razones que convencieron a la Congregación Salesiana de iniciar ya tratativas para abrir aquí una casa. A estas razones se añaden otras dos de mucha importancia, y son:

1º Que el clima no es ni rígido, ni demasiado cálido, muy adaptado y saludable para nosotros, los Europeos; 2º Es el punto de la Patagonia que puede mantener comunicaciones más frecuentes con Buenos Ayres, y por esto, mejores relaciones recíprocas. Quizá también podremos ser protegidos poderosamente por la República Argentina, a la que debe interesar que prospere una colonia tan importante para el país.

N. B. — No he podido obtener ningún dato preciso sobre si en el Carmen hay algún misionero o capellán católico.

⁵¹ **Punta Arena** [sic]: En el estrecho de Magallanes, casi exactamente en su centro, surge otro pueblito que depende de Chile, y en el que viven personas oriundas de Europa. Se llama *Punta Arena* [sic]. Aquí se dará una pequeña descripción, tomándola literalmente del navegante y escritor francés V. de Rochas.

"Una vez pasado el cabo Gregory, poco antes de llegar a Punta Arena, vimos sobre la playa algunas hogueras (fuegos de campamento), y a algunos hombres a caballo: eran Patagones. El cabo Gregory, efectivamente, es uno de los puntos en los que resulta fácil ponerse en contacto con estos nómades, y mediante algunas galletas marineras, y algunos litros de aguardiente, relacionarse con ellos. Poco después echamos anclas en Punta Arena (el Sandi-Point de los mapas Ingleses), a la vista de un establecimiento sobre el que ondeaba la bandera de la República de Chile.

Punta Arena es un poblado construido a la europea, agrupado alrededor de una pequeña iglesia,

cuya torre elegante, aunque modesta, parecía atravesar la copa de los árboles que rodean el rústico caserío; el religioso tañido de la campana que sonaba al Angelus de la tarde, un rebaño que algunas pastorcillas traían de regreso a casa desde los prados cercanos, hasta los espesos matorrales que cubren el terreno entre los troncos majestuosos de la floresta, y la nieve que cubría la campaña, despertaban en nosotros esos recuerdos tan queridos de la patria lejana.

Esta ciudad propiamente tiene solo una calle, limpia, bien conservada y recta, flanqueada por casas, vecinas las unas a las otras, delante de las cuales se extiende a lo largo de todo el camino una galería o *varranda*, para usar la palabra española [sic!] La iglesia y el palacio del gobernador se encuentra al final de la calle, y hasta ahora son los únicos monumentos del lugar. Frente al palacio de gobierno hay un fortín con empalizada, defendido por algunos cañones y provisto de un cuartel.

Un río impetuoso corre a los pies del fortín, riega una hermosa llanura arbolada que se extiende a un lado de la ciudad, mientras que del otro lado se extiende una floresta

⁵² sin confines. Apenas habíamos tenido tiempo de admirar este paisaje agreste, cuando el Comandante de la pequeña colonia vino a darnos la bienvenida, y a invitarnos a pasar la tarde en su casa.

Demasiado afortunados por encontrar en estas regiones salvajes hombres a los cuales poder comunicar nuestras ideas, nos cuidamos muy bien de rehusar la cortés invitación. La población se hallaba a unos centenares de metros del mar, se llega a ella por un sendero amplio y bien trazado; más la oscuridad de la noche y la nieve que daba al suelo una uniformidad engañosa, no nos permitieron recorrerlo sin alguno de esos accidentes que para el viajero son desesperación en el momento, y placer en los recuerdos ulteriores.*

* "En cuanto al clima y la temperatura en Punta Arena, no se está tan mal. Nosotros empleamos trece días para pasar el estrecho; la temperatura media de estos trece días fue de dos grados nueve décimas sobre cero, y la máxima, de siete sobre cero. Añadamos que hubo cuatro días de nieve, tres de lluvia, uno de granizada, y los demás días, de un tiempo soberbio.

De observaciones hechas en tiempos diferentes se obtiene que en junio de 1828 se vio al termómetro marcar algún tiempo once grados bajo cero, y que ésta fue la mínima observada. Nótese que en junio

es pleno invierno, y que este mes y el siguiente son siempre los más rigurosos en esos lugares.

Mas aunque semejante temperatura no tenga nada de siberiano, no hay que creer que sea tan frío el tiempo todo el año. En efecto, ¿se puede

⁵³ creer en inviernos extraordinariamente rigurosos en un país cubierto de plantas que tienen necesidad de invernaderos para vivir en nuestros climas de Europa, viendo la desnudez casi total de los indígenas, y oyendo en los bosques el parloteo de los papagayos y el zumbido de los pájaros mosca?

Los vientos reinantes son generalmente los del Oeste, variando de Sudoeste a Noroeste. Soplan con frecuencia del Sur, y muy raras veces, de alguna dirección diferente de las señaladas. Así se comprende que resulta infinitamente más fácil —sobre todo a los barcos de vela— pasar del Pacífico al Atlántico que viceversa, y la dirección ordinaria de las corrientes marinas también confirma este hecho. Y por el momento, basta de meteorología. Esto es suficiente para mostrar que el clima

⁵⁴ de Magallanes no es muy frío. Y si añadido que en estas latitudes la serenidad del cielo en los días buenos no tiene igual, que en verano nunca hay días de gran calor, que el frío es generalmente seco, bien se podrá decir que el clima de Magallanes dista de ser desagradable, y que, en resumidas cuentas, equivale muy bien al de París.

Mas no toda la extensión del estrecho goza de idénticas condiciones meteorológicas; en una palabra, de una temperatura igual, la parte oriental es mucho más favorecida que la otra, por lo que la posición de Punta Arena, también desde este punto de vista, es muy afortunada.

El comandante Chileno nos había preparado una velada cordialísima, en compañía de su familia y del Cura de la Parroquia, fraile Menor Observante, cuya conversación nos ha interesado sobremedida. Conversamos primero sobre muchas cosas de Europa, y luego, de América, especialmente, de esta parte de América, que nuestro huésped tenía bajo su dirección.

La estadía —decía él—, no es aquí de las más alegres, especialmente en invierno. Las comunicaciones con la metrópoli son muy escasas, ya que sólo tienen lugar dos

⁵⁵ veces al año. Las relaciones sociales son muy limitadas, es necesario reducirlas a las que se tienen con el Cura y uno o dos oficiales. El resto de la población, que forma un total de doscientos cincuenta individuos, está compuesto de soldados —casi todos casados—, de deportados y de algunos aventureros que viven provisionalmente en este lugar, lo mismo que podrían vivir en otro. Ningún comercio, poca agricultura. Se han arado algunos rincones de tierra, y se poseen dos o tres pequeños rebaños. Por lo demás, tranquilidad

perfecta: los Patagones son buena gente, que proveen a las familias de carne de guanaco, de aves-truz y de vicuña, a cambio de algunos puñados de harina, de hojas de tabaco y de galletas. Les gustaría recibir también algunas botellas de vino bueno o malo, y mejor aún de aguardiente; pero esta clase de negocios está prohibida por los reglamentos e impedido, por otra parte, por la escasez casi total de estos líquidos, razón perentoria que puede dispensar de la precedente.

La segunda vez que pasé por Punta Arena, tres años después, ya no encontramos nuestras viejas amistades, el comandante y el fraile Chileno. Un Gobernador de origen Dinamarqués, pero al servicio de Chile, y otro fraile Menor Observante Piamontés, los habían sustituido. Sin olvidar el recibimiento de nuestros

⁵⁴ antiguos huéspedes, y rindiendo justo homenaje a su amabilidad y buena voluntad, no ocultaremos que nada hemos perdido en el cambio. En el Gobernador hallamos un espíritu culto y unos modales muy amenos, y en el Cura, todo lo que puede inspirar a un alma cálida y buena, una viva simpatía por el nombre francés.

”El gobierno Chileno da importancia a la conservación de este lugar, no sólo debido a la importancia que por estar cerca de un rico yacimiento carbonífero podría adquirir en el futuro, si la marina comercial, renunciando de una vez a la penosa navegación por el cabo de Hornos, adoptase el camino del estrecho, para pasar de uno a otro Océano; además, porque la República Argentina proclama sus derechos sobre la posesión de la Patagonia, y porque la bandera Chilena, flameando en forma permanente sobre el territorio disputado, indica la voluntad de Chile de conservar y defender sus derechos. La metrópoli había fundado precedentemente un establecimiento del mismo tipo, algunas leguas hacia el Oeste, en Puerto Carestía, pero una revolución que echó abajo al Gobierno metropolitano, causó también la ruina de este establecimiento, porque en él los soldados y los deportados

⁵⁵ conducidos por un teniente de artillería, partidario de uno de los que competían por la presidencia de Chile, se sublevaron contra el gobernador, representante del partido contrario; le dieron muerte a él y a cuantos quisieron defenderlo, y llevándose las armas zarparon en un barco

anclado en la rada, con el propósito de llegar hasta el pretendiente de la presidencia, apoyado por el Oficial cabecilla del complot. Es inútil dar a conocer la continuación de esta historia, que ya no pertenece a la colonia de Magallanes; mas bastará decir que el cabecilla rebelde fue fusilado poco después de desembarcar en la isla de Chiloé. Esto ocurrió, si no me engaño, en 1850.

Pasaron dos o tres años hasta que el Gobierno pudo restablecer la colonia penal de Magallanes, y cuando lo hizo, ya no fue en Puerto Caresía, sino aquí, en Punta Arena, lugar mucho más conveniente.

Después de habernos despedido del Comandante, visitamos algunas viviendas del pueblo; ya era tarde, pero en día festivo bien se puede postergar la hora del sueño. No todos los días se ven extranjeros, y no había que despreciar de ningún modo la oportunidad de conseguir algunas provisiones sólidas y especialmente líquidas, y por esto no teníamos que incomodar a nadie, sino sólo aceptar la invitación de pasar a la casa que se nos hacía en cada puerta.

Nos presentaban entonces cueros de jaguar, de guanaco y de avestruz. De estas pieles —en especial, de los dos últimos— se elaboran bellísimos tapetes. Los Patagones curten de tal modo los cueros de guanaco, que su conservación es perfecta, y les dan una flexibilidad tal, que se pueden usar como mantos, y efectivamente, ellos los usan como vestido. El precio que pedían por estos objetos era mínimo, cuando se trataba de pagar con azúcar, café, vino, aguardiente, etcétera; pero se volvía exorbitante si se quería pagar con dinero, y no todos los vendedores querían dinero. En verdad, ¿qué podían hacer con el dinero en un lugar donde éste no tenía circulación, y donde estaban casi incomunicados

⁵⁶ con el resto del mundo? Las casas por nosotros visitadas eran muy pobres; no tenían ni estufa, ni hornito para defenderse del frío de la estación, sino un sencillo *brasero*. Una sola de estas habitaciones era una excepción a la regla, y era la más miserable. En ésta, una familia andrajosa estaba sentada alrededor de una hoguera formada con enormes trozos de leña que ardían en el suelo, en medio de la choza, y cuyo humo salía por la cima del techo cónico. A pesar de la luz de las llamas, apenas era posible verse en esta abominable vivienda.

Nos dirigimos a nuestro barco, y al día siguiente, muy de mañana, regresamos al poblado para proveernos de algunos víveres frescos, puesto que

a esa hora era probable que llegaran los Patagones con el producto de sus cacerías.

Efectivamente, apenas desembarcado, vi aparecer un grupo de indígenas a caballo, compuesto por dos hombres y tres mujeres. Todos montaban pequeños caballos muy vivaces, con un cuero por montura; por freno y riendas, una correa de cuero plegada como una honda, pasada por la boca del caballo, y con los dos extremos en las manos del jinete; por estribos, otra correa terminada en su extremo en V invertida, con el añadido de un travesaño de madera que une los dos brazos de la V, y sirve para sostener el pie del jinete.

Hombres y mujeres estaban cubiertos con pieles de guanaco, descubierta la cabeza, sueltos los cabellos, y con un lazo en el brazo derecho. Este lazo, como se sabe, es una larga correa de cuero, en uno de cuyos extremos hay un cuerpo pesado como una piedra, o mejor, un pedazo de hierro o de plomo, que, lanzado con fuerza, arrastra tras de sí la soga liviana preparada en forma de nudo corredizo, y arrojado sobre un animal, lo inmoviliza. Sea que el animal quiera huir, sea que el jinete corra en sentido contrario, el nudo se cierra, y el animal se encuentra preso. De este modo los Patagones se apoderan de los animales más ágiles o más temibles, como también del avestruz, que sólo usa

⁵⁷ sus cortas alas para acelerar la carrera. Todas las pieles que tienen entre manos los colonos de Punta Arena, provienen de animales capturados de este modo por los Indígenas.

Pero volvamos a nuestros jinetes. Éstos traían sobre la grupa de sus caballos trozos de carne de guanaco y de vicuña; yo compré un buen trozo e invité al vendedor a llevármelo hasta el mar.

Como persona bien educada, bajó del caballo, y me ofreció su cabalgadura para hacer el pequeño trecho que nos separaba del mar. Acepté el ofrecimiento, que por falta de palabras corteses había sido hecho con gestos inteligibles y llenos de galantería.

Examinando a este jinete convertido en peatón, me causó asombro un fenómeno singular, del que yo buscaba una explicación. Me parecía que ya no trataba con el mismo hombre: momentos antes, yo tenía delante de mí casi un gigante, y ahora me hallo cerca de un hombre de hermosa estatura, sí, pero que no puede llegar a más de un metro y ochenta centímetros.

La explicación no fue difícil, y se puede aplicar a todos los seis o siete Patagones varones y mujeres que pude ver sentados o de pie. El torso

de esta gente es desarrolladísimo en relación con sus piernas, de modo que su estatura parece muy diferente según como se los vea, de pie o sentados.

En cuanto a los individuos de que hablé anteriormente, el hombre era de una estatura muy común: un metro sesenta y cinco centímetros, aproximadamente, y las tres Amazonas habrían pasado entre nosotros por mujeres de estatura alta, pero no extraordinaria. Tenían anchas espaldas, extremidades sólidamente unidas al tronco, y rasgos muy pronunciados.

Puerto Carestía: Habiendo zarpado de Punta Arena, el barco nos llevaba a Puerto Carestía (llamado también Puerto del Hambre o Port Famin), donde debíamos anclar por la tarde. A las costas llanas y desnudas de la parte del estrecho ya recorrida, a partir de los alrededores de Punta Arena les sucedían terrenos cada vez más altos, boscosos y pintorescos. Montañas de blancas crestas

⁵⁸ cubiertas de nieve se desplegaban en el fondo del cuadro, mientras que en primer plano una vegetación verde y vigorosa cubría las ondulaciones del terreno más próximo a la playa.

He aquí a Puerto Carestía. Los últimos rayos de Sol nos permitieron ver algunas casas derrumbadas sobre un montecillo que domina los alrededores de la bahía, al fondo de una cuenca inmensa, donde los españoles habían construido en 1581, sesenta y un años después del descubrimiento del estrecho, la Ciudad Real del Felipe [sic]. Sin duda que esta ciudad real no fue nunca otra cosa que algunas casas de madera o de barro y de un palafito, como el establecimiento chileno recientemente construido sobre sus ruinas por los descendientes de los primeros fundadores, de lo que actualmente no quedan sino los escombros. Fue una ciudad que sólo tuvo una vida efímera, debido a la falta de previsión, que no tardó en dejar a la colonia naciente presa de los horrores del hambre y de las agresiones de los Indígenas.

La mayor parte de los colonos dejaron allí sus huesos; los demás buscaron la salvación dirigiéndose hacia el Río de la Plata, y en 1598 se buscaban en vano los rastros de la Ciudad Real del Felipe [sic].

Las ruinas divisadas por nosotros desde el mar, pertenecen al establecimiento chileno, cuyo fin no fue menos lamentable que el de su predecesor. Apenas echada el ancla, me apresuré a poner los pies en tierra.

Las ruinas producen siempre una impresión singular sobre la imaginación; pero ruinas en un

mundo nuevo, en una región que parece no tocada aún por la mano del hombre, deben de ejercer una atracción irresistible.

Casitas medio derrumbadas; otras todavía en pie, a las que sólo les falta el techo; varias mostrando aún los rastros del incendio; un cañón que descubrimos escondido en medio del pasto, cerca de su cureña medio carbonizada; un resto de palafito sobre un terraplén en parte derrumbado: tales eran los restos del establecimiento Chileno de Puerto Carestía. Ni un alma viva

⁵⁹ entre estas ruinas, ningún Indígena tratando de sacar provecho de los restos de la ciudad abandonada... Esta circunstancia nos contrariaba un poco, porque nosotros esperábamos *hacer un viaje y prestar dos servicios*.

Estábamos sobre una pequeña península que, según los eruditos, es ciertamente aquella sobre la que Sarmiento fundó el primero y último de los establecimientos Españoles en el estrecho de Magallanes, en 1581. Aunque la posición marítima era magnífica, es necesario reconocer que el lugar en tierra no era tal, por ser la península demasiado pequeña como para que los colonos pudiesen buscar su subsistencia en los cultivos; y si querían salir de allí, no tenían ninguna seguridad contra los ataques de los indígenas, por carecer de fuerzas suficientes.

Un hermoso río, señalado sobre los mapas con el nombre de *Sedger*, desemboca en el mar junto a las antiguas instalaciones; éste arrastra en su desembocadura una cantidad de troncos de árboles tan numerosos y bellos, que se puede calcular la riqueza que hay en sus márgenes en madera de carpintería. En efecto, Dumont d'Urville, que recorrió atentamente la campaña circundante, encontró a la vegetación muy rica y vigorosa. La floresta que forma la orilla del curso de agua está formada en su mayor parte por la *haya antártica*, hermoso árbol de hojas verde pálido en todas las estaciones. Su tronco se alza a menudo hasta veinte y treinta metros, y tiene un metro de diámetro. Junto con éste se encuentra también la corteza de la *vinterana* [sic] árbol no menos elegante por su aspecto que por su follaje, y cuya corteza aromática podría muy bien sustituir a la canela. Es un árbol de dieciocho a veinte metros, con un diámetro de unos treinta centímetros.

El nombre de Puerto Carestía no debe asustar lo más mínimo al viajero, que no será abandonado allá como los antiguos colonos españoles, puesto que con los recursos naturales que hallará en caza, pesca y mariscos, resulta uno de los lugares más

propicios del estrecho. Tiene, además, un óptimo sitio para echar anclas, tanto porque fácilmente se puede proveer

⁶⁰ de agua y cargar leña en cierto modo preparada y arrastrada a la playa, cuanto por el refugio seguro que brinda a los barcos. En todos estos aspectos, para anclar este lugar es preferible al de Punta Arena, que hemos dejado atrás.

Los capitanes ingleses King y Fitz Roy, a quienes se debe la hidrografía del estrecho de Magallanes, habían instalado allí su observatorio, en Puerto Carestía.

Al partir habían dejado un cajoncito clavado a un árbol, con la inscripción *Post Office* (Oficina de correos). Los barcos que debían pasar por allí, eran invitados a dejar ahí sus cartas, y a recoger las dirigidas a países próximos a su lugar de destino. Extraña oficina postal que, sin embargo, funcionó, puesto que algunas cartas allí depositadas por Dumont d'Urville para el ministro de marina llegaron a manos del destinatario. Esta oficina dejó de existir sólo cuando los chilenos, al construir en el estrecho de Magallanes el establecimiento de Punta Arena, dieron a los viajeros la comodidad de remitir sus cartas con mayor seguridad.

Dejamos a Puerto Carestía, para ganar la bahía de S. Nicolás, llamada también Bahía de los Fran-

ceses, porque aquí venían éstos a proveerse de gran cantidad de madera de construcción, que aquí abunda. La bahía S. Nicolás es amplia, en parte está rodeada de montañas, y en parte, de un ancho valle, regado por un río, y cubierta de una majestuosa floresta. Dos islotes convergen con la montaña, y forman un buen refugio para los barcos. No hay, empero, casa ni habitante europeo alguno. Yendo desde esta bahía hacia el oeste, la naturaleza se va empobreciendo siempre más, y ya no se halla vivienda de gente civilizada. Terminado el estrecho, todavía por un poco la naturaleza se presenta yerma y escuálida; pero a medida que se asciende hacia el Norte, la vegetación adquiere mayor vigor, a causa de la temperatura, que se va mitigando cada vez más.

Antes de llegar al estrecho de Magallanes, sobre el océano Atlántico, la República Argentina está por fundar una colonia, precisamente en el puerto de Sta. Cruz [sic], cerca de los grados 50 de latitud, y ya se realizaron tratativas para confiar la dirección espiritual de esa Colonia a los Salesianos. El clima es más bien rígido; pero como está a orillas del mar y en lugar reparado de los vientos que son muy violentos, parece bastante salubre y habitable; clima al que pueden adaptarse los Salesianos, hasta ahora todos de Italia septentrional, donde también se dan inviernos muy crudos.

⁶¹ Tercera Parte

Los habitantes. Su carácter y costumbres familiares y civiles

En las misiones de América del Sud la Congregación Salesiana tiene la intención de evangelizar a los pueblos que aún no han recibido nada de la luz del Evangelio, o si no, que una vez recibida esta luz, han sido casi del todo abandonados. Advirtió muy pronto que especialmente la parte meridional de esta vasta región correspondía perfectamente a sus miras, porque está aún casi totalmente en las tinieblas del error y de la barbarie, y la parte ya evangelizada carece casi totalmente de buenos sacerdotes y misioneros.

Queriendo brindar la relación más completa posible sobre estas regiones, después de habernos ocupado de la parte física y de la parte histórica, pasamos ahora a hablar de sus habitantes.

Pero nosotros no nos ocuparemos aquí sino los pueblos que se hallan al sur del grado 36 de latitud sur, siguiendo la línea desde el Océano Atlántico al gran Océano. En dichas regiones viven tres grupos distintos de población, cada uno de los cuales corresponde a una división natural del suelo:

1º En la zona del Este, que va del Río Salado al Río Negro, viven los *Pamperos* propiamente dichos, o sea los habitantes de las Pampas, que aún no están sometidos ni a Chile, ni a la República Argentina, sino que viven completamente independientes.

2º La región boscosa, que se extiende entre los lagos de Bevedero y Urre Lafquén, y a lo largo de los ríos que nacen en este último lago hasta el Río Diamante, es la tierra de los *Mamuelches*, de *Ranqueltsi* [*Ranqueles*],

⁶² *Agnecotci*, *Catrulé-Mamueltsi*, *Ghiné-Vitrutci* *Lonqueuil*, *Uitrutci* y *Renangnecotci* [sic].

3º Al sur del Río Negro río angosto pero profundo, cuyo curso es más largo que el del Rin

o del Loira, se encuentra la Patagonia propiamente dicha, donde se hallan nueve tribus de Patagones, cuyos nombres son: los *Poijucci*, los *Puelci*, los *Caillihéhets*, los *Escienci*, los *Cangnecauetci*, los *Tsciaotci*, los *Vilici*, los *Dilmatci* y los *Yakanati* [sic].

Se comprende que el modo de vivir de todos los pueblos nómades varía de acuerdo con las numerosas diferencias de la naturaleza, del terreno y del clima. Los que viven en las regiones más templadas de las Pampas, al norte, están semidesnudos, y sufren la influencia de la vecindad de las poblaciones de Chile o de la Argentina, con las que están alternativamente en paz o en guerra; más en guerra que en paz.

Los otros Patagones, que viven muy lejos de los primeros, al no ver más que las playas del mar o la inmensidad de sus estériles estepas, viven en estado nómade en toda su crudeza primitiva.

Casi todos estos pueblos viven de rapaña, especialmente, los Pamperos, los Mamuelci y los Puelci [sic].

A los otros, sólo les quedan los recursos que les brindan la naturaleza y la astucia: son en general pobres pero soportan con coraje la miseria y las privaciones que les imponen las estaciones adversas.

Viniendo a la Patagonia propiamente dicha, hay que notar que salvo poquísimas excepciones, los habitantes de la Patagonia viven aún como se vivía en la época del descubrimiento de esta parte de América. Sólo aquí se podría estudiar todavía al hombre Americano primitivo en toda su natural rusticidad; en los demás lugares, más o menos ya recibió algo del impulso de la civilización Europea.

Los habitantes que ocupan las vastas regiones de la Patagonia pueden con todo derecho considerarse divididos en dos clases: los de la llanura,

que se llaman *Indígenas a caballo* o Patagones propiamente dichos, porque recorren el interior a caballo, y ocupan

⁶³ la mayor parte de la Patagonia, es decir toda la región que se encuentra al oriente de las Cordilleras, mientras los otros, que viven del otro lado de las Cordilleras región muy escarpada y rocosa que podrían considerarse habitantes de las montañas, se llaman *Indígenas de la canoa*, porque viven en la playa, van de una isla a otra en canoa. La mayor parte de estos últimos pertenece a la misma raza de los habitantes de la Tierra del Fuego.

Los pobladores del norte, que suelen llamarse generalmente arancani [sic] y Puelches, los cuales se encuentran también esparcidos más allá de los confines de la verdadera Patagonia, son casi enteramente desconocidos, y no son todavía de la verdadera raza Patagónica; es decir, son de cuerpo y estatura normales, aunque se asemejan a los Patagones casi totalmente en sus costumbres, idioma, religión, todo. La que se llama propiamente *raza Patagónica*, cuya gigantesca corpulencia fue tan ponderada del siglo xvi en adelante, es la tribu más numerosa, y propiamente llamada de los Tehuelethi [sic]; pero no ocupan toda la región. Antes bien, como son nómades, no se puede indicar con exactitud dónde viven, aunque de ordinario sea al Sudeste, es decir, sobre el Océano Atlántico hasta el estrecho de Magallanes.

También éstos se dividen en dos tribus: *Theuelches* [sic], más arriba, y los *Ina-ken* [sic], dispersos por las costas del estrecho de Magallanes.

Con todo, hay que destacar que también las otras tribus Patagónicas poseen una estatura más alta y un cuerpo más macizo que los otros pueblos.

Habiéndose hablado y escrito tanto sobre la alta estatura y la corpulencia gigantesca de estos pueblos —ya en favor ya en contra—, creemos necesario referir aquí los principales relatos de los viajeros que los vieron, ya sean de los siglos pasados, ya sean también de nuestros días. Y ante todo, hay que saber que una antiquísima tradición del Perú coloca en el Sur de América un pueblo de gigantes, y el historiador Peruano Garcilaso, si bien algo exagerado en los detalles, nos asegura de la existencia de

⁶⁴ esta tradición de su región.

Magallanes, primer marino que navegó por las costas de la Patagonia, vio con sus propios ojos

a algunos de estos habitantes, y le pareció que tenían diez palmos de altura es decir, seis pies y medio, antigua medida francesa. Uno de ellos era mayor que los otros, y los españoles no le llegaban sino a la cintura. Seis de esos Patagones comían como veinte Españoles; pero en aquella época todavía no tenían caballos y montaban animales semejantes al asno; probablemente, los *Quemuli* [sic] de Molina. Pero ya entonces como ahora eran nómades y pastores.

Pigafetta, después de haber relatado todo lo anterior, añade: “Éstos no tienen casas fijas, arman chozas de cueros, que trasportan a su gusto de un lugar a otro. Viven de carne cruda, y de una raíz llamada *capas* en su idioma. Tienen la cabeza ceñida con un cordón de algodón, en el que fijan sus flechas”.

Hacia el año 1592, el caballero Cavendish [sic] atravesó el estrecho de Magallanes, y aseguró haber visto sobre la costa de América dos cadáveres de Patagones que medían catorce palmos de largo. Midió en la playa la horma del pie de uno de esos salvajes, y la halló cuatro veces más larga que una de las suyas; finalmente, faltó poco para que tres de sus marineros no fuesen muertos en el mar por los trozos de roca que arrojó contra ellos uno de esos gigantes.

Todos los viajeros que en el siglo xvi recorrieron el mar del Sur, hablan de la existencia en el Círculo Antártico de hombres de estatura extraordinariamente alta, como de una verdad ya conocida.

El corsario Español Sarmiento nos da este informe sobre los Patagones: “El indígena capturado por los nuestros era un gigante entre los otros gigantes y parecía un cíclope. Sus compañeros tenían tres varas de alto, gruesos y proporcionalmente fuertes. Algunos días después se realizó otro desembarco; pero la artillería espantó a los gigantes, que huyeron con gran agilidad, parecían correr tan veloces como una bala de fusil”.

⁶⁵ El Inglés Haw - kims [sic] habla de una manera muy moderada, pero convincente: “Conviene desconfiar de los habitantes de la costa de Magallanes; se llaman Patagones, son pérfidos y crueles, y tan altos, que varios viajeros los llaman gigantes”.

Todas estas relaciones son más o menos verídicas, y si hay algo de exagerado en alguna de ellas, eso no quita que los Patagones sean verda-

deramente, en general, de estatura extraordinariamente alta.

Pero como otros relatos de quien quizá jamás viajó a aquellas tierras, exageraron mucho las cosas los historiadores y geógrafos posteriores negaron veracidad también a aquéllos. A esto se debe añadir que algunos viajeros que parecen dignos de fe, aseguraron haber visto en alguna parte hombres de estatura de ninguna manera superior a nuestra estatura normal; pero esto no demostraría sino que en la Patagonia también hay tribus de estatura corriente.

¿Qué se diría de quien, viendo en Laponia a Suecos, Noruegos y Rusos, que son de estatura normal, tratase de fantasiosos a los viajeros que aseguran que los Laponos son los pigmeos de la especie humana? El argumento es recíproco.

Nuevos relatos: Mas los siglos décimotercero y décimocuarto suministraron nuevos y precisos testimonios sobre la estatura colosal de los Patagones. En 1704 *Harrington* y *Carman*, capitanes de dos navíos Franceses, vieron una vez siete gigantes en una Bahía del estrecho de Magallanes, una segunda vez, seis, y una tercera vez, un grupo de doscientos personas entremezclados gigantes y personas de estatura normal; los Franceses se entrevistaron pacíficamente con ellos...

El discreto *Fréser*, que en 1712 realizó un viaje al mar del Sur, refiere, para confirmar este hecho, el testimonio de una multitud de antiguos navegantes, y termina sus citas con esta reflexión sencilla y natural: "Se puede creer sin incurrir en superficialidad que en esta parte de América hay una nación de hombres de una estatura muy superior a la nuestra; la particularidad de los tiempos y lugares,

⁶⁶ y todas las circunstancias que acompañan a esto que se dice, parecen tener visos suficientes de verdad como para vencer la natural prevención que se tiene en contra; lo raro del espectáculo, tal vez ha ocasionado alguna exageración sobre las medidas de su estatura; pero si se piensa que tales medidas fueron calculadas por aproximación más que con precisión, se verá que hay poca diferencia entre ellas".

Sin hablar de *Shelvak* y de algunos otros capitanes menos conocidos, diremos que el célebre almirante Byron vio a los Patagones. Este famoso almirante, según *Mentelle* y *Malte-Brun*, era de un carácter serio y nada crédulo; este retrato lo hizo un viejo oficial de la marina Dinamarquesa, que había prestado servicios a las ór-

denes de Byron, en otra campaña. Por este motivo, nosotros citamos con mucha confianza este testimonio, el cual tiene el sello de la sinceridad, aunque el relato de su viaje no haya sido escrito por él personalmente.

"Al aproximarse a la costa, se dibujaron visibles señales de espanto en el rostro de quienes iban en la canoa, cuando vieron algunos hombres de estatura asombrosa.

Algunos de los nuestros, quizá para dar ánimo a los otros, hicieron notar que esos hombres gigantes parecían también ellos espantados a la vista de nuestros mosquetes, de la misma manera que nosotros lo estábamos por su estatura.

El comodoro bajó a tierra intrépidamente, hizo sentar a esos indígenas, y les distribuyó alguna chuchería. Eran de tamaño extraordinario; sentados, eran casi tan altos como el almirante de pie. Pareció que su estatura media era de ocho pies, y la mayor, de nueve y más pies.

El relato más exacto, minucioso y digno de fe es el que se halla a continuación del viaje a las Islas Malvinas. El teniente de fragata *Duclos Guyot*, y el comandante de una nave de transporte: la *Girandais*, no sólo volvieron a ver el año 1766 a esos gigantes, sino que permanecieron tanto tiempo entre ellos que pudieron proporcionar los detalles más curiosos sobre sus costumbres y su manera de vivir. Nuevamente poco

⁶⁷ antes de la mitad de nuestro siglo, pareciendo cosa prodigiosa tamaña estatura, se quiso poner esto en duda; más aun, negarlo, pero relatos muy recientes quitan toda duda. Habiendo examinado los Franceses a los Patagones con toda comodidad, los hallaron de la mayor estatura: el menor tenía cuatro pies y siete pulgadas de altura; el ancho de sus espaldas también era proporcionalmente más grande, lo que hacía aparecer menos gigantesca su estatura; caderas y piernas, en proporción bastante cortas; tienen una cabeza enorme; la cara, muy ancha; boca grande; dentadura blanquísima y perfecta; cabellos duros y negros, que engrasan y ungen con aceite de ballena; ojos negros, nariz larga y aplastada, gruesos labios, poca barba, y fisonomía carente de expresión.

La altura media de las mujeres es de cinco pies y medio; la de los hombres, de unos seis pies; pastores y nómades viven de la caza y la pesca.

Un viaje reciente de los Españoles al estrecho de Magallanes ha confirmado estos detalles. Los Patagonia [sic] más grandes tienen siete pies y una pulgada de alto, y más de cuatro pies de cir-

cunferencia de pecho. La estatura media era de seis pies y medio. Los pies y las manos los tienen pequeños en comparación. La forma del rostro y la poca barba demuestran su origen Americano.

En los nuevos anales de los viajes se leen todavía otros detalles más recientes sobre la Patagonia. Entre otros, un barco de Liverpool que comerciaba a lo largo de las costas de la Patagonia naufragó no hace mucho. Era el único barco inglés que se había visto, aunque cada año suelen llegar una veintena de naves, Americanas la mayor parte. La tripulación del barco inglés y especialmente, un Teniente de la marina inglesa regresaron y nos han dado de la Patagonia algunas referencias que confirman las ya señaladas.

Dicho Teniente vio dos jefes o Caciques que medían ciertamente ocho pies ingleses de altura; a veces los acompañaba un joven de unos quince años, que medía al menos seis pies y dos pulgadas (en medidas

⁶⁸ inglesas). La estatura de las mujeres tiene proporciones semejantes. Parece demostrado, pues, que los Patagones, desde tres siglos a esta parte, conserven una estatura considerablemente mayor que la corriente.

Si el menor de ellos tiene más de cinco pies y medio de alto, el promedio de su estatura debe de aproximarse a los siete pies, o al menos seis pies y medio, y entonces no hay inverosimilitud alguna en los relatos de quien atribuye ocho pies de alto a alguno de esos individuos.

En otras partes del mundo quizá vivieron antiguamente tribus de no menor altura. La civilización y el lujo puede haberlos hecho degenerar, mientras que los Patagones, aislados en medio del país más aislado del mundo, conservaron sus costumbres sencillas y su comida, rústica y por consiguiente, su enorme estatura.

Costumbres de los Patagones: Sea que vivan en las cercanías de los Hispano-Americanos, sea que vivan en las soledades de la Patagonia; o bajo las primeras estribaciones boscosas de la Cordillera o sobre el suelo desnudo y alcalino de las Pampas, el estilo de vida de todos estos nómades es casi uniforme. Sus ocupaciones son la caza, la rapiña, la vigilancia de sus animales domésticos, el andar continuamente a caballo, y el manejo de la lanza, de las boleadoras, de la honda y del lazo.

Nada más siniestro y llamativo que el aspecto de estos seres semidesnudos montados sobre inquietos caballos que ellos dominan con salvaje

destreza, el color tiznado de sus robustos cuerpos, la densa e inculta cabellera, que les cae sobre el rostro, no dejando entrever en cada uno de sus rápidos movimientos sino un conjunto de rasgos repulsivos, y unidos a todo esto los vistosos colores con que suelen pintarse, que les dan una expresión de infernal ferocidad.

Se entregan a una alegría feroz al ver los padecimientos de sus propios enemigos; emiten gritos salvajes, y blandiendo sus lanzas, boleadoras y lazos, los rodean totalmente. Hombres, mujeres y niños contemplan con feroz curiosidad al que sufre, sin que ninguno trate de procurarle el menor alivio.

"Los indígenas, dice Lacroix, demasiado ocupados en procurarse la subsistencia, no tuvieron tiempo de iniciarse en los principios de

⁶⁹ la civilización, como hicieron los Peruanos, los Guaraníes y los Chilenos. Por otra parte, la imprudencia y la conducta esencialmente impolítica de los primeros Españoles que se establecieron al norte de sus tierras les provocó un odio particular a todo lo que tiene sabor Europeo; y la conducta de exterminio que aun en la actualidad practica la República Argentina, les hace odiar todo lo que podrían aprender de los países civilizados con gran ventaja para ellos.

Sólo el misionero, con su conducta de paz, podría poco a poco hacer deponer el odio que se tiene contra todo lo que sabe a Europeo, y junto con la religión, introducir la civilización en aquellos países; pero el cruel exterminio que repetidas veces hicieron de tantos misioneros, que iban a ellos para evangelizarlos, espantó de tal manera a todas las corporaciones religiosas, que desde hace un siglo y más ninguno, por lo que consta, se encargó de la evangelización de esos indígenas.

"Añadamos —continúa Lacroix— que el espectáculo de la pretendida civilización de que se glorían los pueblos colindantes, no debió de entusiasmar mucho a los Patagones para seguir el ejemplo de las poblaciones indígenas de los Pampas, muchas de las que se dejaron contagiar sin advertirlo, con los vicios de nuestras sociedades, sin tomar nada de sus virtudes y de la civilización.

En verdad, por toda la América meridional la raza blanca ha introducido la anarquía y la inmoralidad. Las historias del Brasil, Bolivia, el Perú, Chile y el Plata no son sino la historia de luchas sangrientas, desastres continuos y otras violencias ejercidas contra la barbarie y la ignorancia. No causa pues sorpresa, que los indios del Sur no ha-

yan tenido aún la tentación de participar de las tristes ventajas que acarrea semejante civilización."

Su carácter moral: No hay acuerdo sobre el carácter moral de los Patagones, unos los consideran humanos y tratables, otros los acusan de crueldad y perfidia. Pero este pueblo es apto para la civilización, porque a pesar de las pocas relaciones que hay entre los indígenas del Norte y los Españoles, se observa que existe una diferencia notable entre aquéllos y los indígenas del Sur. Mas comúnmente, se les echa en cara que son falsos, arrogantes e inclinados al hurto; pero se afirma que su discreción es absoluta sobre todo, si se trata de

⁷⁰ un secreto que interese a toda la tribu.

Lo que parece más acertado es que los Patagones son sumamente indolentes: sólo se dedican a la caza y a sus armas, y esto mismo, con mucha negligencia, y pasan el resto del tiempo en un ocio estúpido. No tienen ninguna habilidad para pescar o para navegar: los habitantes de la Tierra del Fuego son los únicos indígenas navegantes de la América Meridional. Como cazadores y nómades que son, carecen de industrias, mientras que los Araucanos están mucho más adelantados en este sentido, y los proveen de los pocos tejidos de lana que usan.

Una suciedad enorme es la consecuencia de su holgazanería, y de esta especie de desprecio por todo lo que es industria. Nunca limpian sus ranchos y toldos, construidos con ramas plantadas en círculo, atadas todas juntas en lo alto, cubiertas de cueros de animales, y especialmente de guanaco, y si ven a un Europeo dibujarlas o escribir, lo estorban, pensando que está cumpliendo algún rito mágico y temible.

Cuando la suciedad los incomoda, levantan su choza y la trasportan a otro sitio.

D'Orbigny dice que sólo se cuidan la cara y los cabellos, la cara la untan con tinturas y grasa, para protegerse del frío, y los cabellos los peinan con una especie de cepillo hecho de raíces.

Los Patagones imitan con la facilidad de los monjes, y son sumamente mentirosos. Su falsedad es general e inveterada entre los hombres, las mujeres y los niños. A esto suele añadirse una profunda perfidia, una gran vanidad y un deseo desmedido de alabanza.

Son sumamente sucios, y nunca se lavan, de tal modo que sus rostros y manos frecuentemente

están cubiertos por una costra de suciedad. Los hombres se tiñen a veces la cara con una especie de tierra roja, y las mujeres se afean aun más que los hombres, de ser esto posible, mediante un revoque de greda, sangre y grasa.

Alimento: En la Patagonia no se conoce la agricultura, ni se siembra trigo, por eso no comen pan. Su comida consiste casi

⁷¹ exclusivamente en carne, que generalmente comen cruda, aunque alguna vez también asada y hervida. Ahora el alimento más común es la carne de yegua, y sólo rara vez comen otra clase de carne, como la de vicuña y de guanaco, si bien éstos fueron su alimento indispensable antes de la introducción de los caballos.

Estos indígenas comen muchísimo: se calcula por persona un promedio de lo que comen seis de nosotros, aunque también son capaces de soportar un largo ayuno. La grasa y el sebo más rancios son para ellos los manjares más delicados. En algunos puntos de las costas patagónicas hay una clase de crustáceos que durante una parte del año sirven de alimento principal a sus habitantes.

En tiempo de escasez, también comen hierbas y raíces, aunque sean de gusto repugnante. En la isla Guajaneros —integrante del Archipiélago de Chonos, en el Gran Océano— crece una especie de patata silvestre muy alimenticia, que sirve muy bien de comida a esos isleños.

En la actualidad, la mayor parte de los Pampeños y de los habitantes del norte de la Patagonia poseen utensilios de cocina, provenientes de sus excursiones de rapiña, que les sirven para preparar las carnes. Las mujeres encargadas de este trabajo, evitan cocinar mucho los alimentos: meten agua en un recipiente, y después de haberla hecho calentar, le echan trozos de carne, que retiran apenas comienzan a blanquear, por considerarlos ya suficientemente cocidos, y los comen al punto con un poco de sal, condimento cuyo uso conocen.

En las tribus de los Indios sometidos y casi civilizados, se los ve comer carne bien cocida y asada; pero lo mismo que los del interior, consideran un banquete el poder devorar crudos los pulmones, el hígado y los riñones de cualquier animal, cuya sangre caliente o coagulada beben todos. En las regiones de los indígenas, cuando la carne no se come cruda, simplemente se la asa un poco sobre las brasas.

Carecen casi completamente de árboles frutales, por lo que los indígenas sólo tienen algunas frutas silvestres desagradables.

En la primavera salen de cacería, con el doble fin de conseguir alguna presa nueva, y traer huevos de perdiz y de avestruz. Los animales cazados

⁷² son destinados especialmente a los niños, y los huevos son comidos en común. Los abren como se hace con un huevo al latte [sic!] los ponen sobre un brasero preparado con bosta de caballo, y mezclan clara y yema a medida que se va cocinando. Les agrada mucho la galleta que a veces pueden obtener de algunas tribus vecinas; pero sobre todo ansían los licores espirituosos que alguna vez les hicieron gustar los españoles. Cuando los pueden conseguir, beben de una sola vez cantidades inmensas, hasta embriagarse y quemarse las entrañas.

Viviendas: Sus viviendas consisten en carpas de pieles, que llevan consigo cuando emigran. Los toldos de los Inachen [sic] son rectangulares, de unos diez pies de largo por diez pies de ancho, con unos siete a ocho pies de frente por seis pies al fondo. Estos toldos están formados por palos plantados en tierra que terminan en horqueta en su extremo superior, para sostener los travesaños que forman el techo. Estas sucias viviendas están cubiertas de cueros tan bien unidos unos con otros, que parecen cosidos, y resultan casi impenetrables para el agua y el viento. Los indígenas los llevan consigo en sus excursiones.

La mayor parte de sus toldos son, empero, de forma circular, de unos 10 pies de diámetro, formados con ramas de árboles plantadas en la tierra y reunida en la cima como un emparrado; y donde hace menos frío y en la buena estación, la mayor parte de estas chozas sólo están cubiertas de ramas de árboles. Es raro que sus viviendas estén agrupadas, según se estilaba entre nosotros, como para formar un pueblo o una ciudad. Casas de material no existen de ninguna manera en toda la Patagonia, salvo los rarísimos lugares donde los Argentinos y los Chilenos fundaron alguna colonia.

En esta especie de casas de los indígenas, el centro lo ocupa el hogar [el fogón]. Rara vez alimentan el fuego con leña: en general, usan para este fin espinos que abundan en el terreno, bosta de vacunos, y más especialmente de caballos, los que en cantidad incontable dejan vagar cerca de sus viviendas.

Los Patagones tienen la singular costumbre de no mirar nunca

⁷³ el fuego: le vuelven siempre las espaldas, para ver mejor lo que sucede a su alrededor.

Vestidos y adornos de la persona: La vestimenta de los Patagones se compone casi exclusivamente de cueros de animales, y usan con preferencia el de guanaco. Acostumbran usar sólo las partes del cuero que están debajo del cogote y el cuero de las patas, porque la lana allí es más suave. Luego reúnen estos trozos, cosiéndolos con tendones de avestruz, de los que se valen como hilo, y llegan a confeccionar vestidos y mantos a cuadros, muy bien unidos entre sí. Vestido principal, para muchos único, es el manto formado por un cuero grande, cuyos bordes superiores sujetan a la espalda mediante una correa. El cuero de zorro lo usan para sus ropas de lujo. Como en este clima áspero todo debe hacerse en función de la utilidad, en sus ropas los cueros son usados con el pelo hacia fuera o hacia dentro, según la temperatura reinante.

Los Patagones adornan los cueros de sus mantos con dibujos de color rojo, para que su aspecto sea menos desagradable. Independientemente del manto, llevan un vestido formado por un par de cueros que, rodeando todo el cuerpo terminan en punta por delante; los hacen pasar entre los muslos, y los doblan hacia atrás, donde los unen al resto de la ropa. Este sencillo vestido es completado por una clase de botas hechas con un trozo de cuero doblado hacia arriba en todos los sentidos, y atado a los tobillos.

Hacia el Norte, adonde ya llegó algo de civilización, y donde los indígenas se proveen de todo lo que poseen los Argentinos mediante continuos malones [incursiones para robar], el vestido está hecho de paño, y consiste en una especie de manto, en el centro del cual hacen un agujero, por el que pasan la cabeza, y dos aberturas menores a derecha e izquierda, para sacar los brazos; y luego, para mantener sujeto el vestido, lo ciñen con un cinturón de cuero adornado con dibujos de variados colores.

Esta vestidura cubre generalmente desde las espaldas hasta más abajo de

⁷⁴ las rodillas, y se asemeja a una bolsa de la que asoman cabeza, brazos y piernas, sin arte ni armonía alguna.

Los Patagones no usan sombrero propiamente dicho. Unos sujetan sus cabellos en la cabeza con un cordoncito de cuero o con una cinta de

lana, y otros, que son mayoría, se dejan crecer el cabello sin cortárselo nunca, y lo dejan caer sobre las espaldas y también por delante; especialmente, cuando están enojados o en guerra. Los sujetan luego a la cabeza con una vincha, en la que fijan las flechas cuando van de cacería.

Aunque no conocen el modo de pintarse el cuerpo, éste raramente conserva el color natural, pues lo barnizan con frecuencia con tierras volcánicas que les traen los Araucanos en las visitas otoñales que les hacen. Los colores empleados varían según los gustos. Los dominantes son el rojo, el negro y el blanco. El rojo ocupa casi siempre el espacio comprendido entre los ojos y la boca, con excepción del ancho de una pulgada debajo de los párpados, reservado al negro. El blanco forma una mancha sobre cada ojo. Las mujeres usan los mismos colores, excepto el blanco. Ellas, junto con el manto y el vestido, que no pasan hacia atrás bajo los muslos, tienen otro vestido que va de las axilas a las rodillas, cerrado por delante con un alfiler o cierre de plata de medio pie de largo. Sus cabellos ondean unas veces sobre las espaldas, partidos solamente en medio de la cabeza, y otras veces, reunidos en dos trenzas, caen a ambos lados. De estas trenzas suelen colgar pequeños trozos de vidrio, mezclados con laminillas de cobre.

El adorno de su agrado se completa con grandes aros de plata, si los tienen, adornados con trozos del mismo metal, cuadrados y muy pesados. Llevan pulseras en los brazos y en las manos. Las más jóvenes lucen también, en las muñecas y en los tobillos, brazaletes fijos, hechos de gruesas perlas de varios colores, y enhebradas en tendones. Cuando van a caballo, se cubren la cabeza con un sombrero adornado con planchuelas de cobre. Lucen también ciertos collares hechos con escamas de culebra.

⁷⁵Las mujeres se ciñen la cintura con una faja tejida por ellas mismas con lana de ovino a menos que consigan algún trozo de paño procedente de los robos de sus maridos.

Ninguno de los Patagones usa barba. Por el contrario, tienen la costumbre de arrancarse con prolijidad todos los pelos del cuerpo, sin perdonar las cejas. Sólo exceptúan los cabellos.

Del fumar. Ebriedad: Guinnard, que estuvo tres años prisionero de los Patagones, con respecto al fumar y a la ebriedad se expresa así:

"El Patagón, después de haber comido, se prepara tabaco con estiércol de caballo o de vaca;

llena una pequeña pipa de piedra, ahuecada por él mismo, se echa sobre el vientre al suelo, y sorbe siete u ocho bocanadas una después de otra, sin devolver el humo por las narices sino cuando ya le resulta imposible contenerlo en la boca. En ese momento causa horror el verlo. Revira los ojos, los pone en blanco y los dilata tanto, que se teme verlos saltar de sus órbitas. La pipa se le cae de la boca, que ya no tiene fuerzas suficientes para sostenerla, las fuerzas lo abandonan, dejándolo en un estado tal de ebriedad, que se podría llamar éxtasis, y agitado por movimientos convulsivos que lo hacen bufar estruendosamente, mientras la saliva le brota a borbotones de los labios entreabiertos, y los pies y las manos se agitan con un movimiento semejante al de un perro que nada.

Tal estado abominable de voluntaria imbecilidad constituye la felicidad de los Indígenas, y es objeto de sus respetuosas simpatías, y se cuidan mucho de molestar al fumador, al que antes bien llevan agua en un cuerno de buey, que clavan en el terreno junto a él. Según ellos, su Dios ha participado de tal placer, por haberle sido ofrecidas previamente tres o cuatro bocanadas de humo, acompañadas de una plegaria mental.

Vuelto en sí, el fumador bebe el agua, da media vuelta sobre sí mismo, y se tiende de espaldas, para abandonarse momentáneamente al sueño.

Las mujeres y los niños participan de esta horrible costumbre,

⁷⁶ sin que nadie se oponga a ello.

Sin excepción de tribu, grado, sexo o edad, todos los indígenas aman la ebriedad. Los que se pueden conseguir bebidas alcohólicas, las usan con frecuencia, sin sufrir por ello lo más mínimo en su salud.

Se someten también, a un viaje de diez o quince días para llegarse al establecimiento americano más próximo, para proveerse allí de tabaco (pulque) y de bebidas alcohólicas (pitrem), entregando en cambio cueros y plumas de avestruz.

Para trasportar licores usan los cueros de carnero, que ellos sacan diestramente por el cogote, de modo tal que obtienen odres de los que no puede escapar ni una gota de líquido. Se sirven, también, de la piel del anca del avestruz, pero prefieren las de carnero, porque tienen más capacidad, y resisten mejor al galope del caballo, sobre el cual son amarradas con fuertes correas preparadas con anticipación.

Cuando están de regreso, apenas las mujeres han descargado los caballos, se forma una multi-

tud numerosa, para participar de la orgía y de la distribución del tabaco. Mas la costumbre de compartir cuanto poseen no es ley; algunos no se muestran tan generosos, y no se los reprocha por eso. Hombres y mujeres beben tazas colmadas, que repiten frecuentemente. Cuando están borrachos perdidos, se vuelven furiosos y se golpean entre ellos, sin distinción de sexo, si es pronunciada la palabra *uiñcaes* (cristianos); y ese desorden cesa con gran dificultad cuando uno menos ebrio y más razonable logra desarmar a los sediciosos, que por cierto acabarían matándose. Tienen la capacidad de continuar bebiendo de este modo durante varios días, sin moverse del sitio mientras tengan licor.

Sucede con frecuencia que los Indígenas no pueden por mucho tiempo conseguir *uiñcaes pulque* o bebida de los cristianos; pero esto no les impide embriagarse, porque si la naturaleza del terreno los priva de determinados frutos que se creería hallar también en tan vastos campos, con todo hay dos frutos muy extraños: el *piquinino* [piquillín] y el *algarrobo* [algarrobo] muy conocidos en América, de los que se extrae un licor tan embriagante como lo es el aguardiente entre nosotros.

⁷⁷**La caza:** Su principal ocupación es la caza. Se dedican a ella todo el año, pero con más entusiasmo en los meses de Agosto y de Setiembre, primavera en el hemisferio sur, con el doble fin de conseguir caza nueva y huevos de perdiz y de avestruz.

Para dar caza al avestruz y a los guanacos, se reúnen en gran número rodeando una superficie de dos a tres millas, y cuando cada uno está en su puesto, a una señal convenida marchan lentamente hacia el centro del círculo que forman, hasta que la distancia que separa unos de otros no es mayor que siete u ocho pasos de caballo.

Entonces se detienen, con las boleadoras listas en la mano. A sus gritos, los perros que los acompañan se lanzan en persecución de los avestruces y guanacos acorralados, los que, tratando de huir, pasan entre los estrechos espacios que los cazadores han dejado para poder lanzar una cantidad de boleadoras, que raramente erran el golpe. Los animales capturados son cuereados con increíble destreza, lo que permite a los cazadores continuar su ejercicio hasta el momento en que el círculo estrechado pone a la vista todos los indígenas. Es muy raro que regresen a su familia sin haber capturado siete u ocho piezas, a veces todavía más.

Los indígenas *Caelchi* [sic], una de las tribus de los Patagones, aunque no disponen de caba-

llos, son igualmente cazadores hábiles. Realizan a pie la misma maniobra de los otros, aunque en menor proporción.

Los hombres y mujeres de edad avanzada son los encargados de cuerear y trasportar sobre las espaldas el producto de la cacería, que consiste en pequeños guanacos, avestruces y gamos enlazados o abatidos por las boleadoras o las flechas.

Posibilidad de comercio: He aquí cómo un viajero inglés informa sobre la Patagonia; especialmente, con relación a la sociabilidad y a la civilización de la que son capaces:

Todos tienen hermosísimas facciones; viven únicamente de la caza, y si los Europeos establecieran en esas tierras un mercado central, se podría adquirir una gran cantidad de pieles preciosas, especialmente, de guanacos, cuya lana sería muy apropiada para la manufactura de mantas

⁷⁸y de telas finas. El Teniente llevó un poco a Inglaterra, lo que fue tasado de 15 a 16 chelines la libra. Los Patagones recibieron de buena gana, en cambio, bebidas alcohólicas, tabaco del Brasil, gruesos paños rojos y azules, grandes espuelas de hierro, largos cuchillos, lanzas, conchillas, vidrio y mercancías semejantes. No usan plata acuñada ni armas de fuego. Su conducta con la tripulación del barco inglés fue muy pacífica. Cuando entran en el establecimiento de Río Negro, deponen las armas, y no las vuelven a tomar hasta después de su partida.

Las tribus de los *Pampas* tienen hábitos más sedentarios. Cultivan ya un poco la agricultura, se dedican mucho a las tareas pastoriles, y no dejan de ocuparse de algunas manufacturas. Llevan a la costa animales, paños rústicos, carne seca, etc., y reciben en cambio bebidas alcohólicas y tabaco. Los viajeros (continúa el relato Inglés) hablan como si se tratara de una tribu muy numerosa y pacífica.

El señor Giraudais ha querido regalar a sus huéspedes algunos gorros de lana colorada; mas ninguno de ellos pudo ponérselo en la cabeza, pues resultaron demasiado pequeños para todos ellos. Se les regalaron también algunas cobijas [...], calderos y otros utensilios. Los Patagones dieron, en cambio, arcos, flechas y collares de conchillas."

Hablando de Carmen y de Punta Arena, ya hemos visto como los habitantes de los alrededores trataban de conseguir para los colonos, animales, cueros y todo lo que deseasen. Esto, al menos, demuestra la posibilidad y diría, la facilidad de poder iniciar con los Patagones esta relación que,

cumplida con el fin que pueden prefijarse los misioneros, puede en breve tiempo producir excelentes frutos de evangelización y civilización.

Crueldad: A cualquier blanco que encuentren, inmediatamente lo matan o lo llevan cautivo. Guinnard cuenta así la manera como fueron tomados prisioneros él y su compañero: "Un gran número de indígenas, habiendo oído el rumor de que dos blancos se hallaban en

⁷⁹ los alrededores, surgieron como por encanto de todos los puntos del terreno, y entregándose a una alegría feroz, profiriendo gritos salvajes y blandiendo las lanzas, las ondas y los lazos, nos rodearon desde todas partes. No se podía dudar del resultado que hubiera arrojado una lucha entre nosotros dos y esa banda. Hicimos fuego contra el más cercano de nuestros enemigos. Fue herido; pero esto no arredró a sus compañeros, que en masa se nos echaron encima. Mi compañero, con infinidad de heridas y aplastado por el número, cayó para no alzarse más. Yo mismo, vivamente acosado, tenía el brazo izquierdo traspasado por un lanzazo, cuando una de esas bolas de piedra que ellos atan a la punta de una larga correa, me golpeó en la cabeza, haciéndome rodar por tierra sin sentido. Recibí otras heridas y contusiones, de las que caí en la cuenta al volver en mí del desmayo. Traté de levantarme, sin lograrlo. Los indígenas que me rodeaban, viendo mis convulsiones, se aprestaban a ponerles término quitándome la vida, pero uno de ellos, pensando que un hombre tan duro para morir, ciertamente resultaría un buen esclavo, se opuso al designio de sus compatriotas. Después de haberme desnudado totalmente, me ató las manos a las espaldas, colocándome sobre un caballo tan desnudo como yo, al cual me ató fuertemente por las piernas.

Éste fue un viaje verdaderamente terrible para mí, tanto, que aunque medie un siglo y yo esté en el otro extremo del mundo, jamás lo olvidaré. La continua pérdida de sangre me produjo una sucesión de angustias y desmayos, durante los que fui arrojado de una parte a otra como un fardo inerte, y librado al galope desenfrenado del caballo salvaje, que mis bárbaros amos azuzaban continuamente. Todas las noches me ponían en tierra sin desatarme, temiendo ciertamente que a pesar de mi estado miserable, yo intentase algún recurso para la huida o el suicidio. Llegados a destino, me quitaron finalmente las ligaduras que habían torturado mis manos y mis pies, al

⁸⁰ punto de no poder ya valerme de ellos. Incapaz de moverme, quedé tendido en tierra en medio de mis captores. Hombres, mujeres, niños me contemplaban con feroz curiosidad, sin que ninguno me procurase el menor alivio".

D. Cagliero, jefe de nuestros misioneros en Buenos Aires, en una carta nos cuenta algo semejante de una señora a la que asistió en punto de muerte. Esta señora, habiendo sido llevada cautiva por los indígenas, fue tan maltratada, que ya no pudo restablecer su salud después de haber huido, y mostraba todavía en los pies y en las manos las señales de las cadenas con que había estado ahorrada.

He aquí todavía el relato con que el Señor Guinnard, testigo ocular, describe un suplicio a que sometieron los Patagones a algunos Argentinos: "Un horrible y trágico incidente me convenció de que era conveniente usar la máxima prudencia y disimulo. Algunos jóvenes Argentinos fueron, como yo, apresados, destinados, por lo tanto, a seguir mi suerte. La mayor parte de ellos, confiados en su facilidad para orientarse en las Pampas cercanas a las provincias de su nacimiento, y fiados en su habilidad para domar caballos, intentaron recuperar su libertad; pero, desgraciadamente, fueron recapturados por los Indígenas, que los habían perseguido encarnizadamente, y traído de nuevo junto a sus amos. Condenados a muerte, fueron puestos en medio de un círculo de indígenas a caballo, que los asesinaron a lanzazos. Yo vi a los asesinos, aullando de alegría, meter y revolver la punta de sus armas en cada una de las heridas con las que acribillaron a sus víctimas. Enseguida desfilaron delante de mí, mostrándome con ostentación esas armas de las que aún se desprendía cálida la sangre de esos desgraciados, y amenazándome con la misma suerte, si intentaba huir. Por fuerza soporté en silencio el negro dolor que me embargaba frente a la imposibilidad en que me hallaba de socorrer a mis compañeros de desgracia; y la enormidad del delito al que debí asistir obligadamente, acrecentó en mí el odio y el horror de esos verdugos. Mostrándome siempre calmo e impassible en el rostro, no desahogaba mi dolor sino cuando me encontraba solo con Dios."

⁸¹ **Gobierno:** El gran sector del continente que anteriormente hemos indicado con exactitud, tiene diferentes clases de gobiernos. Algunos de los antiguos habitantes de las Pampas, llamados *Pamperos*, están sometidos a Buenos Aires, obe-

decen a sus leyes, y se llaman *sometidos*. Son los más cercanos a las ciudades y a los pueblos habitados por Argentinos, y viven también en los pueblos, en las ciudades y en la campaña, en propiedades próximas a las de los Argentinos; pero no son extraordinariamente numerosos. Entre ellos comienzan a penetrar la civilización y la religión; pero son pocos los sacerdotes que se pueden ocupar de ellos, y sólo se los encuentra en uno que otro pueblo distante. La mayor parte de los Pamperos no son *sometidos*. Viven sin ley, bajo el mando de Caciques o jefes de tribu; cada tribu, a la vez, es independiente de las otras. Éstos ocupan la mayor parte de las tierras que se extienden hasta el Río Negro, y en su mayoría son lo mismo que los Patagones, dado que, como trashumantes, viven parte del tiempo en un lugar, y parte en otro.

Sin embargo, parece que en sus migraciones no se desplazan a regiones muy alejadas, sino sólo a pocas jornadas de distancia, y que luego regresan generalmente a los lugares por ellos abandonados. Éstos están casi siempre en conflicto con los Argentinos, y ahora se hacen una guerra más encarnizada que nunca, y el Teólogo Don Cagliero nos escribe que por el momento será inútil intentar relacionarse con ellos, porque están demasiado exasperados con los blancos, sean ellos quienes fueren.

El fin principal de las invasiones frecuentes de los Indígenas sobre todas las fronteras de las repúblicas de la Plata y de Chile es el de impedir el comercio de los cristianos, y saquearlos para proveerse de animales, sin tener el trabajo de amansarlos, y así vengarse de la pobreza a que los han condenado los Europeos apoderándose de sus tierras. Odian ferozmente a todos los blancos, y los matan del modo más bárbaro, y perdonan la vida sólo a los niños y a las mujeres jóvenes, que condenan a innoble esclavitud.

Luego están los *Araucanos*, de otra raza, y que en los tiempos antiguos formaban un imperio aparte. Ahora también ellos están divididos en dos,

⁸² algunos *sometidos*, y acatan en parte a Chile, y en parte a Buenos Aires. Otros no *sometidos*, y porque Chile continuaba persiguiéndolos, traspusieron las Cordilleras y se unieron con los Pamperos, con quienes se confunden comúnmente, y de quienes han tomado muchos usos y costumbres.

Más al sur de todos estos pueblos, hasta el estrecho de Magallanes, los Patagones y los Espa-

ñoles fueron obligados a abandonar hasta los asentamientos más antiguos allí fundados.

Se debe exceptuar sólo Carmen, sobre el Río Negro, del que no quedan sino los restos de un asentamiento Argentino, en el que los habitantes disminuyen cada año, y Punta Arena, asentamiento chileno fundado no hace mucho tiempo.

En su organización interna, los Patagones tienen un sistema político de lo más sencillo. Son gobernados por un Jefe que llaman **Cacique**, y cuyo poder no lo ejerce sino en tiempo de guerra. En tiempo de paz es respetado, mas no goza de privilegio alguno. Este cargo no es de derecho hereditario; para que el hijo pueda ser el sucesor de su padre, es necesario que dé pruebas de valor y de elocuencia; de otro modo, el puesto es conferido a otro.

Estos pueblos no tienen leyes. Cada uno vive a su manera, y el más ladrón es el más apreciado como más diestro. No conocen divisiones de terrenos entre los miembros de su comunidad. Entre ellos, las riquezas no pueden sino ser bienes muebles, y la costumbre de destruir a la muerte de cada uno todo lo que le pertenece en el mundo, los pone en la necesidad de buscar nuevos medios para subsistir.

Cada tribu es gobernada por un jefe particular, llamado **Cacique**. Este jefe se distingue de los demás por un birrete confeccionado con la piel de un ave con sus plumas, y que se pone en la cabeza cuando recibe visitas, para demostrar, sin duda, su alta dignidad.

Como los Patagones propiamente dichos no han tenido hasta ahora mucho trato con los Europeos, y por eso no fueron estafados ni saqueados por éstos, no odian tan encarnizadamente a los blancos, y aunque feroces por naturaleza, parece que no persiguen directamente a quienes aún no les han hecho ningún agravio.

⁸³ **Idioma y ciencias. Inteligencia:** Todas las tribus de esas regiones descritas por nosotros, comprendidos también los Araucanos, hablan el mismo idioma, desde el estrecho de Magallanes hasta los alrededores de Mendoza, San Luis, Rosario y Buenos Ayres. Sin embargo, ocurre con su idioma lo que con todos los otros; es decir, se encuentran diversos dialectos, muy fáciles de entender cuando se conoce la lengua madre, que se conservó casi pura en las Pampas, entre los Araucanos y los Mamuelches (pueblos de regiones boscosas).

Esta lengua, aunque hablada en una extensión muy grande del territorio, al parecer no aparece

escrita en ningún lugar, y por cierto no posee gramática ni diccionarios; con todo, parece una lengua rica y plena de imágenes, y no muy difícil de aprender. La dificultad mayor será hablarla, porque es muy gutural, y tiene gran cantidad de sonidos aspirados, más semejantes en esto a nuestros idiomas eslavo-germánicos que no a los indolatinos. Esta unidad del idioma es un bien extraordinario para los misioneros, puesto que ya muchas de las familias indígenas viven en las ciudades y pueblos, y nosotros mismos tenemos ya en el Colegio de San Nicolás jóvenes de familias aborígenes cuyos padres vivieron buena parte de su vida entre aquéllos. Resulta así que se podrá aprender sin tantas dificultades el idioma antes de internarse en los campos desiertos, y también con el tiempo se podrán componer gramáticas y diccionarios en este idioma, lo que será de gran ayuda para los futuros misioneros.

“Los Patagones —añade D’Orbigny— no carecen de inteligencia, y su índole nacional merece ser tenida en cuenta. Sus discursos son particularmente enérgicos. Son elocuentísimos, y tienen sobre todo el talento de hablar por largo tiempo sin titubear ni desviarse del argumento. Lo que los distingue en modo particular es el uso de las comparaciones. Esta tendencia los hace semejantes a los pueblos orientales, que, como es sabido, hacen consistir la poesía en el uso excesivo de la metáfora.

Su idioma es más gutural que el de los Araucanos, difícil de pronunciar, y lleno de sonidos que nuestra escritura no

⁸⁴ sabría expresar. Es riquísima en combinaciones. Los indígenas pueden contar hasta cien mil, y esta cantidad de expresiones numéricas es prueba de la multiplicidad de las combinaciones de cálculo de las que pueden valerse.

La costumbre de la caza, la necesidad de tener que orientarse en sus largas excursiones según el sol y las estrellas, hicieron nacer ideas astronómicas en los indígenas de esas regiones. Ellos trasformaron la parte del firmamento por ellos conocida, en un cuadro inmenso que representaba la caza de los indígenas. Así la Vía Láctea no es para ellos la senda que recorrió la cabra Amaltea, sino el camino del viejo Indígena que cazaba avestruces. Los **Tres Reyes** fueron las bolas de piedra (tapolec) que él arrojaba a ese pájaro, cuyas patas son la Cruz del Sur, mientras que las manchas Australes que acompañan a la Vía Láctea no son a sus ojos sino manojos de plumas formadas por el cazador.

Estas alegorías no desviaron a los indígenas del fin práctico de la astronomía. Así adoptaron una división del tiempo muy razonable, partiendo el año en doce meses. En la primavera, cuando las plantas comienzan a florecer, ellos rectifican y regulan los días suplementarios. Esto demuestra que las naciones que viven en el extremo Sur del Continente Americano, ciertamente no carecen de inteligencia. Los Patagones del Sur son más afables y amistosos que los de las partes altas de la región, porque no aprendieron por experiencia propia lo peligroso que era la proximidad de los Europeos. Ellos reciben también cordialmente a los extranjeros; pero cuando son muchos, les imponen un impuesto de tabaco, pan, fusiles, pólvora y otros artículos, los que, se vuelven locos por tener. Son indiferentes y apáticos.

A propósito de esta apatía, mencionaremos el hecho siguiente, referido por el capitán Wallis, que en su viaje al estrecho de Magallanes hizo subir varios indígenas a bordo de la nave, y no logró despertar en ellos la menor expresión de sorpresa.

⁸⁵ Los llevé a todas las partes de la nave —narra él—, y ellos no miraban con interés sino los animales vivos que teníamos a bordo. Examinaban con mucha curiosidad a los cerdos y ovinos, y se divertían infinitamente al ver los pollos y las gallinas de Guinea. De lo que veían, pareció que no deseaban otra cosa que nuestras ropas, y un viejo fue el único que nos las pidió. Les ofrecimos cigarros, y fumaron algunos; mas no pareció agradales. Les di carne de vaca y de cerdo, galleta y otras provisiones del barco: ellos comieron de todo, y no quisieron beber nada más que agua. Yo les señalaba los cañones, y parecía que no conocían su uso. Hice tomar las armas a los soldados, y hacer algunas evoluciones. A la primera descarga de artillería, la admiración y el terror sobrecogió a nuestros Americanos; mas viendo que estábamos de buen humor y que no habíamos recibido ningún daño, retomaron su tranquilidad, y sin conmoverse soportaron una segunda y una tercera descarga del cañón.”

Juegos: Las diversiones de los indígenas son muy pocas. En ciertas tribus vecinas a los Hispano-Americanos, [sic] juegan a los naipes Españoles, y son tan habilidosos como los fulleros de profesión. Hacen señales imperceptibles en los ángulos de los naipes, y gracias a una vista excelente, sencillamente mezclando el mazo, distinguen las cartas buenas de las malas, y son tan

hábiles en distribuir las, que siempre se reservan las mejores. El que tiene la supremacía, cree haber ganado honradamente, debido a las dificultades superadas para sacarle al adversario un par de estribos o las espuelas de plata.

El juego de los dados —más bien, el juego del blanco y negro— se compone de ocho pequeños cubos de hueso ennegrecidos de un lado, y se juega entre dos. Un cuero es colocado entre los jugadores, para poder tomar de una sola vez esos pequeños dados, que dejan caer de nuevo gritando mucho y golpeándose las manos para estorbarse mutuamente. Cada vez que el número de los negros es par, el jugador

⁸⁶ puede volver a comenzar hasta que sea impar, y entonces le toca al otro tirar los dados. La partida seguiría al infinito; mas cansado y aturcido uno de los dos, se convierte en presa del otro, que, dotado de mayor sangre fría, a menudo canta doble sin que lo advierta el compañero, que así queda derrotado. El partido acaba siempre en pelea, porque el perdedor se niega a ceder el objeto que le han ganado en la apuesta.

Tienen otro juego, reservado exclusivamente a los jóvenes, y que los Franceses designan con el nombre de *pilma*. He aquí su descripción:

Los jugadores se disponen en dos alas, unos frente a los otros. El capitán de cada ala está provisto de una pelota de cuero llena de aire. Uno la tiene del lado izquierdo, y el otro, del lado derecho, y comienzan a arrojar juntos la pelota que tienen en la mano, mas no de frente, como se hace ordinariamente, sino por atrás, de modo que para que vuelva libremente hacia delante deben alzar inmediatamente la pierna izquierda. Reciben la pelota en la mano, y la devuelven al adversario, a quien deben tocar en el cuerpo, so pena de perder un punto: esto obliga a quienes están frente a frente a hacer mil contorsiones para evitarlo, inclinándose y saltando, para que la pelota no los toque y salga del círculo. En este caso, el primer jugador pierde dos puntos, y está obligado a salir de la fila para buscar la pelota. Si, por el contrario, el segundo resulta tocado, es necesario que aferre la pelota y la devuelva al primero, a quien debe golpear, so pena de perder un tanto. Luego corresponde comenzar al siguiente. Se comprende que tal combinación debe ocasionar los movimientos más singulares, tanto de parte de quienes arrojan la pelota bajo las piernas, como de quienes tratan de replegarse a modo de serpientes para evitarla, lo que hace que entre ellos tomen las posturas más cómicas, con

grandes carcajadas del grupo opuesto. Los indígenas despliegan en este juego la alegría bulliosa de nuestros niños. Nada más agradable que ver desde cierta distancia las contorsiones de los jugadores, sus saltos y movidas. Este ejercicio se podría tomar por un baile, y sin duda, fue inventado para hacer entrar en calor a las personas en invierno

⁸⁷ en esas heladas regiones, en las que viven algunas de sus tribus. Mas no es fácil imaginar cómo puedan ellos resistir al mediodía los excesivos calores de Febrero.

El otro juego más en boga entre los Patagones es *uignu*, llamado más comúnmente juego del *tscioëcak* [chueca]. En este juego, cada hombre, armado de una caña curvada en una de sus extremidades, con el cuerpo enteramente pintarrajeado, los cabellos levantados y sujetos con un trozo de tela, busca como adversario a uno de sus semejantes, que le oponga una propuesta equivalente a la suya; los partidarios de un bando se ubican de un lado, y los otros, de la parte opuesta. El largo del espacio es calculado según el número de jugadores que toman parte en parejas asociadas, unos frente a otros. Una pequeña pelota de madera es colocada entre los que forman el centro de la línea. Cruzan éstos sus cañas, posando en tierra su extremidad en forma tal que tirándolas fuertemente hacia sí, hacen saltar la pelota tomada entre las dos partes curvas. Una vez lanzada, corresponderá a quien la tome al vuelo sea para darle nuevo impulso con la caña de la que se sirven como de raqueta, sea para devolverla, y hacerle tomar una dirección opuesta a la que el grupo adversario quiere hacerle recorrer. Si el que tiene interés de impulsar la pelota a la derecha la envía a la izquierda, está obligado inmediatamente a pelearse con el primero que encuentre de aquellos a quienes ha causado daño.

Es muy raro que esta diversión se realice sin roturas de piernas o de brazos, o de graves heridas en la cabeza, sin tener en cuenta los golpes que los jueces del campo, desde lo alto de sus caballos, distribuyen sobre los fatigados combatientes, para reanimarlos.

Caballos y arneses: Hace menos de un siglo, los Patagones combatían todavía a pie. En efecto, el caballo no es precisamente originario de América: fue llevado por los Europeos, de quienes los Indígenas imitaron con capacidad superior maravillosa el modo de domar esos soberbios animales, y servirse de ellos útilmente. Los Patagones del Norte son prácticamente inseparables de sus

⁸⁸ caballos, a tal punto que la mayor parte de los viajeros no los vieron sino a caballo. Las sillas que usan, no tienen nada de particular. Los estribos son de madera, apenas capaces de contener el dedo gordo del pie, y a veces son sustituidos por un nudo que sirve de punto de apoyo, y que pasan entre el dedo gordo del pie y el siguiente. Con frecuencia, las espuelas están hechas de pequeños trozos de madera unidos por una correa. La silla de las mujeres consiste en dos rollos de juncos recubiertos con un delgadísimo cuero adornado con dibujos variados. Cuando una india desea ir de paseo, no echa sobre el caballo sino un trozo de cuero, sobre el que se sienta. Su estribo es de lo más característico, y en ella despliega todo el lujo que su posición le permite. Este estribo, llamado *yekakenohué*, es común a todas las indígenas del sur de las Pampas, y consiste en un fuerte trozo de tejido de lana, adornado con vivos colores, y de tres a seis pulgadas de ancho, cuyos extremos, unidos y formados por el mismo tejido, se separan enseguida para formar algunas franjas fuera del punto de unión. Este estribo pasa alrededor del pescuezo del caballo, y cuelga sobre su pecho. Cuando la indígena quiere montar, apoya en él un pie, toma un mechón de crines del animal, y dando un salto se halla sobre su lomo, donde queda como encajada en los dos rollos, con las rodillas muy elevadas y las piernas colgando hacia delante; posición de lo más incómoda que no le impide, sin embargo, galopar tan velozmente como los hombres. A menudo, en estos paseos, la mujer se cubre con el sombrero de viaje, que se asemeja a un amplísimo plato vuelto al revés, formado por ramas tiernas de sauce y lana entretejidas con singular habilidad, y que a veces ella adorna con planchuelas de plata y de cobre. Este singular sombrero, llamado *jva*, casi siempre, reservado para los viajes, está sujeto por detrás a la cabeza con dos pequeños hilos atados a los cabellos, y por un barboquejo que pasa bajo el mentón.

Armas y estrategia militar: Las armas ofensivas

⁸⁹ están formadas por el arco y las flechas. El arco, de noventa centímetros de largo, no tiene adorno alguno: está hecho de madera blanca curvada fuertemente, y provisto de cuerdas hechas con tendones de animales. Las flechas, de madera y fortísimas, están adornadas en uno de sus extremos con plumas blancas de aves marinas, cortas y toscas. El extremo opuesto está armado de un trozo de pedernal tallado con mucho arte,

en punta con dos aletas dobladas en sentido contrario al de la flecha. Esta punta se adhiere débilmente, de modo que cuando se quiere extraer la flecha de la herida, ésta se agranda notablemente, y la punta permanece hincada en la carne. Esos indígenas manejan con destreza el arco. Usan también una jabalina muy corta y una honda de lo más sencilla hecha con un cuero ensanchado en la mitad de su largo para contener la piedra, que arrojan a una gran distancia y con una destreza casi sin igual.

Pero de todas sus armas, la más formidable es la que ellos llaman *boleadoras*, consistente en dos piedras llamadas *locayo*. Pesan cerca de una libra cada una, están forradas de cuero, y van atadas a las dos puntas de una cuerda de siete u ocho pies de largo. Para usarla, tienen una de las piedras en la mano, hacen girar la otra sobre su cabeza hasta que haya cobrado la fuerza suficiente, y la dirigen lanzando la primera. Se los ha visto golpear con las dos piedras de un tiro, y a una distancia muy considerable dar en un blanco no mayor de una pulgada y quince líneas de diámetro. Ellas las usan también para la caza. Las boleadoras son dobles, y también triples. Los *lazos* son otra arma que emplean especialmente en la cacería para aprehender animales; pero los usan también en combate y en las refriegas para apresar a los hombres y atraerlos hacia ellos amarrados lo que logran admirablemente.

Las armas defensivas de los Patagones corresponden a los medios de ataque, y contribuyen en forma singular a deformar a esta gente. El día de la batalla, dice D'Orbigny, permanecen prácticamente desnudos, con una especie de cinturón de cuero del que cuelgan sus armas pero los grandes guerreros y los jefes están cubiertos

⁹⁰ con una armadura muy original, que copiaron de los Incas. Visten una larga coraza con mangas, semejante a una camisa, y formada por siete u ocho piezas de una piel mórbida perfectamente preparada, pintada en la parte superior de amarillo, y provista de una larga franja roja en la mitad. El cuello de esta coraza se levanta hasta el mentón, y cubre una parte de la cara. Con esta armadura llevan una especie de yelmo formado por dos cueros cosidos en forma de un gran sombrero de anchas alas adornadas con planchuelas de plata y de cobre, adherido por detrás al cuello de la coraza, y sujetado por delante con un barboquejo de cuero. La coraza llega hasta las rodillas, y resulta muy incómoda a caballo. Los que no

la llevan, o no tienen el derecho de usarla, dejan sueltos sus cabellos sobre las espaldas.

A pesar de esta apariencia bélica, los Patagones están lejos de ser temibles como los Araucanos. Ellos fueron el terror de los pueblos de estas regiones, pero, diezmados por una enfermedad epidémica de 1809 a 1811, y asaltados luego por los Araucanos, que les infligieron un castigo horrible, perdieron a la vez su importancia nacional y su coraje, y ya no son temidos por sus vecinos.

Los Patagones despliegan en la guerra mucha astucia, como todos los indígenas de América. Nunca corren al asalto, si el jefe no les ha hecho primero una larga arenga para excitar el ardor de sus soldados. Como es importante, ante todo, reconocer la ubicación del enemigo, mandan con este fin exploradores a diez y doce leguas de distancia. Esta precaución y el uso de las sorpresas constituyen para ellos todo el arte de la guerra.

Los Patagones demuestran una paciencia y una destreza admirables, cuando quieren asaltar a sus enemigos por sorpresa. Atan sus caballos a árboles lejanos, para no dejar rastro de su paso, se arrastran con frecuencia con los pies y las manos, a veces caminan gateando en cuatro patas, por temor de ser vistos. Para oír el menor rumor, aplican el oído

⁹¹ contra la tierra, y distinguen aproximadamente el número de guerreros contra los que tendrán que pelear.

Cuando están suficientemente preparados, esperan la llegada de la oscuridad, y apenas sale la luna, caen con furia sobre el enemigo, y lo degüellan sin compasión. Estos ataques sorpresivos sólo tienen lugar en los plenilunios, porque los atacantes no tienen que temer errores funestos, y en caso de derrota, tienen dos días y dos noches de marcha ininterrumpida. En estas astucias guerreras se reconocen las costumbres y el maravilloso instinto de los Americanos del hemisferio boreal; pero éstos llevan la destreza y la habilidad a un grado muy notable.

La mujer: Múltiples son las ocupaciones de las mujeres entre los Patagones, y su condición es durísima. Ellas son las que lo hacen todo, a excepción de la caza y la guerra. No se les ahorra trabajo alguno, ni siquiera en el tiempo del embarazo, y esas mujeres están incesantemente ocupadas, mientras que el hombre descansa todo el tiempo que no emplea en la caza o en la vigilancia del ganado. Cuando se mudan, es siempre la mujer la encargada de desarmar los toldos, y la que lleva las armas del marido.

La Providencia, empero, sostén de los miserables, concede a estas pobres mujeres una increíble facilidad de dar a luz sin ayuda alguna. Apenas nacida la criatura, se bañan con ella en agua fría, retomando inmediatamente sus ocupaciones diarias, sin sufrir el menor daño físico.

Las Indias siguen con frecuencia al marido a la guerra, cuidando de reunir rápidamente sus animales con ayuda de los hijos, mientras los maridos están en lucha con los soldados o los pobladores.

Las mujeres Patagonas nunca andan desnudas, como en muchas partes, a pesar del frío intenso, hacen los hombres, y esto ni siquiera antes de la edad núbil, y son de una castidad notable.

La poligamia no se estila entre ellos, como entre los Araucanos. El marido no abandona jamás a su legítima esposa, y un hombre no puede ni siquiera abandonar una concubina, a menos

⁹² que sea estéril. Si toma algunas prisioneras en la guerra, ellas se convierten en las sirvientas, y no en las rivales de la esposa.

Las mujeres gozan de perfecta libertad antes del matrimonio. La infidelidad conyugal es severamente castigada. Así, cuando una mujer, por seguir a su amante e ir a vivir con él, abandona el lecho conyugal, el esposo, si es de una jerarquía elevada o tiene amigos más poderosos que el raptor, se hace restituir la esposa. Por el contrario, si éste pertenece a una clase superior, el marido debe soportar con paciencia que le quiten la mujer sin quejarse. La mayoría de las veces, las partes entran en tratativas, y transigen por medio de una indemnización en beneficio del esposo ultrajado.

Divorcio: Si después de vivir juntos más o menos tiempo, los esposos no logran congeniar, pueden separarse de común acuerdo, sin que los padres se opongan a la restitución de los regalos recibidos del esposo, y éste, a su vez, no duda en dejarles alguno en compensación; pero esto ocurre raras veces, porque los esposos casi siempre se ponen de acuerdo.

En los casos excepcionales en que la separación es reclamada por la esposa por violencia o malos tratos del esposo, los padres de la que hace la demanda se arman, de acuerdo con ella para rescatarla a viva fuerza, lo que es causa de odio implacable entre las dos partes en litigio, porque en este caso el marido no sólo pierde la esposa, sino también los dos tercios de los objetos que él

en su momento regaló para conseguirla como esposa.

Mas si las causas de los malos tratos tienen por origen la infidelidad, el esposo tiene derecho de conservar su autoridad, y puede darle muerte a ella y al cómplice, sin que por ello le sea hecha la menor oposición; aunque prefiere casi siempre conservar la esposa y poner precio a la vida del delincuente, el cual, si tiene medios para ello, puede pagar el rescate. "Con frecuencia sucede, y yo fui testigo, dice el señor Guinnard, que la acusación se hacía sin motivo alguno, sólo por cálculo o codicia, y entonces el acusado raramente se puede salvar."

⁹³ **Pubertad de las niñas:** Escribe el docto viajero D'Orbigny: "Desde el momento que una niña advierte los primeros indicios de la pubertad, avisa a la madre o la parienta más próxima, y ésta lo comunica al jefe de la familia, quien escoge enseguida la yegua más gorda para convidar a los amigos. La niña es puesta dentro de un toldo (carpa) llamado *puetenuca*, separado de los otros, y adornado para este fin. Allí, sobre una especie de altar recibe sucesivamente la visita de todos los indígenas varones y mujeres de la toldería, que vienen a felicitarla por haberse convertido en mujer, y a recibir de ella un pedazo de la carne de yegua; trozo cuyo tamaño depende de su categoría o del parentesco.

"Cuando todos los visitantes han cumplido con su deber y ninguno de la tribu ignora que la niña es núbil, se la hace sentar sobre una especie de cesto de lana, que su madre toma por la parte delantera, y la parienta más próxima, por detrás, y levantada en alto es paseada, mientras que una vieja que hace las veces de adivina y de sacerdotisa, marcha a la cabeza cantando para ahuyentar al espíritu maligno. El cortejo se encamina lentamente hacia un lago cercano, sin que los otros lo sigan. La sacerdotisa entra primero en el agua, toma agua en la mano, y la arroja al aire hablando largamente, sin duda para rogar al Dios del mal que proteja a la joven Indígena en su nueva situación. Las otras mujeres entran también ellas en el agua, y acabado el rito, sumergen a la niña tres veces en el agua, la secan, extienden en la orilla algunos paños, la acuestan, y la cubren con lo mejor que tienen. Luego, cuando la sacerdotisa ha acabado y recommenzado sus oraciones, la neófita regresa a la toldería, donde desde entonces adquiere consideración. Esta costumbre es

general entre los pueblos de América del Sur, de pueblo en pueblo sólo varían las ceremonias."

Los Fueguinos: Se llaman *Fueguinos* los habitantes de la Tierra del Fuego, situada al sur de la Patagonia, más allá del estrecho de Magallanes. Los Fueguinos son considerados los más miserables

⁹⁴ entre los hombres que existen sobre la Tierra. Son más pequeños, más deformes y más sucios que los Patagones; pero tienen mayor dulzura dibujada en el rostro. Una mezcla de carbón en polvo, ocre rojo y aceite de foca, con la cual untan a veces sus cuerpos para protegerse del frío, exhala un olor tan insoportable, que apenas uno puede acercárseles.

Su ropa consiste en cueros de guanaco o de foca, y todos se pintan la cara y las demás partes del cuerpo de modo grotesco. Las mujeres se cubren en parte de pieles, y se adornan el cuello con collares hechos de dientes de pescado.

Los indígenas de la Tierra del Fuego viven en cabañas cónicas, recubiertas de cueros, o de cortezas o de hojas de árboles.

Los que el capitán Weddell visitó, tenían aspecto dulce y tímido, y vivían en un estado de profundo embrutecimiento, no ocupándose en otra cosa que de pescar, cuando lo permitía la estación. Para este trabajo tienen un tipo de embarcación que dirigen con gran destreza, aunque no estén tan bien trabajadas como las de los Samoyedos.

Los habitantes de la costa meridional son salvajes, traidores, crueles. Todos van armados de arco, honda y una especie de lanza provista de un hueso en la punta.

Parece que no tienen ningún jefe, ni creencia religiosa.

Se dividen los Fueguinos en varias tribus: los *Yakana Kumy* [sic], que viven al Nordeste del grupo, y son muy poco conocidos; los *Tekinica* [sic], pequeños, mal conformados, y cuyo color varía del cobre al bronceado, los *Alikoulip* que son menos repugnantes; los *Pecherais*, pobres y malvados, finalmente, los del Puerto Merie [sic], de fisonomía inexpresiva.

En general, los Fueguinos son antropófagos [!], se comen a sus mujeres más viejas, cuando temen que les faltarán provisiones. A pesar de esto, el sentimiento familiar es desarrollado entre ellos en alto grado, reciben bien al viajero que los visita.

⁹⁵Cuarta Parte

Religión

Respecto al culto y a los conocimientos religiosos, se dan las diferencias más extrañas entre los Patagones. Creen en la inmortalidad del alma; pero se imaginan un paraíso material, otra vida material, otra tierra en fin, adonde los seguirán las mismas pasiones, las mismas necesidades. Sepultan junto con el muerto todo lo que podrá serle útil en ese otro mundo, para que esté en condiciones de hacer buena figura. A la muerte de los más notables matan un caballo, y durante meses continúan los lamentos. No tienen sacerdotes, y los padres y madres son los que transmiten la religión a sus descendientes. En las grandes ceremonias y fiestas, el *cacique* oficia de sumo sacerdote.

Una gran cantidad de adivinos y curanderos cumplen en muchas cosas las actividades que entre otros pueblos gentiles realizan los sacerdotes de los Dioses [sic] falsos.

Divinidades: Definitivamente, adoran a un solo ser, que, con el nombre de *Achechenat Kanet*, es algunas veces para ellos el genio del bien, y otras veces, el genio del mal, y con estos títulos diferentes lo conjuran y consultan. El señor Duclós interrogó como pudo al jefe de una tribu sobre su religión. Este indígena dio a entender que no adoraba ni al sol, ni a la luna, ni a los hombres, ni a los animales, sino solamente el cielo y el universo entero. El cacique repitió esto muchas veces, alzando siempre las manos juntas sobre

⁹⁶ su cabeza.

Parece que de la divinidad tienen una idea tan alta, que no la representan bajo ninguna forma material, y sonríen de compasión al ver nuestros objetos de culto.

Con todo, cosa rara, tienen también su fetichismo. ¿Encuentran un obstáculo? A ese obstáculo le dirigen sus súplicas. ¿Descubren algún accidente físico? Éste se convierte para ellos en ob-

jeto de manifestaciones religiosas que constituyen un verdadero culto.

La mayoría adora dos dioses: *Chetebo* y *Chelú*, [sic] y al Sol y a la Luna, que llaman *Antu* y *Queen*. [sic] La principal ceremonia religiosa que se les ofrece, tiene lugar cuando matan un buey, y esparcen un poco de sangre sobre la tierra, diciendo: "Dáme de comer a mí y a mi familia (gente)". A la salida de la luna, luego, aúllan y gesticulan.

El señor Guinnard, que estuvo tres años cautivo en las regiones de la Patagonia más allá del Río Negro, hablando de su religión, se expresa así: "Las creencias religiosas de todos estos salvajes son idénticas, como su idioma: reconocen dos dioses o seres supremos, el del bien y el del mal. Admiran y respetan el poder del espíritu bueno, que llaman *Vitanentru*, [sic] sin saber siquiera dónde se halla. Al del mal lo llaman *Huacuvu*, [sic] y piensan que anda errante sobre la tierra, comandando a los espíritus malignos. Lo llaman también *Gualisciú* [sic] es decir, causa de todos los males de la humanidad.

Hemos visto que a pesar de su desprecio por los objetos de cualquier culto, los Patagones

⁹⁷ veneran a determinados fetiches y ofrecen sacrificios a sus Divinidades. No es ésta la única contradicción que presenta el conjunto de sus creencias: hay también otra que merece ser señalada. Ellos personifican a su Dios en un árbol aislado en medio de una vastísima llanura. Los *Puelches* lo llamaron *Gualicu* [sic] y es conocido en toda la región con este nombre. Esta divinidad maligna es simplemente un árbol marchito, que si hubiese crecido en un bosque, no habría llamado la atención de nadie, mientras que solo, en medio de una llanura inmensa, anima esas extensiones de terreno, y sirve de dirección a los viajeros. Tiene de 20 a 30 pies de alto, es muy retorcido y lleno de espinas, formando una copa

ancha y redonda; su tronco es grueso y nudoso, medio podrido por los años y cóncavo en el medio. Perteneció a la numerosa especie de acacias espinosas que producen una vaina cuya pulpa es azucarada, y que los habitantes indistintamente llaman con el nombre común de *algarrobo*. Pero lo más interesante es que este árbol se encuentra solo en medio del desierto, como arrojado allí por la naturaleza para romper con la monotonía de aquél.

Observado por los pueblos viajeros de esas regiones, debió de asombrarlos y parecerles una maravilla, lo que quizá contribuyó al culto de que es objeto. Las ramas del algarrobo sagrado están cubiertas de las ofrendas de los indígenas: se ve colgado allí un manto, y aquí un cuero; más allá, vellones de lana, hilos de color, y por todas partes, ropas más o menos deterioradas por el tiempo. El conjunto empero, no ofrece el aspecto de un altar, sino más bien el de un baratillo de ropa usada y gastada por la

⁹⁸ intemperie y los vientos. No pasa por allí ningún indígena sin dejar alguna cosa. Quien nada tiene, por lo menos ofrece un poco de la crin de su caballo, colgándola de una rama. El tronco ahuecado sirve de depósito a los otros dones que se dejan, como tabaco, papel para hacer cigarrillos, monedas, etc.

Fiestas religiosas: Observan dos fiestas religiosas. La primera tiene lugar en verano, y está consagrada al dios del bien (*vita-uentrú*); la segunda, en otoño, y es celebrada en honor de *Huacuvu* comandante de los espíritus malignos.

Para la primera se reúnen todos los miembros de una tribu tras el aviso dado por los respectivos Caciques, nombre que ellos dan a sus comandantes. Los preparativos se hacen con toda la pompa religiosa de que son capaces, ungiéndose los cabellos, y acicalándose más de lo acostumbrado. En esos días de solemnidad se visten con todos los objetos robados a los Cristianos, y conservados cuidadosamente con este fin. Unos están revestidos de una camisa que dejan ondear suelta sobre los ponchos que les rodean la cintura; otros, no teniendo camisas, exhiben orgullosamente una pobre mantillita española, o un vestido corto, que no hace juego con los pantalones; otros en fin, vestidos sólo con pantalones usados, portan un kepis sin visera, o un sombrero de copa muy alta. Nada más cómico que esas estrafalarias vestiduras llevadas por hombre cuya habitual

seriedad se mantiene también durante esa fiesta, en la que está prohibido reír.

Los hombres forman una sola fila de cara al

⁹⁹ este, y plantan sus lanzas sobre una construcción cuyas líneas perfectas halagan la vista. Las mujeres se ubican junto a sus maridos, que, puesto pie en tierra, forman una segunda fila alrededor de ellas. Entonces comienza el baile, sin otro cambio de lugar que de derecha a izquierda. Las mujeres cantan al compás del sonido de un tambor de madera cubierto con cuero de gato salvaje de variados colores. Los hombres, en cambio, hacen piruetas sobre sí mismos, renqueando con la pierna opuesta a la de las mujeres, soplando a todo pulmón en cañitas de junco agujereadas, que dan un sonido como cuando se silba soplando sobre el agujero de una llave. De este entrevero sale un efecto originalísimo, a causa de las diversas movidas de unos y otros en sentido contrario.

A una señal del Cacique que preside esa fiesta, resuenan los gritos de alarma, los hombres saltan rápidamente a caballo, interrumpiendo tan bruscamente el baile para dedicarse a una fantástica cabalgata que da tres vueltas alrededor del sitio de la fiesta.

En los intervalos que hay en esas carreras desenfrenadas, cada uno se dirige a hacer una visita con la esperanza de poder saborear algún lacticio fermentado en cueros de caballo, bebida que consideran exquisita, y que hace el efecto de una copiosa medicina.

El cuarto día, muy de madrugada, después de haber extendido en tierra con la cabeza vuelta al este un potrillo y un toro regalados por los más ricos, los ofrecen en sacrificio a Dios.

El Cacique destina un hombre que debe inmolarse a la víctima, y para extraerle el corazón, que aún palpitante es colgado de una lanza. Entonces la multitud agolpada

¹⁰⁰ y curiosa, con los ojos fijos en la sangre que brota de una ancha incisión, deduce los augurios, que casi siempre les resultan favorables, y se retiran a la propia vivienda, pensando que Dios les será propicio en todas sus empresas.

La segunda fiesta tiene por fin conjurar a *Huacuvu*, dirigente de los espíritus malignos, con el único fin de obtener que él aleje de ellos todo maleficio.

Como en la primera fiesta, los hombres se visten de gala, y se reúnen en tribus con el propio

Cacique a la cabeza. La reunión de los animales es masiva. Los hombres hacen un doble círculo alrededor, caminando incesantemente en sentido contrario, para que ninguno de esos fogosos animales pueda huir; invocando en voz alta a Huacuvu, volcando gota a gota leche fermentada que les presentan las mujeres, mientras giran alrededor de los animales.

Repetida tres o cuatro veces esta ceremonia, arrojan el remanente de los lacticios sobre esas bestias, con el fin, creen, de preservarlas de toda enfermedad. Hecho esto, cada uno aparta sus animales, y los lleva a cierta distancia, para luego volver a unirse con el Cacique, el cual, después de un largo y vivo discurso, los exhorta a estar prontos para acrecentar sus bienes a expensas de los Cristianos.

Reconociendo cada uno la sabiduría de semejante consejo, agita las propias armas, rogando a Huacuvu que las bendiga, y las convierta en sus manos en instrumentos de felicidad para su tribu, y de desventura para los cristianos.

Culto: Ninguno de esos indígenas come o bebe sin haber ofrecido antes a Dios la mejor parte. Cortando un poco de carne y virtiendo

¹⁰¹ algo de agua, se dirigen al sol, enviado por Dios, acompañando tal acción con expresiones del tenor siguiente:

*Oh! sciascie, vita huentru,
reyné mapo, frenean votrey,
.....
fille enteux, comé qué hiloto,
come qué ptoco, comé qué omaotu.
Pavie laga intscié, hilo to elaemy?
tefa, quinié vusa hilo,
hiloto tu fignay.*

Oh Padre, hombre grande,
rey de esta tierra, favoréceme,
querido amigo,
cada día, con buen alimento,
agua buena, buen sueño.
Soy pobre. ¿Tienes tú hambre?
Toma, he aquí un mísero alimento,
come si quieres.

Ya hemos visto el culto que se rinde al árbol Gualicu [sic], y los sacrificios de vacunos y caballos que se acostumbra hacer en las fiestas, tanto del genio bueno como del malo.

También ofrecen sacrificios a los ríos, a los que adoran como si fuesen otras tantas divinidades, y a la vez les temen porque están obligados a atravesarlos continuamente, y a afrontar algunas veces su correntada y su profundidad.

Sobre todo, el más importante testimonio del culto de los aborígenes es el gran número de esqueletos de caballos sacrificados en honor del genio del lugar, porque los caballos son la ofrenda más valiosa que un indígena puede ofrecer, y la que debe ser la más eficaz.

Es muy de notar que todo el culto de los Patagones se basa en el temor, y que sus sacrificios se dirigen a conjurar los males, y no a agradecer a la divinidad los favores recibidos.

Superstición: Como los Patagones son sumamente ignorantes, están muy inclinados a la magia y a la superstición. Cuando encuentran un obstáculo, a él le dirigen sus súplicas o

¹⁰² plegarias. Diversos hechos naturales se vuelven para ellos objeto de manifestaciones religiosas, que constituyen un verdadero culto. El señor D'Orbigny cita un ejemplo extraño. Si yendo de viaje pasan cerca de un río, y ven en él un grueso trozo de madera o un tronco de árbol arrastrado por las aguas, ellos lo toman por una divinidad maléfica, se detienen para conjurarlo, y le hablan en voz alta. Si por casualidad dicho tronco, arrastrado por un remolino hacia la orilla, pareciera ir con menor rapidez y girar sobre sí mismo, se creen que se ha detenido para escucharlos. Entonces le prometen muchas cosas para hacérselo propicio, y a continuación son escrupulosos en cumplir lo que han prometido. Sus armas y objetos preciosos son arrojados al agua por esta misma razón, y en las ocasiones solemnes llegan a tirar al río hasta diez caballos atados todos por las patas, creyéndose así más protegidos de los acontecimientos futuros.

Por otra parte, hace notar el mismo autor, éstos son casi los únicos sacrificios grandes que ellos realizan. Mientras que pueblos más civilizados que ellos inmolan sus semejantes a divinidades bárbaras, y hacen correr arroyos de sangre de los animales más útiles sobre sus altares, el Patagón, todavía no civilizado, reserva para ocasiones raras e importantes la muerte de algún caballo.

Las viejas hechiceras, profetisas y adivinas, son los ministros principales de su culto, y acrecientan su importancia uniendo a estas funciones sagradas, la práctica de la medicina. Son ellas las

que invocan y conjuran a Dios cuando la familia, sentada en círculo, cree deber aplacar su cólera. Las palabras que se les escapan cuando al fin

¹⁰³ de la ceremonia han llegado al más alto grado de exaltación, son ávidamente recogidas por los presentes, y consideradas oráculos infalibles. Pero su triunfo más alto e incomparable lo alcanzan cuando practican a su manera las funciones de médico.

“Un enfermo padecía una fiebre violenta, a causa de la imprudencia cometida al arrojarse bañado en sudor al agua del arroyo, que es una de las más frías. Estaba acostado en su toldo. La vieja curandera que lo atendía lo hizo echarse de bruces en el suelo, y se puso a chupar sobre su nuca. Luego, haciendo muchas contorsiones, comenzó a apalearlo con muchos golpes bajo el mentón y sobre el pecho, llamando al genio del mal, y rogándole que saliera del enfermo. Luego chupó sucesivamente las espaldas y las otras partes del cuerpo, y continuando en la misma maniobra dio vuelta al enfermo, y comenzó a chupar sobre el ombligo, los brazos, los ojos, la boca y la nariz; pero insistió, sobre todo, en esta última, y expresó mayor esperanza de conseguir lo que ella deseaba. De pronto hizo muecas horribles, y pareció sufrir también ella. Después de haber vuelto a hacer tres veces su operación, golpeándose con fuerza gritó que tenía al mal, y que enseguida lo mostraría. En efecto, después de muchos otros melindres fingió extraer de la boca del enfermo un grueso insecto, que mostró a los presentes, como símbolo del demonio que poseía ese cuerpo. Entonces, cada tanto la pícara anuncia que el mal no volverá más, y hace desaparecer el animal que ella supuestamente había hecho salir del cuerpo del enfermo... O si no, ella canta de nuevo, le coloca el insecto sobre la boca, ojos y narices, y después de haber cambiado

¹⁰⁴ la naturaleza del espíritu maléfico y haberlo convertido en bueno, lo hace reingresar al cuerpo del paciente.”

Esta docilidad en el paciente sorprende menos cuando nos enteramos de que es tan grande la confianza de ellos en el poder de estas hechiceras, que si por una circunstancia extraordinaria se cortan los cabellos, tienen la gran precaución de arrojarlos al fuego o al río, por miedo a que alguna vieja se apodere de aquéllos, y los haga morir, sea causándoles un maleficio, sea haciéndoles brotar toda la sangre por los poros.

En cuanto al mal representado por un insecto, los Patagones, tienen en común con otros pueblos mucho más civilizados que ellos, el error que personifica al bien y al mal: sólo que ellos llevan el error hasta sus últimas consecuencias.

¿Están de viaje y se sienten cansados? Acusan a un genio maligno de haber penetrado en su cuerpo, para impedirles ir adelante, y si no tienen enseguida a disposición una hechicera para conjurarle, se tajan los brazos y las espaldas, para que el Demonio se vaya junto con su sangre.

Parece que esta superstición está muy difundida, sobre todo, entre los Araucanos. Además, los adivinos y las curanderas pretenden también predecir el futuro. Por suerte —dice el señor Guinnard—, su presunción de ver hasta en las entrañas de la tierra se va perdiendo, y parece que también entre los Patagones va disminuyendo su prestigio cada día.

Aunque la cosmogonía de los Patagones no brinda una gran variedad de hechos, y no muestra de su parte grandes rasgos de imaginación, tiene, con todo, el mérito de la sencillez. “Dios, dicen ellos, entonces genio benéfico, creó a los hombres, y les dio armas.”

¹⁰⁵ Todavía explican de una manera muy original la aparición, en el Continente, de diversos animales desconocidos antes de la llegada de los Europeos. Ellos suponen que después de la creación del hombre, los animales salieron todos de la misma cueva, pero apenas el toro se presentó en la puerta, asustó de tal modo a los hombres, con sus cuernos, que lo volvieron a encerrar rápidamente, y lo taparon amontonando enormes piedras delante de la caverna. Pero añaden que los Españoles, a su vez, llegaron, dejaron esa puerta maléfica abierta, y entonces aparecieron el toro, el caballo y todos los animales existentes encerrados hasta ese momento.

Costumbres en las enfermedades contagiosas:

El miedo a las enfermedades contagiosas vuelve muy inhumanos, tanto a los Patagones como a las demás naciones australes. Ellos creen que la viruela es una enfermedad llevada allá de Europa, como efecto particular de un espíritu maligno que pasa sucesivamente de un cuerpo a otro; por eso, apenas advierten que un miembro de su familia está afectado por la epidemia, al punto se alejan todos del toldo, dejando al enfermo sólo un poco de carne hervida y agua; luego van a establecerse lejos de allí.

Si un segundo individuo muere, u otros muestran enseguida los mismos síntomas, entonces ya no se dan más paz. La tribu entera abandona el lugar y a los enfermos, dejándoles el escaso socorro que ya hemos mencionado; y para que el mal no los acompañe, huyendo de tanto en tanto dan grandes golpes en el aire con sus armas cortantes, con el fin de cortar el hilo del mal, y quitar todas las comunicaciones

¹⁰⁶ con él, arrojando al mismo tiempo agua al aire, para conjurar al Dios del mal.

Cumplida luego alguna jornada de camino, lejos de no temer ya a la enfermedad, colocan todavía por la misma razón todas las armas cortantes apuntando al lugar que han abandonado. Si en ese nuevo sitio sucede que se declara alguna enfermedad, huyen nuevamente, haciendo las mismas demostraciones supersticiosas, abandonando a los enfermos en cada uno de los lugares donde se detienen.

Con todo, su huida no es nunca tan precipitada como para llegar a las exageraciones a las que llegan los *Mahas* de las llanuras del Missouri [sic] que abandonan el sitio donde vivían sus antepasados, y al impulso del miedo queman sus chozas y dan muerte a sus hijitos.

De esto se desprende qué pocos enfermos de viruela o de otra epidemia puedan salvarse; mas si por una crisis feliz superan la enfermedad así abandonados, consumen en los primeros días de convalecencia todas las provisiones que tienen, y mueren a continuación de hambre y miseria, porque han sido abandonados solos en medio del desierto, sin fuerza, sin socorro, sin esperanza alguna de llegar a la casa de sus padres, con frecuencia lejos de ellos más de cien leguas, especialmente si hubo sucesivas huidas. Figurémonos cuáles habrán de ser las angustias de ese infeliz que retorna a la vida, y no tiene a su alrededor sino el espectáculo de cadáveres devorados por millares de pájaros que despedazan la carne de sus hermanos durante su letargo. Tendrá miedo de entregarse al sueño porque podría también él convertirse en víctima en esos monstruos alados aun antes de morir.

¹⁰⁷ "Asombrará, quizá, continúa Lacroix, que esta conducta cruel, estas creencias absurdas y estas costumbres más absurdas aún de las que hemos hablado antes, no hayan desaparecido en contacto con el Cristianismo, que ha tomado posesión de una parte muy grande del nuevo mundo [sic].

Pues bien; esto es uno de los hechos más característicos de determinadas razas australes. Nunca un Patagón, un Puelche o un Araucano abrazaron la religión católica. Resistieron siempre a los grandes esfuerzos de los misioneros, y fueron invariablemente fieles a sus divinidades; y esto, especialmente, como resultado de la crueldad y la barbarie que los cristianos ejercieron contra los indígenas. Los que alguna vez estuvieron bajo el dominio de sus creencias y supersticiones, lo están todavía actualmente, y no parecen estar dispuestos por nada del mundo a aceptar otras ideas y otros principios.

Es en esas lejanas regiones, pues, adonde es necesario ir a estudiar al *hombre americano* propiamente dicho; es allá donde existe en toda la pureza de sus tradiciones y de su antiguo tipo; es allá donde el filósofo y el fisiólogo pueden hallar el punto de partida que les falta para sus especulaciones sobre antropología.

No ocurre lo mismo en América del Norte. En efecto, se sabe que el Indígena de este hemisferio ha perdido completamente su fisonomía primitiva, y se ha europeizado bajo la influencia de la religión de Cristo. Todavía es necesario decir que la Europa Cristiana ha abusado de su superioridad, y ciertamente, desde el punto de vista de la moral social, su delito mayor será el de haber desmoralizado y despoblado

¹⁰⁸ todo un nuevo mundo que la Providencia entregaba a su dominio y a su enseñanza. Los Patagones y sus vecinos de Chile y de los Pampas fueron favorecidos, contra los asaltos de los Europeos, por la naturaleza misma de las regiones que habitan, y quizá gracias a su instintivo alejamiento de nuevas creencias pueden todavía pisar en paz el suelo donde reposan las cenizas de sus antepasados.

Trámites para los esponsales. Matrimonio: ¿Qué puede ser el matrimonio, para un pueblo como el que nosotros hemos descrito? Para el hombre, nada más que una transacción o intercambio de varios objetos para tener una mujer; mercado en el que los padres de ella buscan siempre el comprador más rico y generoso. Para la mujer, una esclavitud a la que debe someterse por el resto de su vida.

El Patagón que con la intención de casarse ha echado el ojo a alguna de las muchachas entre los vecinos, va a visitar a todos los parientes y amigos, participándoles el deseo que lo anima, y éstos, según el grado de parentesco y amistad

que los vinculaba, le dan consejos y aprobación; luego, un discurso de ocasión, y un regalo destinado a aumentar la probabilidad de éxito. Tales regalos consisten, generalmente, en caballos, bueyes, estribos y espuelas de plata rústicamente trabajados, producto de los trueques con los indígenas sometidos.

Establecido el día del pedido de mano, toda la familia del pretendiente se une a él, para luego apostarse por la tarde cerca de la habitación de la muchacha deseada, para poder

¹⁰⁹ sorprender de improviso, a la madrugada, a los padres de la muchacha, y tratar con ellos la misión de la que han sido encargados.

El pedido se hace en los términos más poéticos y delicados, no perdiendo la calma de ningún modo por la mala acogida que casi siempre al principio se les dispensa. Si hay alguna probabilidad de éxito, uno de ellos va a comunicarlo al pretendiente, que según las reglas del decoro de los Patagones, ha debido mantenerse aparte con los regalos.

Su llegada conduce casi siempre a la conclusión, porque los regalos tienen entre esa gente ávida el poder de disipar toda dificultad. Su arrogante fiereza se deshace en una sonrisa de complacencia, que precede a la aceptación del deseado casamiento.

Queda bien en claro que no se dice palabra alguna sobre la conducta anterior de la muchacha. Cuando se ha aceptado que ella es la dueña de su persona, no se busca lo que haya podido hacer, por no estar obligada a ser fiel sino a su marido.

El resto de la jornada se pasa en familia, donde una yegua gorda carneada por el esposo, es en un momento descuartizada y preparada por las mujeres. Nadie puede ausentarse antes de terminar la comida. Del animal no deben quedar sino la piel y los huesos, que, cuidadosamente descarnados, son reunidos y enterrados en un lugar muy a la vista, para perpetuo recuerdo de la unión consagrada desde ese momento.

Terminada esta función, todos siguen a los novales esposos al toldo matrimonial, que la madre y los amigos de la futura esposa han construido

¹¹⁰ para vivienda de los recién casados. Encerrados los esposos en el toldo nuevo para ellos preparado, se reúnen a su alrededor todos los adivinos y los parientes. Los adivinos comienzan a dar consejos al marido sobre la conducta que debe observar con su esposa, y sobre los deberes

del propio estado, y lo mismo hacen con la esposa, predicándole, sobre todo, la sumisión.

Una vez dados estos consejos, tiene lugar otro banquete. Los adivinos con los parientes cantan y bailan alrededor del toldo, ejecutando una música endiablada con grandes calabazas, y soplando en grandes caracoles marinos.

Los hombres, que hicieron gran cantidad de asado, ofrecen de tiempo en tiempo pequeños trozos a los esposos, haciéndoles nuevas recomendaciones. La noche pasa de esta manera. Por la mañana no son considerados marido y mujer sino cuando los habitantes de la toldería los van a visitar.

Enseguida la esposa gusta adornarse con todo lo que ha recibido de más precioso de su marido. Así ella se coloca sus enormes aros, y la alegría mayor que puede probar es la de ponerse un sombrero de cuentas de vidrios de colores, enhebradas en nervios de avestruz y reunidas en mallas en forma de red, que su marido le ha regalado. Las joyas consisten en trozos de vidrio.

Si la esposa tiene un caballo, lo ensilla, lo adorna con todo lo que tiene, y va a pasear ostentando todas sus riquezas ante los ojos de los vecinos.

Los padres de la muchacha, a la que acompañaron los dos primeros días, al despedirse regalan a los novales esposos el cuero de la yegua comida en el primer banquete nupcial, haciéndoles prometer que se construirán una vivienda.

¹¹¹ Los días siguientes, los esposos son asediados sin cesar por una multitud de curiosos, que se enteran por la esposa de las cualidades del esposo, y por el esposo, de las cualidades de la esposa, con preguntas muy indiscretas y singularmente atrevidas.

Para conquistar fama de buena y gentil, la esposa debe estar en condiciones de ofrecer a todos, aunque fuesen enemigos, carne y tabaco, acompañados de graciosos cumplimientos.

El niño: Apenas nacido el niño, se baña con la madre en agua fría. La existencia del neonato es sometida al juicio de los padres, quienes deciden sobre su vida o su muerte. Si juzgan conveniente deshacerse de él, después de haberlo sofocado, lo llevan a poca distancia, donde se convierte en comida de los perros o de las aves carnívoras. Si se lo juzga digno de vivir, desde ese momento se convierte en objeto de todo el amor de los padres. ¡Oh, cuánto bien se podrá hacer aun sólo desde este punto de vista estableciendo

misiones permanentes en estos lugares, y comprando o pidiéndoles, mediante diversos regalos, a estos niños, para bautizarlos y educarlos luego cristianamente!

Este es uno de los fines especiales que se pondría la Congregación Salesiana en las misiones de la Patagonia; establecer sobre los confines, hospicios capaces de mantener y educar una gran cantidad a estos niños.

En cuanto a los Patagones, cuando ellos deciden criar sus niños, se someten a cualquier privación, con tal de satisfacer sus más mínimas

¹¹² exigencias. Tanta consideración se tiene para con ellos, que se ha visto a tribus enteras abandonar un sitio o permanecer ahí más de lo necesario, para satisfacer el simple deseo de un niño.

El nacimiento de un nene es celebrado con cantos, bailes y fiesta. A menudo, estas circunstancias dan lugar también a ceremonias para ahuyentar los malos espíritus.

La madre lo amamanta hasta los tres años, y al cuarto año le perforan las orejas, ceremonia que marca época en su vida, y equivale al bautismo. Se realiza del modo siguiente:

Un caballo regalado por el papá al hijo, sea varón o mujer, es volteado a tierra con las patas estrechamente atadas. El jefe de la familia o de la tribu pone encima al niño, adornando con pinturas y rodeado de parientes y amigos, perforándole las orejas con un hueso de avestruz bien afilado. Luego, el que opera coloca en cada agujerito un trocito de metal cualquiera, destinado a agrandar los agujeros producidos.

Como en todas sus fiestas, el banquete consiste en una yegua, de la que los parientes más próximos se reparten los huesos y el costillar, que, después de haberlos pelado totalmente, colocan a los pies del niño, comprometiéndose así a hacerle un regalo.

El personaje que ha realizado la perforación de las orejas pone término a esta ceremonia haciendo a cada uno de los presentes, con el mismo hueso de avestruz, una incisión en la piel de la mano derecha, sobre el principio de la primera falange del índice. La sangre que brota de esa espontánea herida, es ofrecida a Dios como sacrificio propiciatorio. Desde ese momento se piensa en la educación del

¹¹³ niño, que, apenas cumplidos los cinco años, monta a caballo, y se vuelve útil a los suyos en la vigilancia del ganado. El padre le enseña a

manejar el lazo, las boleadoras, la lanza y la honda; y a los doce años, época en que ya está formado tanto como un Europeo a los 25, su instrucción es completa, y ya participa en las expediciones de saqueo y rapiña.

Ceremonias fúnebres: Apenas ocurre la muerte de un jefe de familia, los amigos se tiñen de negro, y vienen sucesivamente a consolar a los hijos y a la viuda. El cuerpo del difunto es inmediatamente despojado por los parientes de sus ropas comunes, y revestido de los mejores adornos. Luego, mientras aún está caliente, se le cruzan los brazos sobre las piernas, las que se disponen en forma tal, que las rodillas toquen el mentón, y los talones, la parte inferior del tronco. Se lo coloca sobre un cuero de caballo, con las armas y objetos preciosos que le pertenecían, como espuelas, estribos de plata, etcétera, a cada lado, y después el cuero es envuelto y atado estrechamente, de modo que el cuerpo del finado queda envuelto como si fuese una momia.

Inmediatamente después, el resto de todo lo que le pertenece es quemado en señal de duelo; su casa es destruida, la mujer y los hijos son despojados de lo que no es personal, y la viuda sin refugio, casi despojada de todo, espera en los alrededores que algún pariente le dé algo para vestir. Luego, se ensucia la cara de negro, se corta los cabellos delanteros, y peina los otros, que deja caer sobre las espaldas. Las mujeres de la tribu

¹¹⁴ se reúnen alrededor de la viuda del difunto, y profiriendo gritos agudos, y ayudándoles a llorar también los hombres, se tiñen la cara de negro, en señal de luto. La esposa se encierra en un viejo toldo, del que no sale por espacio de un año, conservando las lúgubres vestiduras y la cara teñida de negro, sin poder lavarse sino un año después, y está obligada en este intervalo a la conducta más austera. En este tiempo no puede contraer otro vínculo: la menor infracción a estas normas sería un insulto a la memoria del difunto, y los parientes tendrían el derecho de castigarlo con la muerte de la culpable y de su cómplice.

Apenas el cuerpo del difunto está arreglado en la forma que dijimos, se quema su toldo, y sus parientes sacrifican a su sombra todos los animales que le pertenecían: vacunos, caballos y ovinos, que creen destinados a servir de alimento al difunto, el cual, piensan, ha dejado la tierra para ir a vivir en un mundo desconocido. Todo se quema, hasta el cuero que le servía de protección, para que de él no quede recuerdo alguno.

Por el momento, sólo se le perdona la vida al mejor de sus caballos, porque está destinado a llevar el cadáver al sepulcro, con sus joyas y sus armas, que deben ser enterradas con él, para que las reencuentre en la otra vida.

Al caballo, luego, antes de usarlo para este trabajo, se le rompe la mano izquierda, para que con su andar renqueante aumente la tristeza de la ceremonia.

El difunto es acompañado a su última morada por sus hijos y sobrinos. Van todos calladamente

remonia es la misma; mas ni el viudo ni los hijos llevan señal alguna de luto, y el marido puede casarse inmediatamente.

Los Patagones conservan muchísimo y veneran la memoria de aquellos difuntos que amaron en vida, y con frecuencia se los oye lamentarse y llorar recordando las virtudes y buenas cualidades del difunto.

Sepultura. La manera de sepultar a los muertos entre los Patagones del Sur es diversa de los Indígenas del Norte. He aquí la descripción que *Parker King* da de la tumba de un niño cerca de la

¹¹⁵ a través del campo; sobre todo, cuando están en las cercanías de una nación distinta de la propia —por ejemplo, de cristianos—, para no ser vistos. Excavan una fosa circular de dos pies de diámetro y bastante profunda, para que el cuerpo depositado pueda tener algunos pies de tierra sobre la cabeza, y cuando ya está sepultado, sacrifican el último caballo sobre su tumba, para que el finado se sirva de él cuando quiera. Luego regresan tristemente, dando grandes rodeos, para no dejar ver de dónde vienen. Precauciones muy necesarias, porque si bien en la misma toldería un indígena no es tan audaz como para profanar la tumba de un hermano o de un amigo, las otras tribus, siempre poco escrupulosas en este punto, no dejarían de buscar esta tumba, para llevarse las ropas y los adornos que se depositan allí; violencia que a menudo da motivo a batallas y odios mortales entre las naciones. Cuando una indígena muere antes que el marido, no se destruye sino lo que pertenecía exclusivamente a ella; es decir, sus vestidos y algún adorno. Por lo demás, la ce-

¹¹⁶ Bahía de S. Gregorio: "Era, dice él, un montículo cónico de ramas secas y matorrales, de diez pies de alto y veinticinco de circunferencia, todo rodeado de tiras de cuero. La parte superior de la pirámide estaba cubierta por un trozo de paño rojo adornado con planchuelas de cobre, y encima de todo, dos bastones que sostenían banderas rojas y cascabeles, los cuales, agitados por el viento, no cesaban de tintinear. Una fosa de dos pies de largo y uno de profundidad había sido excavada alrededor de la tumba, menos a la entrada, que estaba llena de matas espinosas. Frente a la entrada había extendidos dos cueros de caballos inmolados recientemente, sostenidos por cuatro palos. Las cabezas de los caballos estaban adornadas de planchuelas de cobre, semejantes a las de la cumbre de la pirámide. Finalmente, fuera de la fosa se veían seis bastones, portando cada uno dos pequeñas banderas, una encima de la otra."

¹¹⁷Quinta Parte

Misiones

En todas las épocas, la Iglesia y los Sumos Pontífices tuvieron como objetivo la predicación del Evangelio y la propagación de la fe en todos los puntos de la tierra. También se hicieron grandes esfuerzos para evangelizar las tierras Australes del continente Americano, casi inmediatamente después de su descubrimiento. Y para no hablar de otro tema, sino de la Patagonia y de las Pampas limítrofes, nosotros sabemos que especialmente en la segunda mitad del siglo XVIII trabajaron intensamente y en modo especial los Padres de la Compañía de Jesús, poderosamente ayudados por el gobierno Español, que mandaba sobre las regiones colindantes de Chile y de la república Argentina.

La historia pormenorizada de estas misiones no es muy conocida, y a pesar de las investigaciones hechas, no fue posible hallar más de lo que a continuación se expondrá. La única cosa cierta es que a pesar de los muchos intentos y los grandes esfuerzos que se hicieron para cristianizar la Patagonia, no se pudo obtener ningún resultado estable en ninguna parte, no obstante el gran número de habitantes, y la comodidad de comunicación entre Europa y Buenos Aires.

No es éste el lugar para investigar las razones por las que tantos esfuerzos cayeron en el vacío. El rigor del clima, el idioma desconocido, la ferocidad de sus habitantes, que son también antropófagos [!] parecen motivos tan graves, que excluyen ulteriores búsquedas. Lo que no

¹¹⁸ se puede callar, es que el motivo principal por el que se obtuvieron tan pocas e inestables conversiones también de los Pampas es por las actitudes impolíticas de los gobiernos colindantes, que mediante extorsiones y la matanza de muchos millares de indígenas quieren tener a raya a esas tribus.

Aquí se expondrá solamente lo que se pudo recoger de noticias ciertas sobre los intentos de misión en la Patagonia.

El año 1675, por lo que consta, se intentó la primera prueba para evangelizar las Pampas y la Patagonia. El padre Nicolás Mascardi, de la Compañía de Jesús, que recorría la parte meridional de Chile para atraer aquellos habitantes a la fe, cruzó la Cordillera Nevada, que separa a ese reino de estas provincias, a la altura del grado 42 de latitud y encontró un pueblo que se mostraba dispuesto a convertirse, y por eso con insistencia pedía el bautismo. Los preparaba para administrárselo; pero antes que estuviesen suficientemente instruidos, vinieron los Pojas [sic], otra tribu más bárbara, y les dieron muerte.

En 1681, un decreto del rey de España, Carlos II, encomienda al gobernador de Buenos Aires procurar "la conversión de los Indios Pampas y del resto de esta provincia mediante la predicación evangélica y para conseguir esto ordenó que tratasen por todos los medios posibles de iniciarlos y mantenerlos en la vida cristiana y política". No se conoce el éxito de este decreto real.

En 1684 se intentó probar de nuevo. El rey de España, con un nuevo decreto enviado al Gobernador de Buenos Aires, encarga al padre Diego Altamirano,

¹¹⁹ de la Compañía de Jesús, de la conversión "de las costas y tierras que desde el río de la Plata van al Sur hasta el estrecho de Magallanes, por varios centenares de leguas de largo y ancho; tierras habitadas por pueblos infieles, algunos enemigos declarados de los Españoles..., otros no sometidos a mi obediencia, por no haber tenido quien los instruya en la vida Cristiana".

Tampoco se conoce el éxito de ese decreto.

Algo más afortunado fue el año 1704, cuando el Rev. Padre De La Laguna, de la Compañía de Jesús residente en Chile, volvió a cruzar los Andes

cerca del punto donde había pasado el padre Nicolás Mascardi, y se dirigió a evangelizar a los Pulchi y los Poyas, pueblos de la Patagonia. He aquí cómo él mismo narra la historia de su misión entre aquellos pueblos (*Cartas edificantes* vol. 13, p. 207).

Hacia ya algunos años que Dios, con una vocación especial y por un efecto singular de su misericordia, me llamaba para la conversión de los indígenas llamados *Pulchi* y *Poyas* [sic], que están frente a Chiloé y del otro lado de las montañas, en los alrededores de Nahuelhuapí [sic], que dista cincuenta leguas del mar del Sur, quizá a la altura de los 42 grados de latitud sur. El recuerdo todavía reciente de las virtudes heroicas del venerado padre Nicolás Mascardi había hecho nacer en mí y se acrecentaba siempre más el deseo de ir a recoger lo que él había sembrado; y puesto que la sangre de los mártires es fecunda, yo estaba seguro de hacer una afortunada y abundante cosecha. Deseaba vivamente esta querida misión, cuando

¹²⁰ la Providencia permitió que los míos me nombrasen Vice-Rector del colegio de Chiloé, y me ordenasen trasladarme a Santiago, capital de Chile, por algunos asuntos que requerían mi presencia allá. Dios me inspiró una empresa más importante que la que movía a mis Superiores a mandarme a Santiago. Habiendo por suerte encontrado en el puerto de Chiloé una nave que partía para Val-Parayso [sic], puerto de aquella ciudad capital, llegué allá en quince días, y comuniqué al Padre Provincial el pensamiento que Dios me había inspirado de establecer una nueva misión en Nahuelhuapí. Él aprobó mi proyecto, y me prometió apoyarlo con todo su poder. Puse manos a la obra; pero se me presentaron no pocas dificultades, casi insuperables. Nada podía yo hacer sin el consentimiento del gobernador de Chile, que era contrario a toda nueva fundación, sea por la amargura que él tenía porque muchos lugares habían sido abandonados por falta de medios necesarios, para subsistir, sea porque hallándose exhausto el tesoro del rey, no le era posible anticipar el dinero para establecer una nueva misión. En una situación tan dolorosa, lleno de confianza me dirigí a nuestro Señor, que es el dueño de los corazones, y prometí celebrar treinta misas y ayunar treinta días a pan y agua en honor de la Santísima Trinidad, si conseguía el permiso del gobierno; y habiendo escrito esta promesa, sucedió que por casualidad perdí el papel, y éste cayó en manos de alguien que se lo llevó al gobernador.

Algunos días después, habiendo yo encomendado este asunto con mucho fervor

¹²¹ a Nuestro Señor, me sentí lleno de confianza para conducir a buen término mi empresa, tanto, que decidí ir a ver al Gobernador, y al salir de casa le dije a un amigo que encontré en el camino, que yo iba a palacio, y que no regresaría al colegio sin haber obtenido el permiso que iba a pedir. En efecto, habiéndome presentado para tener audiencia, fui introducido en el despacho del Gobernador, que estaba leyendo mi escrito, y sin esperar que yo le hablase:

—Vaya, Padre mío, me dijo; su asunto está decidido, y yo mismo le prestaré ayuda, y esté seguro que haré cuanto me sea posible para favorecer su celo, conforme a las órdenes y las intenciones del rey mi Señor. Vaya a ganar almas a Jesucristo, pero no se olvide de rezar a Dios por Su Majestad y por mí... Y aquí le debo confesar que nunca experimenté una alegría interior, un consuelo más puro que aquel que me invadió en ese momento, y a partir de entonces generosamente Dios me recompensó por las penas y las fatigas que debía experimentar por su amor, en mi viaje al lugar de mi misión.

Habiendo, pues, dado gracias a Dios por un favor tan particular, me preparé para la partida, y con las limosnas de algunas personas piadosas adquirí varios ornamentos sagrados, alguna chuchería para regalar a los indígenas, y las provisiones necesarias para mi viaje, y en el mes de Noviembre del año 1703 me puse en camino con el padre José María Sessa, que mis Superiores me dieron por compañero.

No podría describir aquí las dolorosas aventuras que nos sucedieron, ni las penurias que sufrimos durante casi doscientas leguas de camino impracticable, pasando

¹²² torrentes, ríos, montañas y bosques, sin ayuda, sin guías, y en una carencia general de todo. En medio del camino, mi compañero enfermó de una fiebre violenta, por lo que me vi obligado a enviarlo al colegio más próximo, con algunos de aquellos que me acompañaban, y entonces me encontré casi solo y abandonado entre esos feroces Indígenas, que odian tanto el nombre Español, que resulta imposible librarse de su furor y de su crueldad cuando se tiene la desgracia de caer en sus manos; pero nuestro Señor me libró de tantos peligros de modo maravilloso, después de haber-

me juzgado digno de sufrir algo por su amor, en un viaje de casi tres meses.

Lleno de coraje y de salud, pues, llegué a la meta deseada de mi misión de Nahuelhuapí [sic]. Los caciques o jefes y los Indígenas me recibieron como a un ángel mandado del cielo. Comencé a erigir un altar bajo un toldo con toda la decencia posible, esperando que se construyese una Iglesia. Visité a los principales del país, invitándolos a establecerse cerca de mí, para fundar un pequeño pueblo, y así poder cumplir con mayor fruto los deberes de mi ministerio. Tuve el consuelo de ver a los neófitos otrora bautizados por el reverendo padre Mascardi, asistir a los oficios divinos y a la explicación de la doctrina cristiana con un fervor, una devoción y un hambre espiritual, que me dieron grandes y sólidas esperanzas de su firmeza en la fe, y de la sinceridad de sus promesas. Luego fui a consolar a los enfermos y a los viejos que no podían venir a escuchar mis enseñanzas, y bauticé algunos niños, con el consentimiento de sus padres.

Mi consuelo por tan felices comienzos creció

¹²³ más todavía por la venida del padre José Guillermo, enviado por los superiores en lugar del padre Sessa, y junto con él tomamos las providencias más oportunas para establecer sólidamente nuestra misión; deliberamos que mientras él permanecería en Nahuelhuapí para edificar una pequeña Iglesia y una casa, yo iría a Valdivia, para conseguir la protección del Señor gobernador en favor de los neófitos. Induje a los caciques a escribir una carta cortés al gobernador, pidiéndole su amistad y su protección. Llegué a Valdivia a principios de abril de 1704 con los diputados, a quienes el gobernador, don Manuel Autesía, recibió con mucha alegría y ternura, dándome a mí mil pruebas de estima y benevolencia, y prometiéndome favorecer la nueva fundación en todo lo que le fuera posible.

Permanecí en Valdivia el tiempo necesario para terminar mi convenio, y partí hacia la mitad del mismo mes de Abril con los dos diputados, a quienes fue entregada la respuesta del Señor gobernador a los caciques. Este es su texto:

Señores: Escuché con mucha alegría por vuestra carta y por el testimonio de vuestros diputados, que habéis brindado una buena acogida a los misioneros de la compañía de Jesús, y vuestra resolución de abrazar nuestra santa religión. Por consiguiente, después de agradecer solemnemente a Dios, soberano Señor del cielo

y de la tierra, por tan fausta noticia, yo os debo asegurar que no habíais podido hacer nada más grato al gran monarca de las Españas y de las Indias, Felipe V, mi señor y mi dueño, a quien Dios colme de gloria, de prosperidad y de años, y por esto, como representante de su persona en el oficio con el que me ha honrado, os ofrezco y os prometo en su nombre, para siempre, su amistad y su protección, para vosotros y para aquellos

¹²⁴ que imitarán vuestro ejemplo, advirtiéndoo al mismo tiempo que tratéis de que todos vuestros vasallos, después de haber abrazado la fe católica, presten juramento de fidelidad y de obediencia al rey mi Señor, quien siempre será vuestro sostén, vuestro protector y vuestro defensor contra todos vuestros enemigos; y es por esto que desde hoy, yo y mis sucesores queremos mantener con vosotros una constante amistad y una sólida vinculación, para socorreros en vuestras necesidades; y esperando yo que vosotros seréis fieles en cumplir cuanto os prescribo en nombre del rey mi Señor, doy autenticidad a mi promesa poniendo aquí el sello de mis armas.

Valdivia, 8 de Abril de 1704.

Don Manuel De Autesía.

Al regresar de Valdivia a Nahuelhuapí, encontré ya construida una iglesita, a los neófitos llenos de fervor, y varios catecúmenos preparados para recibir el bautismo, gracias al celo del padre Juan José Guillermo, mi compañero. La carta del gobernador fue recibida con la alegría más viva por todo el pueblo; mas nosotros comenzamos a ocuparnos de veras en la obra de Dios. Construimos, pues, una casita, y se echaron los cimientos de una iglesia más espaciosa, porque las naciones de los alrededores comenzaron a acudir a nuestras enseñanzas. Con todo eso, puesto que la región donde me hallo está habitada por dos pueblos, llamados unos Puelches, y Poyas los otros, me parece que todavía hay entre ellos envidia y aversión, pues los Puelches trataban de disuadirme de intentar la conversión de sus vecinos, diciéndome que eran una nación feroz, cruel y bárbara, con la que no se podía tener ningún trato. Pero yo, conociendo la dulzura y la docilidad de los

¹²⁵ Poyas, quienes me habían rogado muchísimo que les enseñara, me di cuenta de que los Puelches sólo se movían por envidia. Y fue por eso que algunos días después, habiendo reunido a los principales de la nación, hablé con ellos con mu-

cha energía, y les expuse los motivos que me impedían aceptar sus consejos. Les dije que Dios quiere igualmente salvar a todos los hombres, sin exceptuar a ninguno; que los ministros de Jesu-Cristo no podían rehusar el reino de Dios a ninguna nación sin una injusta prevaricación; que los ministros de Jesús eran enviados para instruir y bautizar a todos los pueblos; que ellos mismos, si de veras querían ser cristianos, debían ser los primeros en procurar con celo la salvación y la conversión de los Poyas, los que eran hermanos de Jesús, herederos de su reino, igualmente redimidos con la Sangre preciosa que El había derramado por todos; que el obstáculo que querían poner a la conversión de sus vecinos era una treta del demonio, enemigo común de los hombres, para privar a ese pueblo del beneficio inestimable de la fe, y para quitarles a ellos mismos el mérito con la trasgresión del mandamiento de la caridad. Estas razones convencieron a sus espíritus, y de pronto me prometieron de no oponerse a la instrucción y la conversión de los Poyas.

Finalmente, vencido este obstáculo que podía retardar los progresos del Evangelio, y preparados los corazones y los espíritus de aquellos que habían manifestado mayor prisa por recibir el santo bautismo, elegí un día solemne para celebrar la ceremonia con mayor esplendor, y bauticé a todos; y ahora tengo el santo consuelo de ver el cambio maravilloso obrado por la gracia de Jesucristo en sus costumbres y conducta, siendo, más allá de lo que se puede imaginar, fervorosos y diligentes cumplidores de sus deberes.”

¹²⁶ Esta Misión, tan felizmente comenzada, no pudo sostenerse floreciente por mucho tiempo, y parece que al presente ya no existe más.

En 1711, el padre Le-Bon, dirigiéndose a Chile por el estrecho de Magallanes, nos pinta brevemente un hermoso cuadro de los habitantes de esos remotísimos lugares. He aquí cómo habla él mismo (*Cartas edificantes* vol. 13, pág. 205).

“Por la tarde entramos en la bahía del Buen Suceso, para proveernos de agua. Esta bahía pertenece a la Tierra del Fuego, frente a la extremidad de la isla de los Estados, que con la Tierra del Fuego forma el canal o estrecho de Le Maire. Tardamos cinco días. La vigilia de nuestra partida, hallándonos en tierra, vimos salir del bosque cercano a un indígena, a quien hicimos señas para que se acercara a nosotros. En efecto, se nos acercó, pero siempre en actitud de defensa, y con el arco listo para disparar sobre nosotros. Le

ofrecimos pan, vino y aguardiente; pero apenas lo probó, no quiso beber más. Le enseñamos a hacer la señal de la cruz, y el pusimos un rosario al cuello. Cuando entramos en la canoa para regresar a bordo, exhaló un grito que parecía un alarido, unido a no sé qué de quejumbroso, y al punto apareció una treintena de otros Indígenas, precedidos de una mujer encorvada por la vejez. Se acercaron a la orilla emitiendo gritos parecidos, y llamándonos con señas de que nos acercásemos a ellos, lo que no juzgamos conveniente. Estaban todos ellos desnudos de la cintura para arriba, y ceñida a ésta llevaban un trozo de cuero de lobo marino. Su rostro estaba pintado de rojo, negro y blanco; alrededor de sus cuellos pendía un collar de conchillas, y portaban un brazalete de

¹²⁷ cuero en las muñecas. No usan sino flechas, provistas, no de hierro, sino de una piedra de pedernal a modo de punta de pica. Me parecieron dóciles, y yo creo que no sería difícil su conversión.

Salimos el día 5 de ese puerto, y las corrientes, que son muy violentas, nos obligaron cinco veces a intentar el cruce del Estrecho.

El día 15 dimos vuelta al cabo de Hornos, a los 57 grados y 40 minutos de latitud meridional. Por treinta días tuvimos vientos contrarios y violentos, y fue necesario abandonarse a merced de las olas y de los vientos, que ora nos llevaban al sur, ora al oeste, y que no nos desviaron más de veinte leguas de nuestra ruta.

El frío era muy intenso; pero lo que nos consolaba entre tantas contrariedades era el tener día continuo durante cuarenta jornadas.”

El año 1741, viendo el rey de España que hasta entonces habían sido inútiles los esfuerzos hechos por él y por sus predecesores, emitía un nuevo decreto, del tenor siguiente:

En vista de los reales decretos del 6 de diciembre y del 21 de mayo de 1684, en el primero de los cuales se ordena que cuanto antes se provea a los misioneros del Chaco una escolta de 20 a 25 soldados, y en el segundo se dispone lo mismo para la misión de las naciones que viven desde Buenos Ayres hasta Magallanes, se manda renovar o dar la orden para que con el parecer del gobernador o del provincial de los Jesuitas del Paraguay se ponga la escolta necesaria en la referida reducción de los Pampas y de las campañas, para que desde estos lugares que están sobre el camino se entre hasta los Patagones y otras poblaciones que hay hasta el estrecho de Magallanes, para que con esta ayuda vaya aumentando

¹²⁸ dicha nueva conquista, y no se ponga ya ningún obstáculo, como en muchas otras ocasiones, con la muerte de los misioneros a manos de los bárbaros. Por lo tanto, ordeno a mi gobernador capitán general que está al presente, como al que estará en el futuro en la referida ciudad y puerto de la Trinidad de Buenos Ayres en las provincias del río de la Plata, a los oficiales de mis reales guarniciones y a las demás personas a las que tocará dar cumplimiento a esta mi real resolución, que así la cumplan y ejecuten, sin ir contra su contenido de ninguna manera, porque tal es mi voluntad.

El año siguiente, 1742, ordenaba además que se mantuviesen a expensas del gobierno y se proveyese de todo lo necesario a los antes mencionados misioneros, con un decreto del siguiente tenor:

25 de octubre — a D. Miguel de Salzedo [sic] gob. y Cap. de la Trinidad y Puerto de Buenos Ayres. — De un informe sobre la reducción de los Indios Pampas confiados por vos a los Padres de la Compañía de Jesús, vengo a conocer que dichos Padres han resuelto, con buena esperanza de éxito, que todos aquellos que están reducidos, abracen la fe católica, y que con no menor esperanza, habiendo entre éstos algunos Indios Serranos (de la montaña) y de otras poblaciones de las muchas que habitan en esta parte del sur, y en las extensas campiñas y montañas que por más de 400 leguas corren hasta el estrecho de Magallanes, sean instrumento para facilitar la predicación del evangelio y la conversión de estas naciones, como sea espera la de los Serranos, de lo que resultará, además de la importante finalidad de la religión, la ventaja de que, poblada esta costa con las

¹²⁹ reducciones que se irían haciendo, se evitarían los inconvenientes de cualquier desembarco o fundación que pudiesen intentar los enemigos. Establezco aquí que es indispensable que los gastos de los misioneros que por ahora no se pueden tomar de los mismos indios, por ser pobres y no estar acostumbrados a la menor industria, sean suministrados necesariamente de mis reales posesiones, porque de otro modo queda expuesto al peligro de que no tenga éxito y se pierda la conversión de estos infieles.

El ministro del rey añade a continuación:

“El rey ordena que se provean los recursos necesarios, y dice que con el más exacto y puntual

cumplimiento me mandéis recibo de este despacho.”

Habiendo contestado el gobernador que se habían dado 400 pesos para este efecto, el ministro le vuelve a mandar el siguiente billete:

“A D. Miguel Serasedo [sic], gobernador de Buenos Ayres. Ha sido aprobado por los oficiales del Rey la suma de 400 pesos que entregasteis de la caja real a los misioneros de la Compañía de Jesús.”

En 1743, el obispo de Buenos Ayres, fray José de Peralta, dando cuenta a Felipe V, rey de España, de la visita por él cumplida en su diócesis, habla de las misiones que especialmente dos Padres Jesuitas realizaban entre los Pampas, catequizando e instruyendo un gran número de Indígenas.

En 1744, con fecha del 23 de Julio, se tiene otro decreto del rey dirigido al provincial de los Jesuitas de las misiones y de los Indios Pampas y Serranos, para comunicarle todo lo determinado en el consejo del rey con respecto al reconocimiento y evangelización de las costas de la Patagonia.

“Juan José Rico, procurador general de la provincia (jesuítica) del Paraguay, ha hecho presente, entre otras cosas, que aunque los Misioneros que se hallan dedicados a la reducción de los indios Pampas y Serranos distantes 50

¹³⁰ leguas de Buenos Aires a la otra parte del río Saladillo, que es paso e ingreso a los Patagones y al resto de las naciones de los Indios que hay desde el cabo S. Antonio hasta el estrecho de Magallanes, deben entrar en la Patagonia por tierra; será con todo conveniente que el Patache del Regista [sic] u otra embarcación pequeña recorra por mar toda esa costa hasta el estrecho, conduciendo consigo dos o tres jesuitas, para que averigüen la índole de esos bárbaros, y encontrando a alguno dispuesto a convertirse, se deje con ellos alguna escolta, si parece necesario, como he ordenado en un rescrito de 1684... y esta excursión se repita una vez por año... He decidido, pues, de encargaros, como con el presente decreto os encargo, que dispongáis que se haga este reconocimiento con la participación de dos o tres padres de la Compañía de Jesús, con la escolta conveniente y los embarcos que creáis más convenientes, procurando que los gastos que haréis para este fin sean con el mayor beneficio posible de mis reales bienes, etc., etc.”

Año 1744, el 30 de diciembre, real decreto dado en el Buen Retiro: El rey a D. Domingo Ortiz de Rozas, mariscal de campo de mis reales ejércitos, gobernador y Capitán General de mi ciudad y provincia de Buenos Aires y Río de la Plata — “Ya conocéis por documentos de vuestro gobierno el deseo que los gloriosos reyes mis predecesores siempre tuvieron de que los Indios Patagones, los Pampas y los Serranos y otros que habitan el territorio desde el Cabo S. Antonio hasta la entrada del estrecho de Magallanes, sean ilustrados con la luz del Sto [sic] Evangelio, y que por decreto del año 1684 se ordenó con ese fin que a los misioneros Jesuitas se les diese la escolta necesaria para entrar entre los Indios

¹³¹ Patagones que viven en las costas más próximas al estrecho de Magallanes... Yo después he determinado que con misión separada se entre en las tierras de los Patagones, hasta lo más cerca que sea posible del estrecho de Magallanes, para que avanzando ambas misiones desde puntos opuestos para encontrarse en un mismo centro, se pueda realizar más fácil y brevemente la conversión de esos infelices Indios. Habiendo hecho tratar este tema con el padre Juan José Rico, de la misma compañía de Jesús, procurador general de esta provincia, él se encargó de mandar dos o tres misioneros de su Compañía, partiendo en los embarcos que se crean más oportunos para visitar esas costas y reconocerlas minuciosamente hasta el estrecho de Magallanes, eligiendo el punto que más convenga y que a la vez sea el más próximo posible al estrecho. Que los misioneros tengan la escolta necesaria, para que puedan hablar con los Indios, y si los encuentran tratables, se quedarán entre ellos, junto con la escolta necesaria para su custodia y los víveres suficientes, hasta que les lleguen nuevos auxilios desde esta ciudad.”

Luego sigue el decreto indicando tres cosas: 1º Que un barco sea especialmente puesto a disposición de esta empresa, el cual toque todos los puntos de la costa y elija el sitio mejor; 2º A este lugar mejor traslade familias pobres que lo pidan, distribuya entre ellos tierras, deje guardias, misioneros, y constituyan un pueblo que ofrezca garantías; 3º Se tenga un registro en el cual con toda precisión se anote todo descubrimiento, la descripción de cada lugar que se visite, etc.

Todas estas órdenes de los reyes de España y estos esfuerzos, al principio parecían coronados de éxito, porque se vieron surgir en distintos momentos pueblitos

¹³² o establecimientos sobre esas costas; mas sea por la ferocidad de los habitantes, o por la inclemencia del clima, o por la distancia o el descuido de los sucesivos reyes de España, en poco tiempo desaparecieron nuevamente estos pueblitos, y ya no se conoce ninguno en la Patagonia propiamente dicha, fuera de Carmen y Punta Arena.

Después del decreto arriba mencionado, Diciembre de 1744, no encuentro otros decretos emanados con este fin. Se diría que cansados los reyes de España y los Padres de la Compañía de Jesús de cultivar una tierra tan infecunda, la hubieran abandonado absolutamente. Con todo, se lee de varios misioneros que viajaban hacia Chile, los que al pasar por el estrecho de Magallanes, se vieron obligados a detenerse allí y desembarcar en esas costas, los cuales nos dieron varias relaciones que resultan oportunas para nuestro propósito. Me parece conveniente transcribir aquí casi por completo una carta de un misionero Sardo (F. C.) Menor Observante, en la que describe el paso del estrecho de Magallanes que cumplió en 1857, con muchos informes referentes a los Patagones y a los habitantes de Tierra del Fuego:

“Estábamos en la latitud de la capital del Brasil, cuando, hacia las cuatro de la tarde, nos sorprendió una espantosa borrasca. Intentar describirla sería hacer un esfuerzo inútil: baste saber que provistos todos, incluido el Capitán, de los auxilios que en tales aprietos suministra la religión, estábamos esperando la muerte con certeza moral: unos con los ojos llenos de lágrimas, estábamos acurrucados en un rincón como para prepararnos al paso fatal; otros, con los ojos desmesuradamente abiertos y mirada extraviada, estaban inmóviles, con todas las señales de un cadáver marcadas en su rostro, o quién, no habiendo terminado todavía de balbucir una plegaria cualquiera, ya

¹³³ maldecía el día infausto en que había abandonado las playas de la patria. Así estuvimos durante varios días; pero la Providencia nos tenía reservadas muchas más luchas y contrariedades. En efecto, habiéndose calmado el océano después de algunas horas, ya la estrella precursora de la noche se presentaba en el horizonte anunciando el fin del mes de agosto, cuando nosotros, llenos de esa alegría que produce la vista de la tierra en el corazón del naufrago, entrábamos por primera vez en el estrecho de Magallanes, formado por las costas de los Patagones y de la Tierra del Fuego. Mas duró poco esa alegría. Antes bien, tan grande fue el placer que produjo en nosotros la vista de la nueva tierra, como grandes fue-

ron igualmente y mayores aún los sufrimientos e incomodidades que debimos soportar.

Dije que entramos por primera vez en dicho estrecho de Magallanes, porque por tres veces nos vimos obligados a salir de él, y con peligro próximo de naufragio. En efecto, la segunda vez ya nos habíamos adentrado más de treinta millas, y anclados esperábamos la llegada del día para proseguir la navegación; pero cerca de la medianoche un viento violentísimo rompió un ancla, y por eso tuvimos que levar rápidamente la otra, para poder salir y librar la nave y a nosotros de los escollos que estaban a diez metros de distancia. Considero inútil describir el espanto que en medio de tales oleajes consternaba el ánimo de todos nosotros, porque esto más fácil es imaginarlo que describirlo.

Finalmente pudimos entrar de nuevo en el estrecho el nueve de Setiembre, y en cinco días llegar a una colonia que el gobierno de Chile mantiene allá, sea para señalar sus dominios, sea para tener un lugar de destierro para reos políticos. Dicha Colonia consta de unas ciento cincuenta personas, entre soldados, exiliados, mujeres y niños. Un misionero piamontés de mi Orden vive allá, para

¹³⁴ animar a esos desgraciados con las sublimes máximas de la Religión.

En verdad que sólo un hombre bien compenetrado de la caridad cristiana puede vivir, siendo dueño de sí mismo, bajo ese cielo muy inconstante, entre aquellas horribles soledades, por donde pasea de continuo el fantasma de la miseria y de la muerte. Es la colonia de Punta Arena.

Los edificios de dicha colonia son cabañas de madera ennegrecidas por el humo, porque los habitantes pasan su vida miserable alrededor del fuego que encienden en el medio de cada uno, comiendo la escasa ración que cada seis meses les es enviada por el gobierno chileno, y asando algún pedazo de carne de guanako [sic] que de vez en cuando consiguen de los indios Patagones.

Después de cinco días de estadía se izó la vela, y al caer la tarde echamos anclas en otra ensenada o bahía, llamada Puerto Famine, que significa Puerto del hambre, y esto porque en tiempo de la dominación Española, hacia el año 1586, moría de hambre la Colonia que existía en ese lugar, fundada por Sarmiento en 1582 con el nombre de Ciudad Real de Felipe, por orden de Felipe II, por haberse extraviado el barco que les llevaba las provisiones. Aún se ven cañones corroidos por la herrumbre y el salitre, espadas, lanzas, ollas y otros arruinados restos que en pocas

palabras ofrecen al raro pasajero la dolorosa historia y la idea de la dura muerte de los desgraciados que allí perecieron.

Empujados por un viento regular salimos después de algunos días rumbo a Puerto Galán (Puerto Galante), así llamado, quizá, por su seguridad y belleza natural, que lo hacen diferente de los demás puertos. Pero no habíamos navegado aún dos horas,

¹³⁵ cuando encallamos en un banco de arena desconocido. Se echaron las lanchas y los botes; pero habría sido vano todo esfuerzo, si una ráfaga de viento contrario al que nos había arrastrado al desastre, no hubiese empujado nuestra nave otra vez a flotar. A duras penas pudimos regresar al recientemente abandonado puerto, al haberse producido una completa calma después del sopló liberador.

Algunos días después, tras repetidos intentos, llegamos a anclar en dicho Puerto Galán, para permanecer allí cuarenta días sin poder salir. Éste fue el escenario de nuestras mayores aflicciones morales y físicas, porque nuestro espíritu no estaba aún entrenado para el dolor. El lugar sólo era apto para despertar las más sublimes reflexiones, aun en un corazón de piedra... Reina allí un eterno silencio, interrumpido sólo por el periódico romperse de las olas del mar que resonaba en esas inmensas soledades, y por el grito misterioso que de cuando en cuando emiten las mujeres de los aborígenes, dignos habitantes de las florestas.

Los salvajes indios o Indígenas que conocí, eran de tres clases: los *Pescieresi* (Pecherais o yacanam) [sic], comúnmente llamados Isleños, porque habitan en las islas de la Tierra del Fuego; los *tehuelhets* [sic] o *Patagones* (Patagoni), que viven errantes por las vastas soledades que hay entre el estrecho de Magallanes y el río Camarones, y los *Araucanos* (Araucani), que habitan principalmente al sur de Chile.

Los primeros son más bien pequeños y miserables en toda la extensión de la palabra. Los Patagones, la mayor parte de las tribus, son de una estatura gigantesca, y no son tan miserables como los de la Tierra del Fuego, porque tienen caza abundante, principalmente

¹³⁶ de Guanakos [sic], que son cuadrúpedos del tamaño de un ternero muy grande, cuya carne, que yo también comí asada sobre brasas, como estilan los indígenas, es sabrosísima. Tienen diver-

sas razas de caballos, que manejan con increíble destreza.

Luego, los Araucanos, cuya estatura es más bien alta, constituyen la nación salvaje más numerosa y la más feroz de América del Sur. Aunque cerca de las fronteras civilizadas cultiven algún retazo de tierra, éstos viven de la rapiña y de la caza; son crueles, traidores y ladrones. En efecto, varias familias distinguidas de Chile lamentan todavía en la actualidad la pérdida de sus hijas e hijos, que aquéllos arrebataron violentamente de brazos de sus madres.

Con respecto a su ferocidad, narraré un hecho relatado por un coronel chileno que fue testigo ocular, ocurrido en la penúltima revolución que hubo en Chile, el año 1851, y en la que cerca de tres mil aborígenes comprados por los revolucionarios, participaron en favor de éstos.

En el ardor del entrevero, un sargento del gobierno abrió de un golpe de espada el vientre de un desgraciado Araucano, que aun caído del caballo y con las entrañas fuera, no por esto se habría rendido, si la falta de fuerzas y la terminante intimación que le hizo el sargento de rendirse o morir no lo hubiese obligado. Pero, escuchen la atrocidad, no muy distante venía la mujer (si así se puede llamar) de ese miserable, llevando un niño de unos dos años en sus brazos, y viendo al marido vivo en poder del enemigo, y creyendo que se hubiese rendido voluntariamente, tomó a ese pobre niño que traía, lo traspasó con la lanza, y le arrojó el cadáver a la cara, diciéndole estas palabras: —¡Acábase la semilla de los cobardes! Éstos y los otros de los que hemos hablado, se dividen en tribus, y cada tribu

¹³⁷ es gobernada por un cacique, el cual es dueño absoluto de la vida y de la muerte de todos los que le están sometidos.

La mayor parte están desnudos o semidesnudos, y algún cuero de animal es su vestido más elegante. Usan armas, y éstas generalmente se reducen a tres: lanza, arco y boleadoras [¡lazzo!] La punta de la lanza es de hueso, y la punta de las flechas que disparan con el arco, de vidrio [sic]. Las boleadoras [il lazzo] están formadas por dos bolas, una de metal, y la otra de tendones de animales, ambas del tamaño de una bola de billar, unidas al extremo de una cuerda también de tendones de unos dos metros de largo, aproximadamente; ésta es el arma más temible que usan los indígenas, porque la emplean con tanta habilidad, que a la distancia de cincuenta pasos casi infaliblemente dan en el blanco.

Me detenía a contemplar los naturales productos de esas mentes adormentadas, y no podía persuadirme de que éstos estuviesen reducidos a arrastrar una vida tan mezquina y poco menos que brutal, mientras que nosotros vivimos en el siglo de las luces.

La común madre, la naturaleza enseña a los indios de la Tierra del Fuego, los más miserables de todos los que he visto, también moralmente hablando, a hacerse barquillas largas y estrechas, que llaman Canoas [Canoé], como una pequeña arca. Hombres y mujeres, viejos y jóvenes, muchachos y muchachas, perros, caza, armas, fuego, pesca, etcétera, pero en todo se ve miseria.

Después de diversas observaciones, sacamos la conclusión de que ellos conservan la idea de una divinidad, lo que indican con los aullidos misteriosos, acompañados de ciertos movimientos que dejan oír en tiempos determinados, el comparecer tales días con la cara toda pintada, y los cabellos de un color rojo, cuya composición ignoro. Pero sea como fuere, sé que su conversión es difícil, o diré mejor su civilización. No obstante esto, el fervor de los obreros de la Iglesia

¹³⁸ de Jesucristo no está inactivo, y si bien son ya muchas las víctimas hechas por esos desgraciados hijos de la naturaleza; con todo, la tierra casi fecundada por la sangre de aquéllos, va produciendo nuevos, y la viña del Señor no deja de rendir frutos por falta de cultivadores.

Entre tanto, nosotros pasábamos nuestros días en Puerto Galán sin poder navegar. Los alimentos comenzaban a faltar, el escorbuto había aparecido entre nosotros, algunos ya habían muerto, y todo nos provocaba serias reflexiones. Las montañas que nos rodeaban, la soledad del lugar, los furiosos vientos que en todo momento parecían querer estrellarnos contra las rocas, y el pensamiento de que ninguno de aquellos a quienes se podía pedir socorro estaba a menos de mil leguas de distancia, nos tenían continuamente agitados... Los escasos días en que el tiempo permitía que bajásemos tierra, de algún modo nos servían de distracción, porque ocho o diez de nosotros, muy unidos y bien armados para protegernos de los ataques de los indígenas, nos internábamos en esos bosques, donde se podían cazar ciertos pájaros propios del lugar.

El mar, internándose en el continente, forma una pequeña península, sobre cuya parte más elevada se yergue una gran Cruz, quizá levantada cuando Magallanes visitó por primero estos lugares, imponiendo a ese estrecho su propio nom-

bre... Digo esto, porque sobre la misma Cruz se leen diversas fechas, que el tiempo y la intemperie borraron en gran parte. La primera de ellas parece que se remonta a la época en la que pasó por aquí el mencionado célebre viajero, y ¡oh qué sentimientos no suscitó esa Cruz en mi corazón! Varias veces me senté a sus pies, y con la cabeza entre las manos y todo concentrado en mí mismo, repasaba con el pensamiento las maravillas obradas en todo tiempo por ese venerable signo de nuestra redención, y adelantaba con mis deseos

¹³⁹ el día en que todos los hombres no formaríamos sino una sola familia, teniendo la misma fe y el mismo Jefe, que es Jesucristo.

Entre tanto, como ya dije, los días pasaban, y aumentaban, por consiguiente, nuestras preocupaciones, porque muchos de los marinos ya habían caído enfermos, los alimentos escaseaban cada día más, y los descontentos crecían como la hierba mala en buen terreno, de tal modo que la vida no podía sino volverse penosa. Pero cuando menos lo esperábamos, a mediados de Noviembre pudimos salir, si bien a duras penas, de ese triste lugar, que la duración del viaje nos había vuelto más triste aún, y después de cerca de treinta millas de viaje, logramos anclar en la llamada *Bahía Boya*.

El aspecto de este puerto es más tétrico que cualquier otro, tanto por su ubicación, como por la aridez de las altas montañas de piedra que lo rodean de sur a norte por el este.

Al oeste, donde está la entrada, se encuentra una isla cubierta por unos pocos arbustos. Recuerdo con dolor esta isla, porque en medio de la misma sepultamos a un compañero de viaje: el óptimo y nunca bastante llorado *Pedro Degiorgi Piemontese*.

Este joven y excelente pintor, que deja en Roma muchas muestras de su artístico y exquisito ingenio, y que también en medio de las incomodidades del viaje se había ocupado en pintar distintos paisajes, moría casi repentinamente entre mis brazos a la temprana edad de treinta y tres años, víctima no tanto del mal clima de esas regiones, cuanto de las incomodidades sufridas a lo largo de ese viaje tan largo y penoso. Una Cruz que levantamos sobre su fosa, señalará al viajero la tierra silenciosa que recibió sus huesos, así como los de un marinero, de una mujer

¹⁴⁰ y de dos niños que ya descansaban en el mismo sitio, muertos también ellos a bordo de nuestro

barco, por las molestias sufridas durante el viaje. *Requiescant in pace.*

El 23 de noviembre, ayudados por escaso viento, navegamos a velas desplegadas todo el día, con bastante poco provecho. Sorprendidos por la noche cerca de una pequeña ensenada anónima, nos vimos obligados a entrar para permanecer hasta el 29 del mismo mes, día en el que pudimos proseguir viaje, pero por poco tiempo, porque apenas habíamos salido de ese desdichado estrecho de Magallanes, cuando el viento suave que había empujado nuestro *S. Jorge* hasta las suspiradas aguas del Pacífico, se trocó de repente en un tremendo huracán totalmente contrario, que nos volvió a la última bahía del estrecho, defendida por el cabo Pilar, llamada Bahía de la Misericordia.

Después de tantas borrascas y tan graves contratiempos sufridos, todo nos llevaba a desear la muerte, o al menos a aborrecer las penalidades que padecíamos. La soledad, vuelta insoportable por los continuos peligros, y más aún por el pensamiento de que sólo Dios y por un milagro podía salvarnos; la falta de marineros, tres o cuatro de los cuales habían muerto, mientras que los otros estaban gravemente enfermos; la evidente imposibilidad de encontrar auxilio para poder salir de ese lugar, con mucha razón nos hacían temer que el mismo barco sería pronto nuestra tumba... Pero Aquel que siempre escucha las plegarias del afligido, secundó benigno nuestros deseos. En efecto, corría el decimoquinto día de nuestra estadía entre esos áridos escollos, en la sola e inútil compañía de algunos indígenas que de cuando en cuando se acercaban a nuestro barco con sus canoas, cuando he aquí que

¹⁴¹ aparece un barco en nuestra dirección. No es para describir todas las esperanzas que nacieron en nuestros corazones, y qué cúmulo de alegres pensamientos inundaron nuestra mente ante tan inesperada aparición. Habiéndose acercado la nave, se detuvo en medio de la entrada de la Bahía, aproximadamente a la distancia de cien metros de nuestro barco, y mientras todos estaban sin pestañear observando sus menores movimientos, vimos echar al agua un bote, que sin tardanza se movió veloz hacia nosotros, trayendo un oficial de marina, ese muy estimado José Dolores Salamanca, que venía a comunicarnos las órdenes que el comandante del barco (de la distinguida familia Scala, de la República Chilena) había recibido del supremo gobierno de Chile; es decir, de buscar prolijamente a nuestro barco, y al encontrarlo, suministrarle todo lo necesario.

Estábamos, pues, todos en popa contemplando sin cansarnos a nuestro salvador, y escuchando al mismo tiempo, con el placer que puede imaginar cada uno, las consoladoras palabras que brotaban de labios del joven oficial, cuando —¿qué sucede, qué no sucede?— advertimos sobre el vapor amigo veloces movimientos, un correr sin descanso de los marineros, un echar al agua los botes y lanchas, y un rumor de confusas voces y lamentaciones. ¡Ay de mí! ¿Qué significará todo esto?... Un momento de paciencia, que ya se aproxima veloz una lancha... Nos traerá la novedad, y ¡ay, noticia fatal como para llorar! ¡El vapor está perdido! Nuestro liberador tiene necesidad de ser liberado... Nuestro salvador nos grita que lo salvemos!

Yo escribo cosas que yo mismo he visto, y que me parecen sueños; pero si pienso un poco, aún me estremezco de miedo en la actualidad. Ciento cinco personas estaban sobre ese desgraciado vapor, y la mayoría todavía durmiendo

¹⁴² en el momento en que se estrellaba contra esos escollos fatales, y apenas tuvieron tiempo para levantarse, y así vestidos o por vestir salvarse mediante el rápido auxilio prestado también desde nuestros botes. Lo demás: barco, provisiones y equipaje, todo fue tragado en menos de media hora por el revuelto oleaje.

Los salvajes que acudieron con sus canoas, compartían con nosotros nuestras preocupaciones, y los gritos lastimeros que proferían movidos de su natural sentimiento de humanidad, hacían el cuadro más triste y conmovedor todavía.

Pero entre los distintos afectos y espantosos pensamientos que habían agitado nuestro ánimo, se alzaba ahora gigantesco el de la muerte más cercana. Y no era imaginación, porque éramos cerca de doscientas personas para alimentar, y nos quedaban muy pocos alimentos. Para colmo de males, el viento arreciaba más que nunca, y nuestra nave estaba muy insegura por la pérdida de las anclas, de las que sólo había quedado una pequeñísima... Pues, o morir de hambre o estrellados contra los escollos habría sido nuestra suerte inevitable, si ese Dios al que obedecen los vientos y la naturaleza no se hubiese compadecido de nosotros. Fueron precisamente las plegarias comunes de aquellos que noche y día dirigíamos a Dios las que nos libraron de tan espantoso peligro. En efecto, apenas habían transcurrido dos días desde el fatal naufragio, cuando con la ayuda de un viento moderado que soplabla y de los nuevos ma-

rios conseguidos, pudimos abandonar ese lugar de dolores, y después de 14 días de un viento regular y de un viaje bastante bueno, entrar en el tan anhelado puerto de Valparaíso, al que llegamos la medianoche del 30 de diciembre. Por el reglamento de ese puerto, no se permite desembarcar sino de día;

¹⁴³ es decir, a las ocho de la mañana, momento que todos esperábamos con indecible impaciencia. Mas, como Dios quiso, llegó finalmente la bendita hora, y ya estábamos rodeados de una multitud de chilenos, que nos recibieron con el mismo gusto (porque ya había sido publicado en los diarios nuestro naufragio) con que se recibe a una persona querida a la que se creía muerta, y nos colmaron de toda aquella afectuosa cordialidad que es propia del carácter chileno. Después de algunos días llegamos a Santiago, capital de la República, y así concluyó ese desastroso viaje, cuyos peligros, varias veces milagrosamente superados, quedaron para siempre grabados en mi memoria, y me recordarán en todo tiempo la obligación que me cabe de agradecer a la Divina Providencia, que me salvó para trabajar en su mística viña con el ejercicio del ministerio sacerdotal."

Diversas Misiones se han intentado todavía en nuestros días entre los Pamperos sometidos, es decir, que ya directamente dependen de la República Argentina; se tiene esperanza de feliz éxito.

Muchos indígenas, junto con los otros del país, aceptaron de buena gana vivir en pueblitos o ciudades recientemente construidos, y éstos, gracias al celo verdaderamente apostólico de Mons. Aneyros, arzobispo de Buenos Ayres, ya pudieron tener un sacerdote para que los instruya en la Religión Cristiana y los mantenga en la práctica de los Santos Sacramentos.

También entre los aborígenes se hicieron nuevos intentos. Hemos sabido con mucha alegría que los Padres Lazaristas desde hace cuatro años iniciaron una misión que ya ha producido mucho bien, y esperamos que sea un hogar destinado a producir entre esos indígenas frutos más abundantes.

Lamentablemente, por más investigaciones que se han hecho, éstas son las únicas noticias que hemos podido hallar referentes a las Misiones en la Patagonia.

¹⁴⁴ Conclusión

Estado actual de la Patagonia

Habitantes. Es imposible calcular con exactitud el número de habitantes de estas regiones. No siendo recorridas en su interior todavía por ningún estudioso, ni siquiera se puede dar una cifra que sea probablemente aproximada. Lo que se puede decir de más cierto es que cuanto más se estudia, más uno piensa que el número de sus habitantes es grande. No se podrían explicar muchas de las cosas hasta ahora descritas, si el número de habitantes no fuese mayor del que ordinariamente traen los libros de geografía y las descripciones de viaje. Lo que más fundamenta el gran número de indios que pueblan los confines del territorio de la república Argentina y de Chile, es que a pesar de los esfuerzos de los gobiernos de Buenos Aires y de Santiago, no se ha podido someter aún a esas tribus, que muchas veces consiguen importantes triunfos sobre los blancos. Y sin embargo, éstos tienen cañones y fusiles a su disposición, armas blancas de toda clase, están bien adiestrados en el arte militar, con todo esto muchas veces son vencidos por los indios. ¿Cómo ocurriría esto, si aquellos no fuesen extraordinariamente numerosos? Además, desde hace tres siglos los blancos les hacen guerra de exterminio, masacran sin piedad a quienes se les presentan, y a muchos los hacen prisioneros. ¿Cómo podrían resistir todavía, si sus tribus no hubiesen sido numerosísimas? Hay que añadir que los Patagones no tienen medios para recibir noticias, ni caminos, ni comunicaciones. Los que combaten contra los Argentinos y los Chilenos son, pues, solamente las tribus colindantes; los del Sur no mandan ni ayuda, ni soldados. Y con todo, se tienen noticias de pocos meses ha que indican que en un solo punto se han reunido algunos millares de aborígenes aptos para portar

Europa. ¿Qué población no podríamos calcular en tanta extensión, considerando que hay tribus tan numerosas en los confines? Añádase a esto una observación muy importante: Todos los viajeros que exploraron las costas, en toda estación y siempre vieron indígenas.

Aunque hubiesen sido pocos se los encontró por doquiera, y las costas se extienden por varios millares de kilómetros. También se pudo saber que las poblaciones más numerosas no están nunca sobre las costas, porque éstas son más áridas, mientras que el Interior —especialmente, la parte oriental de las Cordilleras— parece estar muy poblado. Es cierto que la vida nómada y pastoril que llevan, requiere que la población no sea muy densa, y las vastas soledades totalmente estériles no pueden ser habitadas; pero aun suponiendo que se estime globalmente que esas regiones están habitadas diez veces menos que en Italia, yo hallaría todavía cerca de 40 millones de habitantes entre la Patagonia y las Pampas. Se dirá que este número es evidentemente exagerado. Bien, supongamos que sólo sea la mitad, sólo una tercera parte, aun sólo una décima parte, y yo encontraré todavía cerca de 4 millones de indígenas, lo que supera inmensamente todo lo que se puede escribir en los libros de geografía y de viajes. Y con todo, basándonos en los cálculos hechos, parece que éste debe ser el número mínimo posible para poder producir en todos los confines de los distintos estados, los efectos arriba descritos.

Esta numerosa población yace todavía en las tinieblas y sombras de Muerte. Son enteramente salvajes, sin morada fija y sin casas. Ni el cristianismo, ni la civilización, pudieron hasta ahora penetrar entre ellos; ni autoridad civil alguna pudo extender su influencia y su autoridad. Hasta ahora, la voz del Misionero no pudo hacerse oír en esas vastísimas regiones, a pesar de que se realizaron muchos esfuerzos para evangelizarla en los

¹⁴⁵ armas. Ahora bien, la Patagonia con las islas y las Pampas adyacentes, que se extienden sin interrupción hasta el Ecuador, es vasta como

¹⁴⁶ siglos pasados. Fue la ferocidad de los habitantes la que hizo fracasar todo esfuerzo, porque asesinaron bárbaramente a todo Misionero que se les acercase, y también comieron sus carnes [!].

Guerras y hostilidades. Al presente, la república Argentina está entreverada en horrible lucha con los indígenas que se encuentran en sus fronteras. Los aborígenes están muy exasperados, porque los Argentinos ganan cada día terreno sobre ellos, y los echan de los lugares donde tienen derecho de estar. Se creen autorizados a cometer contra los blancos toda suerte de crueldades. Continuamente realizan correrías en los lugares donde esperan lograr una presa mayor con menor peligro propio. Saben buscar astutamente el tiempo y las circunstancias más oportunas; y para no ser descubiertos, usan con frecuencia la siguiente estrategia: Se acuestan sobre sus caballos, a los que usan generalmente sin montura alguna, y así, sin ser vistos, los dirigen hacia el lugar establecido. Los pobladores, habituados a ver tropillas de caballos, que en esas vastas praderas vagan por millares, no se alarman a su llegada. Mas los jinetes salvajes, dando un gran alarido todos a la vez, se yerguen animosos, se precipitan sobre ese pueblo o esas tropas elegidas, y no retroceden si no son superados por el número. Su llegada es una cosa terrible para una población: todo lo devastan, matan a los hombres, y sólo respetan a los niños y a las mujeres jóvenes, que convierten en sus cautivas y concubinas, porque entre los pamperos, a causa de las muchas guerras que les hicieron con los gauchos, hay gran escasez de mujeres, por haber éstas buscado refugio entre los araucanos, y no regresado más. El resultado fue que a pesar de la gran cantidad de cautivas que se procuran con frecuencia en estas correrías, el promedio es todavía actualmente de una mujer por cada cinco hombres. En estas incursiones acostumbran quemar todos los alrededores, robar todo lo que encuentran, y también muebles y utensilios domésticos. Si hallan armas, se apoderan de ellas

¹⁴⁷ con la mayor diligencia, y se llevan vacas, caballos y ovejas. El que logra robar más, es considerado el más valiente. Los Pamperos poseen ya todos los fusiles, cañones y armas blancas, de las que se sirven con admirable destreza: todas, armas robadas en sus incursiones, junto con la mayor cantidad de cartuchos que les resulte posible, porque ya son diestros para ubicar los sitios donde se hallan aquéllos, y se lanzan sobre ellos

con valentía extraordinaria; porque los consideran la pieza más importante de su botín de guerra.

Don Cagliero, con fecha del 18 de febrero de este año 1876, nos escribe:

“Los Indios me inspiran no poca compasión. Los caciques están en guerra con el gobierno Argentino; hacen incursiones y roban continuamente, y el gobierno, por su parte, los mata a centenares. Si en lugar de soldados el gobierno mandase Misioneros, haría mucho mejor, y con la vida salvaría también sus almas. No están muy lejos de nosotros; sesenta leguas y no más al sudoeste. Hay algunos Misioneros pero ahora pueden hacer poco o nada porque los indios están demasiado exasperados contra el gobierno nacional. Toman prisioneros a hombres, mujeres, niños. He ido a atender a una enferma que de noche había huido de manos de los salvajes. ¡Pobrecita! Tenía aún las llagas de los hierros. Hay que rogar a Dios que les mande Misioneros, para librarlos de la muerte del alma y del cuerpo.”

Sólo el misionero con su conducta de paz podrá poco a poco hacer deponer el odio que tienen contra todo lo que sabe a Europeo, y junto con la religión, introducir la civilización.

D. Cagliero nos escribe que es inútil por el momento intentar la prueba, porque están demasiado exacerbados contra todos los blancos de toda clase. Parecería, en cambio, más conveniente comenzar en lugares más lejanos, en los que esas tribus no tengan prejuicios contra los Europeos.

¹⁴⁸ **Nuevo proyecto.** Según todo lo que hasta aquí se vino exponiendo, parece llegado el momento de la Misericordia Divina para estas tierras hasta ahora desgraciadas. No debe resultar inútil un nuevo intento de Evangelización. Viendo que el método usado hasta ahora no dio otros resultados que el exterminio de los misioneros, se pensó obrar diversamente. El nuevo plan fue combinado con el S. Padre. Éste consiste en abrir colegios, casas de educación, asilos y orfanatos en las fronteras de estos países, y atraer así a los jóvenes, y con la educación de los hijos abrirse camino para hablar de religión con los padres. Lo que podrá resultar de dos modos: o que los padres, por el natural instinto que lleva a ser benévolo con quien trata con bondad a sus propios hijos, o más aún, que creciendo los hijos bien instruidos poco a la vez, vayan luego ellos mismos a llevar la buena noticia a los de la propia tribu, los que de buena gana aceptarán la palabra de Dios anunciada por tales predicadores.

De esto tenemos una prueba en los colegios abiertos ya en la República Argentina, por los Salesianos donde varios indígenas pidieron con insistencia hacerse misioneros. Éste era el fin premeditado por los Salesianos cuando se dirigieron a abrir una Casa en Buenos Aires y otra en San Nicolás, para tener así algunos centros de comunicación entre Europa y América, y entre los aborígenes y los pueblos civilizados del mismo Continente.

El Señor bendijo este primer paso, y ya en el Colegio de S. Nicolás, que dista apenas sesenta leguas de los indígenas, hay más de un centenar de jóvenes a quienes se les imparte educación científica y religiosa, y entre éstos la Divina Providencia ha dispuesto que se encuentren varios cuyas familias vivieron entre los aborígenes.

Mientras se pensaba en el modo de fundar nuevas casas en la República Argentina, circunstancias favorables concurrieron en favor de los planes para la conversión de la Patagonia. Tres proyectos se presentan en este momento, y cada uno da esperanzas de éxito.

¹⁴⁹ Primero de todo, el Arzobispo de Buenos Ayres propone confiar a la congregación Salesiana la última parroquia de su vastísima arquidiócesis, en los confines de la Patagonia. Poseyendo este lugar ya católico y tan adentrado entre los indígenas, se puede abrir allá un hospicio donde recoger ya sea los niños que en su crueldad los Patagones no quieren educar y que dejan morir de intento, ya sea los jóvenes abandonados que llegan al pueblo para comerciar, o, por medio de la benevolencia, conquistar el amor de los indígenas cuando hacen sus excursiones para vender sus mercancías y comprar determinados objetos muy buscados por ellos.

Instalado así un centro sobre los confines septentrionales, se podrá luego con facilidad internarse en la Patagonia desde aquella parte. Éste es el pensamiento que con su carta del 1º de julio manifestó Mons. Federico Aneyros, Arzobispo de Buenos Ayres. Luego añadió D. Cagliero: "El sentir de este Prelado sería confiarnos el cuidado de los Patagones, Moluches, Puelches y Chechehest [sic], que se hallan en las riberas del Río Negro y se extienden hasta el grado 37 hacia el mar".

El segundo proyecto ofrece también él fundadas esperanzas. Habiendo oído hablar favorablemente de los misioneros Salesianos, dos caciques de los más influyentes fueron a rogar a D. Cagliero

que les mandase misioneros a explicarles la religión de los cristianos, prometiendo escucharlos con docilidad y suministrarles todo lo necesario.

Después de su última carta, escribe D. Cagliero a D. Bosco, casi he olvidado a Buenos Ayres para ocuparme de la Patagonia. Y precisamente en este momento le puedo dar una noticia verdaderamente la más consoladora. Una carta del señor Antonio Oneto, genovés, comisario de la Colonia Galense del Chubut, que se halla al grado 41 de latitud,

¹⁵⁰ y sobre las playas del Océano Atlántico, me invita a ir con otros Padres entre los Patagones Hurli-ches y Cheurel-ches [sic], porque los dos caciques Foiel y Cinquecian [sic], jefes de esas tribus, recibirían de buena gana a los misioneros, los escucharían con respeto, suministrándoles todo lo que necesiten. Nos asegura al mismo tiempo que haciéndonos amigos de estas dos tribus, podremos abrirnos camino por toda la Patagonia."

Éste es verdaderamente un rasgo Providencial. Se ve claramente que el Señor quiere esta obra y la protege.

Un tercer proyecto viene a abrir un nuevo camino para la conversión de la Patagonia. El gobierno Argentino quiere establecer una colonia en un punto muy distante de los precitados, y confiaría la dirección a los Salesianos. Esta colonia se debe fundar en Sta. Cruz [sic], que es un puerto con un río ubicado muy dentro de la Patagonia, sobre la costa del océano Atlántico, en los grados 50, es decir, poco antes de entrar en el estrecho de Magallanes. Muchos viajeros visitaron este puerto, y lo hallaron apto para establecer en él una colonia. Aunque haga allá mucho frío, con todo es habitable, y su clima bastante tolerable por nosotros Europeos. El gobierno se propone suministrar los víveres a los Salesianos para ellos y para los Patagones, Quiane-ches [sic] y Pilnachez. Una vez establecido un buen grupo de misioneros en este punto, parece que debe resultar bastante fácil penetrar en el interior también desde esta parte, y en pocos años explorar todos los puntos de la Patagonia.

El mismo D. Cagliero, en otra carta fechada en Buenos Ayres el 5 de julio, dice: "Todos estos Indios son fáciles de pacificar, mas también muy suspicaces, y entonces matan inexorablemente. Como fuere, prepare el personal para los Patagones, y los destinados se armen desde ahora

¹⁵¹ de paciencia, estudio, prudencia y coraje. Si no se procede con prudencia con los Indios, en un día se destruye el trabajo de años. Si el misionero les habla de sumisión a Buenos Ayres, le dan muerte, y si los amenaza con la fuerza, le dan muerte. Para poder obrar el bien en una tribu, es necesario hacerse amigo del Cacique con regalos, civilizándolo con los buenos modales y con la religión,

¹⁵¹ y ponerlo en contacto con algún buen cristiano; luego, si le hablas del gobierno, que sea para conseguirle favores, pero nunca para someterlo. El resto lo hará la Providencia."

Todas estas cosas están en tratativas, y se espera que los tres proyectos en poco tiempo podrán ser puestos en ejecución. Entre tanto, han sido pedidos con urgencia no menos de 20 nuevos misioneros, que se preparan a partir el próximo octubre para Montevideo y Buenos Ayres, siempre que con la caridad de los fieles se pueda preparar el equipo necesario.

Allá serán repartidos y enviados a comenzar su obra evangelizadora en los tres puntos mencionados, es decir, Patagones, Sta. Cruz y las tribus de los Hurli-chéz y Thérél-chéz.

CONCLUSION

Dos pensamientos sirven de conclusión. ¡El primero es muy doloroso! ¿Y quién hay que no se entristezca al ver varios millones de hombres aún totalmente ignorantes del cristianismo, de toda idea de religión y de moralidad, yacer en las sombras de la muerte? ¡Ellos no saben y ni siquiera se les ocurre pensar que Jesucristo, Dios eterno como el Padre, haya venido a hacerse hombre y a morir para salvarnos de la esclavitud del demonio y del pecado! Ellos no tienen ni civilización, ni gobierno, ni industria, ni agricultura, ni comercio; los litigios los resuelve la fuerza bruta, y

¹⁵² el derecho es reconocido a quien es más fuerte y más astuto. Tienen predilección por los saqueos y robos, y dejan morir bárbaramente a los

niños que no quieren educar. No tienen idea del matrimonio, y admiten la poligamia y también la poliandria [!]. Guerrean, matan, degüellan continuamente. Muchas veces comen también carne humana... ¿Podría un corazón cristiano permanecer frío ante semejantes consideraciones?

Mas si este pensamiento es tan doloroso y opriente, otro y muy consolador comienza a asomar a nuestra mente, y a quitar la angustia dejada por el primero. Sí, parece llegado el tiempo de la Divina Misericordia para esas vastísimas tierras. Es la bondad de Dios, que quiere liberar a esos pueblos de la dura esclavitud de Satanás; esos pueblos que en medio de sus desgracias dicen al Señor:

"¡Oh Dios de bondad y de clemencia, haz que cesen nuestros males, y envíanos también a nosotros la luz del evangelio de que gozan otros pueblos desde hace tantos siglos! ¡Venga también para nosotros el tiempo de la redención, el tiempo de la misericordia!"

Quiera Dios que la Congregación Salesiana tenga la dicha de poder participar aunque sea un poco de esta obra providencial; a ella se unan otros y otros misioneros y religiosos, los que todos, con un solo corazón y un alma sola, trabajen por la evangelización de los Pamperos y de los Patagones, y así acrecienten el número de los verdaderos creyentes en la tierra, para que todos puedan un día gozar del feliz Reino que Jesús Redentor tiene preparado en el cielo.

Esta empresa tendrá un seguro presagio de éxito, si la Sagrada Congregación de Propaganda Fide se digna tomar bajo su eficaz protección al proyecto presentado; examinarlo, modificarlo, y con sus santos e iluminados

¹⁵³ consejos orientar a quienes de buena gana se ofrecen para trabajar, si no con mucha ciencia y virtud, ciertamente con buena voluntad, y con el ánimo dispuesto a cualquier sacrificio que de ellos dependa.

Soli Deo honor et gloria

Amen

Turín, 20 de agosto 1876

SAC. JUAN BOSCO

Indice

Primera Parte: <i>Descripción física</i>	Pág.	1
Segunda Parte: <i>Historia del descubrimiento de la Patagonia</i> ..	„	29
Tercera Parte: <i>Los habitantes. Su carácter y costumbres</i>	„	61
Cuarta Parte: <i>Religión</i>	„	95
Quinta Parte: <i>Misiones</i>	„	117
Conclusión: <i>Situación actual de la Patagonia</i>	„	144

VIAGGIO

PITTORESCO

NELLE DUE AMERICHE

RIASSUNTO GENERALE DI TUTTI I VIAGGI

DALLA PRIMA SCOPERTA FINO AI NOSTRI GIORNI

DI

COLOMBO, LAS-CASAS, OVIEDO, GOMARA, GARCILAZO DE LA VEGA, ACOSTA, DUTERTRE, LABAT, STEDMAN, LA CONDAMINE, ELLOA, HUMBOLDT, HAMILTON, COCHRANE, MAWE, AUGUSTO DI SAINT-HILAIRE, MASS. DI NEUWIED, SPIS E MARTIUS, BENGGER E LONGCHAMP, ALARA, FRESIER, MOLINA, MIERS, POEFFIG, ANTONIO DEL RIO, BELTRAMI, PIKE, LONG, ADAIR, CHASELLEUX, BARTRAM, COLLOT, LEWIS E CLARKE, BRADBURY, ELLIS, MACRANZIE, FRANKLIN, FABRY, BACE, PHIFFS, ECC., ECC.

PER OPERA DEGLI SCRITTORI DEL VIAGGIO PITTORESCO INTORNO AL MONDO

PUBBLICATO SOTTO LA DIREZIONE

DI ALCIDE D'ORBIGNY

naturalista viaggiatore, autore del Viaggio nell'America meridionale, pubblicato per ordine del Governo francese

accompagnato da Carte geografiche e Vignette
eseguite dai migliori artisti

COLL'AGGIUNTA

dell'ultima guerra del Messico e della scoperta
delle terre aurifere in California

TRADUZIONE DI SALVATORE CASARANI



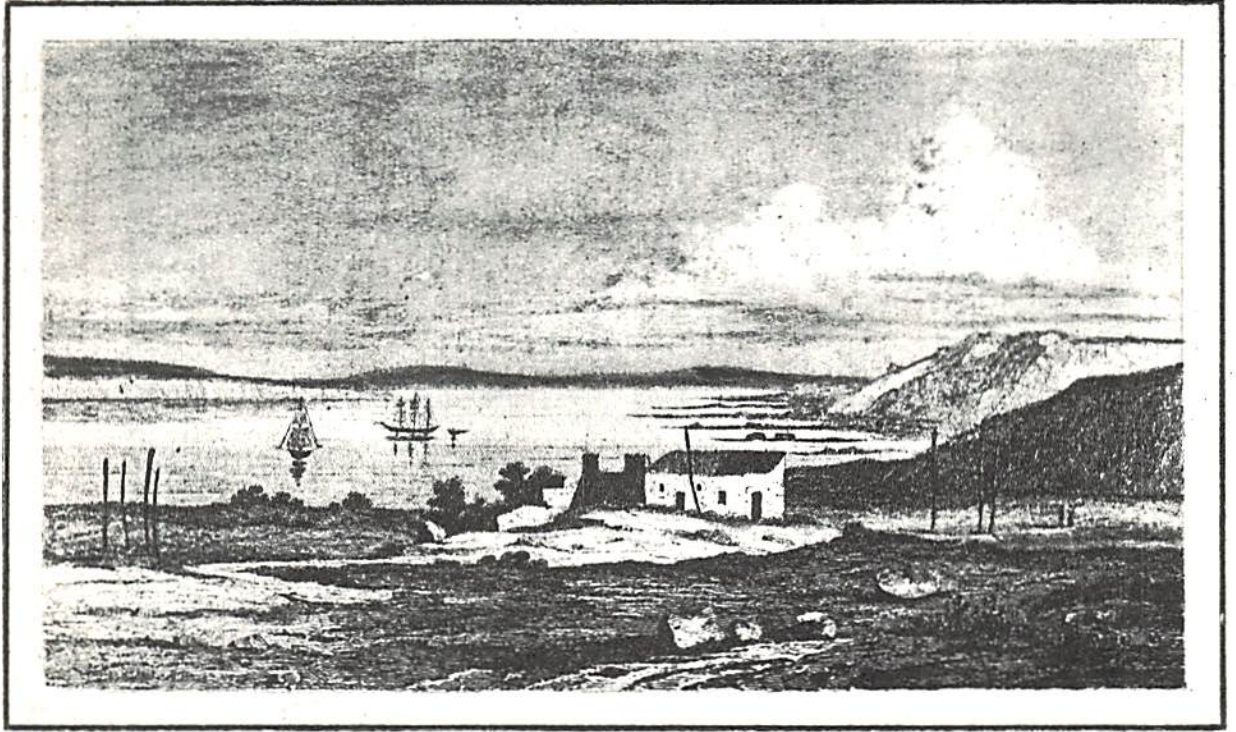
VENEZIA

NEL PRIVIL. STABIL. NAZIONALE DI G. ANTONELLI ED.

1852



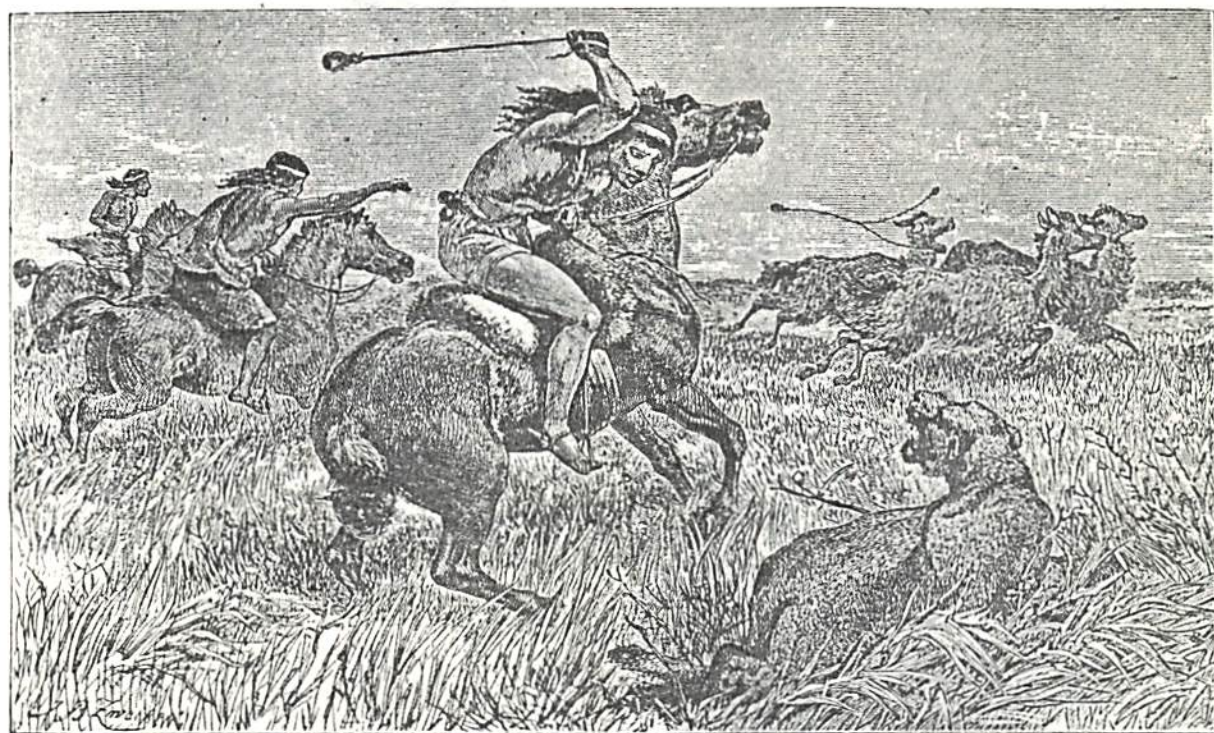
Viaggio pittoresco nelle due Americhe... (Portada de la obra publicada en 1852 bajo la dirección del naturalista Alcides D'Orbigny.)



Mouillage et ruines Espagnoles à Port-désir.

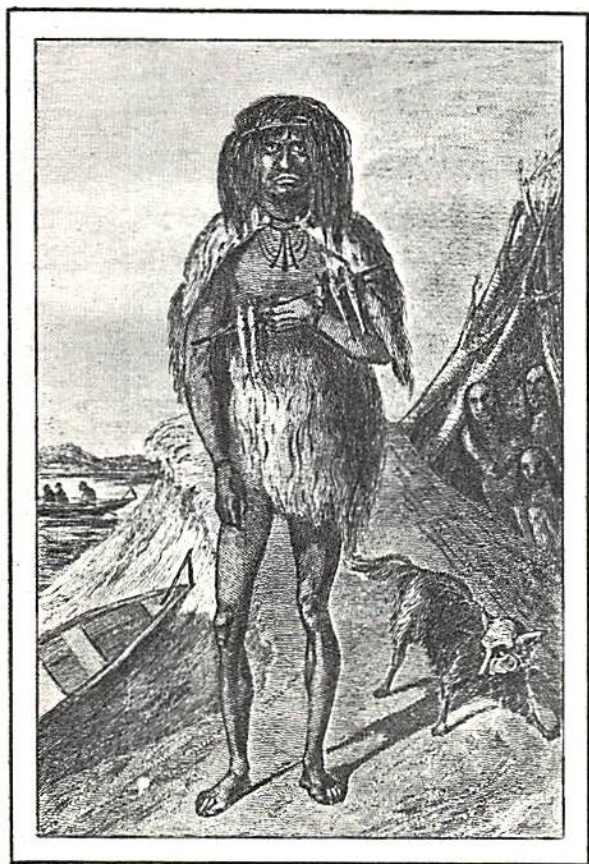
Fondadero y ruinas Españolas en Puerto deseado.

Isla de Wolaston, cerca del cabo de Hornos.

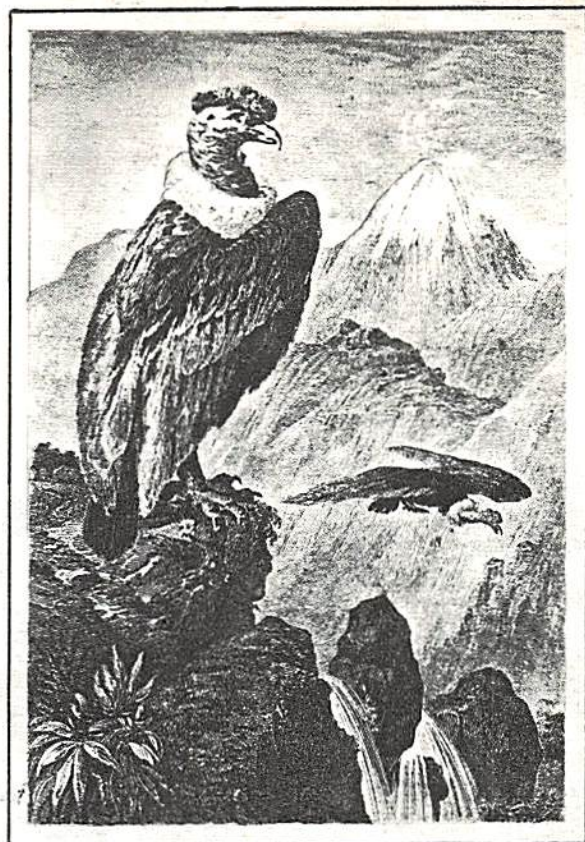


matando un puma

Aborígenes boleando guanacos y matando un puma.



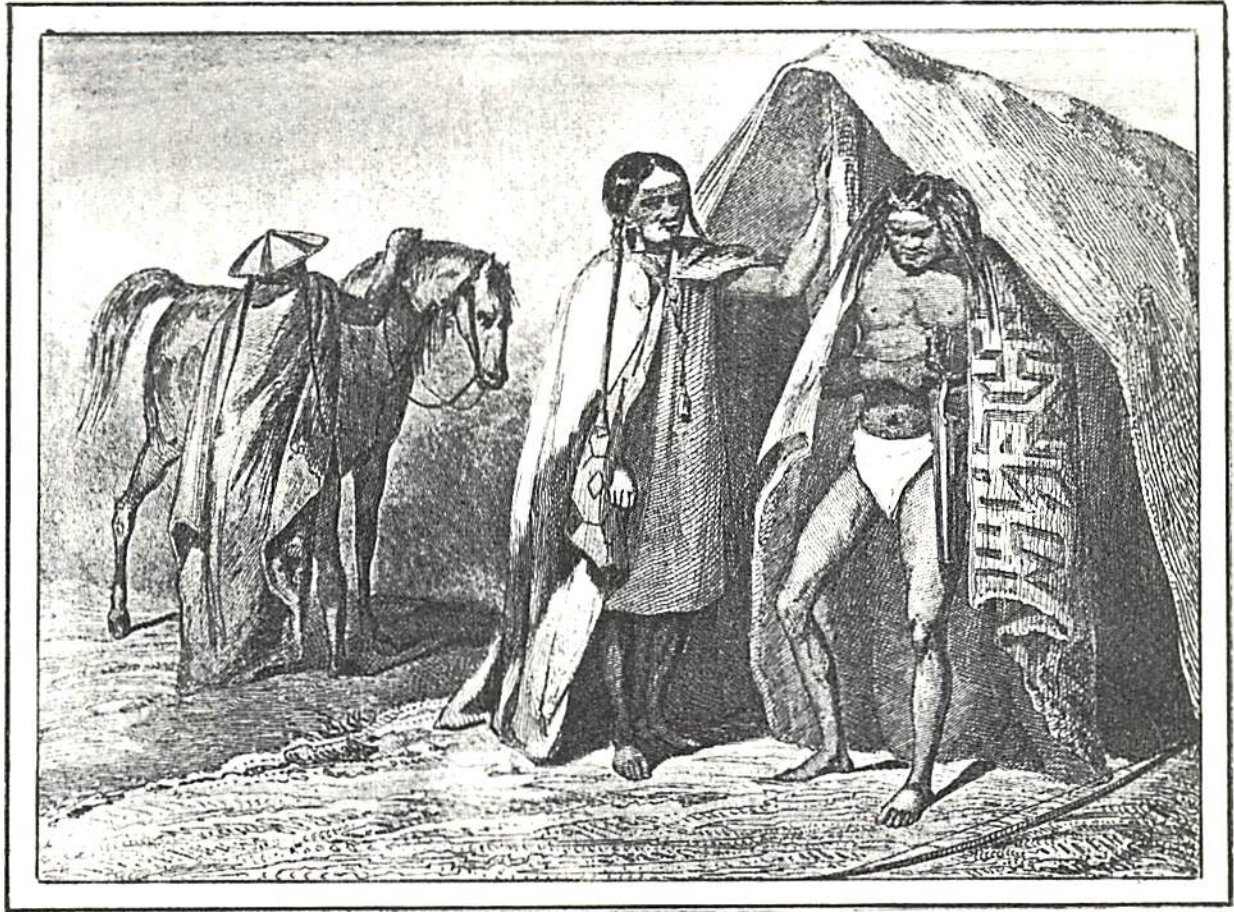
Una familia de aborígenes fueguinos.



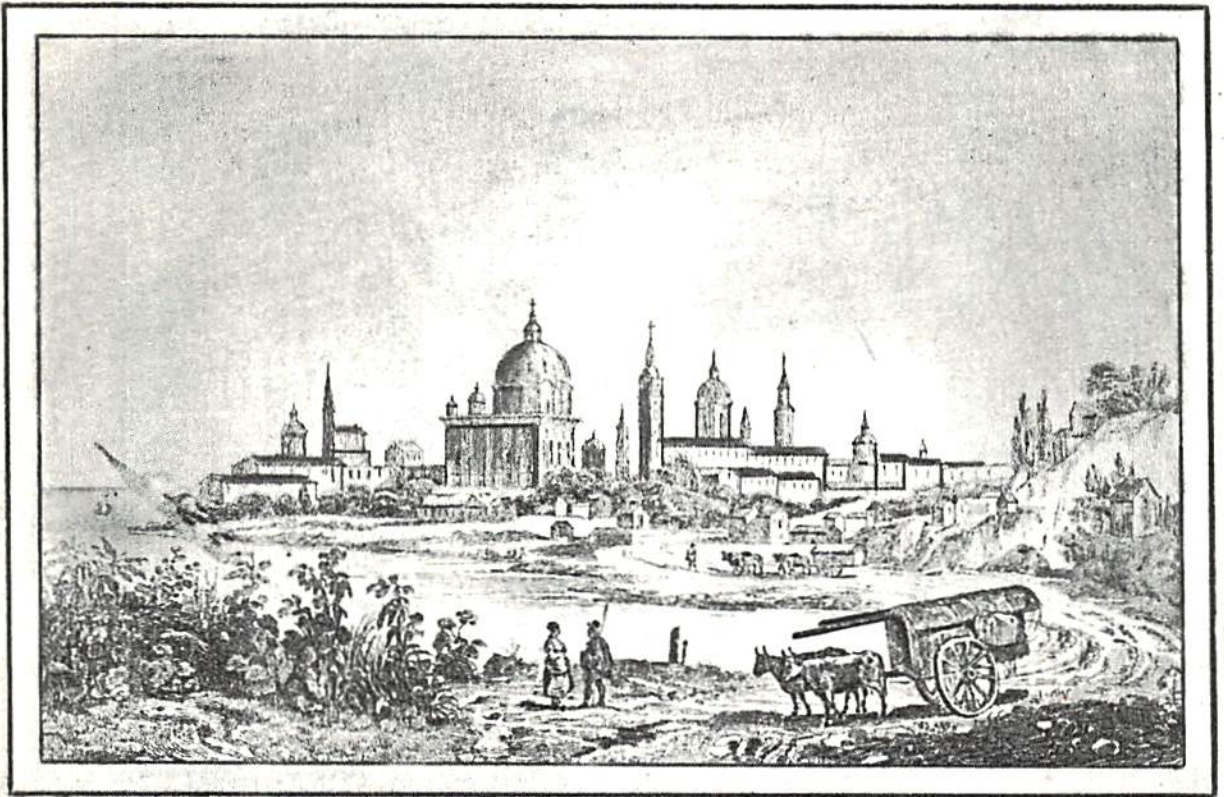
Dessiné et gravé par L. de Saxe.

Le Condor
El Condor.

El cóndor de los Andes.



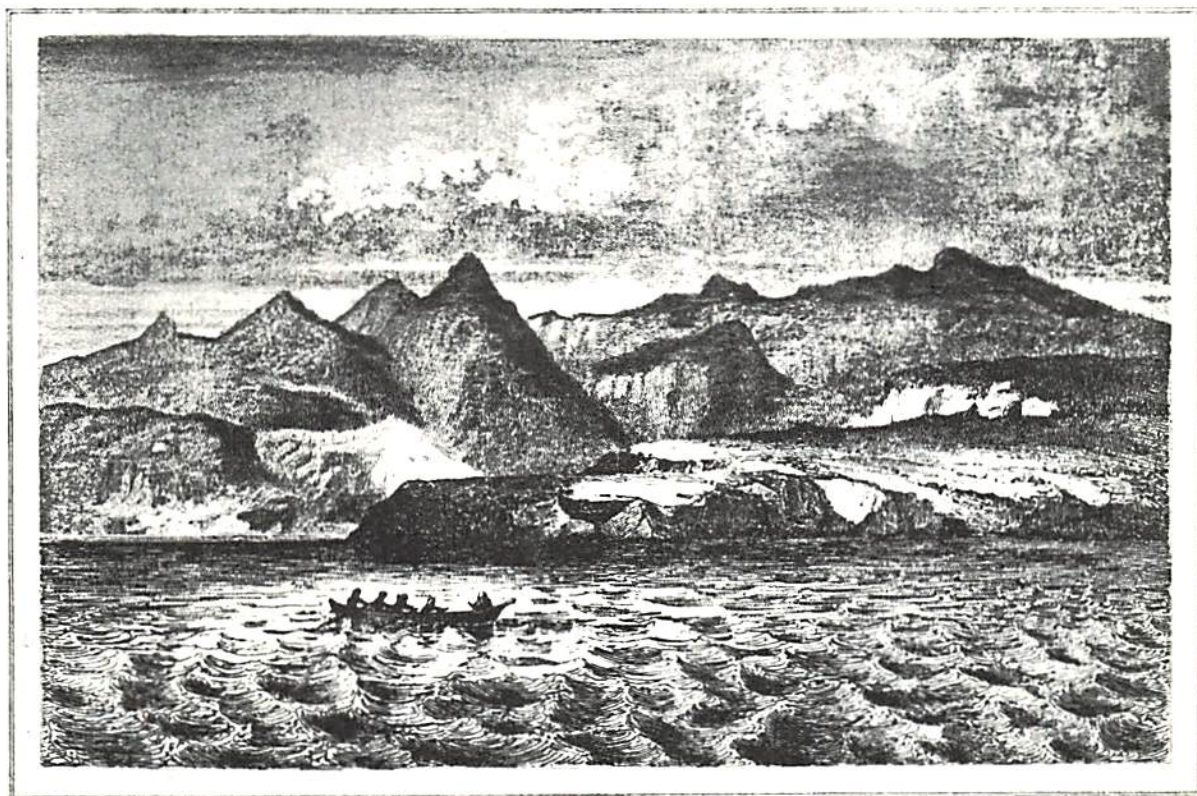
Patagones del Norte.



Buenos - Ayres.

Buenos - Ayrea.

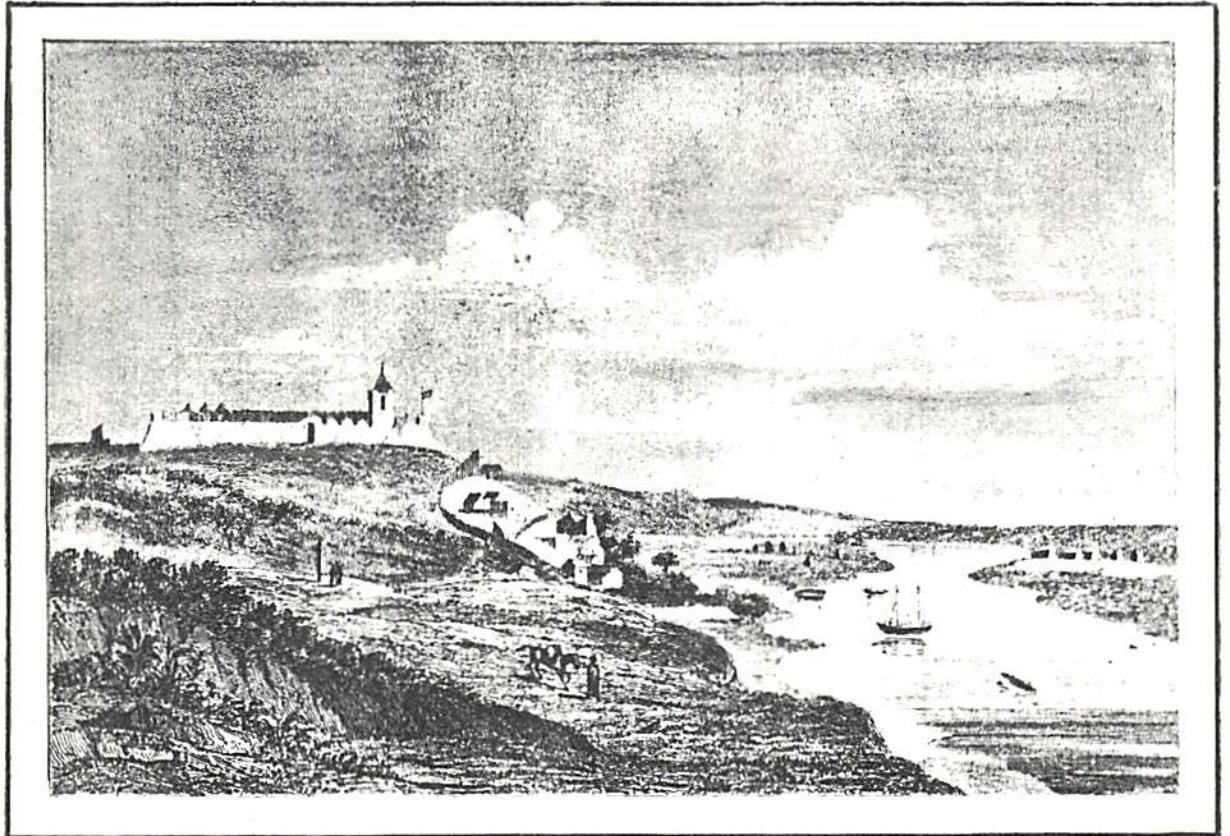
Vista del Buenos Aires colonial.



Isla de Wolaston près du Cap Horn.

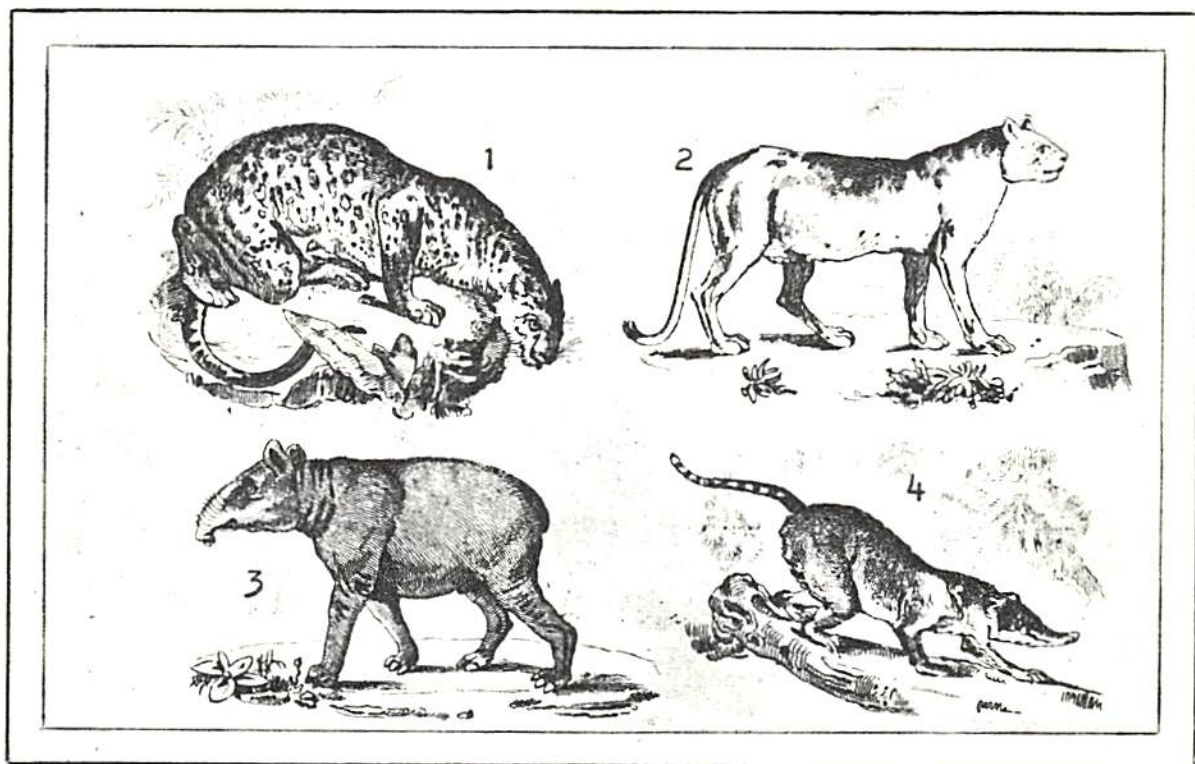
Isla de Wolaston cerca del Cabo de Hornos

Fondeadero y ruinas españolas en Puerto Deseado (Santa Cruz).



Village du Carmen sur le Rio Negro.

Carmen de Patagones, en la desembocadura del rio Negro.



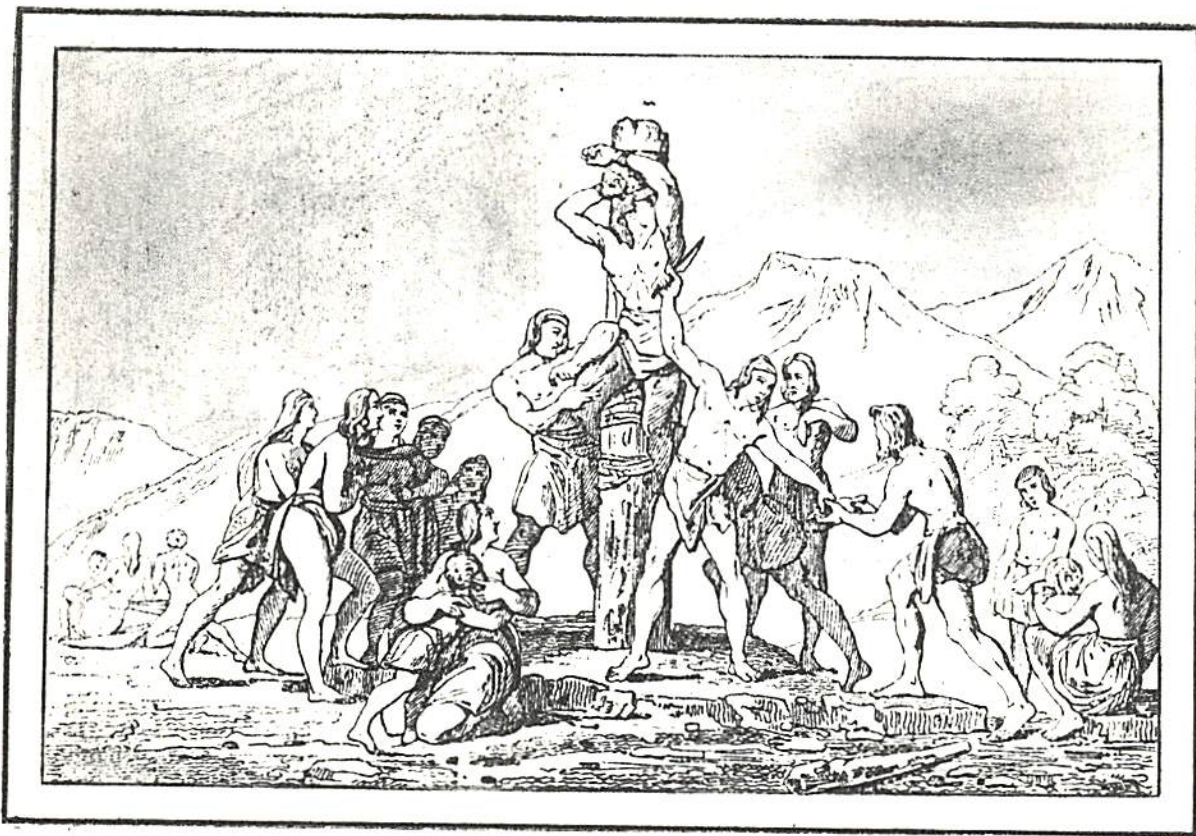
1. Jaguar.
Jaguar.

2. Cougard.
Cougard.

3. Coati.
Coati.

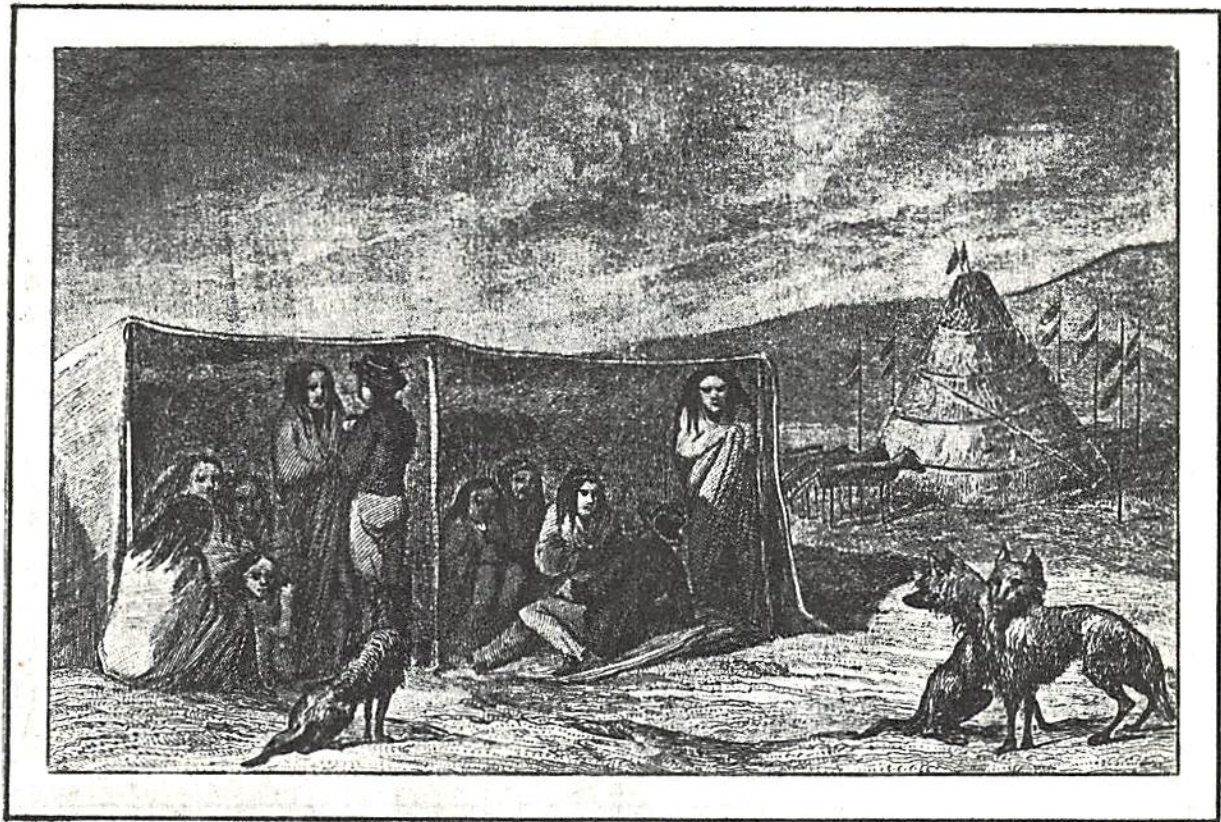
4. Tapir.
Tapir.

Cuadrúpedos americanos: 1. Jaguar; 2. Cuguard o puma; 3. Tapir; 4. Coati.



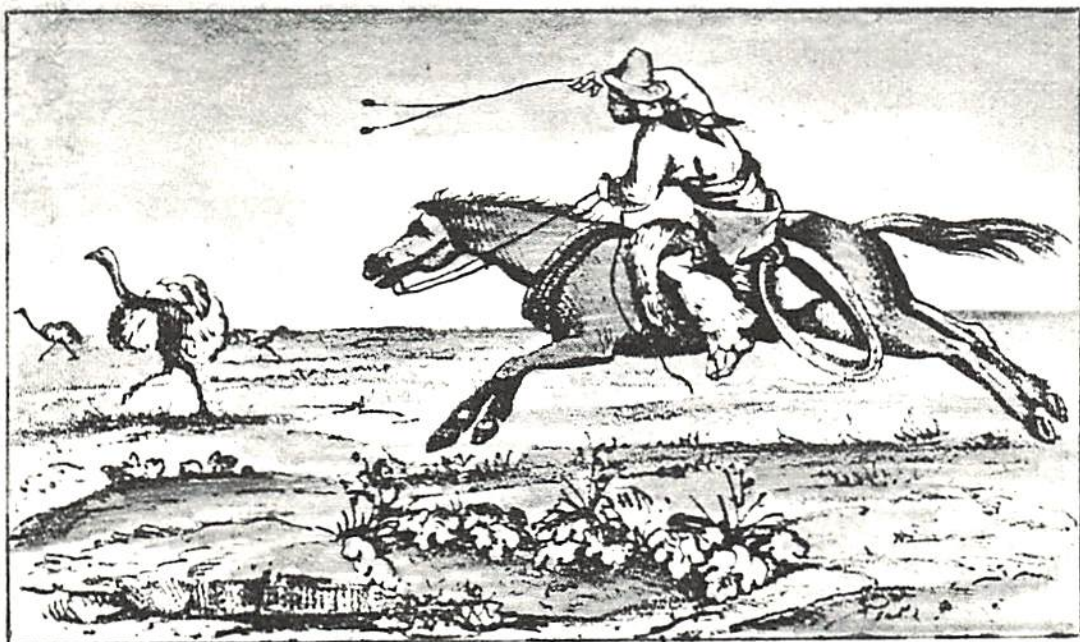
Anthropophagos.

Indios antropófagos, no identificados.



Toldo et Tombeaux des Patagons du Sud.
Toldo y Sepulcros de los Patagones del Sur.

Toldo y sepulcros de los patagones del Sur.



Caza del avestruz americano o ñandú.

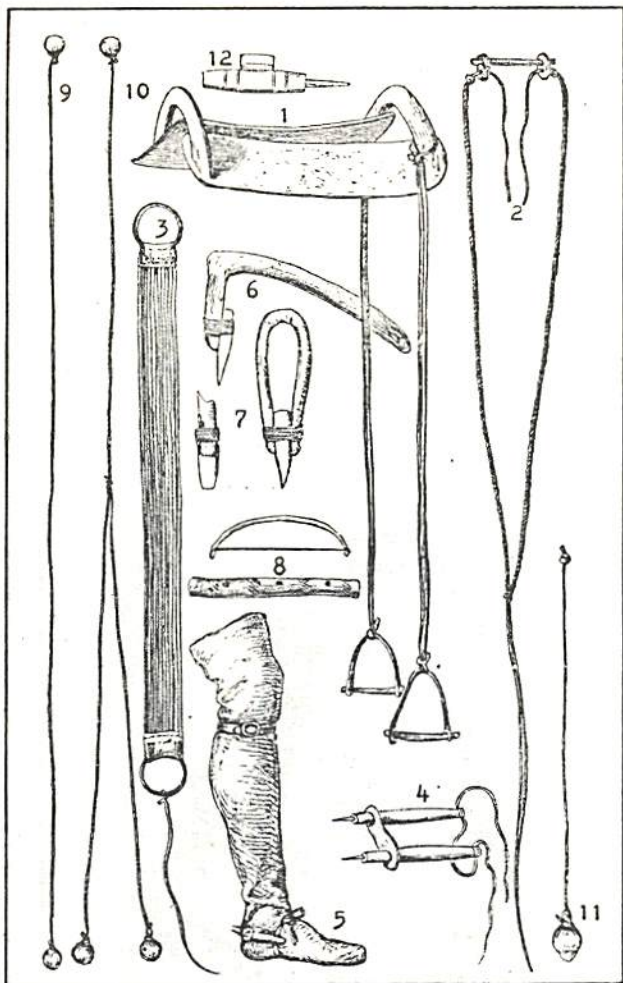


Diversos tipos de aborígenes fueguinos.



Muere populares. Juego de la Cineca.
Costumbre populara. Juego de la Cineca.

Costumbres populares: Juego de los dados o blanco y negro, y danzas.



Armas y útiles tehuelches: 1. Silla; 2. Freno y riendas; 3. Cincha; 4. Espuelas; 5. Bota de potro; 6. Azuela; 7. Rascador; 8. Instrumentos de música; 9. Boleadora para avestruces; 10. Boleadora para guanacos; 11. Bola perdida; 12. Pipa.



Patagones del Sur.

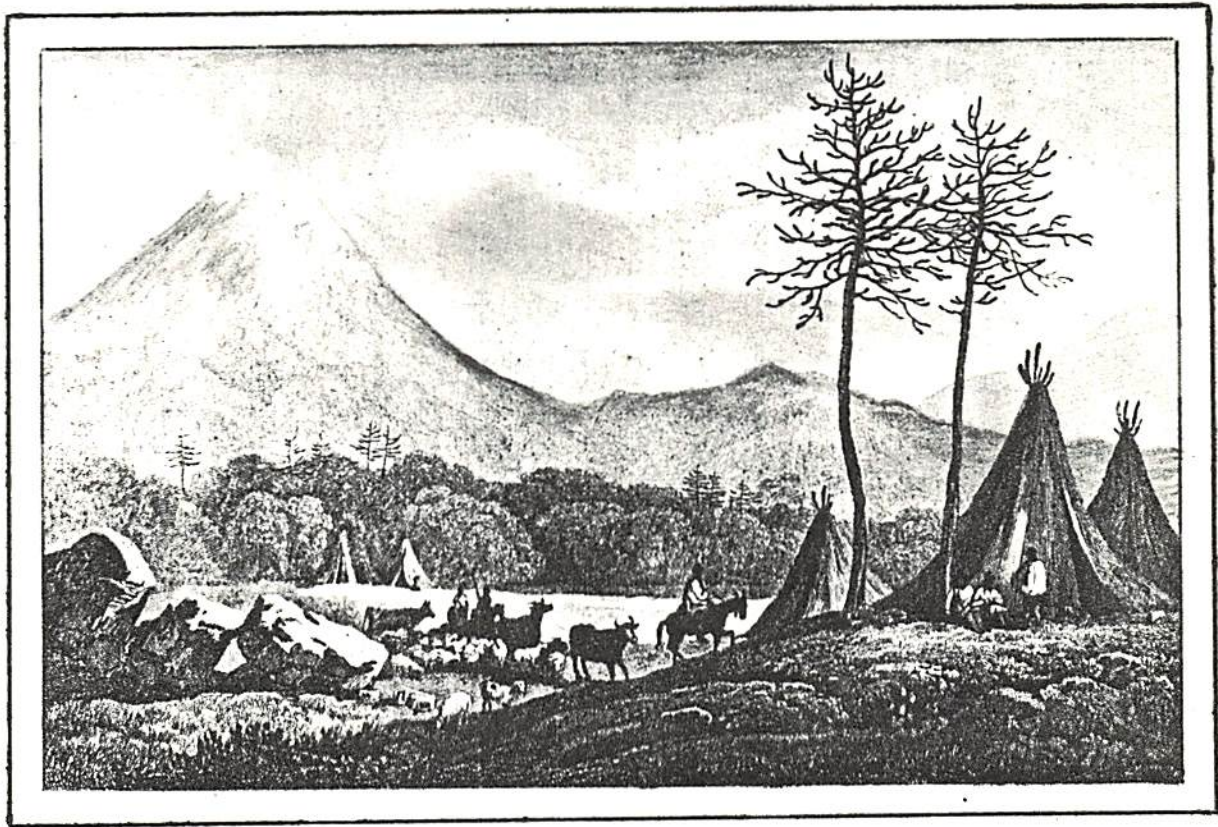
Patagones del Sur.

Patagones del Sur.



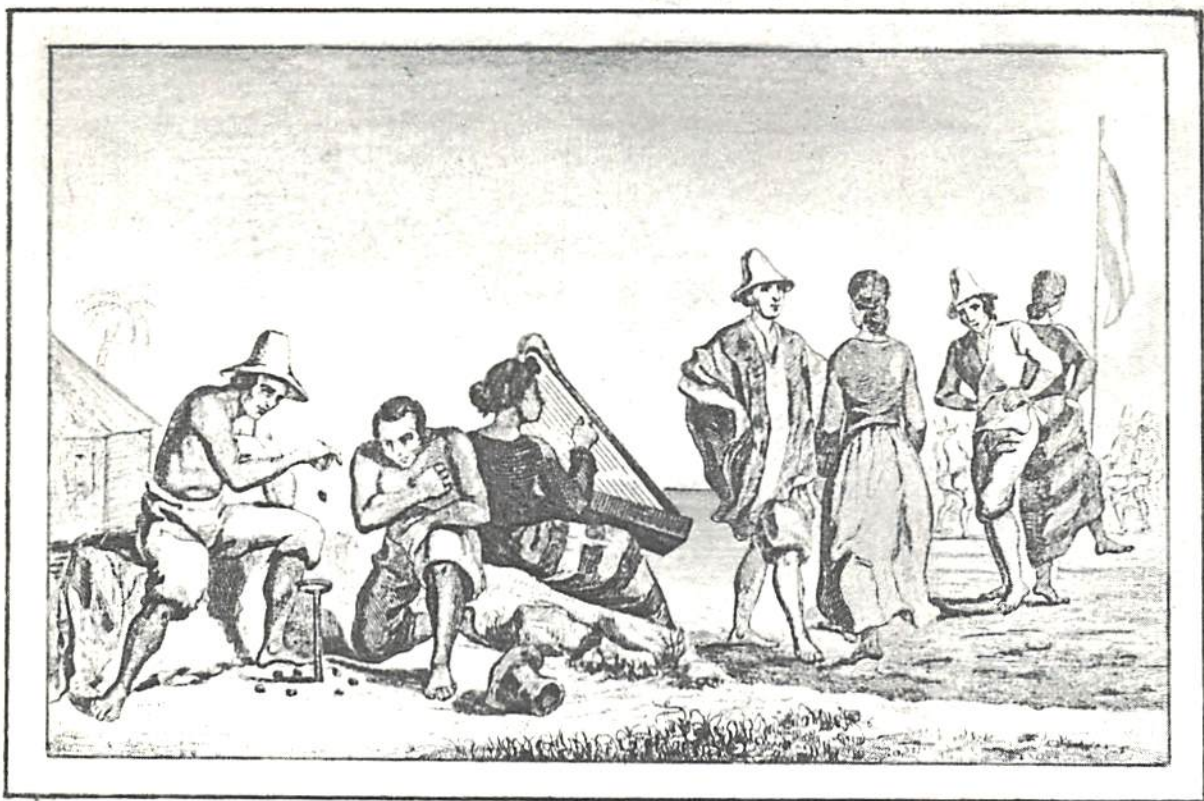
Retratos de Araucanos.
Retratos de Araucanos.

Retratos de araucanos.



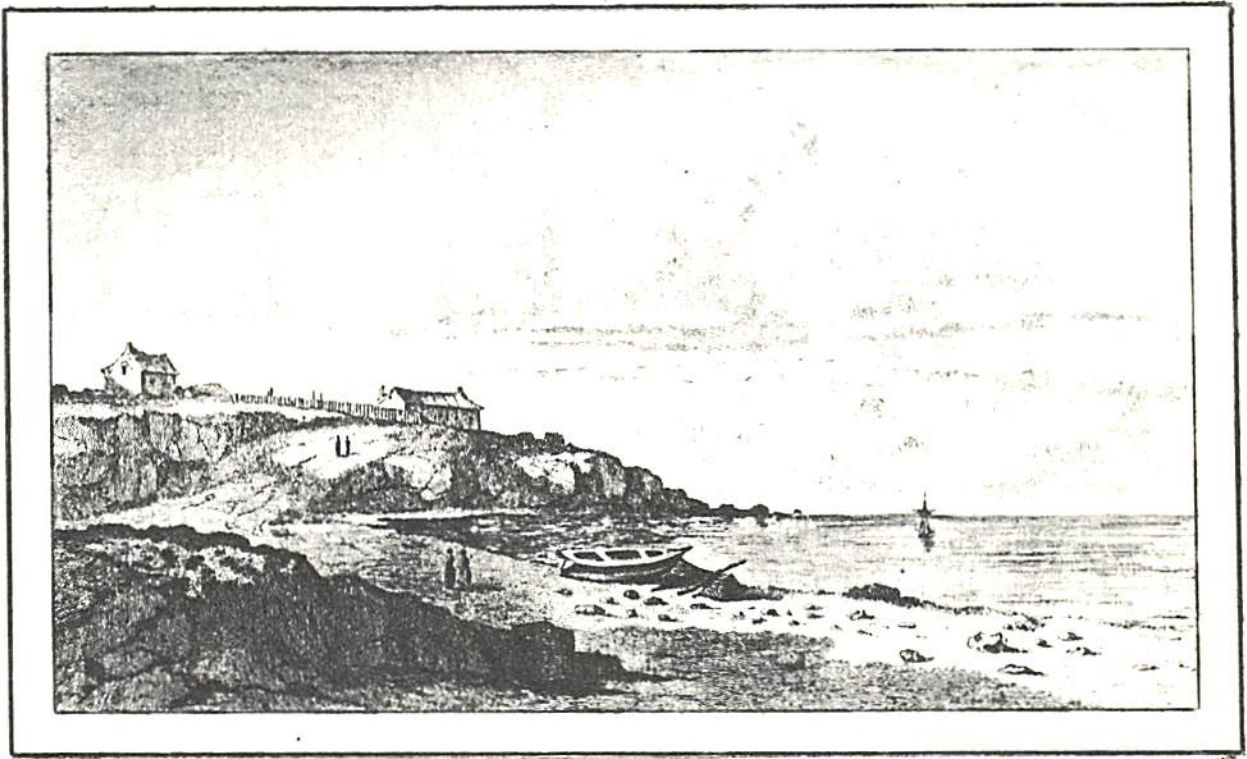
Chozas de Pehuenches
Chozas de Pehuenches

Chozas de pehuenches.



Usos populares. Via de los puertos de Panamá.
Costumbres populares. Juego de los Rucos y Barbas

Costumbres populares: Juego de la chueca o mallo.



Colonia de Puerto Luis dans l'Île de la Soledad

Colonia de Puerto Luis en la Isla de la Soledad

Colonia de Puerto Luis, en la isla de Soledad.

LIBRO TERCERO

Fotocopia del Manuscrito original
existente en la
Biblioteca de la Pontificia
Universidad Urbaniana de Roma (BMPF) FC1.

ADVERTENCIA

A continuación se publican las páginas que reproducen las fotocopias tomadas del original.

Sin duda se advertirán defectos en estas fotocopias como ser: En palabras truncas completadas por un [...]

El motivo es que se fotocopió el original sin desencuadernar, ni destruir la costura de este trabajo hecho hace 110 años en el Oratorio Salesiano de Turín, trabajo que Don Bosco tuvo entre sus manos.

Al fotocopiarlo pues así, ocurre que en el margen de numerosas páginas aparecen letras que corresponden al final de las palabras de otras páginas. Así sucede en las páginas 21, 29, 39, 41, 43, 45, 47, 49, 69, 79, 81, 83, 89, 91, 93, 95, 97, 99, 101, 139, 141, 145, 147, 151 y 153.

Al interpretar la fotocopia del texto original aparecieron también palabras truncas al final de los renglones. Son las que completadas se distinguen por una mano distinta de la de los amanuenses de Don Bosco. Esto, para facilitar su lectura. Así ocurre en las páginas 22, 42, 44, 46, 48, 50, 52, 56, 58, 60, 62, 64, 66, 68, 70, 76, 78, 80, 82, 84, 86, 88, 90, 94, 96, 98, 100, 102, 114, 116, 118, 132, 134, 136, 138, 142, 146, 148, 150.

En una palabra entre salvar el rigor crítico formal externo del documento y salvar al documento mismo en su integridad hemos elegido salvar la existencia del Documento.

Ernesto Szanto SDB.

Operazione Decimata
1876



La Patagonia

e le terre Australi

- del -

Continente Americano

Osservazione Preliminare

Le cose che in questa scritte si vengono esponendo furono raccolte dagli autori più gravi che abbiano parlato di queste materie. Si scelsero soltanto le cose che con morale certezza possono darsi come vere, e si esposero colle espressioni più precise che per noi si abbia saputo. Ci siamo serviti in modo speciale delle opere seguenti:

1^o Vincente Quosada « La Patagonia y las tierras australes del Continente Americano » stampato nel 1815 in Buenos Ayres raccolto da pubblici documenti.

2^o Alcide D. Orbigny. Da due sue opere « Viaggio nell' America meridionale » e « Uomo americano ». Questo abile naturalista, peccato per otto anni consecutivi l' Emisfero Australe del Nuovo Mondo, e soggiornò otto mesi nella Patagonia. È autore coscienzioso e non esagerato.

3^o La Croix, in una sua opera particolare intitolata « La Patagonia, le Rios del Surco e le isle Malvinas ». L'autore è considerato come uno dei più istruiti geografi della prima metà del nostro secolo.

4^o Guennard, nell' opera intitolata « Tre anni di schiavitù in Patagonia ». L'autore stesso fu schiavo per tre anni consecutivi nel centro della Patagonia, e fu venduto schiavo a vari padroni di tribù differenti di modo che ha potuto osservare i costumi di una ragguardevole parte di quelle terre.

5^o Giulio Ferrario - « Il costume antico e moderno » America, vol. 3.^o là dove parla della Patagonia.

6^o Dalry - tradotto, corretto ed annotato dal Conte Gibbons « Usi e costumi sociali civili e politici di tutti i popoli del mondo »

7^o Un anonimo - « Galleria universale di tutti i popoli del mondo »

8^o Il globo del mondo - Periodico odioso di geografia ed viaggi etc.

comunità di Ambrascio

sinopistica

10. Vani luoghi e specialmente nei due quintorni. « Viaggio di No IX al
Chili » e osservazioni particolarizzate nelle loro circostanze, alla
stretta di Magellano ».

9. Oltre a questi, per cose spettanti alla geografia di questi paesi, si
consultarono anche molto accuratamente il Marmocchi, il Bulbi ed il
Matte-Brun.

10. Vani relazioni di missionari registrate nelle « Lettere edificanti
e nel « Museo delle Missioni Cattoliche » di Torino. Ma anche si
trafecero alcune particolarità da lettere che i nostri missionari già
scrivono dal posto.

1
Obiezione Preliminare

La Patagonia

e le Terre Australi del Continente Americano

Ad Austro del Chili e della Repubblica Argentina giacciono quasi incognite le Pampas, la Patagonia e le Terre del Fuoco. Queste vastissime regioni dell'America del Sud, costituiscono il terreno continentale più australe che vi sia sul globo. Poste all'estremità del Nuovo Mondo e sotto un clima inospitale, esse non sono esplorate che in piccolissima parte. Quindi queste terre restano tuttora avvolte d'un profondo mistero come se fossero difese da un muro insormontabile. Si stanciarono, è vero, alcuni navigatori nello stretto di Magellano e nelle acque del capo Horn per arricchire di nuove osservazioni la scienza nautica su questi passaggi così pericolosi; ma non riuscirono se non leggerissimamente ad esaminare l'interno delle terre, a conoscere il carattere e le attitudini degli indigeni, a studiare la natura del suolo ed i suoi prodotti; ed a constatare i vantaggi possibili d'uno stabilimento in queste contrade. Così noi siamo ridotti a non aver ancora che vaghe congetture, particolarmente sul centro

della Patagonia, che si può dire interamente sconosciuta
 e che i geografi sono costretti a far figurar in bianco sulle
 loro carte anche le più particolareggiate. La parte continen-
 tale di queste terre chiamasi Patagonia e costituisce una
 penisola in qualche guisa triangolare; rotta in più
 luoghi dal mare che forma quivi porti, golfi e seni
 in grandissimo numero e tra esse penisole, punto e promontori.
 Le isole poi sono sparse qua e là, e specialmente verso il
 mezzogiorno ve ne sono molte e grandi. Esse prendono il nome di
 terre del fuoco vuoi a cagione dei tanti vulcani che
 in esse si trovano, vuoi perchè nel momento in cui si
 scopersero, gli Spagnuoli videro molti fuochi accesi
 qua e là, essendo l'ora in cui quei miseri abitanti
 facevano arrostarvi un po' di carne per loro sostentamento.
 Si chiamano anche terre Magellaniche perchè scoperte per
 la prima volta dal celebre viaggiatore Magellano. —
 Si comincerà a descrivere la parte continentale cioè la
 Patagonia propriamente detta, quindi si farà passo a descri-
 vere la parte insulare cioè le terre Magellaniche o del
 Fuoco.

Patagonia propriamente detta

Confini — Dà il nome di Patagonia alla parte
 meridionale del continente Americano fra il Rio Negro,
 la repubblica Argentina ed il Chili verso settentrione;
 lo stretto di Magellano a mezzogiorno; fra le cordigliere del
 Chili ed il Grande Oceano ad occidente; e l'Atlantico
 all'oriente.

Posizione Astronomica — La Patagonia presa nel
 suo senso più stretto comincia ai gradi 38° 50' di latitu-
 dine meridionale e va fino ai gradi 53° 55'. La longitudi-
 dine occidentale, poi partendo dal meridiano di Parigi
 essa è compresa tra i gradi 63° e 76°. In realtà però

Le tribù dei Patagoni non ridotti verso Nord-Ovest si avanzano
 su fino al grado 55°. Al mezzogiorno poi comprendendo anche
 le isole che formano la terra del Fuoco noi andiammo alla
 latitudine di 57° gradi, e questa è l'estensione precisa che
 qui si dà alla parte Patagonia. Molto più a mezzogiorno
 cioè dal grado 61 al 62, vi sono poi ancora varie isole forman-
 ti l'arcipelago delle Isole meridionali; ma non sono
 visitate quasi mai dai viaggiatori Europei e pare che non
 sono abitate affatto o da pochissimi selvaggi.

Dimensioni Ha una lunghezza dal Nord al Sud
 di 2580 Km. una larghezza di 840 Km. ed una superficie
 totale di 12,000 Miriametri quadrati (335,000 miglia q. q.).
 Il La Coiza dice che la Patagonia propriamente detta
 unita con l'arcipelago delle Terre del Fuoco ha una
 superficie di 66.600 leghe quadrate.

Descrizione fisica del Paese - Clima

Questa regione non è ancora abbastanza ben conosciuta
 per poter dare una descrizione precisa del suolo. Secondo
 alcuni viaggiatori essa non presenta che vasti deserti, qualche
 rara prateria ed immensi spazi coperti di salnitro.
 Al contrario secondo altri offre magnifiche foreste ricche
 di piante e di legumi. Pare che queste due informazioni
 siano entrambe vere applicandole a località diverse, poichè
 la Patagonia comprende due ben diverse regioni; una
 montagnosa nella parte Occidentale, l'altra piana nella
 parte Orientale. La regione delle montagne occupa
 le contrade che estendonsi lungo le sponde del Pacifico
 e la parte occidentale della Riotta di Magellano. Essa è
 ingombata di monti e di colli, formata di rocce primi-
 tive, bagnate da fiumi in gran quantità sebbene piccoli,
 coperta di boschi, va soggetta a quasi continue pioggie, ed
 il caldo maggiore dell'estate non è che dai 3 ai 7 gradi

del termometro *Aëriæ*. Le pianure occupano la parte orientale dello stretto di Magellano e le spiagge dell'Atlantico. Questa parte fu denominata dagli Spagnuoli *Costa Desierta* o *Comarca Desierta*. Essa è generalmente parlata: bassa, piana, arenosa, povera d'acque e priva affatto d'alberi; gode di un'aria asciutta e secca, il calore dell'estate è dai 5 ai 9 gradi. Tutti gli autori s'accordano anche nel riconoscere che verso il Settentrione della Patagonia il suolo è più ricco e più fertile che nelle regioni meridionali. Al settentrione lo sguardo per lo meno qualche poco si riposa suidenti case e qualche volta anche su alberi fruttiferi d'Europa trapianati dai primitivi coloni Spagnuoli, i quali si confondono con salici indigeni. Si resta dolcemente sorpresi di trovare sullo riva del Rio Negro le fave, i ciliegi, e pomi in tutto il lusso d'una vegetazione vigorosa. Fiori di queste paesi i quali confermano colla Repubblica Argentina l'aspetto del resto della Patagonia è essenzialmente monotono. Grandi pianure dove non si scorgono che rari cespugli bruciati dalla siccità, e là qualche monticello che eleva in mezzo alle lande deserte la sua testa priva d'ombra. Tale è il triste panorama che si presenta agli occhi dello straniero per una regione estensissima di territorio Patagone.

Costituzione del suolo — Considerato sotto il rapporto di sua formazione, il suolo della parte settentrionale della Patagonia già abbastanza studiato pare offrire cominciando dai piedi delle Ande, fino al mare, una successione di strati di terreno terziario, contenenti alternatamente conchiglie d'acqua dolce e marina ed opulenti di mammiferi, in mezzo a pietre smiuzzevoli così uniformemente stratificate, che sum-

coste del mar e sulle rive del Rio Negro dove si scorgono per tutto spiagge di grande altezza, si può seguir il filo degli strati per lo spazio di 6 o 8 leghe senza che essi varino sensibilmente di spessore. Molti campioni di rocche poi, come anche la descrizione dei viaggiatori, provano che un medesimo terreno occupa tutta la Patagonia sulla costa orientale sino allo stretto di Magellano. Del resto il suolo terziario continua ai piedi delle Ande verso il settentrione e comunica con quello che lambisce il deserto del gran Chaco, e già tutt'attorno alle Pampas Argentine propriamente dette, le quali sono formate invariabilmente d'argilla e di terreni d'alluvione.

Così ad eccezione dei terreni d'alluvione e delle rive dei fiumi, il terreno della Patagonia non è atto a cultura perchè offre per tutto pianure sabbiose e secche le quali non conservano l'umidità necessaria per la vegetazione. Arvi di più, che le pianure di questo paese, sono cosperse di sale ed anche i laghi della parte settentrionale sono tutti salati. Questa sostanza è così abbondante nei terreni della Patagonia, che ben sovente si manifesta in effluenza sulla loro superficie perfino sulle alluvioni del Rio Negro. Più ancora, nessun pozzo ha giammai dato acqua potabile, e quella stessa che per mancanza di altra più dolce son costretti a bere gli abitanti degli estancieros, è così salmastro, che agli stranieri cagiona coliche violente ed una dannosa disenteria. Questa disposizione del suolo ed altre recenti scoperte uniscono a ciò che la Patagonia fu già coperta dal mar. Ammettendo quest'ipotesi, che par assai ragionevole, si spiegherà facilmente la formazione delle numerose

saline che offrono ai coloni di Carmen i loro prodotti naturali poichè le acque ritirate si formano nelle basse vallate dai laghi salati; da questi poi ben presto svaporata la parte liquida, grazia alla rarità dell'acqua ed all'estrema siccità si formano saline vastissime e che possono dare un prodotto straordinario. È cosa notabile ancora, che i confini di queste saline, racchiudono cristalli che gl'Indi prendono per sale, sebbene non sieno altro che gesso o solfato di calce. Alcuni di questi cristalli in buccchette hanno fino a 10 oppure 12 pollici di lunghezza e possono passarsi per campioni più completi e più belli in questo genere.

Isole — Le coste della Patagonia sono estremamente frastagliate, soprattutto quelle a ponente sul Grand Oceano, nel quale trovansi labirinti di scogli e d'ischia tra le quali varie considerevoli per l'ampiezza. Tra le isole primeggiano l'arcipelago di Chili, il quale politicamente parlando dipende dal Chili, quello di Chonos, le isole della Campana, della Madre di Dios di S. Martine, di Gobes, A. Mezzodi le molte isole dell'arcipelago Magellanicco e ad oriente le isole Malvine e Falkland.

Golfi e Baie — Porti principali — Le coste orientali della Patagonia presentano due grandi golfi e molti piccioli; i due grandi sono quelli di S. Matteo al Nord, e più basso al Sud quello di S. Giorgio formanti in mezzo la bella penisola di S. Giuseppe. Tra i piccioli golfi e baie, partendo dal grado 35 di latitudine Sud andando sempre verso mezzogiorno fino allo stretto di Magellano, noteremo la baia Lambertson che è annessa nell'estuario del Rio della Plata, la Baia Blanca, baia Calca, baia dell'Unione, baia Anegada che si

7
trovano prima d'arrivare al Rio Negro; la baia Porsas, porto
S^{to} Antonio, porto S. Giuseppe formati nel golfo di S. Matteo;
il golfo Nuevo, chiuso tra la Penisola S. Giuseppe ed il Conte
- norte; la baia Camacanes ed il porto Malaspina circa
al grado 45 di latitudine; le baie Longado e Maggaredo
a mezzo di del golfo di S. Giorgio; e quattro grandi porti:
Desiderato, S. Giuliano, S. Croce e Gallegos e Baia Grande
ne compiscono la numerazione dalla parte orientale.

La costa occidentale ne ha 5 principali e sono: quel di
Guayateca al Nord, poi quel di Penas ed infine quel della
Unità, quale formano le penisole di Eros montes e della
Fruidad. Ne ha poi un'infinità di piccoli golfi, ma sia
perchè quella costa è quasi mai percorsa e perciò è pochis-
simo conosciuta, sia perchè non hanno importanza nella
steria dei viaggi e delle missioni, qui si tralasciano per non
essere troppo lunghi.

Capi e Promontorii — Partendo dal Sud di Buenos Ayres
e andando verso lo stretto di Magellano, sull'Oceano
Atlantico, si trova il capo S. Antonio che chiude l'estuario
del Rio della Plata, il capo Corrientes formato dall'inno-
trarsi che fa nel mare la piccola catena di montagne
detta Serra del Vulcano; il capo Permygo' presso il Rio
Negro, il capo Nuevo e quello delle Due Baie circa al grado
45° di latitudine Sud; il capo delle Prepunte, il capo
Blanco ed il capo Desecado (Desiderato) a mezzo di del
golfo S. Giorgio; il capo S. Francesco di Paula al grado 50°
e quello delle Vergini che si avvanza nei flutti non lungi
dall'apertura orientale dello stretto di Magellano; il capo
S^{to} Andrea; e più che tutti il capo Fremont posto all'estre-
mità più meridionale del continente americano, internato
in mezzo allo stretto di Magellano. Nel grande Oceano
poi, sorge un'infinità di piccoli promontorii esorditi

la costa frustagliata fuor misera; ma pochi sono quelli
 che si distinguano per notevole importanza. Pui notevoli
 sono il capo Filares nell'uscita dello stretto di Magel-
 lano; il capo delle Montagne ad oriente dell'isola
 Wellington; il capo Penas presso il golfo di tal nome;
 il capo Quileu all'estremità meridionale; ed i capi
 Malalqui e Gabun all'estremità settentrionale dell'isola
 Chiloe; i capi Otnaud Mancha e Quedal alla punta
 del Chili confinante con la Patagonia. Oltre a questi
 noteremo anche qui i capi dello Spirito Santo, S. Sebastiano
 e S. Diego ad oriente della Terra del Fuoco. Il celebre capo
 Horn che è considerato come il più meridionale dell'Am-
 erica, presso cui passano ora le navi che vogliono recarsi
 alla sponda occidentale dell'America sperando lo stretto
 di Magellano troppo pericoloso; ed il capo Filares ad
 occidente della Terra del Fuoco nell'uscita dello stretto
 di Magellano. È di importanza conoscere dal più al
 meno dove si trovino questi capi, i golfi, i monti, i fiumi
 ecc. per poterci far un'idea chiara del dove sono succeduti
 i fatti: molte volte poi dai luoghi in cui avvennero, si
 viene a conoscere la vera importanza del fatto accaduto.

Monti — Dal capo Froward incomincia quella cele-
 bre catena delle Ande che attraversa tutto il Nuovo
 Mondo da Mezzodi a Settentrione, seguendo a maggio-
 re o minor distanza la costa del Grande Oceano. Porta
 spesso il nome di Sierra Nevada de los Andes nella
 Patagonia; perchè vi si mostra tutto l'anno coperta
 di nevi; fu però ancora poco visitata. Queste montag-
 ne colle numerose catene secondarie compongono l'ossatura
 delle contrade che noi studiamo. Tra le vette princi-
 pali di questa catena, cominciando dal grado 33° e men-
 do verso mezzodi, noteremo il monte Descalvado il =

passaggio di Villarica e quello di Nivibar, il monte Tote
 Gaultis, Melimoyu, Guammon, Mendolal, Maca ⁽²⁷⁾ posti
 dal grado 43 al 45; più verso mezzogiorno sono i
 monti Castle e Stokes ⁽²⁸⁾ - Oltre questa catena principale,
 vari altri monti sorgono in queste regioni. Di conside-
 -razione sono le montagne di Chasmati che cominciano
 alla costa occidentale, presso il capo S^t Andrea penetrano
 nelle terre risalendo verso il Nord-Ovest e si voltano
 poi bruscamente per correre da Nord a Sud quasi fino
 allo stretto di Magellano. Tra le cime principali che ancora
 si trovano sparse per la Patagonia, noteremo:

Vulcani - Vi si trovano moltissimi vulcani attivi,
 quali sarebbe quello di Osorno al 41° di latitudine settentri-
 onale, quello di Quochunabi - Huylaca nel 44° 20' lati-
 tudine settentrionale, quelli di Minchimavida e S.
 Clemente nel 46° di latitudine settentrionale. In molto
 più maggior numero sono aggregati i vulcani nell'ar-
 cipelago Magellanico; altri sono nelle isole Malvine.

Penisole - Tra le penisole principali sono da notarsi:
 ad oriente sull'Oceano Atlantico la penisola S^t Giuseppe;
 a mezzogiorno è la penisola di Brunswick che forma la
 punta più meridionale del continente Americano, ed è
 congiunta al corpo principale della Patagonia soltanto
 da un istmo di 15 km. tutto pieno di laghetti. La
 parte occidentale è tutta piena di piccoli penisoletti
 sfendo tanto frastagliati dal mare. Due di esse sono
 principalissime ma quasi verso il mezzogiorno, all'uscita
 dello stretto di Magellano; ^{una} chiamata terra di Guglielmo
 IV; l'altra è più in alto e prende il nome di penisola
 dei tre Monti.

Fiumi - I fiumi principali scaturiscono sul fianco
 orientale delle Ande e gettansi nell'Atlantico. Il primo

de essi, al Sud-Est dei Pampas di Buenos Ayres, è il Stenque, il quale scaturisce nelle Ande di Cuzco sul 29° latitudine settentrionale e gittasi nella Baia di Anegada; il Desaguadero o Rio Colorado, il maggior fiume della Patagonia che scaturisce sotto il 30° parallelo e dopo traversata la Laguna di Guanachaca e la Laguna Grande cade nell'Atlantico nel 59° 50' latitudine settentrionale; il Rio Negro che nasce sul declivio orientale delle Ande fra i paralleli 35° e 36° latitudine meridionale e gittasi nell'Atlantico ai gradi 41°. Il rio Limpal che attraversa da Occidente in Oriente tutta la Patagonia al grado 43° di latitudine Sud. Il Camerone che a questa parte nasce come i precedenti ad Oriente delle Ande, scende da principio dal Nord al Sud e poi sicuramente da Occidente in Oriente. Più al Sud è il fiume Deseri, che scaricasi nel porto concinno, e vari altri fiumi ed affluenti di questi non abbastanza conosciuti per l'insalubrità delle nozioni che si hanno sull'intiere delle terre.

Laghi — Nell'interno ha un gran numero di laghi due dei quali scoperti dall'inglese King e detti Cyman-Rover, e Shiring-Water, hanno una grand'estensione e comunicano fra di loro mediante un canale angusto. Nel centro un po' verso Mezzogiorno, vi sono i laghi Colaguape e il lago Copur o Vidma. Anche una particolarità che merita menzione è la disposizione della maggior parte dei fiumi che scorrono verso la costa Occidentale, di allargarsi e trasformarsi in piccoli laghi.

Clima — Pel clima la Patagonia può chiamarsi la Scandinavia dell'America. Sebbene le terre più australi del continente Americano non vadano più in là del grado 54 di latitudine Sud, il clima tuttavia è rigorosissimo. Le loro contrade è fredda e schiagge, venti =

impetuosi, e improvvisi cambiamenti di temperatura sono i caratteri del suo clima. Nella parte meridionale, per la maggior parte dell'anno la terra è coperta di neve. Direttissime pioggie vengono in certe stagioni specialmente nella parte montuosa mentre siccità sono e nelle altre parti; tutta però è esposta a venti impetuosi fieri, e correnti di venti opposti s'incontrano in quasi tutte le stagioni; e quando soffia il vento del Sud il freddo è insopportabile. I venti impetuosi ed i subitanei cambiamenti di temperatura non sono incomodi particolari della Patagonia; ma bensì caratteri inerenti ai climi dei promontorii e delle estremità di un continente qualunque. Nella Patagonia per tutte le circostanze che possono contribuirvi, trovansi riuniti al più alto grado. Tre vasti oceani separano questa terra da tutto l'universo; in essi si trova il ghiaccio a groffe mafte galleggianti, fino ai gradi 50 di latitudine Sud, ed alcune volte anche assai più su. In alcuni anni, d'inverno ai gradi 50 si trovano campi fessi di ghiaccio per tutto l'Oceano. Humboldt spiega nel modo seguente la rigidità del clima nell'America Meridionale. « La poca larghezza del continente, il suo prolungarsi verso il polo, l'Oceano glaciale la cui superficie non è interrotta ed è dominata da venti periodici i quali soffiano dal polo verso l'Equatore, correnti d'acqua freddissima e ghiacciata che si spingono verso lo stretto di Magellano fino al Perù; Numero d'alture di montagne le cui sommità ricoperte di neve elevandosi al di sopra delle regioni delle nuvole; i deserti non affatto arenosi e per conseguenza meno atti ad inaridirsi pel caldo, foreste impenetrabili che coprono le pianure equatoriali; ripiene =

di fiumi, tutte queste cause producono nelle parti basse dell' America un clima assai meno caldo a proporzione di latitudine che quello dell' Antico Continente. Approssimativamente si prova che la differenza del calore dell' America all' Antico Continente è uguale a 10 gradi di latitudine, vale a dire per es. che fa ugual calore tra noi a 40° come là ai 30° - » Questa sproporzione cresce poi ancora nella Patagonia per motivo della sua posizione e forma.

Altra ragione che spiega un poco il motivo per cui nell' emisfero Australe il calore è minore che nel settentrionale; gli astronomi la attribuiscono al più breve soggiorno del sole nei segni meridionali dell' eclitica nell' anno suo giro: vale a dire alla maggior rapidità che nell' inverno ha il moto della terra la quale allora è nel perielio, la qual cosa fa sì che il sole sta sette giorni e 18 ore meno nei segni meridionali del zodiaco che nei boreali.

I fisici aggiungono una nuova causa detta del Calore maggiore, e cercano di dimostrare che in un tempo dato l' emisfero Australe perde maggior quantità del suo calore proprio costante di quello che non ne perde l' emisfero boreale.

Regno minerale — Le alte montagne dell' Ande sono completamente di roccia dura. Viella la pietra e cospersa di pietre calcaree, grandi estensioni son coperte di sabbia e di sale. Intorno al porto Desiderato, banchi sicuri e profondi, le rocce sono composte di marmi vari di nero, di bianco e di verde, di pietre focaie e di talco lucente, che par cristallo; le conchiglie fossili formano in quelle coste banchi considerabili che sono di rara bellezza.

Regno vegetale — L'umidità costante dell' atmosfera quantunque sfavorevole a molte piante Europee, specialmente agli alberi da frutta, riduce in molti luoghi una rigogliosa vegetazione. Le foreste, che vestono i fianchi

delle montagne, per due terzi della loro altezza gareggiano per rigogliosità con quelle delle regioni tropicali, ed abbondano di legnami da costruzione; ma all'ist. delle Ande non sono che vaste pianure saline coperte di erbe e di eriche. Tra gli alberi comuni sulla costa elevata, ^{vi è} una specie di Betulla, betulla antartica, la quale acquista talvolta la circonferenza di 35 piedi e somministra ottimo legname. Una specie di palma o di felce arborescente si diffonde fino allo stretto di Magellano.

Tra i frutti propri della Patagonia due sono i principali: l'algarobe e il pechequino. L'algarobe (sco), ha l'apparenza della scorza di fagioli, e racchiude una grana molto dura. Queste frutta cotta a maturanza, pestate fra due pietre, misce in una sacchetta di pelle ed immerso nell'acqua per la fermentazione, dà una bevanda di cui facilmente s'ubbricano, procurandole loro delle forti ediche e strane contrazioni nervose. Mangiate allo stato naturale, ha un sapore piuttosto aspro, quantunque contenga molta parte zuccherina; ma dopo pochi istanti sen nutono aridità e alligano i denti a tal punto da farvi star più giorni prima di poter mangiarvi senza dolore.

Il bulca o pechequino è un piccolo frutto rosso e nero, di forma ovale e della grossezza d'un pisello, molto aggradevole e dolce. L'arborescello che lo dà, è assai folto di rami; abbonda di foglie eccessivamente piccole. Tanto i rami quanto i piccoli arborescelli sono zoppi di piccolissime spine, di grande ostacolo per coglierli i frutti. Il mezzo impiegato dagli Indiani è semplicissimo e comodo: depongono ai piedi della pianticella una pelle su cui cadono i frutti, mano mano che con un piccolo bastone scuotono leggermente ogni ramo. Vagliato accuratamente il bulca, lo mettono in sacchetti di cuoio posti su ambe-

le parti de' loro cavalli. Alla scopa del galeppo, quei frutti si ammaccano vendendo un scioppo color del vino, che viene interamente riversato in una pelle alla a contenerne gran quantità. Questa è la fermentazione, si ha un delizioso liquore che s'è assaporano con piacere la testa loro si riscalda, ma lo visceri non ne soffrono, mentre il frutto mangiato in gran quantità procura un'irritazione, alla quale gli Indiani non possono rimediare che inghiottendo molto grasso di cavallo.

Regno animale — Se la Patagonia è povera per quanto riguarda il regno minerale e vegetale, è ricca anzi per il regno animale. Essano quivi tori immense di cavalli, bestie cornute, vigogne, guanachi (specie di stammi senza corna e con una gibba sul dorso) e mandri o stammi (Americani). Sono in gran numero i caprioli, pumas, (Guazu - u d'Azara - *Ferrus campestris* di Linnæus), specie di capriolo che differisce dalla specie d'Europa per aver il petto bianco. Vi sono anche piuttosto in quantità i puma o leoni americani. Furono così chiamati perchè la loro vista incute spavento, sebbene poi quest'animale non abbia nell'andatura e nella figura nulla del leone d'Africa di cui gli Americani gli hanno dato il nome. Gli uccelli terrestri scarseggiano, ma abbondano gli acquatici, fra i quali il cigno del collo nudo (anser nigricollis) e varie specie d'anitre. Le coste sono frequentate dai lupi marini e dai pinguini; trovansi pure varie specie di crostacei, che costituiscono durante una parte dell'anno il cibo principale degli abitanti. Il guanaco, il pascu-chetto verde, la lepre pampas e molti altri animali del Perù e della Repubblica Argentina moltiplicarono straordinariamente nella Patagonia, come pure moltiplicarono sterminatamente i cavalli, i buoi, i cani che vi

furono esportati dagli Europei e che ora formano la ricchezza speci-
 -iale e quasi unica di quegli abitanti. Ma per venire ad una
 numerazione più speciale, sono da notarsi in Patagonia gli
 Quadrupedi — animali seguenti. Tra i quadrupedi; il lupo rosso (*Canis jub-
 tus*) che fa la guerra ai gallinacci; il cougar, questo tigre
 americano, che dopo essersi sotollito di sangue e di carne pal-
 pitante, cuopre di erbe, di foglie e di rovia l'avanzo della sua
 preda, per ritornarvi all'occorrenza; due specie di gatti selva-
 tici, il pascero ed il mbaracaya che danno la caccia in concorren-
 za col cougar, nelle pianure bagnate dal Rio Negro;
 la moffetta che spande un odore fetido ed insopportabile,
 quando qualsiasi nemico ad essa s'avvicina; il glouton-risor
 che si scava delle tane e che dotato delle medesime qualità
 che la moffetta, esala quando è irritato un forte odore di mus-
 chio; lo zorillo rassomiglia ai martori nelle forme snelle
 e graziose, alla pelliccia nera picchiettata da due righe
 bianche longitudinali stendentesi dalla nuca sino alla
 coda; non dimentichiamo la volpe della Patagonia che,
 secondo Caterby, non differisce da quelle d'Europa che per
 il suo pelo d'un grigio inargentato. Questo animale ancora
 più astuto di quello i cui costumi ci son noti, esce alla sera
 dalla sua tana, per andar a sorprendere il pollame nei
 chiusi. Sovente spinto dalla fame e nulla temendo da aspettarlo,
 si getta sulle covreggie di pelle non conciate, di cui gli abitanti
 fanno uso, le tagliano e le portano via. Così accade frequente-
 mente che bestiami o cavalli rinchiusi in un parco formato
 di palicciuoli e di traverse uniti da legami in cuoio, sfugga-
 no nelle tempe, liberati da qualche sferzata volpe che ha
 divorato i legami dello steccato. I Patagoni li temono
 orribilmente, raccontano di esse una quantità di fatti più
 o meno stravaganti, fino ad asserire che ve ne fanno
 di così acridamente da venire a tagliare, mentre gli =

dormono, le cozzegge a cui rispondono le loro armi poste sul
 guanciale; ancora raccontano, che una notte, una volpe, ^{la an-}
 do il quizzaglio di un cavallo per appropriarselo, abbia p-
 tuto condurre il cavallo presso la sua tana.

Non ancora citeremo, tra i mammiferi che si trovano in
 minor o maggior quantità nella Patagonia; la sarigge, la
 cui tenerezza materna è tanto decantata; essa nasconde i suoi
 piccoli nati nella sua borsa addominale, come si sa, al me-
 pericolo che le minacce. Nell'alto paese, si trovano più
 specie di animali rosicchianti, come le etenomi, che devastan-
 le pianure come le nostre talpe; dei topi ve ne sono a stormi
 innumerevoli, molti indigeni e molti condotti dai nauigh
 Europa; il guesto è un animale proprio di questi paesi e non
 s'avvicina mai ai tropici. Avviene lo stesso del leggero ^{maro}
 o lepree d'America. Questo quadrupede è rimarchevole
 per l'abitudine che ha di scavarsi profonde tane. Il suo pelo
 è d'un grigio rosso carico sulla schiena e bianco sul ventre
 verso la coda è una mezzalina che spicca bellamente col
 resto del pelo. Alcuni sono così grandi che i cani di taglia
 mezzana. Gli indigeni fanno loro caccia accanita, e vi si
 mostiano molto destri. Piccome il maro ha l'andamento
 molto irregolare e fa mille giri fuggendo, i cavalli usi a
 questo genere d'esercizio, fanno uguali evoluzioni; di maniera
 che, allorchando non si è abituati a questi maneggio, si è
 fatto atterati dalla sella. Ma gli Indiani, vi sono così
 accostumati, che seguono tutti i movimenti del cavallo, ed
 arrivano a stancare la lepree al punto di poter, senza por-
 piede a terra; afferrarla per le orecchie e portarla via.

In Patagonia non si trovano nè scimmie
 nè jaguar; quest'ultimo più bello o più grande di
 tutti i gatti; dopo il tigre, non passa mai al Sud
 delle montagne del Tandil

Ora i mammiferi selenitati, non possiamo passar sotto silenzio
 il pichi. Gli animali di questa famiglia sono rimarcabili per
 il guscio scaglioso e duro che li ricuopre, hanno il muso acuto,
 grandi orecchie, unghie sporgenti, quattro o cinque dita sul
 davanti, e cinque di dietro. Si scavano stanze sotterranee, e
 vivono di vegetali e di insetti. Il pichi è un piccolo animale,
 grazioso, famigliar molto, affatto inoffensivo, e molto ricercato
 per la sua carne che non sarebbe certamente rifiutata
 sulle tavole più sontuose d'Europa. I Pauchos ed i natu-
 rali, li fanno cuocere posandoli sopra dei carboni ardenti
 dalla parte del guscio, e quando è sufficientemente arrostito
 le scaglie si staccano molto facilmente. Non è cosa rara in-
 contrar dei pichis nelle case dei coloni, dove divertono per le
 loro gentilezze e le posture singolari che talvolta prendono.

Le paludi del Rio Negro servono di rifugio ad una gran-
 de quantità di pecaris a collar ovvero signali d'America,
 animali indomesticabili in questo paese come altrove. Una
 specie di cervi detti guacule è anche molto comune nella Pata-
 gonia, ma è meno interessante che il guanaque, la cui carne
 e soprattutto la pelliccia sono così preziose agli indigeni.

Quest'ultimo animale, che è considerato da alcuni na-
 turalisti non esser che il lama in stato selvaggio, è nell'Am-
 erica il rappresentante dei camosci di oriente. Ricevero parve
 gonato, per la sua forma esteriore ad un asino, con gambe e collo
 più lunghi. Si trova in gran numero, in tutte le parti tempe-
 rate dell'America del Sud; dalle isole boreali della Terra
 del Fuoco fino alle montuose regioni della Plata ed anche
 fino alla Cordigliera del Perù. Benchè preferisca i luoghi
 deserti, abita nondimeno le paludi della Patagonia meridio-
 nale. In general, questi animali vanno per piccoli stormi
 di dodici a trenta; nulladimeno, sulle rive siltentionati,
 dello stretto di Magellano, si riuniscono in stormi numero-

e fitti. Un tratto particolare del carattere di questi quadrupedi è la voracità. Quando per caso si trovino in faccia ad un guanaco solo, invece di fuggire, come il comportabile il suo istinto selvatico, si ferma e vi opera con attenzione: dopo un istante, ripiglia la sua corsa, e poi si ferma ancora per mirarvi. Si prendiamo poi qualche positura singolare, per esempio se ci stendiamo a terra tenendo le gambe per aria, egli s'avvicina per riconoscere l'oggetto singolare che ha scorto di lungi. Parecchi viaggiatori per prenderli hanno fatto uso di queste stratagemme con felice successo. Se ne vidono anche alcune sulle montagne della terra del Fuoco. Sono suscettibili di educazione e divergono molte volte molte fregiate in alto =
 ma sono oltre misura sfrontate; non ha alcuna idea della difesa naturale ed usole come è sufficienti a rinviare nonostante la sua grossezza. Allorquando riuniti in branchi sono spogliati da uomini a cavallo, si stendono di letto e fuggono =
 distancamente, senza sapere ove dirigersi. I guanachi si gettano volentieri nell'acqua, nello stretto di Magellano passano da un'isola all'altra. Dicono nel suo viaggio ne ha visto di quelli che bevevano l'acqua salata, e gli ufficiali del vascel =
 le inglese la Beagle ne hanno visto un'intera mandra che sembrava bere l'acqua contenuta in una salina del Lago Branco. Del resto se non potessero sopportare l'acqua salata, in certe parti della Patagonia rischierrebbe di non di sé. Durante la giornata, sovente si ravvolgono in buchi pieni di polvere. Queste animali hanno un'abitudine che pare inexplicabile; fanno tutte le loro bisogni nello stesso luogo. Qualcuna di questi pillacoli ha fino ad otto piedi di diametro, e si compone necessariamente di ~~di~~ grande quantità di concime. Prozier nota che quest'abitudine è comune ai lama; dice che è di grande vantaggio per gli Indiani, che impiegano gli escrementi, del guanaco come combustibile.

Il signor D'Obigny conferma quest'osservazione, ed asserisce che tutte le specie di questo genere, cioè i lammas, i alpacas e le vigonias sono dotate di questo singolar costume.

I guanachi sembra che scelgano certi luoghi piuttosto che certo altri per morarvi. Si vede, sulle spiagge del Santa-Cruz, per esempio, il suolo bianco da ogni parte, principalmente nei luoghiospugnolosi e vicini alla riviera. Questi spaurimenti non offrono alcuna traccia di rottura, ciò che sarebbe stato tutto al contrario, se i guanachus fossero stati divorati dalle bestie feroci. Lo stesso fu osservato sulle rive del Rio Gallegos. Non si può asseguare alcuna ragione a questa abitudine; ciò pertanto si da notare che, quando un guanaco si ferisce, si dirige sempre verso un corso d'acqua che scorre nei dintorni. Questi fatti possono servir a spiegare qualche volta la presenza d'osparimenti intatti in una caverna, o seppelliti sotto strati alluviali; possono così mostrarci perché i resti di certi mammiferi si trovano più frequentemente che quelli di altri specie, nei terreni sedimentarj.

Indipendentemente dai quadrupedi che noi abbiamo enumerato, si trovano nella Patagonia dei buoi, dei cavalli dei montoni che i coloni Europei vi hanno successivamente condotti e naturalizzati. I buoi specialmente alimentano un commercio attivissimo di carne salata. Specialmente nei dintorni di Carmen se ne alleva un numero straordinario. Anche i cani condotti colà dagli Europei si moltiplicarono straordinariamente e se ne trovano in quantità anche al mezzogiorno della Patagonia e nella terra del Fuoco.

Uccelli.— Gli uccelli sono in grande numero nella Patagonia; ma non ve n'ha alcuno che abbia le piume brillanti e variate come le specie che abitano le parti centrali dell'America. Lo strazzo che si trova a stormi numerosissimi nel Nord, è più =

piccolo di quelle d'Africa, ed ha anche con quelle notevoli
 differenze. Esso ha quattro dita ai piedi, tre davanti ed una
 dietro grosso e tonuto; le sue piume sono grigie in tutta la
 lunghezza del dorso, ed ha la testa fitta come quella di
 un'oca. Il suo nome indigeno è nandu. In Ottobre ed
 in Novembre fa le uova in luoghi più segreti e si limita
 a covarle notte tempo e questo carattere si ripartito dal
 maschio. Gli abitanti dicono che quando la covatura ter-
 ca il termine, rompe le uova non feconde, per attirare intor-
 no a se delle mosche, perché servono di nutrimento ai
 pulcini. Un altro tratto caratteristico di questo uccello è la
 sua estrema curiosità. Nelle state domestiche sovente viene
 a mettersi in mezzo ad un male di persone che conversano
 per guardarle, allo stato selvatico quest'istinto singolare
 le è stato sovente fatale, imperocchè non a riconoscere tutto
 ciò che gli pare straordinario ed il congiarsi lo sorpren-
 de poi allorquando non gli può più fuggire per mezzo della
 fuga. La carne dello struzzo è molto ricercata dai nativa-
 li, e Gauchos non mangiano che il petto che appellano
 picanilla. Le uova si vendono non solo nel paese, ma
 ancora a Buenos Ayres ed a Montevideo. Le penne
 del nandu non possono essere paragonate, nella bellezza, a
 quelle dello struzzo africano, e non servono a far altre che
 spazzole. A Buenos Ayres, e presso gli Indiani Mexici,
 si tingono in brillanti colori. La caccia di quest'uccello
 si fa a cavallo, e gli abitanti di Carraca di Patagonia,
 vi si mostrano d'ordinario destri. Lo struzzo non è così facile ad
 avvicinarsi, imperocchè corre con una quasi incredibile rapi-
 dità. In tempo, appena che si sente, spronare il cavallo a
 gran galoppo nella sua direzione, per giungerlo al primo
 istante, altrimenti invano si stancherebbe la cavalcatura
 col seguire l'agile nandu nei mille giri che fa senza

stancarsi momentaneamente, per scovare il cacciatore. Appena che il Guicho è ad una convenevole distanza, gli getta i suoi bolas, colla cui corda lo attortiglia e lo prende. Calvolta vedendosi circondato, cerca di allontanare i cavalli, puzze e chiodi con una specie d'unghia terminale di cui son fornite le ali; e quando ha perduto ogni speranza di salvezza, si getta tra le gambe dei cacciatori, che spaventati, se ne staccano di sella sulla sabbia i cacciatori mal fermi. Allora fugge di nuovo in linea retta; ma altri nemici lo colgono di nuovo e fondono per avvolgerlo intorno alle lunghe sue zampe con l'ultima bola, che arresta definitivamente la sua corsa. Lo uccide di subito, ed il cacciatore gli taglia le ali, che appende poi, in segno di trionfo al collo del suo cavallo. Questo è uno spettacolo dei più interessanti per lo straniero, ed anima singolarmente le deserte pianure della Patagonia settentrionale.

Il Signor D'Orbigny ha scoperto in questo paese un'altra specie di struzzi, cui diede il nome di rhea pennata; e crede che sia questo e non il nandu che va fino allo stretto di Magellano.

Il numero degli uccelli di rapina è considerabile in Patagonia; il formidabile condor lo cui ali gigantesche giungono fino a quindici piedi d'innalzatura, ossia è venerato dagli Incas del Perù, come fu lo sparviero dagli Egiziani; rasenta d'un maestoso volo gli alti picchi del littorale. Questo colosso alato ha dei convenevoli impieghi nel catharte auro e nel catharte urubu. Il primo detto anche vultur auro è una specie di avido avvoltoio, che spando intorno a lui, un odore insopportabile di putredine. L'urubu è una varietà del precedente, ed il suo odore, come il liquore che sgorga dalle sue narici, hanno grande analogia =

col muschio, mescolato tuttavolta d'un' orribile puzza di
carne marcia. Questi uccelli se ridunano a centinaia
sui corpi morti, e sono utilissimi agli Americani, in questo
che li sbarazzano dagli avanzi infettati che rimanendo
nei luoghi umidi potrebbero dar origine a malattie endo-
miche. Quando gli urubus sono perseguitati immediata-
mente dopo il pasto stentano a fuggire al volo e rigettano il
cibo poco prima preso, non tanto forse per accelerar la *purga*
o alleggerendo il peso del loro corpo, quanto per ritardare nell'
inseguimento i caracaras che si formano per capturarle
ributtanti egestioni dei loro nemici. Il caracara, che
qui nominammo è un aquila voracissima che dimora
nei contorni delle abitazioni per gettarsi sugli avanzi
di animali uccisi, e che inseguo l'uomo centese già
desiderasse il suo cadavere. L'estate, ecco conduce il
falcone e degli uccelli notturni carunni come il *marstono*
nocuruba specie di civetta, gufo particolare alla regione
Aragellanuche. La cheveche urucurea specie di civetta
che fa il suo nido nelle tane, si trova anche di gran
nelle pianure; il bosco al contrario, uscia alla più
piccola delle civette che si doncola in pian mezzogiorno
sui flepibole rami del salice. Tra gli uccelli di minor gra-
dezza si trovano nella Patagonia: un merlo che è *invenno*
scaccia dallo stretto di Aragellano e frequenta i macchioni.
Appreso quest'ultimo vive ordinariamente il molleg-
giatore di Patagonia, uccello scroziato, il cui canto, modula-
to ora in scale cromatiche ora in melodiose cadenze, si *riparca*
dato come un'imitazione dell'usciguelo; penetra anche
nelle case e si famigliarizza al punto da non piacergli
che il suo vicinato. I carpugli celano il troglodyte sal-
tellante o cardellino, il paucato sypalaxe insettoro, ed
il legguco gobe-mouche. Le praterie del Nord Est sono =



frequentata da qualche pipra, altro insetturro che si confonde
 colla lodoletta; sulla giostra lodoletta e da un tangara,
 che può emulare per la varietà e lo splendore dei suoi co-
 lori il colibrì. Questo piccolo uccello è il solo della sua fa-
 miglia che viva nelle paludi ove si mostrano anche
 le società tropicales, dalle nere tinte o dai vivi colori, o lo
 stormello militare che deve il suo nome alle spalle ed
 al suo petto rosso. Menzioniamo ancora nell'vicinanza
 del Rio Negro più specie di rondinelle dall'agile volo,
 il gros-bec che si fa rimarcare per le sue penne intinam-
 te azzurre e per il suo collo bianco; l'anumbi, uccello
 bruno dai piedi rossi che fa risuonare gli echi del
 fiume colle melodiose sue note. Nulla di più curiosa che
 la dimora degli anumbis; essa è posta all'estremità
 dei rami inchiodati degli alberi spinosi, ovvero in mez-
 zo dei cespugli isolati; nel primo caso, la sospendono
 sovente di sopra delle acque e non è raro di vederne due
 riunite insieme. Questo nido è veramente straordinario,
 avuto riguardo alla piccolezza dei costruttori che non
 hanno che dai diciotto a diciannove centimetri di lun-
 ghezza totale; il nido ne ha fino a quaranta e rap-
 presenta un ovale allungato più largo di sotto che
 nella parte superiore. Il suo esterno è protetto da una
 quantità di piccoli ramicelli spinosi incroccicati
 con tal arte che non si possono strappare senza romperli.
 L'interno tappezzato di stracciotti, di penne, di
 erini e di paglia, è composto di due camere di cui una
 assai spaziosa, si apre lateralmente. In questo primo
 compartimento vi è come una specie di coccidio che
 sale e ridiscende nella seconda parte meglio ornata della
 prima. Nel mese di Ottobre, raddoppiano le canzoni,
 del resto lavorano costantemente alla loro specie.

dimora, che è la preoccupazione di tutta la loro vita, fuor-
-u del tempo che consacrano ai loro piaceri.

L'anabatto, uccello da cospugli i cui costumi sono
simili a quelli dell'anumbi ed il cui canto è egualmente
-te cromatico e con cadenze; l'hornero architetto che
costruisce il suo nido spirale sopra rami flessibili; l'ibis
dal grito disagiata e dal lungo becco; il Tinocore
specie che si insinua nella terra ed il cui odore bigio lo
lascia appena distinguere dal suolo e che non fugge che
quando uno gli marcia in qualche modo sopra il corpo;
le loro corone brillantemente da penne bianche, lunghe
e sottili delle quali si spoglia ogni anno e che sono di
gran prezzo, poiché quest'uccello è molto raro; qualche
-ceogna dal becco lungo e acuto; il becco-federale, che
gli antichi navigatori Spagnuoli ed Inglesi hanno
descritto sotto il nome di piccioni bianchi, ed i costumi
marittimi dei quali contrastano col loro aspetto tutto
terrestre. Tali sono le principali specie che il naturalista
può osservare in Patagonia, soprattutto in certe località
privilegiate, che sarebbe troppo lungo indicare qui. Non
tralasciamo però intanto uno dei più belli fenicotteri
abitatori di questi luoghi, il frammingo che fa il
suo nido nel mezzo delle vaste saline naturali, che bian-
che come la neve si stendono nel mezzo delle pianure le
più aride. Questi nidi, altho' volte in numero di duemila,
formano come un'oasi nevosa che contrasta in modo
singolare col lustro brillante di questi laghi di cristallo.
Ogni nido è un cono alto un piede, tagliato alla cima
e concavo al disotto per ricevere le uova. Sono tutti isolati
tra loro dallo spazio d'un piede circolare, e questa dispo-
sizione è perfettamente regolare. Questa riunione di con-
-tutti assolutamente simili e di eguale altezza, somiglia

ad una città con contrade tortuose, come quelle delle antiche nostre piazze di guerra. Il fiammingo ha le patte ed il collo smisurati in lunghezza, le penne del corpo di un bianco rosaceo colle ali color di fuoco. È incontrato a stormi numerosi; sono migratori e vanno da un lago all'altro preferendo quelle di acqua torbida immergendosi fino al ventre nel liquido per cercarvi i piccoli animali acquatici di cui sono molto ghiotti. Non si separano mai né marciarono isolati; spaventati, se ne vanno tutti in una volta e lasciano la terra, ove rappresentavano una linea egolare d'infanteria; spiegano le ali del più bel rosso, conservando sempre un ordine simmetrico, e volando formano ancora una lunga falange arenata. Al ritorno della primavera, ogni coppia, ritornata al luogo ove si era fissata l'anno precedente, ripara il suo nido, lo rifà se fu portato via dalle acque. Finito il lavoro, depongono le loro uova nella parte superiore del nido, e tutti e due li covano.

Tra gli uccelli occupanti si distinguono soprattutto i pochi dei campi e l'ara patagona specie di bel papo pagallo che si trova fino allo stretto di Magellano.

La specie dei gallinacci conta in Patagonia il lamontevole tinamo, specie di pernice la cui carne offre un picollo delizioso; le tocorolle, i piccioni che in inverno arrivano a migliaia, e finalmente l'andromena alla pernice la cui penna puntata in bianco sopra un fondo grigio danno un vero aspetto pilleoso. Quest'uccello conosciuto nel paese col nome di martinete; vive a stormi e s'asenta quasi sempre la terra, e non si alza a volo se non quando viene grandemente spaventata.

Gli uccelli acquatici conosciuti in questi paesi sono: due specie di cigni; undici specie di anitre; l'occantia

lica che viaggia fino alla Boca del Fuoco; il cormorano ed il grebe il più abile nuotatore di tutti gli uccelli di questo genere. I rettili sono in piccolo numero, ma non si rinvenno che un sol resto. Vi sono anche pesci d'acqua dolce ma solo di una o due specie. Il maggior interesse destano gli insetti. Essi sono numerosissimi, e la cosa che desta maggior considerazione, si è questa, che se ne trovano in grande quantità sulla superficie delle saline. Sono tutti inzuppati di sale, e quindi in istato di perfetta conservazione. Non si è ancora riuscito a spiegar la presenza di questi maschi d'insetti nei laghi salati della Patagonia; gli abitanti stessi e gli operai incaricati della speculazione di questi riserve serbati non hanno potuto scoprire la causa di questo fatto, che d'altronde non si avra' esplorato ancora.

Pescazione Le coste sono frequentate da balene, delfini ed altri cetacci, ai quali si dà attivamente la caccia dai bastimenti di tutte le nazioni. Queste rive sono pure popolate di anfibi alla testa dei quali molteremo due specie di foche; l'una conosciuta sotto il nome di foca a trombe, e l'altra chiamata volgarmente lione marino. La pesca di queste anfibi ha attivato per molto tempo sulle rive della Patagonia l'attività degli Europei. « I bastimenti, dice il Sig. D'Orbigny, arrivano al mare di Argots nel Settembre. Ancorano sia nel Rio Negro, sia nella baia di S. Biagio oppure nel porto dell'Ulion. Ogni bastimento conduce seco una piccola barca pel trasporto del grasso della foca e onde poter sbarcare alla riva. Stabiliscono i loro focolari in luoghi assegnati, attendono che le squadre delle foche escano dalle acque, mettendole ogni cura di non attaccarle prima che siano tutte in terra. Anzi sovente l'epoca nella quale si poteva incominciare era fissata dalle autorità del Carmine, villaggio situato presso l'imboccatura del Rio.

Sono sull'istesso punto della costa abitata da Europei. Ecco in che modo avviene questa pesca. Nel giorno fissato, ogni bastimento armato di lunghe lance di ferro e di lino, seguita le rive dell'acqua quasi per costringere le foche a ripararsi in terra; venute a terra si stornano, dai bastimenti impediscono loro la ritirata. Primi i maschi cercano di tornare nell'acqua; i pescatori di loro impediscono il passaggio e per innocenti più facilmente si dà loro un colpo sulla tromba. L'animale allora si alza sopra le sue ali e pinne, dirigendosi colla gola aperta sopra il suo aggressore e cerca mordolo, e schiacciato sotto il peso del suo corpo. Ma costui, esercitato a questa manovra, approfitta del momento per immergere la sua lancia nel petto, e disto o pronto se ritira prima della sua caduta. Sovente questo primo colpo ben diretto, lascia la foce lordita, perdente col suo sangue le sue forze; talmente che con qualche colpo ancora nei fianchi si termina di ucciderlo. Altre volte, questo primo ferite non servono che a metterla in collera; e con maggior forza s'alza di nuovo, aprendo la sua terribile gola e gettando un rauco grido. Allora la lotta diventa più difficile. Il pescatore il quale non abbia esperienza e non ritiri la sua lancia abbastanza presto, se lo vede incontanente fatto a pezzi dal petto dell'animale, o fatto in mille schegge dai suoi formidabili denti. Intanto che i marinai i più esperti si occupano di uccidere i maschi, altri con lenco di legno, uccidono i giovani che circondano le femmine; queste per tutta difesa aprono la gola, gettano gridi ed urli e si avvicinano sempre più gli uni alle altre, e vengono così uccise a colpi di lancia nei fianchi. Nessuno di questi animali muore prima di aver perdute tutte il suo sangue, a meno di fracassargli il cranio a colpi di lino. I pescatori non lasciano mai vivo alcuno degli individui componenti la truppa, tutte restano uccise, fossero pure come alcune volte avviene, più di duecento.

Quelli solo possono scappare che nel fine della carnisficina, restano
 quando prima si fanno senza aver visto. Terminata l'uccisione, i
 pescatori gettano paglia accesa sopra i corpi dei morti, per
 impedire che si raffreddino. Quelli che non sono stati sufficientemente colpiti,
 quindi procedono a farli que fare la grassia coi fornelli di spe-
 ciali preparati prima. Una grande foca ordinaria rende
 un terzo di tonnellata d'olio, mentre che abbisognano sempre
 quattro o cinque femmine per produrne altrettante. Non può dub-
 barsi che ogni foca, non possa dare almeno il doppio dell'olio, che
 se ne ricava, poichè quasi tutte le altre parti del corpo, le intes-
 tina, il fegato potrebbero servirne come il ventre, il quale ha som-
 pre uno a due piedi di grassia. Non tutte queste parti sono
 abbandonate, e si toglie solamente come più facile a portar via
 quella del dorso, perdendone così più di quello che se ne raccoglie.
 L'olio solo può dunque offrire un ramo di commercio sempre
 lucrativo; ordinariamente si vende in Europa come olio di ba-
 lena. Questo ramo di commercio è stato utilizzato dagli
 Inglesi e soprattutto dai Francesi, con tale un attento che
 finì per ridurre ogni prodotto, poichè le foche in seguito
 della sterminata guerra che loro si faceva, abbandonarono
 i paraggi di Buenos Ayres e della Patagonia. Non si può
 calcolare meno di duemila tonnellate la quantità d'olio che si
 esportava annualmente; e se si calcola che venti foche a
 tromba, maschi e femmine non producono più di una tonnellata,
 si vedrà che dovevano essere uccisi tutti gli anni qua-
 rantamila di questi anfibi.

Così finisce la storia fisica e naturale della Patagonia
 che si è creduto bene di mettere perchè può servire di grande
 schiarimento alle cose che qui in seguito si vengono dichiarando.

Parte Seconda

Storia della scoperta della Patagonia. e degli stabilimenti Europei in della Regione

Spedizione di Magellano — Erano appena trascorsi 25 anni dacchè Colombo aveva scoperta l'America, e già essa era quasi intinamente percorsa ed esplorata. Non si conosceva però ancora come essa, questo nuovo continente, terminasse dalla parte di mezzogiorno. Alcuni credevano che le sue terre si prolungassero fin verso il polo australe, altri sostenevano che spingendosi nella navigazione giù fino ai 40 oppure 50 gradi di latitudine sud, si troverebbe un passaggio per andare nel Grande Oceano che è dall'altra parte dell'America, senza esser costretti a discender dai bastimenti. L'opinione più comune era che le terre dovessero finire e che questo passaggio si sarebbe ritrovato; ma i molti viaggiatori che lo cercarono non ardirono andar più giù del grado 32 e 33 di latitudine: esse venivano fino al fiume della Plata dove si fonda Buenos Ayres. Ma nell'anno 1517 il Portoghese Magellano persuase che questo passaggio dovesse trovarsi, andò ad offrirsi al cardinal Ximenes che in assenza dell'Imperator Carlo V governava la Spagna, offrendosi di visitare le grandi possessioni della Spagna in Oriente passando a Mezzogiorno dell'America. L'Imperator Carlo V udendo così risolute e persuase che si troverebbe questo passaggio, dopo d'averlo fatto aspettare due anni, lo nominò capitano generale di una squadra di cinque navigli, e con essi Magellano partì per compiere il primo viaggio attorno al mondo. L'imbarco fu a Siviglia il 10 Agosto 1519. Arrivato nel Brasile il 24 =

Dicembre, Magellano spinge nuovamente le vele e costeggiando il
 continente della costa di Arzobispo, arrivò alla foce del gran
 riviera (Rio della Plata) ove era da poco successo il luttuoso caso
 di Giovanni de Vels che fu divorato coi suoi compagni dai selvag-
 gi. Nessuno fino a quel tempo era andato più in giù; ma egli
 continuò a navigare ad Austro mantenendosi sempre vicino alla
 costa scoprendo così sempre nuove terre. Molte furono le vicende
 a cui dovette soggiacere; ma esse resistette alla furia di terribili
 incagli, a varie rivoltelle che fecero i naufragi i quali lo segui-
 vano e giunse felicemente ad un porto nel quale si decise
 di svernare per aver miglior campo a visitare per terra varie
 provincie dell'interno della Patagonia e con le navi visitare
 con maggior comodo le coste allegue. Il porto a cui sbarcarono
 fu chiamato di S. Giacomo ed i uoltosi svernamenti puniti;
 (Era di Maggio, cioè sul finire dell'autunno nell'emisfero
 australe). Per i due primi mesi che gli Guaguandi stettero in
 queste regioni amici non videro anima viva, ma finalmente
 presentefsi un selvaggio, e poi altri, tutti di gigantesca statur-
 ra; e perchè erano vestiti e calzati di pelle; Magellano li chia-
 mò zampe d'orso, e Patagons (ovvero in spagnolo Patagons)
 nome che rimase a quei popoli, senza però che essi si chiamino
 così; Anzi essi non sannoppuri di esser chiamati Patagons
 e che la terra che abitano si chiami Patagonia dagli Europei.
 La nave detta S. Giacomo spiccata all'apparire della pri-
 mavera per esplorar la costa, naufragò in mezzo ai ghiacci.
 Addì 21 Agosto 1520, dopo cinque mesi di svernata d'orno-
 ra in quei luoghi, quattro navigli che rimanevano, spingate
 nuovamente le vele e seguendo sempre la costa, si diressero
 ad Austro. Ma la stagione continuando ancora molto fredda
 e tempestosa, Magellano condusse la squadra alla foce del
 fiume di S. Croce ai gradi 50 di latitudine, per trattarsi
 ancor qui un paio di mesi ad aspettare occasione più propizia.

In questa dimora dovette nuovamente soffrir spai; tuttavia la fermata gli diede sempre maggior campo di visitare le coste della Patagonia, ed anche di potersi inoltrare per vari miglia nell'interno. Addi 21 Ottobre finalmente poté proseguire il viaggio, e dopo breve tempo trovò un promontorio che chiamò delle undici mila vergini perchè quel giorno è lor consacrato, e lo stretto cui dava adito, dal nome del suo scopritore fu ben presto chiamato stretto di Magellano col qual nome ora è ordinariamente conosciuto. Una terribile burrasca che si scatenò in quello stretto e che durò quasi disgiornate continue pose in periglio perico- lo tutta la squadra; ma come piacque a Dio cessò la tempesta e poterono arrivare ad un promontorio da cui scoprirono il mare aperto dall'altra parte. Il promontorio fu chiamato capo Desiderato ed il mercoledì 28 Novembre la squadra di Magellano ridotta a tre navi entrò nel gran mare che in seguito fu chiamato Grande Oceano o Mar Pacifico. Qui si navigò tre mesi e 20 giorni senza vedere neppure il più picco- lo scoglio, ma in seguito continuando sempre il suo viaggio incontrò un numero straordinario d'isole che chiamò semplicemente isole dell'Oceano ed ora formano la quinta parte del mondo conosciuta sotto il nome di Oceania. Visitò molte di queste isole; ma arrivato alle isole Filippine, disgraziata- mente prese parte alle guerre che perpetuamente regnavano fra quegli isolani e vi morì in una pugna successa il 27 Aprile 1521. I vincitori ne vollero rendere il suo corpo. Allora al- cuni poco dopo furono mazzacrati ventiquattro Spagnuoli o fu- loro presa una nave; perciò i superstiti dovettero in fretta par- tirsene e non fecero posa fino a Borneo da cui imbarcati arri- varono alle isole Molucche il 6 Novembre 1521. Qui i Portu- ghesi venuti da ponente furono incontrati dagli Spagnuoli venuti da levante; gli Europei avevano adunque compiuto il giro del globo. I compagni di Magellano superstiti di-

divastati, ripreso il loro cammino approdarono in Spagna il
6 Settembre 1522 dopo tre anni e più di viaggio. Erano par-
ti con cinque navi e tornarono con una. Partirono 257 uomini
e tornarono 18, la maggior parte ammalati. « Dalla nostra
partenza, dice Pigafetta, in fino al nostro ritorno contammo
avere percorso 14.460 leghe e fatto l'intero giro del globo
procedendo sempre da levante a ponente. Itincammo, e tutti
in camicia e a piedi scalzi andammo con un core in mano
a visitar la chiesa di Nostra Donna della Vittoria e
quella di S^{ta} Maria d' Antigua come avevamo promesso
di fare nei momenti di maggior periglio ».

La storia dell'ave vedute in questo viaggio fu stesa per
ordine dello Imperatore Carlo V, dallo storico Pietro Martire
il quale la dedusse da tutti i documenti, giornali ed appun-
ti che furono levati a bordo delle navi che servirono per que-
sta spedizione. Ma sfortunatamente nel saccheggio di Roma
del 1527 l'unico manoscritto di questa storia mandato al
Papa rimase avso e la memoria di così grande impresa sar-
desi perduta col tempo, se non ne avesse scitta una curiosa e
particolare relazione un colto gentiluomo di Vicenza chia-
mato Antonio Pigata; il quale curioso di vedere agli occhi
proprii le cose maravigliose che dell'Occano si raccontava-
no, aveva accompagnato l'ardito nocchiero in questo viag-
gio. Com'è naturale in questa relazione raccontandosi
per la prima volta cose tanto maravigliose ed a tutti
sconosciute, l'autore cadde in vari errori ed in alcuni
particolari esagerò le linte delle cose che raccontava, special-
mente per ciò che riguarda la Patagonia; questo tutto non
non toglie che il fondo dell'opera come scitta da chi vide
le cose, perda il suo pregio. La cosa che fece venire in diva-
dito la descrizione di ^{Pigafetta e che} Magimiliano Transilvano il quale
Pigafetta si è dato tradusse nella sua opera quella del ^{Magimiliano} ~~Vincenzo~~

ripetendo specialmente le sue esagerazioni e ve ne aggiunse ancora
 altre di proprio capo. Gonzalo Fernandez Oviedo poi scrivendo
 una storia generale e naturale dell'Indie, ripete le esagerazio-
 ni dei due primi aggiungendovene varie di proprio capo.

Esponde questi le sole opere sulla Patagonia che ebbero per
 qualche tempo corso generale, indugiare molti autori in crean-
 e fecero perder fede alle cose che raccontavano i pirimi naviga-
 tori, le quali sebbon vere parvero false perchè già maravi-
 gliose per se, erano unite con le favole al tutto incredibili
 che costoro vi avevano aggiunte. Erà le altre cose per esempio
 esagerando l'altezza dei Patagoni, Oviedo diceva essere
 ne di quelle che son alti tre pedicche, e che un Europeo pe-
 quante grande fosse non arrivava, alzando il braccio, alla
 vita di un Patagoni.

Nuovi Esploratori — Dopo di Magellano la Patagonia per molto tempo non
 fu più esplorata. La Spagna avrebbe voluto porre degli
 stabilimenti in vari punti, ma la difficoltà di approdar
 nei suoi porti e la poca sicurezza che essi offrono, fecero sì
 che gli Europei rinunziassero a stanziarsi sulla sua costa.

Nel 1578, gl'Inglese ricomparvero bensì sul sud di
 questo paese fin allora esclusivamente esplorato dai nau-
 gatori Spagnuoli, ma visitati molti punti si ritirarono
 disgustati dall'ospitalità delle terre e non lasciarono
 segno di se. Tuttavia le fantastiche asserzioni di alcuni
 altri viaggiatori decisero il governo Spagnuolo a tentare
 di nuovamente porre uno stabilimento in quel paese, poi-
 ché sulla fede di qualche entusiasta, si sperava di trovare
 città considerabili, edifizii magnifici e immense ricchezze.
 Nel 1582 adunque, un assai gran numero di Spa-
 gnuoli furono sbarcati sulla parte orientale della
 penisola di Brunswick che è la punta più meridionale
 del continente Americano, nel luogo che ora si chiama

porto della fiamme. Questi avventurieri comandati da Giammo-
to e da Diego Flores per cominciare l'opera della civilizzazione
ne gettarono le prime fondamenta della città di S. Filippo.
Fu allora solamente che s'accorse che questa terra la quale
secondo che era loro stata dovuta doveva essere il vero paese
della Buccagna, era sterile ed insospitata. I viveri che si era-
no portati, ben presto consumarono ed il freddo cominciò a farsi
sentire nel modo il più terribile. Pazientemente risolve d'andare
a cercare delle provvigioni nella colonia del Nord; s'imbarcò, fece
più volte naufragio e fu preso dagli Inglesi che lo ritennero pri-
gioniero. Trattanto i quattrocento sfortunati coloni che atten-
devano il suo ritorno morirono di fame, di freddo e sotto le
armi degli indigeni. Ridotti a 25 prese il partito di
cercarsi per terra un luogo più propizio e dove avrebbero
con cui sostenere la loro miserabile esistenza. Partirono, ed
il solo che non li volle seguire non li vide più ritornare.
Epo poi fu trovato circa quattro anni dopo sulle rive della
città nascente dal corsaro Cavendish che lo condusse pri-
gioniero. Dopo d'allora la Spagna disgustata da
queste spedizioni troppo azzardate, si contentò degli stab-
limenti che aveva fino al Rio della Plata. Per vari anni
gl'Inglesi furono i soli che visitarono i vari punti dello
stretto di Magellano. Cavendish approdò più volte al porto
Desiderato; Gio. Chidley nel 1591 gettò l'ancora nel porto
della Fiamme, muto testimonio del disastro della colonia Spa-
gnuola; tre anni dopo Riccardo Hearckins solcò le acque
del porto S. Giuliano.

Ben presto gli Olandesi, i quali anche aspiravano all'im-
pero del maro comparvero su queste coste ancora così poco conosciute.
Gebald di Woert, Simon di Cord, Olivier di Noord e Spilberg
s'innoltrarono nel terribile stretto e visitarono alcuni luoghi
della Patagonia meridionale.

Nell'anno 1611 gli Spagnuoli osarono entrare sul territorio Patagonico partendo da Buenos Ayres e traversando la Pampa. Questa spedizione condotta da Jeronaudorias de Saavedra diede occasione agli indigeni di apprezzarsi che gli Europei non sono invincibili malgrado i loro formidabili mezzi di distruzione. I soldati Spagnuoli ed il loro capo caddero nelle mani dei Patagoni e non ne uscirono che a gran pena.

Nel 1615 due Olandesi, Semain e Schouten scopersero quello stretto che poi portò il nome del primo di questi viaggiatori; l'esistenza di quel passaggio sorprese ai geografi di quel tempo che lo stretto di Magellano non era il solo, com'essi credevano, per cui si potesse passare onde andar dall'altre parti dell'America, che era l'Oceano Atlantico non comunicava con solo una bocca col Grande Oceano.

Nel 1618 gli Spagnuoli gelosi di questo successo di cui tutti l'onore veniva agli Olandesi, incaricarono Garcia di Nodal d'explorare nuovamente quel passaggio e sei anni dopo un Olandese, Giacomo l'Oronita, costeggiò l'estremità meridionale della Terra del Fuoco.

Alla fine del secolo XVII questi tre australi furono di nuovo visitati da due Inglesi, Hartonough e Wood; infino dopo un certo periodo anche i Francesi si avventurarono in queste regioni che fin allora non conoscevano ancora. Dal 1696 al 1712, Degenes, Beaucherne-Gouin e Frezier vi comparvero successivamente. Dopo questa ultima epoca, i naviganti più celebri del XVIII secolo, quali furono ad esempio Anson, Byron, Bougainville, Wallis e Cook, esplorarono i paraggi della Patagonia e della Terra del Fuoco.

Colonizzazione — I buoni successi dei Gesuiti nel Paraguai e nel Perù in fatto di colonizzazione ispirarono alla Spagna l'idea di confidare a due di questi religiosi, i Padri Quiroga e Cardiel, la missione di fermare un nuovo stabilimento su quel punto

della costa Patagonica che loro sembrerebbe più favorevole. Questo tentativo che ebbe luogo nel 1745 non produsse alcun risultato, ed il rapporto che ne fece i due Gesuiti non fu di natura che dovesse incoraggiare per l'avvenire simili prov. Tuttavia dopo che l'Inglese Falkner il quale aveva vissuto lungo tempo nelle Pampas, pubblicò una descrizione delle loro Stagioni nelle
 La Spagna spaventata dalle intenzioni manifestate dall'Inghilterra di mettere sopra stabilimenti nelle loro Australi dell'America, si pose sul serio a voler fortificare i punti principali del littorale Patagonico ed a creare colonie.

Lo stabilimento di S. Giuseppe fu, in conseguenza di ciò, fondato nel 1749, ma una grande epidemia sforzò i coloni a rifugiarsi in Monte Video. Nello stesso anno ebbe luogo una prova più fortunata di colonizzazione nel luogo dove si chiamava il villaggio del Cammino Curruco, a qualche lega dalla foce del Rio Negro. Nel 1780 un'altra prova di colonizzazione fu tentata da Francesco Vidua al porto di Guibarro, si costruì un forte con alcune caserme e si diede a questo luogo il nome di Florida Bianca. Il porto Desiderato vide quasi nello stesso tempo cominciare un altro stabilimento. Questi vari sforzi, i quali indicano chiaramente il progetto ben concertato d'affiancare il possesso della Patagonia alla corona di Spagna non ebbero successi soddisfacenti, poichè la Spagna fu costretta nel 1785 d'abbandonare tutti i punti occupati dai suoi nazionali, eccettuato solo la colonia nascosta sul Rio Negro, cioè il forte del Cammino.

Francesco Vidua incaricato di dare a questo stabilimento tutto lo sviluppo e l'importanza di cui pareva suscettibile, compì da un caccia il corso del fiume dall'imboccatura fino a S. Gavio, e seppe così bene attirarsi la confidenza degli indigeni, che ebbe la soddisfazione di vedere questi uomini così fieri e così gelosi della loro indipendenza, aiutarli volentieri

lioni alla costruzione del forte di Carmo che ben presto servì di riparo agli abitanti fino a quel punto costretti a ripararsi nelle caverne. Nel 1781 il vice re di Buenos Ayres cedendo alle sollecitazioni di Vidua si decise d'invia a Carmo una guarnigione di 134 individui venuti dalle montagne della Gallizia in Spagna. Da questo punto la colonia acquistò una vera e reale importanza.

Nel 1782 il piloto Basilio Villavino fu incaricato di montare il corso del fiume onde cercare un passaggio al Chili per mezzo del fiume Mendoza che si credeva un affluente del Rio Negro, ma questa spedizione interessante dal punto di vista geografico non aveva alcun vantaggio materiale per la colonia di Carmo.

Culto riusciva prosperamente nella colonia del Rio Negro, quando Gio: della Pietra nominato nel 1784 comandante di Carmo ebbe la folle idea di muover guerra alle nazioni indigene ed attaccò il Cavico la cui alleanza cogli Spagnuoli aveva fin allora favorito il benessere dello stabilimento.

Il piccolo esercito del De- Pietra commise in questa malagurata campagna crudeltà degne dei selvaggi che ne erano vittime. Tutto ciò che capitava avanti gli occhi degli Spagnuoli fu, senza distinzione di sesso e d'età, spietatamente massacrato; ma gli Indiani non tardarono a prendere la loro rivincita; ed i compagni del De- Pietra dovettero fuggirsene decimati e spaventati a Buenos- Ayres. Fu allora solamente che gli Spagnuoli poterono apprezzare tutta l'estensione dell'errore che avevano commesso, peichè questa lotta sanguinosa fu il segnale di una serie di ostilità alla quale nessuna concessione poté metter termine. Ciò nonostante la colonia si mantenne in grazia delle forze che la Spagna vi mandava. Il commercio divenne anzi più attivo in seguito dell'abbondanza del sale raccolto nei dintorni del villaggio.

La Colonia di Giuseppe fu più infelice. L'imprudente condotta di un capo Spagnuolo, occasione la sua ruina, quando cominciava a camminar sulle tracce di quella di Rio Negro, e che contava già ventimila capi di bestiame. Ecco in che modo il signor D'Obigny racconta questa sanguinosa catastrofe, e dettagli della quale gli venne raccontati da uno dei tre Spagnuoli risparmiati dai selvaggi, e gli Indiani loro vanò commercio allora negli stabilimenti, e cercavano ogni modo di rendere ai coloni molti piccoli servizi. Avvenne che tre soldati di Carmen disertarono e se ne fuggirono presso gli Indiani. Il Comandante richiese di poterli cercare e ricondurli al dovere e disertori. A questo scopo offese gradi di ricompensa ai Cacichi Patagoni che se ne incaricassero. Stimolati dalla sete del guadagno dice di questi ultimi si misero sulle tracce dei fuggiaschi e dopo qualche tempo ritornarono con due dei soldati Spagnuoli, chiamando quanto si doveva loro promesso. Il Comandante Spagnuolo con la maggior parte de' suoi compagni, considerando come nulla ogni parola data agli Indiani, non fece alcun caso della giusta domanda dei Cacichi. E fu insistere, ed egli per sbarazzarsene, loro disse alla fin di andarli a S. Giuseppe ove il sergente era incaricato di dar loro gli oggetti promessi. I Cacichi fecero questo viaggio, ma trovarono che non solamente il Comandante dello stabilimento non aveva niente a dar loro, ma non aveva neppure ricevuto ordini alcuno a questo riguardo. I Cacichi irritati ritornarono al Parronino e improvvisarono al Comandante d'aver mancato alla fede data. Costui si risentì che gente barbara osasse farli improvvisi, si adontò le minaccie colla canna e li fece scacciare dal forte. I Cacichi coll'odio in cuore, risolvettero di vendicare questa offesa a qualunque prezzo. E sendo il Parronino troppo bene difeso per poterlo attaccare, difumularono ed =

atteseo il momento favorevole all'esecuzione del loro disegno.

Non sapevano precisamente chi dei due li ingannasse, il Comandante del Carmine od il sergente di S. Giuseppe; ma trovandosi quest'ultimo luogo più accessibile, risolvettero di dirigersi ivi.

Nelle tribù Patagoniche si riunirono, marciarono alla Penisola, s'accamparono sui dintorni, ed un giorno di festa, mentre tutti gli abitanti del villaggio erano disarmati, nella piccola cappella a sentire la Messa, li accerchiarono e li massacrarono. Tre Spagnuoli soltanto poterono scappare a questa carneficina, e dovunque il loro scampo all'amicizia che avevano per loro alcuni degli Indiani. Lo stabilimento fu interamente distrutto, le case abbruciate ed una parte del bestiame involato.

Il villaggio di Carmine che prima era destinato a diventare un bagno o galera pubblica, divenne invece un riparo di ladri.

Verso l'anno 1809, nel momento in cui i Creoli di Buenos-Ayres cominciarono il movimento d'insurrezione, che occasionò l'espulsione della monarchia Spagnuola dalle Americhe, cinque rivoluzionari dei più pronunziati e coraggiosi furono esiliati in Patagonia dal Vice-Re Seniors. Dopo di questo fatto gli esempi di simili deportazioni per cause politiche vi si sono rinnovate assai frequentemente. Ma si finì per abusare in tutt'altra maniera della facilità e vantaggi che offriva sotto questo rapporto la locanda del Carmine, poichè vi si mandarono i condannati a cui la clemenza dei giudici faceva grazia della vita. Se comprende a qual punto l'invasione disgraziata di una simile popolazione ha dovuto influire sopra la moralità dei coloni di questo stabilimento.

Secondo tutto ciò che ci resta a dir degli stabilimenti Spagnuoli in Patagonia, e relativo al Carmine, noi crediamo dover prima di passar oltre, dare in qualche linea la descrizione di questo villaggio, specialmente perchè in esso i Salesiani coll'aiuto Divino sperano di aprire una Casa di educazione.

in modo particolare destinata a ricoverare i fanciulli più al-
-donati.

Descrizione del villaggio del Carmine —

Il paese del Carmine presso i Patagoni è situato sopra la
linea che secondo la maggior parte dei geografi separa la Pa-
-tonia dalle Pampas delle di Buenos-Ayres, cioè sul primo Negro
presso il grado 41 di latitudine australe. È dominato e protetto
da un forte di forma quadrata che domina i dintorni e la corren-
te della riviera ad una certa distanza della Borgata. Ancorché
— questo — stabilimento, il solo rimasto in piedi sulle coste
della Patagonia, sia collocato a sei leghe dall'imboccatura del
fiume, nonostante le navi anche le più grosse possono remonta-
re il fiume comodamente ed ancorarsi con sicurezza nelle sue
acque tranquille e profonde. L'aspetto del Carmine è agreste
e nello stesso tempo pittoresco. I sentieri piangenti che om-
-breggiano le rive del Rio Negro, i terreni d'alluvione i quali
dall'una e dall'altra sponda, offrono una lunga striscia
di verdura, gli alti dirupi che alzano qua e là le loro vette
senza vegetazione, ed i cui fianchi coperti di tenui vegetali,
sono tappezzati di alberi viaggianti, tutto questo fresco paesaggio
che si spiega e si stende lungo la grande arteria che divide la
Patagonia dal resto del mondo, presenta uno strano contrasto
coi circostanti deserti.

La popolazione del Carmine può elevarsi a cinque o
seicento abitanti. Alcuni di essi sono discendenti dei primi
coloni, agricoltori, o allevatori di bestiami, venuti quasi tutti
dalle montagne della Castiglia; altri sono commercianti d'ogni
nazione, o negri schiavi impiegate come operai nei diversi sta-
-bilimenti, altri finalmente sono Gaucho esigliati per delitti
dalla Repubblica Argentina.

Il clima, dice D'Obigny, vi è temperato abbastanza,
almeno durante una parte dell'anno, ed estremamente salubre.

Nel Cammino gela pochissimo, non nevica mai. Ciò nondimeno vi
 fa generalmente più freddo che nei luoghi situati alla stessa dis-
 tanza dall'equatore, nella zona boreale. Soprattutto le notti
 sono estremamente fredde, a cagione dell'assenza del sole che
 lascia libera l'influenza del vento, solo flagello di quel punto più
 privilegiato. Presso i Patagoni puore molto raramente; i venti dell-
 Ovest che producono la siccità soffiano quasi continuamente.
 Questa siccità è tale nella Patagonia, in generale, che la pioggia
 quasi immediatamente si evapora, tanto che i cadaveri
 degli animali si seccano al contatto dell'aria, e restano così
 durante molti anni sul suolo stesso senza decomporre.

Il commercio del Cammino consiste in sale raccolto nelle
 saline naturali; in cuoi, lana di montone, carne salata, grani,
 pelli, piume di nardie, frutta come mele ed uva, olio di foca
 e prosciutti i quali sono grandemente stimati a Buenos-Ayres.
 Gli abitanti fanno pure un commercio attivo cogli Indiani,
 e quasi a questo effetto vengono in folla nelle vicinanze dello
 stabilimento. Per alcuni pezzi di vetro rotto, aquavite e tabac-
 co comperano ai Patagoni i ricchi tappeti che essi fabbricano
 colle spoglie dei guanachi, delle volpi, e degli stuzzi. Gli
 Aucas ed i Quelchi dei Pampas portano i loro tessuti di lana,
 delle redani e staffe di cuojo e belle pelliccerie.

Il villaggio è amministrato da un comandante mili-
 tare, delegato e rappresentante del governo di Buenos-Ayres
 e da un impiegato di dogana. Il primo esercita un potere so-
 lido sopra la colonia, eccettuato in materia di finanze, spon-
 do questo ramo attribuito al doganiere, che è incaricato della
 percezione dei dritti sui bestiami e sopra i prodotti del paese.

Seguito della storia degli stabilimenti Spa-
 gnuoli di Patagonia — La parte della Patago-
 nia che è più vicina alle frontiere non poteva a meno di sentir-
 re il contraccolpo della rivoluzione avvenuta in Buenos-Ayres

nel 1810. Il partito repubblicano avendo trionfato, non tardò
 a far spacciare un corpo d'esercito contro il Carmine, con ordine
 d'impadronirsi di questo villaggio. La spedizione riuscì a
 maraviglia, e quel che è meglio senza bisogno di sparare un
 colpo di fucile o di cannone. Non il delegato del governo di ^{Carmona}
 Ayres, abuso della docilità degli abitanti; praticò e mosse
 di un despota il più intrattabile, aggravò d'imposte senza
 pietà tutti quelli che possedevano qualche casa, rovine l'agri-
 coltura, calò le contribuzioni, ed oppresse la popolazione in tutti
 i modi. Questa condotta impolitica dovette infallibilmente produrre
 nel Carmine una scissione; gli abitanti esasperati dall'in-
 quietà del comandante, s'affacciarono premurosamente ai pro-
 getti di due esiliati Spagnuoli che cospiravano contro l'autorità
 Repubblicana. Il momento d'azione fu scelto con giudicio;
 era il 1812. Scoppiò una affrettata e rivoluzionaria
 e questa importante operazione impedì al governo revo-
 luzionario, nello stesso tempo, che ella divideva le forze di cui
 poteva disporre. I cospiratori non vedettero un istante; s'im-
 padronirono della fortezza, come pure di un vascello da guer-
 ra che stazionava nel fiume. Non ce ne voleva di più; i
 rivoluzionari dovettero cedere. Ma coloro che li avevano
 non tennero alcuna delle promesse che avevano fatte ai loro
 complici, e sembrò volere affumarsi il compito di far obliare
 per le loro odiose ingiustizie i voti banditi di coloro che avevano
 attornati. Del resto il loro trionfo non fu di lunga durata.
 Novellamente minacciato da un battaglione repubblicano
 il Carmine si sottomise similmente, come aveva fatto ^{volta} prima;
 ma disgraziatamente, come in simili casi suole avvenire -
 furono i precipui abitanti che espiarono i delitti dei cos-
 piratori. In rappresaglia dei furti commessi dalla fazione
 Spagnuola nei fondi dello stato, i proprietari videro uccisi
 i loro bestiami, le loro case saccheggiate e devastate. La

campagna. Questo fu un colpo terribile per la povera colonia. Detestati dai rivoluzionari a cagione della loro connivenza col partito dell'autorità locale, perocchè nella fortuna e persino nei loro mezzi d'esistenza, gli abitanti si ridono ridotti alla più profonda miseria. Obbligati a vivere di caccia, si sparsero per le pianure, e sulle rive del fiume, ove morirono per qualche tempo la vita nomade e precaria degli indigeni. Questi disordini non erano solamente finiti ai coloni, lo erano ancora ed in modo sensibilissimo, ai nuovi padroni del paese; poichè essi si accorsero ben presto che non restava più loro a prendere niente, e che vorrebbe il momento in cui gli stabilimenti agricoli completamente rovinati, non produrrebbero nemmeno più di che fornire alla sussistenza della guarnigione. In conseguenza di ciò il comandante abbandonò il paese ed affidò ad un subalterno l'incarico difficile di mantenersi in un paese in cui tutto ormai doveva cospirare contro la dominazione di Buenos-Ayres.

Intanto l'ecceffo della miseria aveva forzato gli abitanti a rannodare cogli indigeni relazioni commerciali che fin allora loro avevano sempre ripugnato. Gli Indiani allora portarono loro delle pelli e tessuti da essi fabbricati, ed i coloni davano loro in cambio il poco che avevano potuto salvare dal naufragio della loro prosperità. Questo traffico attivo o poco a poco i naturali e suggerì loro l'idea di andare a depredate le frontiere di Buenos-Ayres per vender in seguito il prodotto delle loro rapine agli Spagnuoli del Perù. Questo singolare genere d'affari fu profittevole alla Colonia; poco a poco la popolazione del villaggio, che alquanto tempo prima era agli estremi, ricuperò un semblante di benessere. Gli abitanti ebbero agio di osservare che le bestie conuate, lasciate in piena libertà dopo il massacro dei coloni, avevano —

moltiplicato prodigiosamente; un Cacico dopo essersi spacciato lo che avrebbe potuto spacciare tutti i bestiami che potrebbe condurre al Carmine, ne aveva presi e condotti circa mille in due viaggi; ciò bastava per ispirare ai coloni il desiderio di approfittare di questo prezioso vantaggio, e tutti gli anni, alla stessa epoca attraversavano coraggiosamente i deserti della Patagonia per andar a cercare bestiame. Perivano così a rifarsi di quello che avevano perduto, e a dare un novello slancio all'agricoltura principal sorgente delle loro ricchezze.

Nel 1819 poi un novello disastro venne a mettere in dubbio l'esistenza della Colonia risuscitata. I soldati insorti al Carmine dal Comandante repubblicano, dopo il disordine del 1813, insorsero, assassinarono il Governatore e lo darono dei più orribili delitti e trattarono questo infelice paese come provincia conquistata. Raccontasi, che nella loro ebberia di sangue, fucilarono alcuni dei loro ufficiali e forzaron gli altri a tradire i loro cadaveri nel luogo ove essi stessi ritrovano esser sepolti vivi fino al collo. Questi giovani perduto; furono finalmente obbligati a mettere un termine al loro furore; attaccati dalle truppe del governo centrale, vittamente fuggirono e si rifugiarono presso gli Araucani, ove continuarono la loro vita di brigantaggio.

Il Carmine si era risentito di questa dura scossa, ma si riprese in seguito con un raddoppiamento d'attività commerciale. Gli Indiani non trovando più bestiame a S. Giuseppe presero il partito di rubarlo nei terreni dei paesi limitrofi e furono ben presto così esperti in questo mestiere di ladroni, che non sapendo che fare degli animali caduti nelle loro mani, e non potendoli spacciare tutti al Carmine, andavano a venderli al Chili ed in altri luoghi lontani. Si porta a più di 40 mila il numero di bestie conosciute vendute dagli indigeni ai coloni del Carmine, durante i tre anni

dell'amministrazione del Comandante Aguella. Da ciò si può argomentare qual fosse l'estensione, che prese a quest'epoca, il commercio del cuoio e della carne salata. Se videro riuersi strane speculazioni al di là d'ogni ragionevole speranza. Varii commercianti di Buenos Ayres fecero fortuna in brevissimo tempo nella Patagonia, a spese dei loro proprii compatriotti; gli aumenti dei quali passarono successivamente nelle mani dei selvaggi ed in quelle degli sfrontati compratori. Il governo della Repubblica avrebbe dovuto tagliar la via a questi brigantaggi, e noi non abbiamo parole sufficienti a biasimare coloro che autorizzarono colla loro indifferenza uno stato di cose così contrario ad ogni principio di giustizia e di moralità.

I rapporti commerciali dei coloni coi naturali non furono la sola causa dell'importanza che questi ultimi acquistaronno all'epoca di cui parliamo. Un avvenimento impreveduto e della natura la più grave venne a ricordare ai coloni i pericoli della loro posizione nel mezzo di tribù barbare; quantunque l'opere i selvaggi timidi e divisi tra loro li avesse resi fin ora deboli. Durante la guerra dell'indipendenza, che insanguinò le pianure di Buenos Ayres, un ufficiale del partito Spagnuolo detto Pincheira, disertò e passò agli Indiani colla maggior parte de' suoi soldati. Si affacciò alla vita di assassinio e di rapina che menavano allora gli Arancos, e diventò capo di una banda terribile, formata da circa trecento uomini armati all'Europea ed accostumati alla disciplina; e così devastò le frontiere delle Repubbliche di Buenos Ayres e del Chili. Cento alle altre tribù di indigeni si unirono numerosi disertori, ed anche qualche affittuolo che proprio le emozioni del furore arripresero mano ai tranquilli godimenti della vita domestica. Finalmente l'audacia de' banditi ebbe a tal punto, che nessuno più potè tenersi sicuro sebbene dimorasse in casa ben fortificata e negli abitati nominati in questo paese col nome di castelli forti.

Questi disordini continuarono sempre e continuarono al giorno d'oggi sebbene meno sanguinosi, e quindi meno temuti, ma egualmente funesti agli interessi ed alla tranquillità degli abitanti. I coloni degli stabilimenti Spagnuoli sono costretti di star sempre in guardia, tenendo ad ogni istante le agreflori dei degni compagni del Peruvia.

La guerra che scoppiò nel 1825 tra il Brasile e Buenos Ayres ebbe una influenza singolare sul Peruvia. La squadra Spagnuola, avendo bloccato il Rio della Plata, i corsari della Repubblica Argentina, mal difesi dal forte dell'Ensenada e del Bayo, conducevano spesso il Rio Negro le numerose catture fatte sopra la marina del Brasile. Il suolo del Peruvia fu allora battuto da gente d'ogni nazione, che manca di bottino e poco scrupolosa in materia di morale, introdusse nella tranquilla colonia, avvertuta per lo più una terra neutra, il gusto per gli oggetti di lusso, ed abitudini assai licenziose. Scarso compenso a questo degradamento morale fu il grande progresso materiale che da queste ricchezze ne vennero, poiché l'affluenza dei forestieri, la presenza degli ufficiali dei corsari che spendevano follemente il frutto delle loro rapine, produssero un movimento commerciale straordinario, e aumentarono in una proporzione enorme la ricchezza degli abitanti. Non era più il modesto villaggio in cui gli Indiani conducevano il loro bestiame e lo vendevano al prezzo il più modico; esso era divenuto un centro importante e convegno di tutti gli individui Europei ed Americani, presso i quali le guerre delle Repubbliche vicine avevano svegliato idee di cupidità ed amore di avventura.

Nel 1828 i Brasiliani, irritati dalla prosperità di un stabilimento che era come il deposito delle ricchezze loro involate, formarono il progetto di toglierlo alla Repubblica Argentina di Buenos Ayres. In fatti, ben presto conquistato da guerra, se presentavano all'imboccatura del Rio Negro,

e sic riuscirono ad oltrepassare la barietta del fiume; e si avanzarono verso la Colonia. Il Carmine non aveva per difesa che marinai di corsari, alcuni soldati d'infanteria e la milizia del paese composta di abitanti e di Gaucho. Si riuniscono, tengono consiglio e l'avviso unanime fu di difendersi: armarono subito due bastimenti, perchè vadano ad attaccare le navi nemiche, mentre che la cavalleria doveva cadere sopra le truppe brasiliane. Il generale di queste, inglese d'origine, credette che con soldati agguerriti come erano i suoi, sarebbe stato facile vincere un pugno d'uomini indisciplinati come credeva quei del Carmine, ed impotefarsi dello stabilimento; perciò senza perder tempo, fece sbarcare i suoi, nulla sospitando mise a terra 300 uomini e lasciò poca gente a bordo delle navi.

Dal luogo dello sbarco doveva fare sei leghe per giungere al Carmine. La guida che lo dirigeva consigliò per paura d'imboscata, di non attraversare il fiume, ma prendere l'interno della terra, per cadere improvvisamente sopra il Carmine; ma fra uomini abituati alle piccole astuzie di guerra com'èano gl'Indiani, era impossibile che tutto il movimento del nemico non fosse conosciuto. I soldati del forte in numero di centorenti, presero immediatamente la risoluzione di vincere i Brasiliani colla sete, e l'esecuzione di questo progetto cominciò subito. Le truppe Brasiliane tutte composte d'infanteria erano partite senza la precauzione di munirsi d'acqua. Così dopo quattro o cinque ore di marcia forzata, nel mezzo di deserti aridi, si fece ben presto sentire una sete di voracità aumentata dal calore dell'estate. Tuttavia vedendosi vicini a conseguire il loro scopo si facevano coraggio; cercarono di guadagnare il Rio Negro. Fatti desiderii, incontrarono la milizia indigena preparata ad impedirli. Furono vicini scaramucce, molti uomini furono uccisi da una parte e dall'altra. L'affare pareva farsi sempre più serio, quando il generale brasiliano conosciuto a cagione del

suo uniforme gallonato d'oro e preso di mira dai Guachos, fu ^{ter-}
 rale da una palla. Lo scoraggiamento critico fra la sua gente
 una rete crudele tormentava i soldati, e li faceva memorare. Inve-
 no gli ufficiali cercavano di unirsi; il guido generale di arri-
 se le costasse arrendersi le loro armi alle milizie, che lo fecero ^{tut-}
 te prigionieri. Morite gli abitanti del Caemino postarano ques-
 ta vittoria segnalata; le navi ancorarono all'ancoraggio. Si
 combatte con ardore; già uno dei bastimenti brasiliani era preso,
 quando la necessità della disfatta dell'armata obbligo gli altri
 due a rendersi. Tale fu il risultato della spedizione ^{Brasiliana} (1)
 Un tratto di barbarie e di cupidità sferzata; sopra il luogo sul quale
 fu colpito il generale Brasiliano. Appena fu attaccato, un Guacho
 discese da cavallo, si precipitò sopra di lui, lo spogliò da suoi uochi
 abiti, ed accingendolo che portava un anello prezioso, gli tagliò il
 dito da cui non poteva farlo uscire. Il generale non sa che ferito
 e si era mantenuto immobile nella speranza di salvarsi. Ma
 il dolore cagionatogli dal coltello del Guacho fu tanto vivo, che
 gli fece dare un gemito che lo tradì; allora il soldato gli immer-
 se la sua sciabola nel cuore, e se ne fuggì trionfante coll'anello
 che aveva bramato.

Un anno dopo questa lotta sanguinosa, si vedevano ancora
 le pianure del Caemino coperte di ossa sparse con uccelli di rapina
 che si disputavano i brani di carne seccati al sole; erano i resti
 dei cadaveri Brasiliani morti nel combattimento. I vincitori
 non li avevano giudicati degni degli onori della sepoltura.
 Pare del resto, che questo sia il costume d'America, quando si
 fanno una guerra accanita, e ciò si costuma nella regione ^{ister-}
 se in cui è penetrata una certa civiltazione. Dopo la batta-
 glie quelle regioni danno l'aspetto di cimiteri scuolti, sotto
 solo molto proprio ad ispirare triste riflessioni sulle orrende agi-
 tazioni alle quali la maggior parte della società Americana
 è in preda. Fortunati, del resto, quelli che soccombono, poichè

(1) D'Orbigny 1. 2. della parte storica p. 290.

i vivanti espiano crudelmente tra le mani dei loro nemici il loro
 attaccamento alla propria causa. Così i prigionieri Brasiliani
 fatti nel combattimento del Carmine furono, per paura d'ingombri,
 mandati a Buenos Ayres, a piedi, nella stagione la più calda
 dell'anno e sotto la condotta d'uffiziali tanto barbaui quanto i loro
 subalterni. Questi disgraziati fecero trecento leghe per dossetti aridi
 e ardenti, divorati dalla sete, sottoposti alle più dure privazioni
 ed ai trattamenti i più inumani. Un gran numero morì nel
 cammino, altri sprovisti per la fatica o indeboliti da malattie, non
 poterono seguire gli altri e rimasero abbandonati in quelle pianure
 inospitali.

Ad loro ritorno, i soldati che li avevano scortati, si vantavano
 d'aver acquistato per i modi con cui avevano perseguitati gli infelici
 prigionieri, nuovi titoli di riconoscenza dai loro compatriotti.

Se è veduto in quali circostanze la prosperità del Carmine
 era accresciuta in una proporzione straordinaria. Per una consequen-
 za affatto naturale e facile a prevedere, questo prospero stato di cose
 doveva sparire al cessare l'affluenza dei rosari e dei festivi.

Conchiusa la pace il 5 ottobre 1828, tra il Brasile e Buenos Ayres
 la colonia ricominciò a decadere e le si presentò una novella serie
 di calamità e di rovine. Gli Indiani ripresero il corso delle loro
 devastazioni, ed il terrore che sparsero per lungo tempo sopra le
 due rive del Rio Negro fu tale, che un gran numero degli abitan-
 ti del Carmine, andò a cercar nei dintorni di Buenos Ayres,
 la tranquillità di cui non potevano più godere nelle vicinanze
 degli Onca e dei Patagoni. Circa il 1840 questo stabilimento,
 che ha avuto tanti alternativi di benessere e di avversità, si trovò
 nella situazione più deplorabile. E anzi a credere che l'indif-
 ferenza del governo di Buenos Ayres non abbia per risultato finale
 il suo completo annientamento, poichè anche ai nostri giorni
 il Carmine va di giorno in giorno perdendo quel po' di prosperità
 che gli era rimasta ed il commercio, si può dire che a poco a poco

avente, e si chiama

« Venendo Carmen a decadere interamente, i selvaggi della Patagonia, e ormai affrancati dal contatto dei forestieri, campeggeranno insolentemente nella demora dell'uomo civilizzato, sospendevano gli animi dai loro cavalli alle pareti che risuonano ancora oggi dei suoni di una musica armoniosa. La distruzione della Colonia del Carmine, sarà una vera perdita per i naviganti e commercianti di Buenos-Ayres; ed è condeci inoltre estremamente difficile ogni altro stabilimento nelle stesse contrade. »
(Pun-qui-La-Vieja).

Da quanto si è detto appare l'importanza estrema di mettere qualche missione ed anche qualche ospizio nella città di Formisne. Gli indigeni si tengono già commercio attivo e verrebbe volentieri a nostro contatto. Noi poi con facilità, imparati i costumi e la lingua dei Patagoni potremo a poco a poco da questo punto inoltrarci nell'interno del paese. È più ancora potendo noi qui metter un grande ospizio ed anche studi adattati, da questo punto meglio che da qualunque altro potremmo allearci missionari indigeni da far evangelizzare la Patagonia. Furono queste ragioni che persuasero la Congregazione Salsburghiana ad iniziare già dell'istitutazione per metter quivi una casa. A queste disposizioni se ne aggiungono due altre di molta importanza e sono:
1. Che il clima non vi è troppo rigido né troppo caldo, e sia adatto e salubre a noi europei. 2. Della Patagonia è il punto che può aver maggior relazione di viaggi con Buenos-Ayres, e perciò di comodità per le reciproche nostre relazioni. Forse anche potremmo essere protetti potentemente dalla Repubblica Argentina, la quale deve avere interesse che prosperi una colonia tanto per lei importante.

N.B. Non ho potuto ricavare da nessun dato preciso se a Carmen vi sia qualche missionario o cappellano cattolico.

Punta Arena — Nello stretto di Magellano e quasi precisamente nel centro, sorge un alto picciolo abitato da cittadini Europei o dipendenti dal Chili. Si chiama Punta Arena. Qui se ne darà una piccola descrizione togliendola ad un libro del navigatore e scrittore francese V. di Bouchas Rochas.

« Fapato il capo Gregory un po' prima d'arrivare a Punta Arena, vidermo sulla spiaggia alcuni fuochi da campo ed alcuni uomini a cavallo: erano Patagoni. Il capo Gregory è in fatti uno dei punti in cui è più facile entrare in relazione con questi nomadi e procurarsi, mediante alcune gallette di biscotto ed alcuni litri d'acqua-vita, relazioni con gl' indigeni. Poco dopo ancorammo a Punta Arena (1) in vista d'uno stabilimento sul quale sventolava la bandiera della Repubblica del Chili.

Punta Arena è un villaggio costruito all' europea, raggruppatolo attorno ad una piccola chiesa, la cui guglia elegante, quantunque modesta, sembrava attaversare la cima degli alberi che circondavano il rustico stabilimento; il lentissimo religioso della campana che suonavà l'angelus della sera; un armento che alcuni pastorelli riconducevano a casa dai pascoli vicini, perfino le beghiere di cui è tutto il terreno tra i tronchi maestosi della foresta e la neve che copreva la campagna, risvegliavano in noi quelle memorie sì care della patria lontana.

Questa città non ha, propriamente parlando, che una sola via pulita, sana e bene allineata, fiancheggiata da case vicine l'una dietro l'altra, sul davanti delle quali si tendono in tutta la lunghezza della via una galleria o varrenda, per servizio della parola Spagnuola. La chiesa ed il palazzo del governatore trovansi all'estremità e fino ad ora sono i due soli monumenti del luogo. Obimposto al palazzo del governo, è un forte con palizzata, difeso da alcuni cannoni e provveduto d'una caserma. Un fiume impetuoso scende ai piedi del forte, bagna una bella pianura alberata che distendesi dietro la città da un lato, mentre dall' altro si stende una foresta.

(1) St. Louis Point sulle coste Inglesi.

sconfisate. Avevamo appena avuto il tempo di ammirare questi
agreste paesaggi, quando il comandante della piccola colonia venne
a darci il benvenuto e ad invitarci a passar la serata in sua casa.
Proprio fortunati di incontrare in questa regione selvaggia degli
uomini, ai quali fosse possibile comunicare le nostre idee, ci guar-
dammo bene di non accettar al cortese invito. La borgata trovata
si ad alcune centinaia di metri dal mare: vi si arriva per un sentie-
ro largo e ben tracciato; ma l'oscurità della notte e la neve che
dava alla superficie del suolo una uniformità ingannatrice, non ci
permisero di seguirlo senza alcuno di quegli accidenti che sono per mag-
gior parte la disperazione del momento e il piacere delle memorie ul-
time (*)

Il comandante Chileno ci aveva preparato una serata molto
leppima in compagnia della sua famiglia e del Curato della Parrocchia
monaco Minor Osservante, la cui conversazione ci ha molto interessa-
to. Ci intrattenemmo di molte cose dell'Europa in prima, e poi
dell'America e specialmente di questa parte dell'America che ad
nostro uso teneva sotto la sua direzione. Il soggiorno, diceva egli,
non è dei più allegri, specialmente d'inverno; le comunicazioni
colla metropoli sono ben rare, giacchè non hanno luogo che due

(*) Per riguardo a clima e temperatura a Punta Arena, non si sta tanto
male. Noi abbiamo impiegato tredici giorni a passar lo stretto; la tempera-
tura media di questi tredici giorni fu di due gradi e nove decimi sopra zero, la maxi-
ma, di sette sopra zero. Aggiungiamo che ci furono quattro giorni di neve, tre
di pioggia, uno di grandine e gli altri giorni di un tempo s'ubito.

Da osservazioni fatte in vari tempi si ricava che nel Giugno 1828 si vide il
termometro mantenersi per qualche tempo ad undici gradi sotto zero, e questo si
fu il minimum osservato; si noti che nel Giugno si è in pieno inverno, e questo
mese è il seguente s'esso sempre i più rigorosi in quei luoghi.

Ma qualunque una simile temperatura non abbia nulla di siberico, non
è a credersi che esta sia così fredda tutti gli anni. Ed infatti si può egli

volte all'anno. Le relazioni sociali sono più che due volte ristrette; bisogna limitarsi a quello del Cuato e di uno o due ufficiali. Il resto della popolazione, formante un totale di duecento cinquanta individui, è composto di soldati quasi tutti ammassati, di deportati e di alcuni avventurieri che vivono in questo luogo provisoriamente come potrebbero vivere altrove. Nessun commercio, pochi lavori agricoli; si sono difodati alcuni piccoli pezzi di terra e si possiedono due o tre piccoli armenti. Del resto tranquillità perfetta; i Patagoni sono brava gente che forniscono le famiglie di caeni di guanaco, di struzzo, di vigogna, in cambio di alcune manate di farina, di foglie di tabacco e di biscotto. Esistono anche alcune bottiglie di vino buono o cattivo e meglio ancora di acquavite; ma questo genere di commercio è proibito dai regolamenti, ed impedito, del resto, dalla penuria quasi assoluta di questi liquidi, ragione perentoria e che può dispensarci dalla precedente. »

La seconda volta che passai a Punta Abona, tre anni dopo, non trovammo più le nostre vecchie conoscenze, il comandante ed il monaco Chiliano. Un governatore, Danese d'origine, ma al servizio del Chili ed un altro monaco Novio d'origine Piemontese li avevano sostituiti. Senza dimenticare le buone accoglienze dei nostri,

credere ad inverni straordinariamente rigorosi in un paese coperto di piante che hanno bisogno di neve per vivere nei nostri climi d'Europa, vedendo la nudità quasi completa degli indigeni e sentendo nei boschi il cicaleccio dei papagalli ed il ronzio degli uccelli mosca?

I venti generalmente regnanti sono quelli dal lato Ovest, varianti da Sud-Ovest a Nord-Ovest. Esistono soffiani piuttosto frequenti dal Sud e ben di rado da qualunque altra direzione diversa da quelle ora indicate.

Ciò posto, si comprende come infinitamente più facile, specialmente per bastimenti a vela, passare dal Pacifico nell'Atlantico che viceversa; e la direzione ordinaria delle correnti conferma ancora questo fatto. — Ecco a sufficienza di meteorologia per momento. — Ciò basta a mostrare che il clima =

antichi ospiti e rendendo piena giustizia al loro buon volere ed alla loro amabilità; non nascondiamo tuttavia che non abbiamo perduto nulla nel cambio. Nel governatore trovammo uno spirito colto unito ad una grande amabilità di maniere, e nel cuorato tutto quanto può ispirare ad un'anima calda e buona; una viva simpatia pel nome francese.

Il governo Chileno dà importanza alla conservazione di questo posto, non solo a causa dell'importanza che per la vnanza di un ricco sedimento carbonifero potrebbe acquistare in seguito, se la marina commerciale rinunciando una volta alla penosa navigazione al capo Horn, adotta fedelmente la via dello stretto, per passare da un Oceano all'altro; ma egualmente perchè la Repubblica Argentina che è dello stesso sul popolo della Patagonia, e perchè la bandiera Chiliana, sventolando in permanenza sul territorio contrastato, indica la volontà del Chili di conservare e difendere i suoi diritti. La metropoli aveva precedentemente creato uno stabilimento dello stesso genere, a l'ovest distante verso Ovest, a Porto Gacostia; ma una rivoluzione che rovesciò il governo metropolitano, fu causa oggigiorno della rovina di questo stabilimento; poichè in esso i soldati ed i deportati

di Magellano non si raffreddano. E se si aggiunge che sotto questa latitudine la serenità del cielo nelle belle giornate è a nessun'altra uguale, che l'estate non ha mai giornate di gran calore, che il freddo è per lo più secco, si potrà ben dire che il clima di Magellano è lungi dall'essere sgradevole e che tutto sommato vale benissimo quello di Parigi.

Quella l'estensione dello stretto però non gode di condizioni meteorologiche identiche; in una parola d'una temperatura uguale; la parte orientale è ben più favorita dell'altra per cui la posizione della colonia di Punta Arenas, anche sotto questo rapporto è fortissima.

condotti da un luogotenente di artiglieria, partigiano di uno dei competitori alla presidenza del Chili, insorsero contro il governatore rappresentante del partito opposto, uccisero lui e quanti vollero difenderlo, e portando via lo armi, partirono sopra un bastimento ancorato nella rada per andare a raggiungere nel Chili il pretendente, sostenuto dall'ufficiale capo della squadra. Inutile di far conoscere il seguito di questa storia che oramai ^{non} appartiene più alla colonia di Magellano, e basterà dire che si fu ucciso il capo dei ribelli poco dopo il suo sbarco nell'isola Chiloe. Questo avvenimento ebbe luogo, se non mi inganno, nel 1830. Si passarono due o tre anni prima che il governo potesse ristabilire la colonia penitenziaria di Magellano, e quando lo fece, non fu più a Porto Carestia, ma qui a Punta Arenas, luogo assai più conveniente.

Dopo aver preso congedo dal Comandante, visitammo alcune abitazioni del villaggio; era già tardi, ma in questo paese si può ben ritardare l'ora del sonno. Non si vedono tutti i giorni dagli stranieri, e l'occasione di procurarsi alcune provviste solide e specialmente liquide, non era da dispregiarsi punto; e per questo non avevano ad incomodarsi alcuno, ma soltanto da arrendersi all'invito che ci veniva fatto ad ogni porta, di entrare in casa. Ci si presentavano allora pelli di jaguar, di guanaco, di struzzo. Di queste pelli, particolarmente delle due ultime, si fanno bellissimi tappeti. I Patagiani fanno subire alle pelli di guanaco una concia che rende perfetta la loro conservazione, dando loro una flessibilità che permette di servirsi come di un mantello; ed esse servono in fatto di vestito a questi Indiani. Il prezzo domandato per tutti questi oggetti era minimo quando si trattava di pagare con zucchero, caffè, vino, acquavite, ecc; ma diventava esorbitante se invece si voleva pagar in denaro, e non tutti i venditori volevano sapere. Ed invece, che cosa dovevano essi fare del danaro in un paese, dove questo non aveva corso, e quasi senza comunicazioni

col resto del mondo? Le abitazioni da noi visitate erano ben
povere, non s'era né stufa, né caminetto per ripararsi dal rigo-
re della stagione, ma una semplice brasero. Una sola di que-
ste abitazioni faceva eccezione alla regola ed era la più misabi-
le. In questa, una famiglia conciosa sedeva tutta intorno ad
un focolare formato da pezzi mostruosi di legna che adivano
sul suolo in mezzo alla capanna ed il cui fumo esceva dalla
cima del tetto conico. Notgrado la luce della fiamma, si
vedeva appena in questa abominevole dimora.

Gi recammo al nostro bastimento, ed il giorno appresso di
buon mattino, ritornammo al villaggio per far provvista di al-
cuni viveri freschi, giacchè a quell'ora v'era qualche probabili-
tà di veder arrivare i Patagoni col loro carico di cacciagione.
Appena sbarcato, vidi infatti comparire una cavalcata in-
diana, composta di due uomini e tre femmine. Montavano
tutti dei piccoli cavalli molto vivaci, con una pelle per sella,
per morso e per briglie una correggia di cuoio piegata come una
fionda passata nella bocca del cavallo e tenuta per due capi nella
mano del cavaliere; per staffe un'altra correggia terminata all'es-
tremità in V capovolta, coll'aggiunta d'un traverso di legno
trasversale che riunisce le due gambe del V ed è destinato a so-
stener il piede del cavaliere. Uomini e donne erano coperti da una
pelle di guanaco, il capo nudo, i capelli sciolti con un lazzo o lac-
cio al braccio destro. Questo lazzo è, come è noto una lunga cor-
reggia, ad una delle cui estremità è attaccato un corpo pesante
come un sasso, o meglio, un pezzo di ferro o di piombo, che lan-
ciato con forza, trascina dietro a se la coda leggera di posta a
modo cordolo, e non gettato sopra un animale o lo scotea, sia che
l'animale voglia fuggire, sia che il cavaliere corra in senso
contrario, il nodo si chiude e la bestia si trova presa. In questo
modo i Patagoni si rendono padroni degli animali più agili
o più temibili, come eziandio dello struzzo che non si scova mai

della sua coste di che per accelerare la corsa.

Tutte le pelli che sono fra mano dei coloni di Punta Arenas provengono da animali presi in questo modo dagli Indiani.

Non torniamo ai nostri cavalieri. Essi portavano sulla groppa dei cavalli dei pezzi di carne di guanaco e di vigogna; io ne comprai un bel pezzo ed invitai il venditore a portarmelo fino al mare. L'uomo educato, egli scese da cavallo e mi offerì la sua cavalcatura per far il piccolo tratto di strada che ci separava dal mare. Accettai l'offerta, che in mancanza di parole gentili mi era fatta con gesti intelligibili e pieni di galanteria. Esami- nando questo cavaliere diventato pedone, fu colpito da un fenomeno singolare, del quale cercava una spiegazione; non mi sem- bra più di aver a che fare collo stesso uomo; un momento prima io aveva dinanzi a me quasi un gigante, ed ora mi trovavo vicino un uomo di bella statura sì, ma che non può arrivare a più d'un metro e ottanta centimetri. La spiegazione non fu difficile, e si può applicarla a tutti i sei o sette Patagoni maschi e femmine che potei vedere seduti ed in piedi. Il tronco di questa gente è sviluppato fino relativamente alle gambe, di modo che la loro statura sembra ben diversa secondo che si vedono seduti ed in piedi.

Quanto agli individui di cui parlai precedentemente, l'uomo era di una statura molto ordinaria, un metro e septantacinque centimetri circa, e le tre amazzoni sarebbero passate fra noi per donne di statura alta, ma per nulla straordinaria. Avevano le spalle larghe, le membra solidamente inguainate e le forme ben pronunciate.

Porto Carestia — Partiti da Punta Arenas, il bastimento ci portava verso Porto Carestia (1) dove dovevamo ancorarci la sera. Alle coste piano e nude della parte dello stretto già percorso, succedevano, partendo dai dintorni di Punta Arenas, terreni sempre più alti, boscosi e pittoreschi. Montagne dalla cresta bianche

(1) Sulle anche Porto della Fame o Port Famine

di neve spregavansi in fondo al quater monte sul diramzi, ~~una~~ vegetazione verde e vigorosa copriva le orridubragioni più vicine della spiaggia.

Eccoci il porto Caracca; gli ultimi raggi del sole ci permettono di vedere alcune abitazioni diroccate sopra un orientello che domina i dintorni della baia, nel fondo d'un immenso lacino dove gli Spagnuoli innalzarono nel 1581, sessantun'anno dopo la scoperta dello stretto, la Ciudad real del Felipe. Questa regale città senza dubbio, non si compone mai che di alcuni case di legno e di ciata e d'una palafitta; come lo stabilimento Chiliano recentemente innalzato sulle sue ruine dai discendenti dei primi fondatori, e della quale però non restano oggi giorno che le macerie. In città che non ebbe proprio se non un'esistenza effimera, pochi misure improvide non tardano a lasciare la colonia racente in preda agli orrori della fame ed alle aggressioni degli Indiani. La maggior parte dei coloni vi lasciarono le ossa, gli altri cercarono salvezza dirigendosi verso il Rio della Plata, e nel 1598 si accavarono invano le tracce della Ciudad real del Felipe. Se come da noi vedute dal mare, appartengono allo stabilimento chiliano la cui fine non fu meno lamentevole di quella del suo predecessore. Appena gettata l'ancora, mi affrettai a metter piede a terra.

Le rovine producono sempre sull'immaginazione un'impressione singolare; ma rovine in un mondo nuovo, in una regione che la mano dell'uomo sembra non aver ancora sfiorato, devono esercitare un'attrazione irresistibile.

Casette a mezzo crollate, altre ancora in piedi ed alle quali non manca che il tetto, parecchie portanti ancora le tracce dell'incendio, un cannone che scappimmo nascosto in mezzo all'erba vicino al suo affusto mezzo bruciato, un avanzo di palafitta sopra un terrapieno in parte franato, tali erano gli avanzi dello stabilimento Chiliano di Port. Caracca. Non anima una

fra queste macerie, non Indiano che facesse suo pro degli avanzi della città abbandonata? ... Questa circostanza ci contrariava alquanto, perchè noi speravamo di fare un viaggio e due servizi. Noi eravamo sopra una piccola penisola, che è certamente a credere gli eruditi quella dove Sacramento fondò nel 1581 il primo ed ultimo stabilimento Spagnuolo dello stretto di Magellano. Se la posizione marittima era magnifica, bisogna confessare che la località terrena non era tale, essendo la penisola due volte troppo piccola perchè i coloni vi potessero cercare l'esistenza nella coltivazione, e se volavano uscirne, non potevano più andar sicuri dagli attacchi degli Indiani per esser senza forze considerabili.

Un bel fiume, indicato sulle carte sotto il nome di Guigo, si getta nel mare vicino agli antichi stabilimenti; esso travolge alla sua imboccatura una quantità di tronchi d'alberi sì numerosi e sì belli che si può presagire la ricchezza delle sue sponde in legnami di fabbrica. Infatti Dument d'Uville che percorse attentamente la campagna circostante, vi trovò la vegetazione ricchissima e rigogliosissima. La foresta che forma la sponda del corso d'acqua è nella maggior parte costituita dal faggio antartico, bell'albero a fogliame verde pallido in ogni stagione. Il suo tronco s'innalza spesso a venti e trenta metri col diametro d'un metro. Con questo si trova anche la corticea della winterana, albero non meno elegante pel suo aspetto che pel suo fogliame, e la corticea aromatica potrebbe benissimo tener luogo di cannella. È un albero da diciotto a venti metri al più con un diametro di trenta centimetri circa.

Il nome di Porto-Carestia non deve spaventare, per nulla il viaggiatore, che non vi sarà abbandonato come gli antichi coloni Spagnuoli, giacchè per le risorse naturali che vi troverà in silonggiame, pesce, conchiglie, e' invece uno dei punti più propizii dello stretto.

Indice è un buonissimo ancoraggio, tanto perchè facilmente vi si può far-

assicurati ad ogni tempo legnami in conto messo preparato e trasportato sulla
 spiaggia per il sicuro ricovero che dà ai bastimenti. Sotto tutti questi
 aspetti l'ancoraggio è preferibile a quello di Punta Arena che abbiamo or
 a bollare uso *Annalido il P*
 ilivio e. obitermo *per la capitale*

inglesi King o Fitz-Booy, ai quali si deve
 l'idrografia dello stretto di Magellano averano stabilito il loro officio.
 Partendo essi, avevano lasciato una capotta incrociata ad un albero coll'
 iscrizione *Post office* (uffizio della posta). I bastimenti che dovevano passare
 da là erano invitati a lasciarvi le loro lettere ed a prendere quelle dirette a
 paesi vicini, alla loro destinazione. Era un ufficio di posta, che l'istava
 funzioni giacché alcune lettere vi furono deposte da Dumont d'Urville
 pel ministro della marina e pervennero al destinatario. Ego ceppi di esis-
 tere, solo daccchi. Chelisi costituendo nello stretto lo stabilimento di Pun-
 ta Arena, diedero ai viaggiatori comodità di impostare le loro lettere
 con maggior sicurezza.

Lasciammo Porto Barrios per guadagnare la baia di S. Nicola detta anche
 Baia dei Francesi perché quivi venivano a fare grandi provviste di legname
 da fabbrica di cui abbonda. La baia S. Nicola è vasta ed è racchiusa in parte
 da montagne, in parte da una larga vallata, bagnata da un fiume e coperta da
 una maestosa foresta. Due isolotti concavano colla montagna o formano un buon
 ricovero per bastimenti, non vi è però alcuna casa né alcun abitante Europeo.
 Da questa baia andando verso Occidente, la natura va sempre più inmi-
 serendosi o non si trova più abitazione alcuna di gente incivilita. Finito lo
 stretto, ancora per un poco la natura si trova squalida e smunta; ma, ma-
 rano che si ascende verso il Nord, la vegetazione acquista maggior rigori. *ti*
 ciò è causa la temperatura la quale va sempre più caddelcondole.

Prima di giungere allo stretto di Magellano, sull'Oceano Atlantico, la
 repubblica Argentina sta per aprire una colonia, precisamente al porto di
 S. Boca circa ai gradi 50 di latitudine e qua si fanno trattative per affidare
 direzione spirituale di quella colonia ai Salesiani. Il clima vi è piuttosto rigido
 ma siccome è in riva al mare ed in luogo riparato dai venti molto impetuosi, pare
 abbastanza salubre ed abitabile; clima che si può confare ai Salesiani per ora tutti
 dell'Italia settentrionale, la quale ha essa siepa inverni molto rigidi.

Parte Terza

Gli abitanti. — Lo loro carattere e costumanze domestiche e civili

La intenzione della Congregazione Salesiana nelle missioni dell' America del Sud è di evangelizzare i popoli che o in nulla ricevono ancora la luce del Vangelo, oppure che già ricevuta, sono quasi affatto abbandonati. Si accorse ben presto che specialmente la parte più meridionale di questa vasta regione, rispondeva perfettamente alle sue mire, poichè essa è quasi intieramente ancora nelle tenebre dell' errore e della barbarie, e la parte già evangelizzata ha pressochè assoluta deficienza di buoni preti e di missionari.

Volendo dare la relazione più completa che sia possibile di queste regioni, dopo d' averci occupati della parte fisica e della parte storica, veniamo ora a parlare degli abitanti. Noi pure non ci occuperemo qui che dei popoli che trovansi a mezzogiorno del grado 36 di latitudine meridionale, seguendo la linea dall' Oceano Atlantico al grande Oceano. In dette regioni abitano tre distinti gruppi di popolazioni, ciascuno dei quali corrisponde ad una divisione naturale del suolo:

1.° Nella zona dell' Est che è dal Rio Galada al Rio Negro, vivono i Pamperos propriamente detti, cioè gli abitanti delle Pampas i quali non sono ancora sottomessi né al Chili né alla Repubblica Argentina, ma vivono intieramente indipendenti.

2.° La regione boscosa che si estende tra i laghi di Bonaventura e d' Uru-Lafquen e lungo i corsi d' acqua che risalgono da quest' ultimo lago fino al Rio Diamante, è la terra dei Mapuche, i quali sono divisi in 6 tribù designate coi nomi di, Quaquele,

Aguaicotti, Chacabuco, Aramuelici, Guiri- Utuaiti, Longuical
 Uchicotti, e Pomanquecotti.

3^a A mezzogi del Rio Negro, si apre stretta una profonda, di cui
 l'orlo è ripido lungo la quale del Beue e della Cerro, si trova la Patagonia
 propriamente detta, ov si trovano nove tribù di Patagiani
 di cui ecco i nomi: i Pajucoti, i Puelci, i Chalhchahoti, i Esicenci
 i Gangnacauidi, i Koriacoti, i Ulicoti, i Dulmatoti ed i Yakatonati.
 Si capisce che il modo di vivere di tutti i popoli nomadi varia
 a seconda delle tante differenze della natura, del terreno e del
 clima. - Quelli che abitano nelle più temperate regioni della Pam-
 pas a settentrione, stanno semirudi, e risentono la vicinanza
 delle popolazioni del Chili e di quella Argentina, colle quali sono
 alternativamente in pace o in guerra, ma più in guerra che in-
 pace. Gli altri Patagiani molto lontani dai primi, non avendo
 sott'occhio che le rive del mare o l'immensità delle loro sterili
 steppe, vivono allo stato nomade in tutta la primitiva rozzezza.

Quasi tutti questi popoli vivono di cappa, e specialmente i
 Pamperoti, i Aramueloti ed i Puelci. Alle altre restano solo
 quelle risorse che loro offrono la natura e l'astuzia: ope sono
 generalmente poveri ma sopportano con coraggio la miseria e le
 privazioni imposte dalle cattive stagioni.

Venendo alla Patagonia propriamente detta è da notare
 che salvo pochissime eccezioni, gli abitanti della Patagonia
 nei loro usi sono quali erano all'epoca della scoperta di questa
 parte d'America. Qui solamente potremmo ancora studiare
 l'uomo Americano primitivo in tutta la sua naturale ^{rozzezza}
 negli altri luoghi più o meno subì già qualche poco l'impulso della
 civilizzazione Europea.

Gli abitanti che occupano le vaste regioni della Patagonia
 possono a buon diritto considerarsi come divisi in due classi. Quelli
 della pianura chiamansi Indiani a cavallo o Patagiani propria-
 mente detti; perchè vanno a cavallo nell'interno ed occupano

la maggior parte della Patagonia, cioè tutto il paese che si trova ad oriente delle Cordillere montu, gli altri che vivono al di là delle Cordillere, regions tutta aspra di monti e di roccie e piuttosto di abitatori delle montagne, chiamansi Indiani del canotto perchè vivono alla spiaggia, vanno da un'isola all'altra in canotto. La maggior parte di questi ultimi appartengono alla medesima razza degli abitanti della Terra di Fuoco. Gli abitanti del settentrione che sogliono chiamarsi generalmente Quinquari e Puelci e quali trovansi pure sparsi oltre i confini della vera Patagonia, sono quasi intieramente sconosciuti e non sono ancora della vera razza Patagona; cioè sono di corporatura e statura ordinaria, sebbene quasi intieramente ai Patagoni si approssimino per costumi, lingua, ed ogni altra. Quella che veramente si chiama razza Patagona, la cui gigantesca corporatura fu tanto decorata dal secolo XVIII in qua e la tribù più numerosa propriamente detta dei Chuelche; ma non occupa tutta la regione; anzi essendo nomade non si può designare con precisione dove abiti, sebbene ordinariamente sia sulla parte Sud-est cioè sull'Oceano Atlantico fino allo stretto di Magellano. Anche essi vanno divisi ancora in due tribù: Chuelches più in alto e gli Ma-kon che sono sparsi sulle rive dello stretto di Magellano.

È da notarsi tuttavia che anche le altre tribù Patagona sono di statura più alta e di corporatura più magnifica di quello che siano ordinariamente gli altri popoli.

È quindi tanto dello stesso scritto sull'alta statura e corporatura gigantesca di questi popoli, sia in prosa sia in verso, noi crediamo necessario di riferire qui le principali relazioni dei viaggiatori che li videro, sono essi di secoli scorsi e sono anche dei nostri giorni. È prima di tutto e da conoscersi che un'antichissima tradizione del Perù colloca nel Sud dell'America un popolo di giganti, e lo storico Peruviano di nome Garcilaso; sebbene alquanto esagerato nelle particolarità, ci appiava di

questa tradizione della regione sua.

Magellano, il primo marinaio che abbia navigato sulle coste di Patagonia, vide coi propri occhi alcuni di questi abitanti, e gli sembrò che avessero dieci palmi d'altezza, coi soi piedi e mezzo antica misura francese. Uno di essi era più grande degli altri, gli Spagnuoli non gli arrivavano che alla cintura. Sei di que Patagoni mangiavano come i monti Spagnuoli; ma a quell'epoca non avevano ancora cavalli, e montavano sopra animali simili all'asino, probabilmente i Quemuli di Molina. Ma allora erano adeso eran vaganti e pastori.

Pigaftta, dopo di aver riferito quanto sopra, aggiunge: Essi non hanno case stabili, fanno capanna di peli cui trasportano a loro voglia da un luogo all'altro. Vivono di carno cruda e di una radice appetibile capras nella loro lingua. Hanno la testa legata con una corda di cotone, alla quale rottono le loro frecce.

Verso l'anno 1598 il cavaliere Cavendish passò per Ameggo lo Stretto di Magellano, ed attestò di aver veduto sull'ocosto del morica due cadaveri di Patagoni che avevano quattordici palmi di lunghezza. Si dice che l'orcia di un piede d'una di que selvaggi e la trovò quattro volte più lunga d'una delle sue; finalmente poco marino che le suoi marinai non fossero uccisi in mare dai pezzi di rupe che lanciò contro di essi uno di quei giganti.

Tutti i viaggiatori che nel XVII secolo percorsero il mare di Sud; parlarono della sussistenza d'uomini di statura straordinaria mente alta nel circolo antartico come di una verità già nota.

Il corsaro Spagnuolo Alamirante ci dà questa relazione de Patagoni: «L'indigeno preso dai nostri era gigante fra gli altri giganti, e se somigliava a un ciclope. I suoi compagni erano alte tre varze, grossi e forti in proporzione. Si fece qualche giorno dopo un altro sbarco: ma l'astuzia spaventò i giganti, che fuggirono con grande svellezza, e parevano correr rapidi quanto una palla di schioppo.»

L'Inglese Hoaw-kims parla in una maniera affai modesta ma persuasiva: « Non mi diffido degli abitatori delle costate Magellane, chiamandoli Patagoni, sono perfidi e crudeli e di sì alta statura che parecchi viaggiatori dan loro il titolo di giganti. »

Tutte queste relazioni sono da più o meno evidenti e se v'è qualche cosa di esagerato in alcuna, ciò non toglie che veramente i Patagoni in generale non siano di statura straordinariamente alta.

Uccomo però alle relazioni di chi forse mai non viaggiò in quelle terre esagerarono molte cose, così gli storici e geografi posteriori negarono fede anche a costoro. A ciò s'aggiunge, che alcuni viaggiatori che passano degni di fede, affermarono aver veduti in qualche località uomini di statura per nulla superiore alla nostra ordinaria; ma ciò non provrebbe altro se non che nella Patagonia vi è anche qualche tribù di ordinaria statura. Chesi direbbe di colui il quale vedendo in Saponia, Sunders, Norvegi e Prussia, i quali sono di statura ordinaria, trattasse de' visiomani quei viaggiatori, i quali affermano che i Saponi sono i pigmei della specie umana? L'argomento è reciproco.

Nuove relazioni — Ma i secoli decim'ottavo e decimo nono somministrarono nuove e precise testimonianze della statura colossale dei Patagoni. Nel 1704 Sparrington e Carman capitani di due vascelli Francesi videro una volta sette giganti in una Baia dello stretto di Magellano, una seconda volta sei, ed una terza volta uno stuolo di duecento persone miste di giganti e di alte persone di statura ordinaria; i Francesi s'abboccarono in tutta pace con essi. — Il giudeo Fizee, che fece nel 1712 il viaggio del mare del Sud, riferisce, per conferma questo fatto, la testimonianza di una moltitudine di antichi navigatori e termina le sue citazioni con questo semplice e naturale riflesso: « Si può credere senza leggerezza, che vi ha in questa parte d'America una nazione d'uomini di statura molto superiore alla nostra; la particolarità dei tempi e dei luoghi;

e tutte le circostanze che accompagnano ciò che si dice, sembrano aver un carattere di verità bastante per non aver la prevenzione naturale che si ha pel contrario; la rarità dello spettacolo ha forse prodotto qualche esagerazione nella misura della loro statura; ma se si riflette che tali misure furono prese più per approssimazione che con rigore, si vedrà che esse diffondono di poco.

Senza parlare di Stedock e di alcuni altri capitani men noti, diremo che il celebre ammiraglio Byron ha veduto i Patagoni. Questo celebre ammiraglio, così Montellé e Mallet Bruva di un carattere grave e tutt'altro che cedulo; tale ritratto ci venne fatto da un vecchio ufficiale della marina Danese che ha servito sotto Byron in un'altra campagna. Per la qual cosa noi citiamo con molta confidenza la sua testimonianza la quale porta il carattere della sincerità, sebbene la relazione del suo viaggio non sia stata scritta da lui medesimo. Nell'avvicinarsi alla costa segni sensibili di spavento si manifestarono sul viso di quelli che erano nel canotto al vedea alcuni uomini di prodigiosa statura. Alcuni de' nostri per incoraggiar forse gli altri, osservarono con quegli uomini giganti che sembravano anch'essi spaventati alla vista de' nostri moschetti, siccome noi l'avevamo della loro statura. Il comodoro scese a terra con intrepidezza, fece sedere quei selvaggi e distribuir loro qualche cianfusaglia. Erano di straordinaria grandezza; sedute, erano quasi alti come l'ammiraglio in piedi. Pareva che la loro statura media fosse di otto piedi e la maggiore di nove piedi e più.

La relazione più precisa e minuta e degna di fede è quella che trovasi in seguito al viaggio alle isole Malvice. Il luogotenente di fregata Duclou Guesot, ed il comandante di un bastimento di trasporto la Girandais, non solamente rividero ancor all'anno 1766 quel gigante, ma soggiornarono tanto tempo fra di essi da potersi sommarizzare le più curiose particolarità su' suoi costumi e sulla loro maniera di vivere. Di nuovo poco

prima della metà del nostro secolo sembrano cosa prodigiosa, una tanta altezza, si volle, poteva non dubbio anzi negarsi; ma relazioni recenti finiscono ogni sospetto. - I Francesi avendo esaminati i Patagoni con tutto il comodo le trovarono della più alta statura, il più piccolo aveva quattro piedi e sette pollici d'altezza, la larghezza delle spalle era a proporzione anche più enorme, ciò che faceva parer meno gigantesca la loro statura: corsa e gambe in proporzione a farsi corte; hanno la testa enorme, la faccia molto larga, bocca grande, dentatura bianchissima e ben completa, capelli ruvidi e neri che ingrafrano ed ungono con olio di balena, occhi neri, naso schiacciato e largo, labbra grosse, poca barba e fisionomia piena d'espressione. L'altezza media delle donne è di cinque piedi e mezzo, quella degli uomini di circa sei piedi; pastori e nomadi vivono della caccia e della pesca.

Un viaggio recente degli Spagnuoli allo stretto di Magellano ha confermato queste particolarità. I più grandi fra i Patagoni trovansi alti sette piedi ed un pollice e di più di quattro piedi di circonferenza al petto. La statura media era di sei piedi e mezzo, 5 piedi e le mani hanno piccolissima proporzione. La femina del volto e la poca barba le provano d'origine Americana.

Nel nuovo annale dei viaggi leggonsi ancora alla più esatta particolarità sulla Patagonia. Era gli anni un vascello di Siverpool, che trafficava lungo le coste della Patagonia, vi fece non di quari naufragio, era il solo battello inglese che vi si era veduto, benché ogni anno si giungesse una ventata di bastimenti per la maggior parte Americani. L'equipaggio del vascello inglese, e specialmente un luogotenente della marina inglese sono ritornati, e ci hanno date sulla Patagonia alcune relazioni che confermano le già accennate. Il detto luogotenente vide due capi o Cacichi che avevano certamente otto piedi inglesi d'altezza: erano qualche volta accompagnati da un giovane probabilmente sui quindici anni, la cui statura era almeno di sei piedi e due pollici (misura

d'Inghilterra). Quella delle donne è in proporzione. Sembra adunque prevalere che i Patagoni, d'età sicale in qua, conservano una statura considerabilmente maggiore del consueto. Se il più piccolo di essi ha più di cinque piedi e mezzo d'altezza, la loro statura mezzana discostasi ai sette piedi d'altezza ed alcune ai sei piedi e mezzo, ma s'ha inverosimiglianza alcuna nei racconti di chi rappresenta taluno di quegli individui alto otto piedi. Altre parti del mondo furono forse anticamente da taluni di non men alta statura. L'invecchiamento ed il lusso gli avrà fatta degenerare, mentre i Patagoni isolati in mezzo al paese più isolato del mondo conservano i semplici loro costumi, il grosso loro cibo e quindi l'immensa loro statura.

Costumi dei Patagoni — Vanno essi nelle vicinanze degli Spagnuoli Americani, oppure nelle solitudini della Patagonia; e sotto le prime giogane boreali della latitudine sud sono ed abitano nelle Pampas, il genere di vita di tutti questi nomadi è quasi uniforme, la loro occupazione sono: la caccia, la rapina, la sorveglianza ai loro animali domestici, l'andar continuamente a cavallo, il maneggio della lancia, del palle, dello scudo e del lazo.

Nulla di più triste e bizzarro dell'aspetto di questi esseri sommersi montati sopra cavalli ardenti che essi maneggiano con selvaggia perizia dal colore fuliginoso dei loro robusti corpi, dalla folla ed inculta capigliatura che loro circonda sul volto non lasciando intravedere ad ogni loro rapido movimento se non un insieme di lineamenti schifosi ai quali l'aggiunta di vistosi colori con cui sono soliti dipingersi, dà un' espressione d'orrendo difetto.

Abbandonansi ad una gioia ferrea, al ordine i paternoni dei proprii animali, emettono grida selvagge, e brandendo le loro lance, le fronde e i lazi li circondano da ogni parte. Uomini, donne, fanciulli contemplano chi soffre con ferrea curiosità senza che neppure cerchi di procurargli il minimo sollievo.

Gli indigeni troppo occupati, dice il Lacroix dal procurarsi la loro sussistenza non ebbero mai tempo d'iniziarsi ai principii di

civilizzazione come fecero i Peruviani, i Guaraní ed i Chileni. D'altra parte l'impudenza e la condotta essenzialmente impolitica dei primitivi Spagnuoli stabiliti al loro settentrione, fece loro venire in odio in modo singolare tutto ciò che sa d'Europeo; e la condotta di sterminio che ancor presentemente valse loro esercitata la Repubblica Argentina, fu ostacolo grande a quei popoli inciviliti, potrebbe imparare con loro qualche vantaggio. Il solo missionario della sua condotta di pace potrebbe a poco a poco far deporre l'odio che si ha contro quanto sa d'Europeo, ed insieme alla religione introdurre in quei paesi la civiltà; ma il crudel sterzo che lo cupidulo volle fare di tanti missionari, i quali a loro se ne venivano per evangelizzarli, spaventò talmente ogni compagnia religiosa, che da allora ~~insegna il più rigido) in pratica~~ s'interdice l'incarico della evangelizzazione di quei selvaggi. « Appigliamoci, continua il Sacerdote, che lo spettacolo della puerile civiltazione, di cui van gloriarsi i popoli limitrofi, non dovrebbe incoraggiare quasi i Patagoni a seguir l'esempio delle popolazioni indigene dei Pampas molti dei quali si lasciarono inculcamente imbastire i vizi della nostra società, senza prenderne nulla delle virtù e dell'incivilimento. In uno poi tutta l'America Meridionale la rozza bianca ha introdotta l'anarchia, e l'immoralità. - Le storie dell'Orino, delo, Bolivia, Perù, Chili, Plata, non sono che la storia di sanguinose lotte, strazi, continui ed altre violenze esercitate contro la barbarie e l'ignoranza. Non ricordar dunque sorpresa che gl'Indi del Sud non siano ancora stati tentati di aver la loro parte sui tanti vantaggi che arreca una tale civiltazione. »

Loro carattere morale - Non si è d'accordo sul carattere morale dei Patagoni; gli uni li dicono comani e maneggjabili, altri li accusano di crudeltà e di perfidia. Ma questo popolo è atto all'incivilimento perchè malgrado alle poche relazioni che esistono tra gli indigeni del Nord e gli Spagnuoli, si osserva già una notabilissima differenza tra questi e gl'Indigeni del Sud. Ordinariamente però si rimprovera loro d'essere falsi, arroganti, inclinati al furto; ma la loro disonestà, dicono, è tutta prove, ma prima trattandosi di

non sanno che interroghi tutto la tribù.

Ciò che pare più accertato si è che i Patagoni sono di una estrema indolenza; non si occupano se non che della caccia e della loro arca ed anche di questo affari sompigliosamente e passano il resto del tempo in una stupida ozio. Non hanno alcuna attitudine alla pittura ed alla navigazione; gli abitanti della Terra del Fuoco sono gli unici navigatori indigeni dell'America Meridionale. Cacciatori e nomadi non hanno alcuna industria; mentre gli Araucani sono molto più innanzi da queste parti, e somministrano loro quei pochi legumi di lana di cui fanno uso.

La conseguenza della loro infingardaggine e di questa specie di distoglie per ogni industria è una scortezza indifferibile. Non può essere mai le loro capanne e telles, fabbricate di rami piantati in terra stretti insieme sull'alto, coperte di pelle d'animale, e specialmente di guanaco, o se vedono un europeo di riguardo e mirino, lo studiano reputando questa una operazione magica e paurosa.

Quando li soggano li incomodano, tolgono le loro capanne e li portano altrove. Non hanno cura, dice d'Orbigny, che della loro faccia e dei loro capelli; della prima per opera di colore e di grasso onde sentano meno il freddo, dei secondi per pettonarli con una specie di spazzuola fatta con radici.

I Patagoni imitano colla facilità della sommia e sono molto ^{ma} superlativi; la falsità è universale ed invocata con uomini, donne e fanciulli. A ciò suolsi aggiungere una perfidia profonda, ^{ma} grande vanità ed un desiderio d'essere date di loro. Sono estremamente succidi e non si lavano mai, sì che le loro faccie e le mani sono sempre coperte di una crosta di sporco. Gli uomini si tingono la faccia la faccia con una specie di terra rossa, le donne si rendono, se è possibile vispi più brutte degli uomini mediante un intonaco di creta, di sangue e di grasso.

Cibo — In Patagonia non si conosce l'agricoltura, né si semina il grano, perciò non fanno uso di pane. Il loro cibo consiste quasi

esclusivamente in carne che per lo più mangiano cruda, sebbene alcune volte anche arrostita e cotta. Indosso il cibo più comune è quello di carne di cavalla; solo di rado mangiano altra sorta di carne, come di vigogna e di guanaco, sebbene esse prima dell'introduzione dei cavalli formassero il loro cibo indispensabile. Egli mangiano ogni momento; si cora in modo come se di noi, ma sono anche capaci di sostenere un lungo digiuno. Il grasso ed il soro più raro sono per loro le vivande più delicate. Provvisi su alcuni punti delle coste Patagoniche una sorta di ~~carne~~ che servono durante una parte dell'anno per cibo principale degli abitanti.

Piccoli alle strotte mangiano anche erbe e radici di erba, sebbene di gusto nauseante. Nell'isola Guajaros, una dell'Arcipelago di Chenet sul Grande Oceano cresce una specie di patata selvatica molto sostanziale, che serve benissimo di cibo per quegli isolani.

Nel giorno d'oggi la maggior parte dei Patagones e degli abitanti del settentrione della Patagonia posseggono utensili di cucina provenienti dalla loro spedizione di rapina e che loro servono alla preparazione delle carni: Se donne incaricate di questa cura rovistano di far molto cuocere gli alimenti; mettono dell'acqua in un vaso e dopo di averla fatta scaldare, vi immergono dei pezzi di carne, che appena imbianchiscono, le ritirano come sufficientemente cotte; mangiandole al momento con un po' di sale, essendo pure consueti di loro l'uso di questo condimento. Nelle tribù degli Indii settentrionali e quasi insulari si veggono mangiare carne ben cotta ed arrostita; ma, come quelle dell'interno, si credono a banchetto di vivande crudi i polmoni, il fegato, ed i rognoni d'ogni animale di cui anche tutti bevono anche il sangue caldo o rappreso. Nelle regioni selvaggio, quando la carne non si mangia cruda; si fa semplicemente arrostita un poco sopra la braglia. Alberi da frutta quasi non hanno interamente, perciò gli indigeni non hanno altro che alcune frutta selvatiche e disgustose.

Nella primavera ~~si~~ nella caccia nel doppio scopo di riportare giovani selvaggina ed uova di pernice o di struzzo. Il selvaggina

è destinato specialmente ai fanciulli lo uovo s'è mangiato in comari; e gli lo aprono come si fa di un uovo al latte, lo pongono sopra un bruciere per cuocerlo, e schiacciando il giallo al bianco di mano in mano che va cuocendo. Gustano grandemente il biscotto che in certe occasioni possono avere alcuna tribù finilluca; ma più che tutto bevono ne i liquori Spiritosi che gli Spagnuoli fanno loro gustare qualche volta. Quando ne possono avere in buona quantità, comensano una volta l'anno da ubriacarsi e bruciarsi le intestina.

Abitazioni — Le loro abitazioni consistono in tende di cuoio, che portano seco quando emigrano. — I tetti degli Inachon sono di forma rettangolare di circa dieci piedi di lunghezza, di sei di larghezza, da sette ad otto sul davanti e sei solamente di dietro. — Queste tette sono formate da portiche piantate sul suolo e sostenute alla loro estremità superiore per sostegni travielli che formano il letto. Questo modo di case sono ricoperte di pelle così bene connessa le una colle altre, che paiono cucite e risultano quasi impenetrabili all'acqua ed al vento. Gli indigeni le portano e le strascinano seco nelle loro escursioni.

La maggior parte dei loro hobos però sono di forma circolare in diametro di circa 10 piedi; formati con rami d'albero piantati in terra e riuniti alla cima a guisa di pergolato; e dove fa meno freddo e nella buona stagione, la maggior parte di queste loro capanne non sono coperte che di fronde d'alberi. Le loro dimore è raro che siano agglomerate in modo da formare, come presso di noi un grosso villaggio ed una città. Case murate non esistono affatto in tutta l'estensione della Patagonia, fuorché in quei rari luoghi dove gli Argentini ed i Chilensi o poterò qualche colonia.

In queste loro specie di case il centro viene occupato dal focolare. Apparentemente alimentano il fuoco con legna; per lo più adoperando a quest' uopo spini che in gran quantità ingombrano il suolo, steco degli animali bovini e più specialmente steco dei cavalli che in numero sterminato lasciano andare vagando presso i loro abitivi. Hanno poi i Patagoni il singular costume di non volgar mai gli

occhi al fuore; ma gli volgono sempre la schiena, per veder meglio ciò che accade intorno a loro.

Vesti ed ornamenti della persona - Gli abiti ~~dei~~ Patagoni componesi quasi esclusivamente di pelli d'animali e adoperano di preferenza la pelle del guanaco, loro soliti a servirsi solamente delle parti: al di sotto del collo e delle gambe, perocchè la lana ne è più morbida. Ripieniscono poi questi pezzi con tendini di stazzo di cui si servono a guisa di filo e pervengono a comporre vesti e mantelli a ~~quasi~~ ~~connessi~~. Vesti principali e per molte anche unica, è il mantello formato da una gran pelle, i cui lembi superiori fermano sulle spalle con una caviggia. La pelle della volpe forma i loro abiti di lusso. Sotto quell'aspetto che a tutti doverosi riferire all'utilità, la parte del pelo o la parte della pelle sono a volta a volta al dentro o all'infuori secondo la temperatura. I Patagoni ornano la pelle dei loro mantelli di disegni di color rosso ma il loro aspetto sia meno ributtante. Indipendentemente dal mantello portano un abito composto del pelo di pelliccia, il quale circondando la persona termina in punta sul davanti; lo fan passar fra le cosce e lo ripiegano all'indietro dove lo appuntano col resto delle vesti.

Questo semplice vestito vien compiuto da certe specie di stivali formati da un pezzo di pelle ricabato da tutte le parti e legato intorno alla caviglia.

Verso il settentrione, dove già un poco penetra l'inciviltà, ed in cui per mezzo di continui traffici i selvaggi sono provvisti di ogni cosa che possaggiano gli aborigeni, il vestito è fatto di stoffe e si compon come di una specie di sciallo qualunque mezzo al quale praticano un'apertura onde farvi passar la testa e due altre aperture più piccole qua e là da cui escono le braccia, e poi onde mantener saldo il vestito, se lo stringono ai fianchi con una cintura di cuoio ornata di disegni a colori variati.

Quest'abbigliamento copre generalmente dalle spalle fin sotto

al ginocchio ed a famiglia ad un fodero donde escono testa, braccia e gambe senza arte ed armonia.

I Patagoni non portano cappello propriamente detto. Gli urogliano i loro capelli sulla testa con un cordoncino di cuoio o con un nastro di lana; altri, e sono la maggior parte, se li lasciano crescere senza tagliarli mai e li fanno cadere sulla schiena ed anche sui
 — *non fanno usalio per di dietro un altro abito che si estende dalli*
 ascelle ai ginocchi formato di ranzi da una spilletta o formaglio d'argento largo un mezzo piede. I loro capelli ora ondeggiano sulle spalle, divisi solamente sul mezzo della testa; ora ricaduti in due trecce cadono da una parte e dall'altra, e a questa trecce sono sospesi piccoli pezzi di vetro frammisti a piccolo lastrone di rame. L'acconciamento di loro teste si completa con grandi orecchini d'argento, se ne hanno, adorni di pezzetti dello stesso metallo, quadrati ed enormemente pesanti. Portano armilla alle braccia ed alle mani. I più giovani portano anche ai polsi ed al disotto delle caviglie, due braccialetti stabili, fatti di grosse perle a vari colori, infilati su fibra di carnae ed allorché si muovono coprono la testa con un cappello fregiato di piastra di rame. Portano eziandio certe collane formate di squame di tartar

Le donne si cingono la vita con una fascia, da loro medesime fabricata, e con lasso di mantovani, quando però non hanno qualche lembo di stoffa proveniente dai lino, o panni dei mariti.

Neppure tra i Patagoni porta la barcha, anzi generalmente hanno per usanza, di strapparsi con cura tutti i peli del corpo, senza risparmiar neppure le sopracciglia, e intanto solo i capelli.

Del fumare - Ubbriachezza - Il Guinnard che stette tre anni prigioniero dei Patagoni riguardo al fumare ed alla ubbriachezza si esprime così: « Il Patagone dopo aver mangiato, si prepara del tabacco con dello steco di cavallo e di vacca; vi riempie una piccola pipa in pietra, scavata da lui stesso, ed accendendosi sul ventre, serbe sette od otto stoffate una dietro l'altra; non contondolo dalla nuccia, se non quando gli è proprio impossibile di più a lungo tenerlo in bocca. In tal momento esse è orribile a vedersi. Trattura gli occhi, non lasciando un raggio che il bianco, dilatandoli a tal punto ch'è come vederli uscire dalla loro orbita; la pupilla gli sfugge dalla barcha, che più non resta loro forza sufficiente a tenerla; lo forza l'abbandonano, lasciandolo in un ubbriachezza che si potrebbe chiamare estasi, ed agitato da molti convulsivi che lo fanno sbuffare rumorosamente, mentre la saliva gli sfugge a flutti dalla bocca somigliante, e i piedi e le mani sono agitate da un movimento simile a quello del cane che nuota.

Tale stato abominevole di volentieri abbisogna la felicità, la degli Indi ed è oggetto delle loro rispettose simpatie, e si guardano bene di disturbare il fumatore, al qual ^{anni} gettano dell'acqua in un corso di buca che gli infiggono a fianco nel terreno. Secondo egli il loro Dio ha partecipato a tal godimento, e s'è ondeggiato stette offeso anteriormente tra o quattro aspirazioni di fumo accompagnate da una preghiera montale.

Convenuto in se, il fumatore beve l'acqua, fa un mezzo giro sopra se stesso, si stende sul dorso per abbandonarsi momentaneamente al sonno. Le donne ed i fanciulli partecipano a questo orrido costume.

senza che alcuno vi si opponga.

Senza eccezioni di tribù, di grado di sesso e di età, tutti gli Indiani comano l'ubriacchezza; coloro che possono procurarsi bevande alcoliche, ne fanno frequente uso, senza soffrire minimamente nella salute. Si sottomettono anche ad un viaggio di dieci, e quindici giorni, per recarsi al più vicino stabilimento Americano, ov'è promodarsi di tabacco (pulque) e di bevande spiritose (petem), dando in cambio pelli e panni di stuzzo. Pel trasporto dei liquori, adoperano le pelli di montoni che si spogliano destramente dal collo, in modo da farne degli otri, dai quali non può sfuggire una goccia di liquido. Si servono anche delle pelli di coccia di stuzzo; ma preferiscono quelle di montone, perchè sono molto più capaci e resistono di più al galoppo del cavallo sul quale sono attaccate con forti cinghie preparate prima.

Quando sono di ritorno, appena le donne hanno scaricato i cavalli si forma una folla numerosa onde partecipare all'orgia ed alla distribuzione del tabacco. L'abitudine poi di divedere quanto possono non è legge; alcuni non si mostrano tanto generosi, e non sono rimproverati. Ad onta del caldo soffrono di ogni parte; Uomini e donne hanno di sovente, colmutanze di frequenti reiterate. Quando sono ubriachi fradivi, diventano furibondi e si battono fra loro, senza distinzioni di sesso. Se vien promozzata la parola uincaes (cristiani); e tal disordine cessa a grande stento, quando qualcuno meno ebbero e più ragionevole, riesce a disarmare i scaltizi, che al coto firindhu ^{hanno l'abitudo di} uccidono. Continuano a bere in tal modo per più giorni senza muoversi dal posto, finchè rimangono del liquore.

Quando spesso che gli Indiani non possono per lungo tempo procurarsi del uincaes pulque o bevanda dei cristiani; ciò non impedisce loro di ubriacarsi, poichè se la natura del suolo li priva di certi frutti che pur si crederebbe trovau in sì vasti campi, ve n'ha due molto strani: il pequinino e l'algarroba, molto conosciuti in America dai quali si trae un liquore inebriante quanto presso di noi l'acquavite.

Caccia - Principale occupazione loro è la caccia; vi si dedicano tutto l'anno, ma con più ardore nei mesi di Agosto e di Settembre, prima vera nell'emisfero del sud, nel doppio scopo di riportare quovvra selvaggina e uova di piovra e di struzzo. Per la caccia dello struzzo e del caprido selvatico, si riuniscono in gran numero accerchiando uno spazio di due o tre miglia. Quando ognuno è al suo posto, a un dato segnale muovono lentamente verso il centro del circolo che formano, fino anche la distanza che separa gli uni dagli altri non sia più di sette od otto passi di cavallo. Allora si formano colle palle alla mano. Sulle grida i carri che gli accompagnano si slanciano per inseguire gli struzzi ed i capridi per tal modo accerchiati, i quali cercandosi fuggire, passano fra i brevi spazi che i cacciatori si sono preparati onde poter loro lanciare una quantità di palle che ben di rado falliscono. Gli animali presi vengono spogliati con incredibile destrezza, ciò che permette ai cacciatori di continuare il loro esercizio fino al momento in cui il circolo ristretto, mette in presenza la massa degli Indiani. È ben raro che gli ritornino alla famiglia senza aver preso sette od otto capi di selvaggina ed alcune volte assai più. Gli Indiani Carolchi, una delle tribù Patagone, benché non abbiano a loro disposizione l'aiuto dei cavalli, sono pure abili cacciatori; ed operano a piedi la stessa manovra degli altri, sebbene in più piccola proporzione.

Gli uomini e le donne in età avanzata sono incaricati di spogliare e trasportare sul dorso il prodotto della caccia, che consiste in piccoli cammelli, struzzi e gannas presi al lazo o colpiti dalla palla ed anche dalla freccia.

Possibilità di commercio. - Ecco come un viaggiatore inglese dà relazione della Patagonia, specialmente in riguardo alla ricchezza ed arricchimento di cui sono capaci. - Hanno tutti bellissime lincee, e sono ricchissimi di cacciagione e se gli Europei formassero in quel paese mercato centrale, esso vi recherebbe una gran quantità di pelli preziose, in specie di guanachi la cui lana sarebbe di grandissimo vantaggio per la manifattura degli stoffi.

e dei panni fini. Il diciottantesimo ne trasportò qualche poco in Inghilterra e venne stimata dai 15 ai 16 scellini alla libbra. I Patagiani riceverebbero volentieri in cambio liquori spiritosi, tabacco del Brasile, grossi panni rossi ed azzurri, grandi sporonni di ferro, lunghi coltelli, lanciai conchiglie, vetro ed altre simili mercanzie. Non usano argento moneta, né armi a fuoco. La loro condotta fu assai pacifica verso l'equipaggio del vascello inglese. Apporchi intanto nello stabilimento di Rio Negro depongon sempre le armi e non le riprendono se non dopo la partenza.

Le tribù di Pampas hanno abitudine più sedentaria coltivano già un poco l'agricoltura e molto la pastorizia, ne occupano di occuparsi in alcuna manifattura. Cercano alla volta bestiami, panni grossolani, carni secca, ecc., e ricevono in cambio liquori spiritosi e tabacco. I viaggiatori (seguita la relazione Inglese) ne parlano come d'una tribù molto numerosa e tranquilla. Il Signor Picaudati ha voluto donare ai suoi ospiti alcuni bocconi di lana rossi, ma nessuno di essi ha potuto farvi entrare la propria testa, spendo tutti per loro troppi piccoli. Si donaron loro altresì alcune coperte di seta, acette caldai ed altri utensili. I Patagiani desidero in cambio anche fecce e collane di conchiglie.

Parlando di Carmen e di Punta Arenas, noi abbiamo già visto con che attività gli abitanti dei dintorni cercano di procurare ai coloni di quei paesi, bestiami, pelli e quanto di loro natura. Queste, se non altro, prova la possibilità e già la speranza di iniziare con i Patagiani qualche relazione, la quale fatta con lo scopo che possono profiggersi i missionari, può in poco di tempo produrre frutti eccellenti di evangelizzazione e di civiltà.

Crudeltà — Chiunque incontrava dei bianchi, immediatamente lo uccidono o lo fanno schiavo. Il Guinnard racconta così il modo con cui fu preso esso ed il suo compagno, — «Trovai un gran numero, avuto sentore, che due bianchi si trovavano

contorni, sarevo come per incanto da tutti i punti del terreno ed abbandonandosi ad una gioia feroce, emettendo grida selvaggio e brandendo le lance, le frecce ed i lazzi ci circondarono da ogni parte. Il risultato di una lotta fra noi due e quella banda non poteva essere dubbio. Focammo fuoco sul più avanzato dei nostri nemici. Venne ferito, ma non arrestò i suoi compagni, che i miei si pimarono addosso; il mio cavalcata ferito da ogni parte, oppresso dal numero, cadde poi non più rialzarsi.

Io poco vivamente incalzato, aveva il braccio sinistro trapassato da un colpo di lancia, quando una di quelle palle di pietra, che essi attaccano in cima ad una lunga correggia, mi colpì nella testa facendomi cadere irrimediabilmente al suolo. Piccoletti alla ferita e contusioni delle quali non ebbi cura senza se non al cessare del mio scemorente; tentai rialzarmi, senza riuscire. Gli Indiani da cui era ancora circondato, vedendo i miei movimenti convulsivi, si disposero a porre un fine, togliendomi la vita. Ma uno di essi, pensando certamente che un uomo che stenta tanto a morire, sarebbe stato un utile schiavo, s'oppose al disegno de' suoi compatriota. Dopo d'avermi totalmente spogliato, mi legò le mani dietro il dorso, prendendomi sopra un cavallo nudo al pari di me, al quale mi legò strettamente per le gambe. Fu questo un viaggio veramente terribile per me, che ad un secolo d'intervallo o all'altro capo del mondo, sempre mi resterà impresso nella memoria. La continua perdita del sangue mi procurò una successione continua d'angosce e di sfinimenti; durante i quali mi trovai palleggiato da una parte all'altra come inerte fardello, ed abbandonato al galoppo sferzato del cavallo selvaggio, che i miei barbari padroni spronavano di continuo. Ogni notte veniva deposto a terra senza legarmi, tornando al caos, che malgrado il misero mio stato tentavo qualche mezzo di fuga o di suicidio. Giunte alla metà, mi tolsero allfine quegli stralati legami che mi avevano tormentato le mani e i piedi al =

punto da non poter essere più severe. In pace di muoversi, restai disteso a terra in mezzo ai miei capitoli; uomini, donne, fanciulli mi contemplavano con fieri curiosità; senza che alcuno mi procurasse il minimo sollievo. » -

- Di Cagliari capo dei nostri missionari in Quercus byres, in una sua lettera ci racconta similmente d'aver assistito in modo da una signora, la quale presa schiava era stata così maltrattata da non essersi più potuto rifare in sanità; dopo la sua fuga e mostrava ancora nei piedi e nelle mani i segni dei ferri con cui era tenuta incatenata. -

- Ecco ancora il racconto con cui il Signor Guimond, testimonio di veduta, descrive un supplizio dei Patagoni ad alcuni Argentini. « Un orribile e tragico incidente mi convinse esser d'uopo usare la massima prudenza e similitudine. Dei giovani Argentini furono, come io, fatti prigionieri, destinati a seguir peggio la mia sorte; la maggior parte fra essi, finiti nella loro abitudine d'orientarsi nelle Pampas vicine alle loro provincie natali, e nella destrezza di domare i cavalli, tentarono di recuperare la libertà; ma sventuratamente furono ripresi dagli Indiani, che gli avevano accanitamente insegue, e ricondotti presso i loro padroni. Costoro, furono posti in mezzo ad un circolo d'indiani a cavallo, che li affessinarono a colpi di lancia. Tutti gli affessinarono urlando di gioia, immergendo erigivano la punta delle loro armi in ognuna delle ferite di cui curvillarono i colpi delle loro vittime. Gloriarono seguito a me davanti mostrandomi con affettazione quelle armi che colava ancor fumante il sangue di quegli infelici, e minacciandomi la stessa sorte se avessi tentato fuggire. - Mi fu forza sopportare tantamente il cupo dolore che l'impossibilità in cui mi trovavo di correre i miei compagni di sventura, mi faceva soffrire; e l'orribile spettacolo a cui dovetti forzatamente assistere, accrebbe in me l'odio e l'ira per quei carnefici. Mostrandomi sempre calmo ed impassibile in tutto non dava sfogo al mio dolore se non quando mi trovavo solo con un mio

Governo — Il gran tratto di continenti da noi prima conosciute indicato ha varie sorta di governi. Degli antichi abitatori della Pampas, i quali si chiamano Tampus, gli uni sono soggetti a Buenos-Ayres, obbediscono alle sue leggi e si chiamano ridotti; questi sono i più vicini alle città ed ai paesi abitati dagli Argontini, e vivono anche nei paesi, nelle città ed alla campagna, in possessioni vicine a quelle degli Argontini, ma non sono in numero straordinario. Ben di essi comincia a penetrare la civiltà e la religione, ma pochi sono i sacerdoti che di loro si possono curare e non si trovano che di paese in paese a grande distanza. La maggior parte dei Tampus non sono ridotti; vivono senza leggi, sotto il comando di Cacicchi o capi di tribù; ogni tribù poi è indipendente dalle altre. Questi occupano la maggioranza delle terre che si estendono fino al Rio Negro e per la maggior parte sono gli stessi che i Patagoni, poichè come migratori vivono parte del tempo in un luogo e parte in un altro.

Non può più che nelle loro migrazioni vadano in paesi molto lontani, ma solo a poche giornate di distanza e che poi poi più tornino nei luoghi già da loro abbandonati. Questi sono quasi sempre in ostilità cogli Argontini ed ora si fan guerra accanita più che mai; e il Botogo D. Praglio ci scrive che pel momento sarà inutile tentare alleanze con loro, perchè troppo esasperati coi bianchi di qualunque genere essi siano.

Il capo principale delle frequenti invasioni degli Indi su tutte le frontiere delle repubbliche della Plata e del Chili; è quello d'impedire il commercio dei Cristiani e di saccheggiarli per arricchirsi di animali, senza la fatica di domarli e così vendicarsi della povertà, alla quale gli Europei, impadronendosi del loro territorio, li hanno condannati. Odiano fieramente tutti i bianchi ed uccidono nel modo più barbaro, non risparmiando che i fanciulli e le donne giovani, che destinano ad ignobile schiavitù.

Vi sono poi gli Uruguayani d'altra razza e che nei tempi antichi formavano un impero a parte. Ora sono anche essi divisi in due,

si: no piffa... parti al Chili e parte a Buenos Aires.
 Abili non ridotti, e perchè il Chili continuava a perseguitarli tra
 passarono le Cordillere e si unirono coi Pamperos, coi quali stanno
 per lo più confusi e di cui acquistaron molti costumi ed usanze.

Più al mezzogiorno di tutti questi popoli fino allo stretto di Magellan,
 i Patagioni e gli Spagnuoli furono costretti ad abbandonare
 persino quegli stabilimenti che più in antico già avevano fondati.
 Non si ha da credere che Garraon sul Rio Negro di cui non sussis-
 tono più lullacia che gli avanzi di uno stabilimento Argentino i cui
 abitatori vanno ad ogni anno diminuendo, e Punta Arenas stabilimen-
 to Chileno fondato che non è gran tempo.

Nel loro interno i Patagioni hanno un sistema politico di
 più semplice. Essi sono governati da un Capo che chiamano *Cacich*
Aben, e il cui potere non si esercita che in tempo di guerra. In pace
 viene rispettato, ma non gode di alcun privilegio. Questa carica non è
 ereditaria di diritto; importa che il figlio per succedere al padre, dia
 prove di coraggio e di eloquenza, altrimenti il posto è conferito ad
 un altro.

Questi popoli non hanno leggi. Ognuno vive a suo modo, e il più
 laido o il più stornato com'è il più dexto. Non conoscono divisione di
 tenore fra i membri della loro società. Le ricchezze non possono *esser*
 appo loro che mobiliari e l'uso di distruggere alla morte d'ogni
 tutto ciò che gli appartiene nel mondo, li mette nella necessità di
 trovar nuovi mezzi d'esistenza.

Ogni tribù è governata da un capo particolare detto *Cacich*.
 Questo capo è distinto dagli altri per un berretto di pelli d'uccello
 colle loro penne, cui pone in capo quanto riceve visite, per dimostrare
 senza dubbio l'alta sua dignità.

I Patagioni propriamente detti, siccome non ebbero a fare
 molto da fare cogli Europei e perciò non ebbero da loro a patir *mar-*
 tori e rubarizi; non odiano tanto accanitamente i bianchi, e
 sebbene feroci per loro natura, non perseguitano direttamente
 coloro da cui ancora non ricevettero ingiurie.

Lingua e scienze, Intelligenza — Tutta le tribù di quelle regioni da noi descritte, compresi anche gli Araucani, parlano la stessa lingua, dallo stretto di Magellano fino ai dintorni di Mendoza, S. Luigi, Orsano, Buenos-Ayres. Tuttavia succede nel loro idioma come di tutte gli altre; cioè vi si incontrano diversi dialetti molto facili a comprendersi quando si conosce la madre lingua, che si conserva quasi pura nella Pampas, presso gli Acahuani ed i Amahuolchi (popolazioni dei paesi bruci). Questa lingua sebbene parlata per una estensione molto vasta di territorio per quanto paese non è scritta in nessun luogo e al certo non possiede grammatiche e dizionari; pare tuttavia lingua ricca ed immaginosa, né di tanta difficoltà nell'impararsi. La difficoltà più grossa sarà nel parlarla, perchè essa è molto gutturale ed ha gran numero di aspirazioni più simili in questo alle nostre lingue Slave-guaraniche che non alle indolite. Quest'unità di lingua è per misurarsi un bene straordinario, perchè già molti delle famiglie dei selvaggi, abitano nelle popolate città e nei paesi, e noi stessi nel collegio di S. Nicolás già abbiamo de' giovani di famiglie selvagge, i cui genitori usano ancora buona parte della vita tra loro. Questo fa sì che la lingua si potrà senza tanta difficoltà impararsi prima d'indotarsi nei paesi deserti, ed anche col tempo si potranno comporre grammatiche e dizionari in questa lingua a grande aiuto dei futuri missionari.

D'Origny aggiunge: « I Patagoni non mancano d'intelligenza, e il loro genio nazionale merita di essere preso in considerazione. I loro discorsi hanno un carattere rimarchevole d'orgoglio; sono eloquentissimi ed hanno sopra tutto il talento di parlare a lungo senza esitare o deviare dall'argomento. Ciò che in particolar modo li distingue si è l'uso frequente del paragone. Questa tendenza lo fa somigliare ai popoli orientali, che, come è noto, fanno consistere la poesia nell'uso moderato della metafora.

La loro lingua è più gutturale che quella degli Araucani, difficile a pronunziarsi e piena di suoni, che le nostre lettere non

sarebbero espresse. È parte essenziale di combinazioni. Gli Indigeni possono contare fino a centomila; questa quantità di designazione numeriche attesta la molteplicità delle combinazioni di parole di cui si possono servire.

L'abitudine della caccia; il bisogno di potersi dirigere nelle loro lunghe escursioni, secondo il sole e le stelle, fecero nascere fra gli indigeni di quelle contrade, idee astronomiche. Egli non trascurarono la parte del firmamento da loro conosciuta in un immenso quadro rappresentante la caccia degli Indiani. Così la Via Lattea non fu per loro il cammino percorso dalla capra Amaltea, ma quella del vecchio Indiano che cacciava lo struzzo. I due si furono nelle stelle (Strephe) che egli gettava a quell'uccello, i cui piedi sono la Croce del Sud, monta le nuvolette Australi che accompagnano la Via Lattea; non sono ai loro occhi che mazze di piume formate dal cacciatore. Queste allegorie non isviarono gli Indigeni dallo studio pratico dell'astronomia. Così adottarono una divisione di tempo ragionevolissima, dividendo l'anno in dodici mesi. Alla primavera, quando le piante cominciano a rifiorire, egli rettificano e regolano i giorni supplementari. Questo prova, che le nazioni le quali abitano l'estremità del Sud del Continente Americano, non sono certamente prive d'intelligenza.

I Patagoni del Sud sono più affabili e famigliari di quelli delle altre parti della contrada, perché non imparano a loro spese come la vicinanza degli Europei sia pericolosa. Egli li accolgono pure cordialmente gli stranieri; ma quando sono in gran numero, impongono loro un gravissimo tributo di tabacco, di pane, di fucili, di polvere e di altri articoli di cui vanno pazzi. Egli sono indifferenti e apatici.

A proposito di questa apatia, citeremo il seguente fatto riferito dal Capitano Wallis, che nel suo viaggio allo stretto di Magellano, fece condurre parecchi indigeni a bordo della sua nave, e non poté far nascere in loro il minimo senso di sorpresa.

« solo le condusse in tutte le parti del vascello, dice egli, ed egli non
 guardavano con attenzione che gli animali vivi, che avevamo a bordo.
 Esaminavano con molta curiosità i porci e i montoni, e si divertiva-
 no infinitamente a vedere i polli e le galline di Guinea. Non par-
 vero desiderare di ciò che vedevano fuorché i nostri abiti e un vec-
 chio fu il solo che ne dimandasse. Noi offerimmo loro sigari, ne
 fumarono alquanto, ma non parvero prendervi piacere; io diedi loro
 buon pane, biscotto ed altre provvigioni del vascello, e si mangiarono
 indistintamente di tutto, ma non vollero bere che acqua. So arde-
 lava loro i canconi e non parevano conoscerne l'uso; Feci mette-
 re i soldati sotto le armi ed eseguir qualche eversione. Nella
 prima scarica di artiglieria, i nostri Americani furono colpi-
 ti da meraviglia e da terrore; ma vedendo che noi travamo
 di buon umore e non avevamo ricevuto alcun male, ripigliarono
 la loro tranquillità e sostarono senza commoversi una seconda
 ed una terza scarica. »

Giuochi — I sollazzi degli Indiani sono pochissimi. In certe
 tribù vicine agli Spagno-Americani, giuocano alla carte Spa-
 gnuole e sono carinziosi quanto i bari di professione. Fanno due
 segni impercettibili agli angeli delle carte, e grazia ad una vista
 eccellente, mischiando semplicemente il giuoco, distinguono le buone
 dalle cattive e son così destri nel distribuirle che si ricevon sem-
 pre le migliori. Colui che ha la supremazia, crede d'aver guada-
 gnato cospicuamente, in ragione delle difficoltà superate, per
 ricattare al proprio avversario un paio di stoffe o gli spovoni d'ar-
 gento.

Il giuoco dei dadi o piuttosto il giuoco del bianco e del nero,
 si compone di otto piccoli cubi d'osso arrotondi da una parte, e
 si fa in due. Una pedice posta tra i giuocatori onde essi possano
 pigliare in una sol volta quei piccoli dadi che lasciano ricader,
 gridando altamente, battendoli le mani in modo da scordarsi
 reciprocamente. Ogni volta che il numero dei neri è pari, il giuoco

loa può ricominciare finché sia dispari, ed allora tocca all'altro a giocare. La partita andrebbe all'infinito; ma, stanco, sordido, uno dei due diventa preda dell'altro, che dotato di maggior sangue freddo, segna severità doppia all'insopportabile compagno e lo vince. La fine della partita è sempre seguita da una lite per cui il perdente si oppone a cedere l'oggetto perduto.

Avviamo un altro giuoco riservato esclusivamente ai guerrieri e che i Francesi designano col nome di piéna. Ecco la descrizione: i giocatori si collocano su due ali, di fronte gli uni agli altri. Il campione di ogni ala è munito di una palla di pelle piena d'aria. E' verso la linea della sinistra, l'altro della destra e cominciano a gettare insieme la loro palla, di fronte com'è fu ordinariamente, ma di dietro, di modo che, perche ritornino liberamente davanti debbono abbarbi immediatamente la gamba sinistra. Ricevono la palla nella mano e la rinverano all'avversario cui debbono colpire nel corpo sotto pena di perdere un punto: ciò che obbliga coloro che stanno di fronte a far mille contorcimenti per evitarla, chinandosi, saltando onde la palla non li tocchi ed esce dal ricado. In questo caso il primo giocatore perde due punti ed è obbligato ad uscire di fila per cercare la palla. Se, al contrario, il secondo viene toccato, bisogna che egli offra la palla e la rimandi al primo, cui debbe pure colpire sotto pena di perdere un punto. Quindi tocca a colui che viene dopo il ricominciare. Si capisce che una tale combinazione dee produrre i più singolari movimenti tanto dalla parte di coloro che gettano la palla sotto la gamba, come coloro che cercano di ripiegarsi a guisa di serpenti per evitarla; tocca per altro, prima di proiettare le palle, con guardi risata all'opposto partito. Gli Indiani spiegano a questo giuoco la gioia feroce dei nostri soldati. Nulla di più piacevole, che il vedere da una certa lontananza le contorsioni dei giocatori, e loro salti e le loro movenze: questo esercizio potrebbe prendersi per un ballo. E' fu senza dubbio inventato, onde riscaldare la persona nell'inverno,

fra quelle regioni gelatose; e alcuni delle loro tribù abitano. Poi non è facile concepire, come vi possono essi esistere nel maggior degli eccessi, e i casti di Febbraio.

Il solo giuoco più usitato e più in voga tra Patagiani è il rugby, detto più comunemente giuoco del tsiccòca. In questo giuoco ogni uomo armato di una canna siccura ad una delle estremità, col corpo interamente ricoperto, coi capelli rialzati ed affiancati con un lembo di stoffa, cerca per avversario uno dei suoi congeneri, che gli mette contro una posta equivalente alla sua; un partito depone la metà da una parte e l'altro all'opposta. La lunghezza dello spazio è calcolata a seconda del numero dei giocatori che prendon parte in copia d'affociati; l'uno di contro all'altro. Una piccola palla di legno è collocata fra i due formanti il centro della linea. Incominciano questi le loro canne, posando a terra le estremità in modo che tirandole fortemente a loro fanno saltar la palla presa fra le poste sicure. Una volta slanciata, sta a chi la riprenderà; ed il volo sia per darlo nuovo slancio collo canna di cui si servono come di sacchetta, sia per voltarla e farla prendere una via opposta a quella che il partito opposto cerca di darla. Se quegli che ha inteseo di spingere a destra, la volge a sinistra, e immediatamente obbligato ad agguersarsi col primo che capita di coloro ai quali ha recato torto.

È ben raro che questo divertimento succeda senza rottura di gambe, o di braccia, o di gravi ferimenti alla testa; non calcolando le scudisciate che i giudici del campo dall'alto dei loro cavalli distribuiscono sugli affaticati combattenti ordevianamente.

Cavalli e bardature — Or fa meno d'un secolo, i Patagiani combattevano ancora a piedi. Difatto il cavallo non è punto originario d'America: esso vi fu naturalizzato dagli Europei; da cui gli Indiani imitarono con una superiorità meravigliosa, il modo di domare questi superbi animali e di servirsenne utilmente. I Patagiani del Nord sono pressochè inseparabili dalle loro

cavalcatori, al punto che la maggior parte dei viaggiatori non si vedono che a cavallo. Le selle, di cui usano, nulla hanno di particolare. Le staffe sono di legno ed appaiono capaci di contenere il pollice del piede; esse sono talvolta sostenute da un nodo, che serve di punto d'appoggio ed in cui poggiano il pollice ed il dito anulare. Gli sporcioni sono sovente fatti di piccoli pezzi di legno mobili riuniti da una coraggia. La sella delle donne consiste in due rotoli di giunchi, ricoperti di una pelle sottile fuma ed adorni di svariate pitture. Quando un Indiano vuole andarsene a dispetto, non mette sul cavallo che un pezzo di cuoio, su cui siede. La sua staffa è delle più singolari e in essa spoglia tutto il lusso che la sua posizione le concede. Questa staffa chiamata *kehaxenokui* comunemente a tutte le Indie delle parti Australi del Pampas, essa si compone di un forte pezzo di tessuto di lana, ornato di colori variaci e laccio d'avorio sui polli, di cui le due estremità, riunite insieme e formate dal tessuto medesimo, vengono a separarsi in seguito per formare alcuni frange al di fuori nel punto della congiunzione. Lo staffa poggia attorno al collo del cavallo e pende sul suo petto. Quando l'Indiano vuol montare, si posa un piede, appoggiando una caviglia su cuoio dell'animale, e spiccato un salto si tiene sul suo dorso su cui rimarrà profuso e circoscritto dai due rotoli di giunchi molto sollevati e le gambe ponzanti sul davanti; porzione delle più incommode, che però non toglie loro di galoppare velocemente quanto gli uomini. Sovente in questi passeggiate, la donna si copre col cappello da viaggio, che sa fornigliarsi ad un luogo; questo piatto capovolto, formato di giovani rami di salice e di betulla, con singolar arte intrecciati, e che ella adorna talvolta di tasto di argento o di rame. Questo singolar cappello, chiamato *jue*, quasi sempre riservato per viaggi, è formato al di dietro sulla testa da due piccoli fili attaccati ai capelli, e da un boabozzo che poggia sotto il mento.

Armi e strategia militare — Le armi offensive —

compongonsi d'arco e di frecce. L'arco lungo novarita ventiduesimi non ha ornamento alcuno. efo e fabbricato di legno bianco incurvato fortemente e rivestito di corde fatto con tendini di animali. Le frecce di legno e fortissime, sono quante ad una delle loro estremita di punta bianche di uccelli di mare, certe vivande: l'estremita opposta e armata di un frammento di selva pietra focaja, con molta arte tagliata e punta con due uncini ricurve in senso inverso. Questa punta adisce debolmente, coricchi, quando si vuole estrare la freccia dalla ferita, efa si allarga considerabilmente e la punta rimane nella carne. Degli indigeni si servono con destrezza dell'arco. Hanno pure uso di un giacchetto molto breve e di una freccia detto piu semplice, fatto di pelli, allungata verso la metà della sua lunghezza per ricevere la pietra che efi. Si lanciano ad una grande distanza e con una destrezza quasi senza esempio. Ma di tutte le loro armi, la piu formidabile e quella che efi chiamano bolas: efa consiste in due pietre dette loajo, del peso circa di una libbra ciascuna, ricoperte di cuoio ed attaccate ai due capi di una corda di sette od otto piedi di lunghezza. Credo servissero lungoro una delle pietre in mano, fanno girare l'altra al di sopra della loro testa, finche abbia ricevuto una forza bastevole, e la dirigono lanciando la prima. Tengono vedute colpire colle due pietre ad un tratto o ad una distanza molto ragguardevole, il segno non piu grande d'un pollice o quindici linee di diametro. Eglino se ne servono pure per la caccia. I bolas sono doppi e anche tripli. - Il lajo o laccio e altissima che adoperano specialmente nella caccia per prendere gli animali: ma se usavano anche in guerra e nelle scaramucce per prendere gli uomini e tirarli a se avvincolati, nel che riescono mirabilmente.

Le armi difensive dei Patagori sono appropriate ai mezzi d'attacco, e contribuiscono singolarmente a rendere questo popolo difeso. - Nel giorno della battaglia, dice D'Orbigny, rimanevano pressochè nudi, colla loro specie di cintura di cuoio, da cui pendevano le loro armi; ma i grandi guerrieri o i capi, sono coperti =

di una armatura molto originale, che essi imitano dagli Aconcas.
 Indossano una lunga corazza a maniche, somigliante ad una car-
 cua, e composta di sette od otto doppi di una pelle morbida perfet-
 tamente preparata; dipinta al di sopra di giallo e munita di una *dim-*
 ga fascia rossa sulla linea mediana; il collo di questa corazza *in*
 rialzasi fino al mento e copre una parte della faccia. Con questa *arma-*
 tura portano una specie d'elmo formato di due pelli cuoie insieme
 sulla forma di un gran cappello ad ali larghe, adorno di laste *di*
 gente o di rame, attaccate al di dietro al collo della corazza e *ratte-*
 nute sul davanti con una barbogga di cuoio. La corazza discende
 fino ai ginocchi ed è *molto* comoda a cavallo. Coloro che non
 ne hanno o non hanno il diritto di portarla, lasciano ondeggiare
 i capelli sulle spalle. Malgrado di questa belluosa apparenza
 i Patagoni sono lungi dall'essere formidabili quanto gli *Araca-*
 ni. Essi furono il terrore dei popoli di questo contado; ma decimati
 da una malattia epidemica che regnò dal 1809 al 1811, affaliti
 quindi dagli Aracani; che ne fecero un flagello orribile, *perdet-*
 tero ad una volta la loro importanza nazionale e il loro coraggio
 e non sono più temuti dai loro vicini.

I Patagoni spiegano in guerra molta astuzia come tutti i
 selvaggi dell'America. Non corrono mai all'assalto, senza che il capo
 abbia fatto prima una lunga aringa per eccitare l'ardore de' suoi
 soldati. Importa puror anche tutto che conoscano la posizione del nemico
 e mandano a quest' uopo esploratori a dieci a dodici leghe lontane.
 Questa precauzione e l'uso dello sorpresa costituiscono per loro tutta
 l'arte della guerra. I Patagoni mostrano una pazienza e una dis-
 trezza maravigliosa; quando vogliono affalire i loro nemici all'im-
 proviso. Attaccano i loro cavalli ad alberi lontani; per non lar-
 scione alcuna traccia del loro passaggio, si trascinano sovente con
 piede e con mani, e camminano talvolta a carponi per tema d'essen-
 veduti. Onde sentire il morismo nemico, applicano il loro orecchio

colta loro, e distinguono approssimativamente il numero dei giorni che avranno a combattere. Quando vi sono bastevolmente disposti, attendono il ritorno delle tenebre, e appena si alza la luna piombano con furor sopra il nemico e lo sgozzano senza compassione. Queste sorprese non hanno mai luogo che nei plenilunii, poichè gli astrolari non hanno a temere errori funesti, e, in caso di scroscio, hanno due giorni e due notti di maccia non interrotta. In questi astuzi guerrieri si riconoscono le abitudini ed il meraviglioso istinto degli Americani dell'emisfera boreale, ma questi spingono la destrezza e l'abilità ad un grado assai ragguardevole.

La Donna — Nelleplici sono le occupazioni delle donne tra i Patagori e la loro condizione è durissima. Elle sono che tutto fanno, ad eccezione della caccia e della guerra. Non si risparmiar loro lavoro alcuno, neppur nell'epoca di loro gravidanza; e quelle donne si vedono incessantemente occupate, mentre l'uomo riposa tutto il tempo ch'è non impiega alla caccia ed alla sorveglianza del bestiame. Quando sleggiato è sempre la donna che s'incarica di fare e disfare le tende e che porta le armi del marito.

La Provvidenza però, sostegno dei miseri, accorda a queste povere donne un'incredibile facilità di partorire senz'alcun aiuto. Appena dato alla luce il bambino, si bagnano con esso nell'acqua fredda, riprendendo immediatamente le loro occupazioni giornaliere senza menomamente soffrirne sul fisico.

Le Indiane seguono sovente i mariti alla guerra, dandosi cura di prestamente riunirli, aiutati dai figli, il loro gregge mentre i mariti sono alle prese coi soldati o cogli affluenti.

Le Patagone non vanno mai nude, come in molti luoghi, a malgrado del freddo intenso, fanno gli uomini, nemmeno prima dell'età nubile e sono di una castità ragguardevole.

La poligamia non è in uso fra loro come fra gli Americani. Il marito non abbandona mai la legittima sua moglie; un uomo non può nemmeno lasciare una concubina se non

quando non abbia prole. Se fa alcune prigionieri in guerra, essi
divengono le ancelle, non le rivali della moglie.

Le donne godono una perfetta libertà prima del matrimonio.
L'infedeltà coniugale è punita severamente. Allorché una donna
per seguire il suo drudo ed andare a vivere con lui, abbandona il
letto coniugale, lo sposo, se è di un grado elevato, e se ha amici più
potenti del suo rapitore, si fa restituire la moglie. Nel contratto,
se questa appartiene ad una classe superiore, il marito debbe veder-
si pazientemente toglier la moglie senza la gravazione. Il più delle
volte le parti vengono a trattato e transigono per mezzo d'un
donnista a profitto dello sposo ostaggiato.

Divorzio — Se gli sposi dopo più o meno lunga coabitazione,
non possono simpatizzare, possono separarsi di comune accordo
senza che i parenti si oppongano alla restituzione dei doni
avuti dallo sposo, e questi pure non esita a lasciarli, qualunque
in compenso; ma ciò avviene di raro, poichè gli sposi quasi
sempre si convengono.

Nei casi eccezionali in cui la separazione è reclamata
dalla moglie per violenze o cattivi trattamenti del marito, e
parenti della ricorrente si armano di comune accordo onde riprendere
la a viva forza, causa questa d'implacabile odio tra le due parti,
poichè in tal caso il marito non solo perde la moglie, ma anche
i due terzi degli oggetti da lui donati per ottenerla.

Se però le cause dei mali trattamenti sono basate sull'infedeltà,
egli ha diritto di conservare la sua autorità; può mettere a morte
lui ed il complice, senza che gli venga fatta la menoma opposizione;
preferisce però quasi sempre conservare la sposa e mettere a prezzo
la vita del delinquente, che, se ne ha i mezzi, ha diritto di riscattarla.
Sovente poi accade, ed io ne fui testimone, dice il Sig.^o Guinauro,
che l'accusato non venga punito, ma che si salvi per solo calcolo e
cupidigia, ed allora l'accusato ben di rado si può salvar.

Pubertà nelle fanciulle — « Dacché una fanciulla, dice il dotto viaggiatore D'Orbigny, s'accorge dei primi indizj della pubertà, ne provisione la madre o la parente più prossima: questo ne avverte il capo della famiglia, il quale raglie immediatamente la casa nella più giusta, onde regalarvi i suoi amici. La fanciulla vien collocata in fondo ad un tolao (tenda) detto puetoruca, separato dagli altri ed adonato a questo uopo: quivi sur una specie d'altare, riceve le visite successive di tutti gli Indiani e Indiane della tribù, che vengono a felicitarla, d'esser donna ed a riceverle la sua pezza della giumentura proporzionato al loro grado e alle loro parentele. Quando tutti i visitatori fecero il loro dovere, e nessuno della tribù ignora, che la fanciulla è nubila, vien fatta sedere sur una specie di panico di lana, che sua madre prende dalla parte davanti, e la parente più vicina da quella di dietro, e in questo modo sollevata, vien fatta passeggiare, mentre che una vecchia donna, che fa le voci di indovina o di sacerdotessa, cammina in capo cantando, onde scongiurare lo spirito maligno. Il corteggio s'avvia lentamente verso un lago vicino, senza che alcuno lo segua. La sacerdotessa entra per la prima nell'acqua, ne prende nella mano e la getta in aria parlando lungamente, onde pregare senza dubbio il Dio del male, di proteggere la giovane Indiane nella sua nuova situazione. Le altre donne entrano anche esse nell'acqua, e finito lo scongiuro, vi immergono la fanciulla a tre diverse riprese, l'asciugano, stendono sulla riva alcuni panni, vi la coricano e la coprono di ciò che hanno di meglio. Quindi più tardi, allorchè la sacerdotessa ha finito e rinnovate le sue preghiere, la neopita ritorna alla tribù, dove ella acquista considerazione. Quest'uso è generale fra i popoli dell'America meridionale, solamente da paese in paese variano le ceremonie.

De' Fueguani — Si chiamano Fueguani gli abitatori della Terra del Fuoco posta a mezzogiorno della Patagonia, al di là dello stretto di Magellano. I Fueguani sono tenuti per più misera del

Insolite

insolite

indiana che abitano sulla terra. Sono più piccoli, più agili, più succosi
 dei Patagoni; ma hanno maggior debozza nella fisnomia. Una mis-
 tura di carboni pesto, di oca rosata e d'olio di foca di cui ungon-
 tal-
 volta il loro corpi per ripararsi dal freddo, ed è un odore talmente
 te
 insopportabile che si può appena avvicinarli.

Il loro vestito consiste in pelli di guanachi o di foca; tutti
 dipingono la faccia e le altre parti del corpo in guisa grottesca. Le
 donne copronsi in parte di pelli e si adornano il collo di collane
 fatte
 di denti di pesci. Gli indigeni della Costa del Fuoco abitano cap-
 ne coniche ricoperte o di pelli, o di scorze, o di foglie d'alberi. - Costoro
 che il capitano Weddel ha visitati, avevano l'aspetto dolce e benivo-
 e vivevano in uno stato d'abbigliamento profondo, non occupandosi
 passar quando lo permettono la stagione. A quest'uso hanno certe
 -che le quali dirigono con destrezza grande, ma che non sono neppure
 ben lavorate come quelle dei Camojedi. - Gli abitanti della costa meri-
 dionale sono selvaggi, traditori, crudeli. Tutti vanno armati d'arco,
 di fianda e d'una specie di lancia munita di un osso a punta. Soltanto
 non sembrano avere nessun capo, né alcuna specie di gerarchia.
 Si dividono i Fuegiani in vari tribù: i Yocana-brony che abita-
 no il Nord-est del gruppo, e che sono considerati assai poco. I Bekirina,
 piccoli, mal fatti e la cui tinta varia tra il colore del rame e quello
 del bronzo. Gli Alikorlipi che sono meno ributtanti; i Pechorai più
 ri e malvagi. Finalmente quei del Porto Nuovo, la cui fisnomia
 non ha espressioni.

I Fuegiani in generale sono antropofagi; eglino mangiano le
 loro donne più vecchie quando temono di mancare di provvigioni.
 Spalquato ciò il sentimento della famiglia è sviluppatato tra loro ad
 un alto grado e accolgono beno il viaggiatore che li visita.

insolite

Parte Quarta

Religione

Si trovano presso i Palagoni in fatto di culto e di nozioni religiose le più strane disparità. Credono all'immortalità dell'anima, ma si figurano un paradiso materiale, un'altra vita materiale, un'altra terra in fine, dove li seguiranno le medesime passioni, i medesimi bisogni. Seppelliscono insieme col morto tutto quello che potrà essergli utile in quest'altro mondo, per metterlo in grado di poter fare miglior figura. Alla morte di più ragguardevoli uccidono un cavallo e per mesi continuano gli ululati. Non hanno preti ed i padri e le maderi sono quelli che trasmettono la religione nei loro discendenti. Nelle grandi cerimonie e feste il Cacico la fa da sommo sacerdote. Una gran quantità di indovini e di fattucchieri fanno in molte cose le parti che presso altri popoli gentili fanno i sacerdoti de' falsi Dei.

Divinità - Definitivamente adorano un solo essere che sotto il nome di Atchechenat-kianet, è a volta a volta per loro il genio del bene ed il genio del male, e che a questi diversi titoli scongiurano e consultano. Il Sig. Duclou interrogò il capo di una tribù come meglio poté sulla religione. Questo selvaggio diede a conoscere che egli non adorava né il sole, né la luna, né gli uomini, né gli animali; ma solamente il cielo e l'universo intiero. Il cacico ripeté ciò molte volte alzando sempre le mani giunte sulla

25
 alcuni di loro

Pare che abbiano della divinità così alla idea
 insipida che non la rappresentano sotto alcuna forma ma-
 teriale e sorridono di pietà alla vista degli oggetti
 del nostro culto.

Quittavia, cosa bizzarra, hanno eziandio il loro
 feticismo: incontrano uno ostacolo? essi a lui diri-
 gono le loro suppliche; scorgono qualche accidente
 fisico? esso per loro diventa oggetto di mani-
 festazioni religiose che costituiscono un vero culto.

La maggior parte adorano due dei, Chelob e Chelá
 e il sole e la luna che chiamano Antu e Quon.
 La principale cerimonia religiosa che loro si offerisce
 è quando uccidono un bue e spruzzano un po' di
 que sulla terra dicendo: Dammi da mangiare a
 me ed alla mia famiglia (gente). Al levar per
 della luna urlano e gesticolano.

Il Sig. Guinnard che stette tre anni schiavo nelle
 regioni della Patagonia al di là del Rio Negro
 parlando della loro religione si esprime così. « Le
 credenze religiose di tutti questi selvaggi sono identiche
 che come il loro linguaggio: riconoscono due dei
 od esseri supremi; quello del bene e del male, e tem-
 mirano e rispettano la potenza del buono spirito che
 chiamano Vitamentre senza neppure sapere dove
 si trovi. Quello del male chiamano Huacuvu
 ritengono che vada errando sulla superficie della terra
 e comandando agli spiriti maligni. Lo chiamano
 anche Qualichu ossia causa di tutti i mali
 dell'umanità.

Abbiamo visto che malgrado il loro dispregio
 per gli oggetti di qualsiasi culto i Patagoni

veners arti felici e fanno sacrificii alle loro Divi-
nità. Non è questa la sola contraddizione che presen-
ta l'insieme delle loro credenze; ce n'è anzi un'altra
che merita d'essere segnalata. Essi personificano
il loro Dio in un albero isolato in mezzo ad una
vastissima pianura. I Puelhi lo chiamarono Qualieu
ed è conosciuto in tutta la contrada sotto tal nome.
Questa divinità cattiva è semplicemente un albero
inristito, che se fosse cresciuto in un bosco non si
sarebbe attirato l'attenzione di nessuno, mentrecchè,
solo, in mezzo ad immense pianure anima quell'esten-
sione di terreno e serve di direzione ai viaggiatori.
È alto dai 20 ai 30 piedi, tutto tortuoso e pieno di
spine formando una larga e rotonda coppa; il suo
tronco è grosso e nodoso, a metà tarlato per il numero
degli anni e concavo in mezzo. Appartiene alla nume-
rosa specie di acacie spinose che danno un bacullo
la cui polpa è zuccherata e che gli abitanti
confondono tutte sotto il nome comune di algar-
robo. Ciò che vi è di singolare si è di trovare
quest'albero solo in mezzo al deserto, come gettato
dalla natura per interrompere la monotonia.
Rimarcato dai popoli viaggiatori di quelle contra-
de, ha dovuto farli stupire e parer loro una me-
raviglia, ciò che forse contribuì al culto di cui esso
è l'oggetto. I rami dell'algarrobo sacro sono coperti
dalle offerte de' selvaggi; vi si vede sospeso, là un
manto, qui una pelle; più in là fettucce di lana,
fili di colore, e da tutte parti vestimenta più o
meno alterate per il tempo; più l'insieme non offre
l'aspetto di un altare ma piuttosto di una bottega
da rigattiere con abiti stracciati, e consumati dalle

intemprie e dai venti. Non vi passa alcun Indiano senza lasciarvi qualche cosa. Colui che ha nulla, per lo meno offre del crine del suo cavallo, che appicca ad un ramo. Il tronco incavato serve di deposito agli altri presenti che si fanno, come tabacco, foglie per fare sigari, specie di monete ecc.

Feste religiose — Osservano due feste religiose. La prima ha luogo in estate, ed è consacrata al Dio del bene (vita-ventru); la seconda in autunno celebrata in onore d' Houacouu comandante degli spiriti maligni.

Per la prima si riuniscono tutti gli abitanti di una tribù dietro avviso loro dato dai reciproci Cacichi, nome che essi danno ai loro comandanti. I preparativi si fanno con tutta quella pompa religiosa, di cui sono capaci, ungendosi i capelli e liscivandosi la faccia con maggior cura del solito. In quei giorni di solennità gli abiti si compongono di tutti gli oggetti rubati ai Cristiani e conservati accuratamente a quell' uopo. Gli uni sono rivestiti d'una camicia che lasciano svolazzare sopra mantelli che loro circondan la vita; altri non avendone rispondono orgogliosamente alla vista di tutti una misera mantellina spagnuola, od un abito corto che non accompagna i pantaloni; altri in fine coperti solo da calzoni usati, porta un kipi senza visiere od un cappello di forma molto alta. e nulla di più comico di quelle bizze acconciature, portate da uomini la cui abituale gravità si mantiene anche nel corso di quella festa durante la quale è vietato il ridere.

Gli uomini formano una sola fila in faccia a

levante piantando le loro lance sopra un edificio, la cui perfetta regolarità lusinga lo sguardo; le donne prendon posto presso i mariti, che messo piede a terra se ne ritornano a formare una seconda fila di esse. Allora incomincia il ballo senz'altro cambiamento di posto che da destra a sinistra; le donne cantano accompagnandosi al suono di un tamburo di legno coperto di pelle di gatto selvaggio di varii colori; ma gli uomini piroettano sopra se stessi zoppicando dalla gamba opposta a quella delle donne, soffiando a picci polmoni in cannette di giunco forate che rende un suono come quando si fischia soffiando nel buco d'una chiave. Da quest'intraccio esce un effetto originalissimo stante le varie mosse in senso opposte d'ambidue le parti.

Ad un segnale del Cacico presidente di quella festa, risuonano alle grida d'allarme; gli uomini saltano prestamente a cavallo, interrompendo così aspramente il ballo per dedicarsi ad una fantastica cavalcata che fa tre volte il giro del luogo della festa. Tra gl'intervalli lasciati da quelle corse spronate ciascuno si reca a far visite nella speranza di gustare qualche lathunio imputridito in pelli di cavallo, vivanda che ritengono squisita; e che fa l'effetto d'una copiosa medicina. Il quarto giorno di buon mattino un cavallo giovane ed un bue offerti dai più ricchi, sono sacrificati al Dio dopo averli stesi al suolo, colla testa voltata a levante. Il Cacico destina un uomo a stannare le vittime e per estirparne il cuore, che, ancor palpitante, vien sospeso ad una lancia. Allora la folla cavalcata

e curiosa cogli occhi fissi nel sangue che cola da una larga incisione, trae degli augurii che sono quasi sempre a loro vantaggio, e si ritira alla propria abitazione, pensando che Dio gli sarà favorevole in ogni impresa.

La seconda festa ha per scopo di scongiurare Houacuru, direttore degli spiriti maligni, al solo fine che egli allontani da essi ogni malefizio.

Come nella prima festa, gli uomini si vestono a gala e si riuniscono in tribù col proprio cacicco alla testa. La riunione del bestiame ha luogo in massa; gli uomini formano un doppio circolo in giro, ammonizzando incessantemente in senso contrario affinché niuno di quei furiosi animali possa sfuggire; invocando ad alta voce Houacuru, rovesciando goccia a goccia del latte fermentato loro offerto dalle donne, mentre girano intorno agli animali. Ripetuta tre o quattro volte questa cerimonia, gettano il rimanente dei latticini su quelle bestie, a fine, credono, di preservarle da ogni malattia; fatto questo, ognuno separa il suo bestiame e lo conduce a qualche distanza, per tornare indi a riunirsi al cacicco, che dopo un lungo e vivo discorso li esorta a star pronti a far crescere il loro bottino a danno dei Cristiani.

Trionfando ognuno la saggezza di tal consiglio, agita le proprie armi pregando Houacuru di benedirle e di farne nelle loro mani istrumenti di felicità per le loro tribù e di sventura per i Cristiani.

Culto — Nessuno di quegli indiani beve o mangia senza aver prima offerto a Dio la miglior parte. Tagliuzzando un po' di carne e versando

dell'acqua, e si rivolge al sole inviato da Dio accompagnando tale azione con espressioni del seguente tenore:

Oh! sciascie, vita uentau, reyne mapo, frencan
 Oh! Padre, grand'uomo, re di questa terra, favoriscimi
 vobrey, fille entoux, comi que hiloto, come que
 caro amico, ogni giorno, di buon nutrimento, di buon
 ptoco, come que omaokh. — Parie laga intscie,
 acqua, d'un buon sonno. — Sono povero,
 hilo to claimy? tefa, quinie vusa hilo,
 hai tu fame? prendi, ecco un misero pasto,
 hiloto lu fignay.
 mangia se vuoi.

Abbiam già visto il culto che si rende all'albero
 Gualicu ed i sacrificii di buoi e di cavalli soliti
 farsi nelle feste sia del genio buono che del cattivo.
 Fanno anche sacrificii ai fiumi che essi adorano
 quasi fossero altrettante divinità, e temono ugual-
 mente perchè si è obbligati a traversarli continuamente,
 e affrontare tal volta, e la loro corrente e la profon-
 dità loro. Ciò che attesta ancor più di tutto il resto
 il culto dei selvaggi è il numero grande di scheletri
 dei cavalli uccisi in onore del genio del luogo, l'offer-
 ta più preziosa che un indiano gli possa fare e quella
 che dev'essere più efficace. È molto da notarsi che
 tutto il culto dei Patagoni è fondato sul timore e che i
 loro sacrificii sono rivolti a scongiurare i mali non
 a ringraziare la divinità per favori ricevuti.

Superstizione — I Patagoni siccome estrema-
 mente ignoranti così sono grandemente inclinati
 alla magia ed alla superstizione. Quando incontra-
 no un ostacolo a lui dirigono le loro suppliche o

preghiere. Varii fatti naturali, per loro diventano oggetto di manifestazioni religiose che costituiscono un vero culto. Il Signor d'Orbigny ne cita uno strano esempio. Se in viaggiando passano vicino a qualche fiume e vedono in esso un grosso pezzo di legno od un tronco d'albero portato dalle acque essi lo prendono per una divinità maligna, s'arrestano per scongiurarlo e gli parlano a voce alta. Se per caso questo tronco trasportato in un vortice della riviera sembra camminare meno rapidamente e aggirarsi sopra se stesso, si credono che si fermi per ascoltarli. Allora essi gli promettono molte cose per renderselo favorevole ed in seguito sono scrupolosi ad eseguire quelle che promisero. Le loro armi ed i loro oggetti preziosi sono per questo stesso motivo gettati nell'acqua; e nelle solenni occasioni essi vi precipitano fino a 10 cavalli allacciati insieme per piedi credendosi così più al sicuro dagli avvenimenti.

Per altra parte, osserva lo stesso autore, questi sono quasi i soli sacrifici grandi che essi praticano, e mentre popoli più incivili che loro immolano i loro simili alle barbare divinità, e fanno colare a flutti sui loro altari il sangue dei più utili animali, il Patagone ancor selvaggio riserva per rare ed importanti occasioni la morte di qualche cavallo.

Le vecchie fattucchiere, profetesse o indovine sono ministri principali del loro culto e si accrescono l'importanza congiungendo a queste funzioni sacre quelle della medicina. Sono esse che invocano e scongiurano Dio quando la famiglia assisa in circolo crede dover placare la sua collera. Le parole che loro sfuggono dalla bocca allorché alla fine

della cerimonia esse sono pervenute al più alto grado d'esaltazione sono avidamente raccolte dagli astanti e considerati come oracoli infallibili. Ma il loro più alto trionfo ha luogo, senza paragone, quando esse esercitano a loro modo le funzioni di giudice.

Un malato soffriva di una violenta febbre, rovelata sull'imprudenza colla quale si era gittato molle di sudore nell'acqua della riviera che è una delle più fredde; egli era steso nella sua tolda. La vecchia indovina, che lo curava, lo fe' mettere bocconi a terra, e si pose a succhiarlo sopra la nuca; poi facendo molte contorsioni, a bastonarlo con molti colpi sotto il mento e sopra il petto, chiamando il genio del male, pregandolo di uscirne. Poi succhiò successivamente le spalle e le altre parti del corpo, continuando lo stesso maneggio; rivoltò il malato, e cominciò a succhiarlo sull'ombelico, sulle braccia, agli occhi, sopra la bocca ed al naso; ma insistette soprattutto sopra quest'ultimo, e manifestò maggiore speranza d'ottenere ciò ch'essa desiderava. Tutto ad un tratto ella fece delle smorfie orrende, e parve soffrire anch'essa; dopo d'aver ricominciato tre volte la sua operazione, battendosi con forza, gridò che temeva il male, e che da lei a poco lo mesterebbe. Infatti dopo molti altri vizii, finse di trarre fuori dalla bocca del paziente un grosso insetto che mostrò ai circostanti, come l'immagine del demonio che possedeva il corpo. Allora di tanto in tanto la maliziosa annunziò che il male non rientrerebbe più, e fa sparire l'animale ch'ella aveva supposto aver fatto uscire dal corpo del malato. Avverso essa canta di bel nuovo, gli colloca l'insetto sopra la bocca, sugli occhi e sul naso, e dopo d'aver cangiato

la natura dello spirito malefico, ed averlo reso buono lo fa rientrare nel corpo sofferente. » Questa docilità nel paziente, ci sorprenderà meno, quando si saprà che tale è la confidenza di costoro nel potere di queste medicine, che allora quando, per caso straordinario essi si tagliano i capelli, hanno gran cura di gettarli nel fucile o nel fiume, per paura che qualche vecchia donna se n'impadronisca, e li faccia morire, sia gettandosi un maleficio, sia facendo loro zampillare tutto il sangue per i pori. In quanto al male rappresentato da un insetto, i Patagoni hanno comune con altri popoli molto più civilizzati di essi, l'errore che personifica il bene ed il male: solamente essi lo spingono nella sua ultima conseguenza. Sono essi in marcia e si sentono stanchi? accusano un genio maligno di essere penetrato nel loro corpo per impedirli di avvanzarsi, e se non hanno subito alla mano una makiarda per evocarlo, si tagliano le membra e le spalle, acciò che il Demonio se ne vada col loro sangue.

Questa superstizione pare che sia molto sparsa soprattutto presso gli Araucani. Gli indovini poi e le fattucchiere pretendono anche di predire il futuro. Per fortuna, dice il Sig. Guinnard, la loro presunzione di vedere fin nelle viscere della terra va perdendosi, e pare che anche tra' Patagoni il prestigio vada scemando di giorno in giorno.

La cosmogonia dei Patagoni, se non offre una grande varietà di fatti, e non prova da parte loro grandi tratti d'immaginazione, ha nulladimeno il merito della semplicità. Dio, dicono essi, allora genio benefico, creò e gli uomini, e loro donò armi.

Spiegano ancora, in una maniera assai originale, l'apparizione sul continente di diverse specie di animali, che erano incogniti prima dell'arrivo degli Europei. Essi suppongono che dopo la creazione dell'uomo, gli animali uscirono tutti dalla medesima caverna, ma che appenachi il loro si presentò alla porta, impaurì talmente gli uomini talmente gli corrono colle sue corna, che lo rinchiusero in fretta, e lo murarono, ammucciando pietre enormi sul davanti. Ma aggiungono che gli Spagnuoli, arrivando alla loro volta, lasciarono quella maliziosa porta aperta, e che allora apparvero il toro ed il cavallo e tutti gli animali stanti rinchiusi fino allora.

Usanze nelle malattie contagiose — Il timore delle malattie contagiose rende sovente i Patagoni, come le altre nazioni australi, molto disumani. Essi stimano il vaiuolo malattia portata colà dall'Europa, come un effetto particolare di un maligno spirito, che passa successivamente da un corpo all'altro; perciò appena s'accorgono che un membro delle loro famiglie è infetto da questa epidemia subito si allontanano tutti dalla tenda non lasciando al malato che un poco di carne cotta e dell'acqua; poi vanno a stabilirsi lungi di là. Se un secondo individuo muore, o che altri siano immediatamente colti dai medesimi sintomi, allora non si dan più posa. La tribù intera abbandona il luogo ed i malati, lasciando loro il debole soccorso che noi abbiamo indicato; ed acciocché il male non li accompagni, fuggendo danno all'aria di distanza in distanza dei grandi colpi colle loro armi taglienti, col fine di troncare il filo del male e di togliere tutte comunicazioni

con lui, gettando nel medesimo tempo dell'acqua in
 alto per iscongiurare il Dio del male. Nella poi
 qualche giornata di marcia, lungi assai da non
 più temere la malattia, pongono ancora, per lo stesso
 motivo, tutte le armi taglienti nella direzione del
 luogo che essi hanno abbandonato. Se in quel nuovo
 soggiorno accade che si dichiara qualche malattia, fug-
 gono di nuovo colle stesse dimostrazioni superstiziose,
 abbandonando i malati, su tutti i luoghi dove si ferma-
 no. Nulla di meno la loro fuga non è mai così
 precipitata da venire agli eccessi a cui vengono i
 Apaches delle pianure del Missouri, che abbandonano
 il luogo ove vivevano i loro antenati, e nella paura
 bruciano le loro capanne ed uccidono i loro figliuo-
 letti. Di qui si vede quanto pochi malati del vaiuolo
 o d'altra epidemia passano salvarsi; imperocchè se
 per una crisi felice loro passa il male così abban-
 donati, consumano nei primi giorni di loro conva-
 lescenza tutto ciò che hanno di provvisioni, e muoio-
 no poi in seguito di fame o di miseria perchè
 son lasciati soli in mezzo al deserto, senza forza, sen-
 za soccorso, senza più nessuna speranza di riguadagna-
 re l'abitazioni dei loro parenti; soventi volte lontani
 da essi più di cento leghe, specialmente allorchè vi
 fossero state più fughe successive. Figuriamoci qua-
 li debbano essere le ambascie di quell'infelice ritorna-
 to alla vita, non avendo intorno a se che lo spettacolo
 dei cadaveri divorati da migliaia di uccelli, che
 fanno a pezzi le carni de' loro fratelli durante il
 loro letargo? Vene di darsi al sonno perchè potes-
 se diventare egli stesso vittima di quei mostri alati
 anche prima di sua morte.

« Si stupirà forse, continua il Lacroix, che questo agire crudele, queste assurde credenze, e queste pratiche più assurde ancora di cui parliamo sopra non siano scomparse al contatto del Cristianesimo che ha preso possesso di una parte sì grande del nuovo mondo. È questo uno dei fatti più caratteristici di certe schiatte australi. Non mai un Patagono, un Puelche, un Araucano abbracciò la religione cattolica. Resistettero sempre ai grandi sforzi dei missionarii, e furono invariabilmente fedeli alle loro divinità, e ciò specialmente prodotto dalle crudeltà e barbarie che i cristiani esercitarono verso gl' indigeni. Ciò che erano altre volte sotto il rapporto delle loro credenze e della superstizione, lo sono ancora oggidì e non paiono per nulla al mondo disposti ad accettare altre idee ed altri principii. È dunque in quelle lontane contrade che bisogna andar a studiare l'uomo americano propriamente detto; è colà che esiste in tutta la purezza delle sue tradizioni e del suo antico tipo; è colà che il filosofo ed il fisiologo possono trovare il punto di partenza che loro manca per le speculazioni sull' antropologia. Non è così nell' America del Nord; imperocchè si sa che l' Indiano di questo emisfero ha completamente perduto la sua primitiva fisionomia, e s' è europeizzato sotto l' influsso della religione del Cristo. Tuttavia si è costretti a dire che l' Europa Cristiana ha abusato della sua superiorità, e certamente al punto di vista della morale sociale, il suo più gran delitto sarà stato nell' avere demoralizzato e spopolato

tutto un mondo novello che la Provvidenza abbandonava al suo dominio ed al suo insegnamento. I Patagoni ed i loro finitimi del Chili e dei Pampas furono favoriti contro gli assalti degli Europei dalla natura stessa delle regioni che abitano; ed è in grazia forse del loro allontanamento istintivo per nuove credenze che debbano di potere calpestare ancora in pace il suolo dove riposano le ceneri dei loro avi.

Pratiche per gli sponsali - matrimonio - Che può essere il matrimonio per un popolo quale noi abbiamo descritto? - pel uomo non altro che un traffico o scambio di vari oggetti per avere una donna; mercato nel quale i parenti cercano sempre il più ricco e generoso compratore. Per la donna una schiavitù a cui deve sottoporsi pel restante della sua vita.

Il Patagone, che nell'intenzione d'ammogliarsi, ha adocchiato qualche ragazza fra i vicini, va a far visita a tutti i parenti ed amici partecipando loro il desiderio da cui è animato; coloro secondo il grado di parentela od amicizia, da cui sono legati, gli danno consigli ed approvazione, poi un discorso d'occasione e un regalo destinato ad aumentare la probabilità di riuscita. Tali doni consistono generalmente in cavalli, buoi, ed in staffe, e spedoni d'argento grossolanamente eseguiti, prodotto degli scambi cogli indiani sottomessi.

Fissato il giorno della domanda, tutta la famiglia del pretendente si riunisce a lui onde poi alla sera appostarsi vicino all'abitazione della ragazza desiderata, in modo da potere

all'alba sorprendere all'improvviso i di lei genitori e trattare la missione di cui sono incaricati. La domanda vien fatta nei termini più poetici e delicati; non alterandosi punto per la cattiva accoglienza che quasi sempre sul principio vien loro fatta; essendovi qualche probabilità di riuscita; uno fra di essi va ad avvertire il pretendente che, dietro le regole del decoro dei Patagoni, ha dovuto tenerci in disparte coi regali. Al di lui arrivo porta quasi sempre alla conclusione, perchè i doni hanno, presso quella cupida gente il potere di dissipare ogni difficoltà. La loro arrogante fierezza svanisce in un sorriso di compiacenza che precede l'adesione al desiderato imenes.

Ben inteso che non si fa parola della condotta anteriore della fanciulla. Quando si è riconosciuto che ella è padrona della sua persona non si cerca ciò che abbia fatto, non essendo obbligata ad esser fedele che a suo marito.

Il resto della giornata si passa in famiglia, ove una grassa giumenta sacrificata dallo sposo è in un momento tagliuzzata ed imbandita dalle donne. Nessuno può assentarsi prima che sia terminato il pasto. Dell'animale non devono restare che la pelle e le ossa, le quali accuratamente spolpate vengono riunite e sotterrate in un luogo molto in vista, a perpetuo ricordo dell'unione da quel punto consacrata.

Finita questa funzione tutti seguono i novelli sposi nel letto matrimoniale che la madre e gli amici della futura sposa hanno costruito

per abitazione dei novelli sposi. Chiusi gli sposi nel novello letto loro preparato tutti gli indovini e i parenti vi si raccolgono intorno. Gli indovini cominciano a dar consigli al marito sulla condotta ch'ei deve tenere colla moglie e sui doveri del proprio stato: lo stesso fanno alla moglie predicando soprattutto la sommissione.

Una volta dati questi consigli ha luogo un altro banchetto. Gli indovini coi parenti cantano e ballano intorno alla tenda, eseguendo una diabolica musica con grandi calabasse e soffiando in crasse conchiglie. — Gli uomini avendo fatto arrostore gran quantità di carne ne offrono tratto tratto piccoli pezzi agli sposi facendo loro novelle raccomandazioni. La notte passa in questa guisa. La domane non sono considerati marito e moglie se non quando gli abitanti della tolderia li vanno a visitare.

Subito dopo, la sposa ama adornarsi di tutto ciò che ha ricevuto di più prezioso dal suo marito. Così ella prende i suoi enormi orecchini; e la più gran gioia che ella possa provare si è quando suo marito gli ha regalato un berletto di perle di vetro colorato, infilato in tendini di struzzo e riunite in maglie a guisa di rete. I gioielli consistono in pezzi di vetro. Se la sposa ha un cavallo lo adorna di tutto ciò che possiede, e va al passeggio menando pompa di tutte le sue ricchezze agli occhi dei vicini vicini.

I genitori della figlia, che l'accompagnarono nei due primi giorni accomiatandosi regalano ai novelli sposi la pelle della giumenta mangiata nel primo pranzo nuziale facendo loro promettere di costruirsi un ricovero.

Nei giorni seguenti gli sposi sono incessantemente assediati da una folla di curiosi i quali s'informano presso la moglie delle qualità del marito e presso il marito delle qualità della moglie con domande molto indiscrete e singolarmente spacciate.

Per acquistarsi fama di buona e gentile la sposa debbe essere in grado d'offrire a tutti, fossero pure nemici, carne o tabacco accompagnato da graziosi complementi.

Il fanciullo. — Appena dato alla luce il bambino, si bagna colla madre nell'acqua fredda. L'esistenza del neonato è sottomessa al giudizio dei genitori i quali decidono della sua vita o della sua morte. Se giudicano conveniente di disfarsene, dopo d'averlo soffocato lo portano a poca distanza ove diventa pastura ai cani od agli uccelli carnivori. Se è giudicato degno di vivere da quel momento diventa l'oggetto di tutto l'amore dei parenti. Oh quanto bene si potrà fare, fosse anche solo per questo lato stabilendo regolari missioni in questi luoghi e comperando o domandando loro, mercè vari regali questi bambini e poi facendoli battezzare ed educare cristianamente. È questo sì è anche uno scopo speciale che si proporrebbe la Congregazione Salesiana nelle missioni della Patagonia; di erigere cioè sui confine, ospizii atti a mantenere ed educare in assai gran numero questi bambini.

Per i fanciulli poi che i Patagoni decidono di allevare, occorrendo, si sottomettono a qualunque privazione onde soddisfare fin le minime loro

loro esigenze. Si ha per loro deferenza così gran
che si videro intiere tribù abbandonare un luogo e
soggiornarvi più del bisogno sul semplice volere
un fanciullo.

La nascita del bambino è celebrata con can-
balli e feste. Spesso anche queste circostanze danno
luogo a scongiuri contro i cattivi spiriti.

La madre lo allatta fino all'età di 3 anni, ed
al quarto gli si foran le orecchie, cerimonia che si fa
epoca nella loro vita, e tien le veci del battesimo.
Si fa nel seguente modo:

Un cavallo regalato dal padre al figlio, di qualun-
siasi sesso, è rovesciato al suolo coi piedi stretti e
legati. Il capo della famiglia o della tribù vi pone
sopra il fanciullo adorno di pitture e circondato da
parenti ed amici, forandogli le orecchie con un
osso di struzzo ben affilato; poi, l'operatore passa
in ogni buco un pezzetto di metallo qualunque
destinato ad ingrandire i fori operati.

Come in tutte le loro feste, il banchetto con-
ste in una giumenta, di cui i più prossimi
parenti si dividono le ossa e le costole, che dopo
averle ben rosicchiate depongono ai piedi del fan-
ciullo impegnandosi per tal modo a fargli un
dono qualunque. Il personaggio che ha eseguito
il foramento delle orecchie non termina a questa
cerimonia facendo a ciascuno, col medesimo osso
di struzzo un'incisione nella pelle nella mano
destra, sul principio della prima falange dell'in-
dice. Il sangue che esce da quella spontanea ferita
vien offerto a Dio come sacrificio propiziatorio.

Da quel momento si pensa all'educazione del

fanciullo che appena compiuti i cinque anni monta a cavallo e si rende utile a' suoi col custodire il bestiame. Il padre gli insegna a maneggiare il lazzo, le palle, la lancia e la fionda; ed ai 12 anni, epoca in cui egli è già formato, quanto un Europeo a 25, la sua istruzione è completa, e già fa parte delle spedizioni di preda e di rapina.

Ceremonie funebri — Appena è avvenuta la morte di un capo di famiglia, gli amici s'ingrossano in nero e vengono successivamente a consolare i figli e la vedova. Il corpo del defunto è immediatamente spogliato dai parenti delle sue vesti ordinarie e vien rivestito dei più belli ornamenti; poi mentre è ancora caldo gli si inrocchiano le braccia sulle gambe, le quali dispongonsi in guisa che i ginocchi tocchino il mento, e le calcagna la parte inferiore del tronco. Lo si pone sopra una pelle di cavallo colle armi ed oggetti preziosi a lui appartenenti, come speroni, staffe d'argento ecc. ad ogni lato, dopo si che la pelle viene avvolta e legata strettamente a brevi distanze; il corpo del defunto resta avvolto come se fosse una mummia. Subito dopo il resto di ciò che gli apparteneva viene arso in segno di lutto; la sua dimora è annientata; la moglie ed i figli sono spogliati di tutto ciò che non è loro proprio; e la vedova senza asilo, quasi spoglia di tutto, aspetta nei dintorni che qualche congiunto le dia di che vestire. In appresso s'insudicia la faccia di nero, si taglia i capelli davanti, pettina gli altri che lascia cadere sulle spalle. Le donne della tribù

si raccolgono intorno alla vedova del trapassato, e mettendo acute grida ed « aiutandole a piangere » gli uomini anch'essi si tingono la faccia di nero in segno di lutto. La vedova si chiude in una vecchia tenda, da cui non esce durante lo spazio di un anno conservando i lugubri abiti, e la faccia tinta di nero, senza poter lavarsi, che un anno dopo, è obbligata in questo intervallo, alla più austera condotta. Non può in questo spazio incontrare altro legame; la menoma infrazione a queste regole, sarebbe un insulto alla memoria del defunto, e i congiunti avrebbero il diritto di punirlo colla morte della colpa e del suo complice.

Appena il corpo del defunto è conio nel modo che dicemmo, si abbrucia la sua tenda ed i suoi parenti immolano alla sua ombra tutti gli animali che gli appartennero; buoi, cavalli, montoni, ritengono destinati a servire d'alimento al defunto il quale credono abbia lasciata la terra per andarsene a vivere in un mondo sconosciuto. Tutto si abbrucia per sino la pelle che gli serviva di riparo, onde di lui non rimanga alcun ricordo. Non si perdona per allora che al migliore suo cavallo, il quale è destinato a portare il cadavere al sepolcro, colle sue gioie e colle sue armi, che devono essere sepolte con lui, onde egli le ritrovi nell'altra vita. Al cavallo poi, prima di adoperarlo a questo ufficio, si rompe la gamba sinistra del davanti affinché con quell'andatura zoppicante aumenti la tristezza della cerimonia. Il morto è accompagnato all'ultima sua dimora dai suoi figli o dai suoi nipoti. Egli vanno tacitamente

per la campagna; sopra tutto quando nelle vicinanze vi è una nazione diversa dalla loro, per esempio di cristiani, onde non essere veduti. Scavano una fossa circolare di due piedi di diametro e abbastanza profonda, perchè il corpo deponovi possa avere alcuni piedi di terra sulla testa; e quando è sepolto immolano l'ultimo cavallo sulla sua tomba, affinché il defunto sene serva quando vuole. Quindi ritornano tristamente, facendo grandi giri per non dare a vedere donde vengono; precauzioni necessarissime, perocchè se nella stessa tolderia un Indiano non è tanto audace di profanare la tomba di un fratello o di un amico, le altre tribù, sempre poco scrupolose su questo punto, non mancherebbero di ariar queste tombe, onde toglierli gli abiti e gli ornamenti, che vi si depongono: violenza, che spesso dà motivo fra le nazioni a battaglie e ad odii mortali. Quando un Indiano muore prima del marito, non si distrugge se non ciò che apparteneva a lei esclusivamente, tolti si riduce ai suoi abiti ed a qualche ornamento. Del resto, la cerimonia è la stessa, ma nè il vedovo, nè i figli portano alcun segno esterno di lutto, e il primo può rimaritarsi immediatamente.

I Patagoni conservano grandemente e venerano la memoria di quei defunti che amaron in vita e soventi volte odonsi lagnare e lamentare le virtù e le buone doti del defunto.

Sepoltura — La maniera di seppellire i morti presso i Patagoni del Sud è diversa da quella degli Indigeni del Nord. Ecco la descrizione che Parker King dà della tomba di un fanciullo presso la

Laia *Il Papilio*; e Era, dice egli, un monticello con-
 co di rame scuri e di boscaglie, di dieci piedi
 d'altezza, e ventiquattro di circonferenza, il tutto im-
 dato da striscie di cuoio. La sommità della
 piramide era coperta di un pezzo di panno
 rosso adorno di lastre di rame, e sommontato da
 due bastoni, che sostenevano bandiere rosse, e sonagli
 i quali agitati dal vento non cessavano di tintin-
 nare. Una fossa di due piedi di lunghezza ed uno
 di profondità era scavata intorno alla tomba, e cotto
 all'ingresso, che era pieno di prunai. In faccia
 all'ingresso erano distese le pelli di due cavalli, di
 fresco ucisi, le quali erano sostenute da quattro
 pali. Le teste dei cavalli erano adorne di lastre di
 rame, simili a quelle della sommità delle piramidi.
 Finalmente fuori della fossa vedevansi sui
 bastoni, portanti ognuno due piccole bandiere una
 sopra l'altra.

Parte Quinta

17

117

Missioni

In ogni tempo la chiesa ed i Sommi Pontefici ebbero di mira la predicazione del Vangelo e la propagazione della fede su tutti i punti dell'orbe terraqueo. Grandi sforzi anche furono fatti, cominciando quasi subito dopo la sua scoperta per evangelizzare le terre australi del continente Americano. E per non parlar d'altro che della Patagonia e delle Pampas limitrofe, noi sappiamo che specialmente nella seconda metà del secolo XVII e nella prima metà del secolo XVIII vi si affaticarono molto specialmente i padri della Compagnia di Gesù coadiuvati potentemente dal governo Spagnuolo che comandava sulle regioni confinanti del Chili e della repubblica Argentina.

La storia particolareggiata di queste missioni non è ben conosciuta, ed a malgrado delle molte ricerche fatte non fu possibile trovare più di quanto qui sotto si espone. L'unica cosa che vi sia di certo si è che malgrado i molti tentativi ed i grandi sforzi che si fecero per cristianeggiare la Patagonia, non si poté ottenere nessun risultato stabile da nessuna parte a malgrado del gran numero d'abitanti e della comodità di comunicazioni tra l'Europa e Buenos Ayres.

Non occorre qui investigare le ragioni per cui tanti sforzi caddero in vano. L'asprezza del clima, il linguaggio sconosciuto, la ferocia degli abitanti i quali sono anche antropofagi sono ragioni così gravi che escludono ulteriori ricerche. Quello che non

Di più facile si è che il motivo principale per cui
 così poche e così instabili conversioni si ottennero
 anche nelle Pampas si è per l'impolitica dei
 governi finitimi che colle estorsioni e col macello
 di molte migliaia d'Indi vogliono tenere a freno quelle
 tribù selvagge.

Qui si espone ~~solamente~~ quanto si poté raccogli-
 di notizie esatte sui tentativi di missione nella
 Patagonia.

L'anno 1675 si tentò, per quanto consta, la pri-
 ma prova per evangelizzare le Pampas e la Patagonia.
 Il p. Nicola Mascardi della compagnia di Gesù
 il quale percorreva le parti meridionali del Chili, per
 attirare quegli abitatori alla fede attraverso la Cordigliera
 Nevada, che divide quel regno da quelle provincie, circa
 al grado 42 di latitudine e trovò un popolo che si
 dimostrava disposto a convertirsi, e quindi con istanza
 comandava il battesimo. Li preparava per am-
 ministrarglielo; ma prima che fossero sufficientemente
 istruiti vennero i Pajas, alla tribù più barbara e
 gli diedero la morte.

Nel 1681 un decreto reale del re di Spagna
 Carlo II, incaricò il governatore di Buenos Ayres
 di procurare la conversione degli Indi Pampas
 del resto di questa provincia per mezzo della predi-
 cazione evangelica e per conseguire ciò ordinò che do-
 vessero con ogni possibil cura che vengano an-
 estrati e mantenuti nella vita cristiana e polti
 Non si conosce l'esito di questo decreto reale.

Nel 1684 si ritentò la prova. Il re di
 Spagna con un nuovo decreto al governatore di
 Buenos Ayres, incaricò il padre Diego Altamirano

della Compagnia di Gesù della conversione « delle
coste e terre che dal rio della Plata volgono al Sud
fino allo stretto di Magellano per varie centinaia
di leghe in lunghezza e larghezza; terre popolate
da popoli infedeli, alcuni nemici dichiarati degli
Spagnuoli... altri non soggetti alla mia obbedienza
per non aver avuto chi li istruisca nella vita
Cristiana ».

« Eppure di questo decreto non sene conosce l'esito.

— Un po' più fortunato fu l'anno 1704; in esso
il Rev. Padre della Laguna, della Compagnia
di Gesù stabilito nel Chili rivalisò le Ande circa
in quel luogo dove era passato il p. Nicola Mas-
scardi e si partì ad evangelizzare i Pulchi ed i Poyas
popoli della Patagonia. Ecco come esso stesso raccon-
ta la storia della sua missione presso quei popoli:
(Lettere Edificanti vol. 15 p. 207-)

« Erano di già alcuni anni che Dio con una special
vocazione, e per un effetto singolare della sua misericordia,
mi chiamava alla conversione degli Indiani chia-
mati Pulchi e Poyas che stanno di rimpetto a
Chiloe, e dall'altra parte delle montagne ne'
dintorni di Patuolhuapi, lungi cinquanta leghe
dal mare di mezzodi, all'altezza di forse 42
gradi di latitudine meridionale. La memoria
amor recente delle eroiche virtù del venerando
padre Nicola Mascardi, aveva fatto nascere
e sempre più accendeva in me il desiderio di an-
dare a raccogliere ciò che egli aveva seminato;
e poiché il sangue dei martiri è fecondo, io era
certo di farvi una fortunata ed abbondante raccolta.
Vivamente io desiderava questa cara missione, quando

la Provvidenza permise che i miei mi nominassero Vice-Rettore del collegio di Chiloe, e mi comdassero di trasportarmi a Santiago, capitale del Chili, per alcuni affari che richiedevano la mia presenza. Dio destò in me un affare più importante di quello che obbligava i superiori a mandarmi a Santiago. Trovato fortunatamente nel porto di Chiloe un vascello che partiva per Val-Paraiso, porto di quella città capitale, vi giunsi in quindici di, e comunicai al Padre Provinciale il pensiero che Dio mi aveva ispirato di stabilire una novella missione a Añhuahuapi. Egli approvò il mio divisamento, e mi promise di appoggiarlo con ogni suo potere, diedi mano all'opera, ma mi si affacciarono non poche difficoltà, quasi insuperabili. e nulla io far poteva senza il consenso del governatore del Chili, il quale era contrario ad ogni nuovo stabilimento, o per dispicere ch'egli aveva, perchè molti furono abbandonati per mancanza dei mezzi necessari alla loro esistenza, o perchè esauito trovandosi il tesoro del re, non gli era possibile lo anticipar donari per lo stabilimento d'una nuova missione. In una sì dolorosa situazione, pieno di confidenza mi risolsi al Signore nostro che è il padrone de' cuori, e promisi di digiunar trenta masse e di digiunar trenta giorni a pane ed acqua, in onore della Santissima Trinità, se io otteneva la permissione del governo; ed avendo scritta questa promessa, avvenne che a caso smarrii la carta, la quale cadde nelle mani di alcuno, che portolla al governatore. Alcuni giorni dopo, avendo io raccomandato questo affare con molto fervore

re a nostro Signore, mi sentii pieno di confidenza di condurre a buon termine la mia impresa, che decisi di andare dal governatore e nell'uscir di casa dissi ad un mio amico, che incontrai per via, ch'io andava al palazzo, e che non sarei ritornato al collegio senza avere ottenuto la permissione, ch'io andava a chiedere. Infatti presentandomi per aver udienza, fui introdotto nella stanza del governatore, che stava leggendo il mio scritto, e senz'aspettare ch'io gli parlassi: Andate, padre mio, mi disse, il vostro affare è deciso, ed io stesso vo' darvi mano, e siate certo, che farò quanto mi sarà possibile per favoreggiare il vostro zelo, secondo i comandamenti e le intenzioni del re mio Signore. Andata a guadagnar delle anime a Gesù C. ma non vi esca dalla mente di pregar Dio per sua maestà e per me. E confessare qui vi deggio che mai non provai una gioia interna, una consolazione più pura di quella cui rimasi in quel momento pentato, e fin d'allora a larga mano Iddio mi ricompensò delle pene e delle fatiche ch'io dovevo provare per amor suo, nel mio viaggio al luogo della mia missione. Ringraziato adunque Iddio per una grazia sì particolare, mi disposi alla partenza, e colle limosine di alcune pie persone, acquistai vari sacri ornamenti, qualche bagatella da presentar a gl'Indiani, e le necessarie provisioni pel mio viaggio, e nel mese di Novembre dell'anno 1703 mi posi in viaggio col padre Giuseppe Maria Ivesa datomi per compagno da superiori.

Ed io qui vi potrei descrivere le dolorose avventure che ci accadde, né le pene che soffimmo per quasi duecento leghe d'impraticabile cammino, passando

torrenti, fiumi, montagne e boschi, senza soccorsi,
 senza guide, e in una generale mancanza d'ogni cosa.
 Il mio compagno infermò nel mezzo del cammino di
 una febbre violenta per lo che fui costretto a rimandarlo
 al più vicin collegio, con alcuni di quelli che mi
 accompagnavano, e solo quasi allora mi vidi e abbandonato
 fra quei feroci Indiani, cui si' addosso è il nome Spagnuolo
 che impossibile riesce il sottrarsi al loro furare e alla loro
 crudeltà, quando si ha la sventura di cadere nelle loro
 mani; ma il nostro Signore mi liberò da tanti pericoli
 in maravigliosa maniera, dopo avermi giudicato degno
 di soffrire qualche cosa per amor suo, in un viaggio
 di quasi tre mesi. Pieno di coraggio adunque e di
 salute giunsi al termine desiderato della mia missione
 di Atahuahuapi. I cacichi o capi, e gl' Indiani mi
 accolsero qual angelo mandato dal cielo. Cominciai
 dall'erger un altare sotto una tenda, con tutta la possibile
 decenza, aspettando che s'innalzasse una Chiesa. I
 principali del paese visitai invitandoli a stabilirsi
 vicino a me per fondare una piccola borgata, e
 per adempiere con maggior frutto i doveri del mio
 ministero. Ebbi la consolazione di vedere i neofiti alle
 volte battezzati dal reverendo padre Mascardi, assistere
 agli uffizi divini, ed alla spiegazione della dottrina
 cristiana, con un fervore, una divozione, e una fame
 spirituale che mi diede grandi e solide speranze della
 loro fermezza nella fede, e della sincerità delle loro
 promesse. Andai poscia a consolare gli infermi e i
 vecchi che venir non potevano ad udire i miei amma-
 namenti, e battezzai alcuni fanciulli col consenso
 de' loro genitori.

La mia consolazione per sì felici principii accrebbe

d'assai per la venuta del padre Giuseppe Guillemo,
 mandatomi da' superiori invece del padre Sessa, e
 seco lui formai i mezzi più opportuni, per istabilire
 saldamente la nostra missione; deliberammo che mentre
 ci rimarrebbe a Ahuolhuapi per edificare una piccola
 Chiesa ed una casa; io andrei a Valdivia onde procu-
 rare la protezione del signor governatore a favore dei
 noofiti. Indussi i cacichi a scrivere una lettera cortese
 al governatore, per chiedergli la sua amicizia e la sua
 protezione. Giunsi al principio d'Aprile dell'anno 1704 a
 Valdivia co' deputati, che il governatore Don Manuele
 Antesia accolse con molta gioia e tenerezza, e dando
 mille prove a me di stima e di benevolenza, e prometton-
 domi di favorire quanto saria stato in lui il nuovo
 stabilimento. Non rimasi a Valdivia che il tempo
 necessario per terminare il mio trattato, e ne partii
 verso la metà dello stesso mese d'Aprile, co' due deputa-
 ti cui fu data dal Signor governatore la risposta più
 caucchi. Eccone il tenore: Signori, udii con molta gioia,
 dalla vostra lettera, e dalla testimonianza de' vostri deputa-
 ti; la buona accoglienza che voi faceste a' missionarii
 della compagnia di Gesù, e la vostra risoluzione di
 abbracciare la nostra santa religione. Quindi dopo
 renduto le solenni grazie a Dio, sovrano Signore del cielo e
 della terra, per una sì fausta notizia, io vi deggio assicurare,
 che mai voi non potrete far nulla più caro al gran
 monarca delle Spagne e delle Indie, Filippo V, mio
 signore e mio padrone, che Dio ricolmi di gloria, di
 prosperità e di anni, ed è perciò, che, poiché io rappresen-
 to la persona di lui nell'ufficio ond'è mi ha onorato,
 vi offro e vi prometto in di lui nome, per sempre, la
 sua amicizia e la sua protezione, per voi e per coloro

che imitanno il vostro esempio; avvertendasi nello stesso tempo, d'aver cura che tutti i vostri vassalli, dopo avere abbracciato la fede cattolica, prestino giuramento di fedeltà e di obbedienza al re mio signore, che sempre sarà il vostro appoggio, il vostro protettore, e il vostro difensore contra tutti i vostri nemici; ed è perciò che fin d'oggi, io e i miei successori mantener vogliamo con voi una costante amicizia e una solida corrispondenza per soccorrer vi ne' vostri bisogni; e sperando io che voi fedeli sarete ad eseguire quanto vi prescrivo in nome del re mio signore, rendo vie più autentica la mia promessa, qui ponendo il suggello delle mie armi. Valdivia, 8. Aprile 1704. Don Manuele De. Aulefia.

Al mio ritorno da Valdivia a Samuelhuapi, trovai già costrutta una chiesuicella, pieni i neofiti di fervore, e disposti vari catecumeni a ricevere il battesimo, meriti dello zelo del padre Giovanni Giuseppe Guillhmo, mio compagno. La lettera del governatore fu accolta colla più viva gioia da tutto il popolo, e però noi cominciammo ad occuparci daddovero dell'opera di Dio. Si già fabbricammo una piccola casa, e si gettarono le fondamenta di una chiesa più vasta, poichè le circostanti nazioni cominciarono ad accorrere a' nostri insegnamenti. Cionondimeno, essendo il paese, ov'io mi ritrovo, abitato da due sorta di popoli, chiamati gli uni Pulchi, Toggas gli altri, mi sembra siavi ancora fra loro della gelosia e della avversione; poichè i Pulchi cercavano di distogliermi dal tentare la conversione de' loro vicini, dicendomi essere cogliino una fiera nazione crudele e barbara, colla quale non si poteva avere alcun commercio. Ma io ben mi ardivi, conoscendo la dolcezza e la docilità di

Poyas i quali mi avevano grandemente pregato di ammaestrarli, che i Pulchi non agitavano che per gelosia. E fu perciò, che alcuni giorni dopo, avendo ragunato i principali della nazione, ragionai loro con molta forza, ed esposi le ragioni che mi toglivano di dar retta al loro consiglio. Dissi che Dio volle egualmente salvare tutti gli uomini senza eccettuare alcuno; che i ministri di Gesù C. non potevano recusare il regno di Dio ad alcuna nazione; senza un ingiusto prevaricamento; ch'essi erano mandati per istruire e battezzare tutti i popoli; ch'eglino stessi, se veramente volevano esser cristiani, dovevano essere i primi a procurare con zelo la salute e la conversione dei Poyas, i quali erano fratelli di Gesù C. gli eredi del suo regno, e redenti egualmente col prezioso suo sangue; che sparso egli aveva per tutti; che l'ostacolo che per volevamo alla conversione de' loro vicini, era un artificio del demonio, comune nemico degli uomini, onde privare quel popolo dell'inestimabile beneficio della fede, e per toglierne a loro stessi il merito col trasgredimento del precetto della carità. Queste ragioni convinsero i loro animi, e subitamente mi promisero di non opporsi all'ammaestramento ed alla conversione de' Poyas. Finalmente, vinto questo ostacolo, che ritardar poteva i progressi del Vangelo, e disposti i cuori e gli animi di quelli che mi avevano manifestato maggior premura per ricevere il santo battesimo, scelsi un giorno solenne per celebrare la cerimonia con maggiore splendore e tutti li battezzai; ed ora ho la santa consolazione di vedere il cambiamento maraviglioso operato dalla grazia di Gesù Cristo ne' loro costumi e nella loro condotta, essendo essi, oltre ogni credere, fervorosi e diligenti adempitori de' loro doveri.

Questa missione così felicemente cominciata, non pote sostenersi — florida per gran tempo e pare che presentemente, neppur più esista.

— Nel 1711 il padre Le-Bon recandosi al Chili per lo stretto di Magellano ci dà in breve un bel quadro degli abitatori di quei remotissimi luoghi — Ecco come parla esso stesso — (Lettere Edificatorie vol. 13 p. 205).

La sera si entrò nella baia del buon Evento per provvederli di acqua, questa baia appartiene alla terra del Fuoco, dirimpetto all'estremità dell'isola degli Stati, la quale, colla terra del Fuoco forma il canale o stretto le Maire. Vi dimorammo cinque di. La vigilia della nostra partenza, ritrovandoci a terra, vidermmo escir dal vicin bosco un Indiano, al quale si fe' segno di avvicinarsi; ei si avvicinò infatti, ma sempre in difesa, e coll'arco pronto a tirare. Gli si presentò del pane, del vino e dell'acqua vite; ma gustatala appena più non volle berne. Gli si fece fare il segno della croce, e gli ponemmo una corona al collo. Quando entrammo nella canoa per ritornare a bordo, ci mise un grido che sembrava una specie di urlo unito a un non so chi di lamentevole; tosto comparve una trentina di altri Indiani, preceduti da una donna curva per vecchiaia. Si avvicinarono alla riva mandando simili grida, e chiamandoci co' segni vicini a loro; il che più non giudicammo a proposito. Erano essi tutto nudi, dalla cintura in fuori, circondata da un pezzo di pelle di lupo marino. Dipinto era il loro volto di rosso, di nero e di bianco, avevano d'intorno al collo un monile di conchiglie, e un braccialetto di

pelle alla giuntura delle mani. Non fan uso che
 di fruste, armate, non di ferro, ma di una pietra
 focaja a guisa di ferro di picca; mi parvero docili,
 ed io credo che non saria difficile la loro conver-
 sione. Esimmo il dì 5 da quel porto, e le correnti
 che sono violenti assai, passarci fecero a ripassare
 cinque fiata lo stretto. Il dì 15 montammo il capo
 Horn ai 57 gradi, 40 minuti di latitudine, meri-
 dionale. Per ben trenta dì si ebbero venti contrari e
 violenti, e fu d'uopo abbandonarci alla marcia dell'
 onde e de' venti, che ora ci portavano a mezzo dì,
 ora a ponente, e che oltri non ci spinsero venti
 leghe nel cammino. Basso era il freddo assai; ma
 quel che ci consolava fra tanti guai, era lo avere per
 quaranta dì, continuo giorno.

— L'an. 1761 il re di Spagna vedendo esser torna-
 ti inutili gli sforzi fin allora da lui e da' suoi
 predecessori fatti emettere nuovamente un decreto
 che era del tenor seguente:

In vista dei reali decreti dei 6 Dicembre e
 21 Maggio 1684 nel primo de' quali è ordinato
 che quant' prima si procurasse ai missionari del
 Chaco una scorta di 20 a 25 soldati, e nel secondo è
 dato il medesimo ordine per la missione delle nazioni
 che vivono da Buenos Ayres a Magellano - si coman-
 da di rinnovare e dar ordine perche col parere
 del governatore o del provinciale dei Gesuiti del
 Paraguay si ponga la scorta necessaria, nella riferita
 riduzione di Pampas e delle campagne affinche da
 questi luoghi che sono sulla strada si entri ai Patagoni
 e altre popolazioni che sono fino allo stretto di Magel-
 lano perche con questo aiuto vada aumentando la

della nuova conquista, e non si metta più alcun ostacolo, come in molte altre occasioni colla morte dei missionarj a mano dei barbari. Pertanto ordino al mio governatore capitano generale che vi è al presente e che vi sarà d'or innanzi nella riferita città e porto della Trinità di Buenos Ayres, nelle provincie del río della Plata, ufficiali de' miei reali tenimenti e altre persone e ministri a cui toccherà il compimento di questa mia real risoluzione, che così lo compiano ed eseguiscono senza andar contro il suo tenore in alcuna maniera, poichè tale è la mia volontà.

— Nell'anno seguente 1742 ordinava di più che si mantenessero a spese del governo e si provvedessero di quanto occorreva, i predetti missionarj, con un decreto del tenore seguente:

— 25 Ottobre — a D. Michele de Salcedo gov. e capit. della Trinità e porto di Buenos Ayres. — Da esatto conto della riduzione degli Indi Pompas affidati da voi ai padri della Compagnia di Gesù vivo che i detti padri hanno risoluto, con buona speranza di riuscita, che tutti quelli i quali sono ridotti abbraccino veramente la fede cattolica e che con non minor speranza usendovi tra costito popolo alcuni Indi Serrani (della montagna) e di altre popolazioni delle molte che abitano in questa parte del sud e nelle estese campagne e montagne, che per più di 400 leghe corrono fino allo stretto di Magellano siano istrumenti per facilitare la predicazione dell'evangelio e conversione di costese nazioni come si spera quella dei Serrani da cui risulterà oltre all'importante fine della religione, il vantaggio che, popolata costà colle

riduzioni che si andassero facendo, si eviterebbe l'inconveniente di qualunque sbarco o popolazione che potessero intralciare i nemici; - Conviene qui essere indispensabile che la spesa dei missionarii che non può prendersi per ora dai medesimi Indi per essere poveri e non accostumati alla menoma industria, sia da somministrarsi necessariamente da' miei reali possedimenti; poiché in altro modo resta esposto in pericolo che non riesca così perda la conversione di questi infedeli...

Il ministro del re seguita: Il re comanda si provvedano le necessarie risorse e dice che nel più esatto e puntuale compimento mi mandiate ricolta di questo dispaccio.

Il governatore avendo risposto essersi dati 400 pesos per questo effetto - il ministro gli rimanda il seguente biglietto -
 S. P. Michele Serrano governatore di Buenos Ayres
 Si è approvato dagli ufficiali regi la somma di 400 pesos che deve dalla cassa reale ai missionarii della Compagnia di Gesù.

— Nel 1743 il vesc. di Buenos Ayres, fra Gius. da Peralla dando conto della visita da lui fatta della sua diocesi a Filippo V re di Spagna parla delle missioni che specialmente due padri Gesuiti trovano nei Pampas catechizzando ed istruendo un gran numero di Indi.

— Nel 1744 in data del 25 Luglio si ha un altro decreto del re diretto al provinciale dei Gesuiti delle missioni e degli Indi Pampas e Serranos onde partecipargli quanto è stato determinato nel consiglio del re riguardo al riconoscimento ed evangelizzazione delle coste della Patagonia.
 Il Giovanni Giuseppe Sica procuratore generale della provincia (Gesuitica) del Paraguay, ha rappresentato fra le altre cose che quantunque i missionarii che si trovano isolati alla riduzione degli Indi Pampas e Serranos distanti 50

leghe da Buenos Ayres all'altra parte del rio Saladillo
 che è passaggio ed ingresso ai Patagoni ed al rimanen-
 delle nazioni degli Indi che sono dal capo S. Antonio
 fino allo stretto di Magellano debbono fare l'ingresso
 nella Patagonia per terra - sarà tuttavia conveniente che
 il Patache del Regeche, ed altro piccolo bastimento faccia
 per mare tutta quella costa fino allo stretto conducendo
o due o tre gesuiti i quali riconoscano l'indole di quei
 barbari e trovando alcuno disposto a convertirsi, si lasci un
 loro qualche scorta se parrà necessario come ho ordinato
 in un rescritto del 1684... e questa escursione si ripeta
 una volta ogni anno... Ho adunque deliberato di
 incaricarsi, come col presente decreto v'incarico che dispo-
 niate che si faccia questo riconoscimento colla concorrenza
 di due o tre padri della Compagnia di Gesù con la
 scorta proporzionata ed imbarchi che credete più conve-
 nienti procurando che le spese che farete per ciò sieno
 col maggior beneficio che si possa della mia realtá
 tenuta ecc. ecc.

Anno 1744 il di 30 Dicembre - real decreto
 dato a Buon Nitiro - Il re a D. Domenico Ortiz
 di Rozas mariscallo di campo de' miei regi eserciti,
 governatore o Capitano Generale della mia città e
 provincia di Buenos Ayres e Rio della Plata -
 a Già conosciute da documenti del vostro governo il
 desiderio che i gloriosi re miei predecessori sempre ebbero,
 che gli Indi Patagoni, i Pampase Senari ed altri che
 abitano il territorio del Capo S. Antonio fino all'en-
 trata dello stretto di Magellano siano illustrati colla
 luce del S.º Vangelo, e che per decreto dell'an. 1684
 si comandò a tal fine che ai missionarii Gesuiti si
 desse la scorta necessaria per entrare fra gli Indi

Patagoni che abitano quelle coste sono più vicini allo
 stretto di Magellano..... Io poi ho determinato che
 con missione separata si faccia ingresso nelle terre dei
 Patagoni il più vicino che sia possibile allo stretto di
 Magellano, perché camminando le due missioni da pun-
 ti opposti per raggiungersi in un medesimo centro possa
 più brevemente e facilmente eseguirsi la conversione di
 quegli infelici Indii. Avendo io fatto trattare questo punto
 col P. Gio: Giuseppe Lico della medesima compagnia
 di Gesù procurator generale di questa provincia egli s'incaricò
 di mandare due o tre missionarii della sua Compa-
 gnia, partendo negli imbarchi che si giudicheranno più
 opportuni per visitare quelle coste e riconoscerle ben bene
 fino allo stretto di Magellano scegliendo quel punto che
 più convenga; ma il più prossimo che sia possibile a
 quello stretto. I missionarii abbiano la scorta necessaria
 affinché possano parlare cogli Indii e se li troveranno
 trattabili resteranno con loro insieme con la scorta neces-
 saria per loro guardia e vivvi che bastino finché loro
 giunga nuovo soccorso da questa città - Continua
 poi il decreto indicando a tre cose: 1.^o Che un bastimen-
 to appoitto sia messo a disposizione di quest'impresa
 il quale visiti tutti i punti della costa e salga il
 migliore. 2.^o In questo luogo migliore trasporti famiglia
 povere che lo dimandino, distribuisca loro tute, lasci
 guardie, missionarii, e formino un paese che presen-
 ti vantaggi - 3.^o Si abbia un registro in cui con
 ogni particolarità si noti ogni scoperta, la descrizio-
 ne d'ogni luogo che si visiti ecc.

Tutti questi ordini dei re di Spagna e questi
 sforzi da principio parvero coronati con buon succes-
 so poiché si videro sorgere a varie epoche dei pavelli

o stabilimenti su quelle coste; ma, o sia la stercoia degli abitanti, o l'inclemenza del clima, o la lontananza o la non curanza dei successivi re di Spagna in poco scomparvero nuovamente, questi paeselli e non se ne conosce più alcuno nella Patagonia propriamente detta, fuori che Carmen e Punta-Arena.

Dopo del decreto su indicato, Dicembre 1744 non trovo altri decreti emanati a questo scopo. Si direbbe che stanchi i re di Spagna, ed i Padri della Compagnia di Gesù, di coltivare una terra tanto infertile l'abbiano assolutamente abbandonata. Contuttavia si legge ancora di varii missionarii diretti al Chili i quali nel passaggio dello stretto di Magellano furono costretti a fermarsi e a sbarcare, su quelle coste e che ci diedero varie relazioni che tornano acciancie al nostro proposito. — Mi par bene riferir qui quasi per intero una lettera di un missionario Lardo (S. G.) Apinor Osservatore, in cui descrive il passaggio che nel 1857 fue dello stretto di Magellano con molte relazioni riguardanti i Patagoni e gli abitanti della terra del fuoco.

«Eravamo nella latitudine della capitale del Brasile, quando verso le quattro dopo il mezzodi, ci sorprendeva una spaventevole burrasca che il volerla descrivere, sarebbe uno sforzo vano; basta sapere, che muniti tutti, nel Capitano eccettuato, dei conforti che in tali strettezze somministra la religione, stavamo aspettando la morte con morale costanza, e chi pieni gli occhi di lagrime, si rannicchiava in un angolo, come per prepararsi al passo fatale; altri con gli occhi sbarrati e istupiditi, sene stavano immobili, con tutti i segni di cadaveri marciti in volto; e chi, non appena finito di pronunciare, col labbro balluziente, una orazione qualunque

maldiva all' infausto momento in cui abbandonato aveva il paterno lido. Così stette per vari giorni; ma a troppe più battaglie e contrasti ne voleva serbati la Provvidenza. Infatti, calatosi dopo alcune ore l' Oceano, già la stella serena della notte, si mostrava sull' orizzonte annunziando il fine di Agosto, quando noi pieni di quella gioia, che produce la vista della terra nel cuore del naufrago, entrammo per la prima volta nello stretto di Magellano, formato dalla costa dei Patagoni e dalla Terra del Fuoco. Ma durò poco quella gioia, non quanto fu grande il piacere che produce in noi la vista della nuova terra, altrettanto furono senza pari i patimenti e i disagi da noi sofferti.

Vissi che entrammo per la prima volta in detto stretto di Magellano, perchè, per ben tre volte fummo obbligati a uscirne, e con prossimo pericolo di naufragare. Di fatti, la seconda volta eravamo già internati più di trenta miglia, e, ancorati aspettavamo il giorno per procurar di avanzare; ma circa la mezzanotte, un gagliardissimo vento ci ruppe un ancora, e per ciò dovemmo, al più presto, salpare l'alba, onde poter uscire, e liberare il bastimento e noi dagli scogli che ci stavano a dieci metri di distanza. Stimò inutile descrivere lo spavento che, in tali frangenti, costenava gli animi di noi tutti, perchè si può meglio immaginare, che non si può descrivere. Finalmente si poté rientrare il nove di Settembre, e in cinque giorni giugnere ad una Colonia, che il governo del Chili vi mantiene, sia per segnare i suoi dominii, sia anche per tenere una terra di esiglio per i rei politici. Detta Colonia, consta di circa cento cinquanta persone fra soldati, esigliati, donne e fanciulli; un missionario piemontese del mio Ordine, vi dimora colà, a

consolare quei disgraziati colle sublimi massime della Religione. E davvero, che solo un uomo ben compensato dalla carità cristiana, può dinotare, essendo padrone di se, sotto quello inconstantissimo cielo, fra quelle solitudini orrende, dove passeggiava di continuo la larva della miseria e della morte. - È la colonia di Porto-Nueva.

Gli edifizii della suddetta Colonia sono capanne di legno ammontate dal fumo, perché gli abitanti vi passano la loro vita miserabile intorno al fuoco che accendono nel mezzo di ciascuna, mangiandosi la uorsa razione, che ogni sei mesi è loro mandata dal governo chileno, e facendosi arrostita qualche pezzo di carne di guanaco, che di quando in quando vien loro fatto di accattare dai selvaggi Patagoni. Dopo cinque giorni di dimora si fece vela, e in sul far della notte ancorammo in alba inserata o baia chiamata Porto-Famine, che vale: Porto della fame, e quindi perché nel tempo della dominazione Spagnuola, circa l'anno 1586, moriva di fame la colonia che esisteva in quel luogo, fondata da Sarmiento nel 1582 col nome di Ciudad Real de Felipe per ordine di Filippo II, essendosi perduto il bastimento che portava loro le provvigioni. Ancora vi si veggono cannoni rosi dalla ruggine e dal salnitro spade, lance, pentole ed altri legori avanzi, che offrono in breve all'occhio dello scarso passeggero, la dolorosa istoria e la idea della dura morte dei miserabili che vi perirono.

Spinti da un regolare vento, uscivamo dopo alcuni giorni, per alla volta del Porto-Galaa (Porto-Galan) così denominato, forse per la sua sicurezza e bellezza naturale, che lo fanno distinto in ordine a tali porti. Ma non erano ancor due ore che camminavamo.

che restammo armati in un banco sconosciuto; si gettarono le lance e gli schifi, ma sarebbe stato vano ogni sforzo, se un soffio di vento contrario a quello che ci aveva portati al precipizio, non avesse spinta la nostra nave un'altra volta a galleggiare. A stento poi potevamo far ritorno al tute abbandonato porto, essendo ripetutamente succeduta una perfetta calma al soffio liberatore.

Ogni giorno dopo giugnemmo, dietro ripetute prove, ad ancorare in dello Puerto-Galan, per dimorarvi quaranta giorni senza poterne uscire. Questo fu il teatro delle nostre maggiori afflizioni morali e fisiche, perchè l'animo non era ancor bene addestrato al dolore. Il luogo solo era atto a risvegliare le più alte considerazioni, in un cuore grandito di puzza... Vi regna un eterno silenzio, interrotto solo dal periodico frangersi dei fiotti del mare echeggianti in quelle immense solitudini, e dal misterioso grido, che mandano di quando in quando le donne dei selvaggi, degni abitatori delle foreste.

I selvaggi Indi ed Indigeni, che io conobbi, erano di tre specie: i Pichisivi (Pichisivi o Yaranams), ora comunemente detti Ichnos (iscolani) perchè abitano nelle isole della Terra del Fuoco; i Behuelhets ora Patagoni (Patagoni), che vivono erranti nelle vaste solitudini, che sono fra lo stretto di Magellano al Rio-Camarones; e gli Araucanos (araucani) che abitano principalmente al sud del Chili. I primi sono piccoli anzichèno, e miserabili in tutta l'estensione del terreno. I Patagoni, la maggior parte delle tribù, sono di una statura gigantesca, e non sono così miserabili come quei della Terra del Fuoco, perchè hanno abbondante caccia, principalmente

di Guanakis, che sono quadrupedi della grossezza di un vitello ben grande, la cui carne, ch'io puo' mangiar arrostita sui carboni, all'uso dei selvaggi, è saporitissima; hanno diverse razze di cavalli, che maneggiano con incredibile destrezza. Gli Arawani poi, la cui statura è piuttosto alta, formano la nazione selvaggia la più numerosa e la più feroce dell'America del Sud; essi sebbene vicino alle frontiere civilizzate coltivino qualche pezzo di terreno, vivono però di rapina e di rapina sono crudeli, traditori e ladri, di fatti diverse famiglie di gente del Chili lamentano ancora oggi la perdita delle loro figlie e figli, che quelli svelsero a viva forza e braccia della madre.

In ordine alla loro ferocia narro un fatto riferitomi da un colonnello chileno che fu testimone oculare, succeduto nella penultima rivoluzione, che fu nel Chili l'anno 1851, in cui circa tre mila selvaggi presero parte a favore dei rivoluzionari, essendo stati compresi dai medesimi. Nel bollor della mischia un sergente del governo aprì con un colpo di spada, il ventre di uno sprozzato Arawcano, e sebbene sbalzato dal cavallo, e con fuori le budelle non per questo si sarebbe reso, se la deficienza delle forze e l'assoluta intinazione fattagli dal sergente o di ^{avere} ~~avere~~ morte, non lo avesse astretto. Udite atrocità, non molto lungi omiva la moglie (se così si può chiamare) di questo miserabile portando un bambino di circa due anni, e veduto il marito vivo in poter del nemico, e credendo si fosse arreso volontariamente, prese quel povero bambino che portava, e passatolo colla lancia, gliel gettò cadavere sul viso dicendo queste parole: Se acabe la semilla de los cobardos (si perda la razza dei codardi). Questi e gli altri di cui ho parlato, si dividono in tribù; marchiduna tribù

governata da un Chaiico, il quale è assoluto padrone della vita e della morte di tutti quei che gli sottostanno.

La maggior parte sono nudi o seminudi, e qualche pelle d'animale è il loro più elegante vestito. Usano armi e questi generalmente si riducono a tre, lancia, arco e lazzo; la punta della lancia è di osso; quella dei dardi o piume che scagliano coll'arco, è di vetro. Il lazzo si costituisce di due falle, una di metallo, l'altra di nervi d'animali del volume ambidue di una biglia, attaccate all'estremità di una fune pure di nervi di due metri circa; questa è l'arma la più terribile che usino i selvaggi, perchè la usano con tanta destrezza che alla distanza di cinquanta passi n'è quasi infallibile il colpo. Mi trattenni a contemplare le naturali produzioni di quelle saporite intelligenze, nè mi sapeva persuadere, come fossero astretti a trascinar una vita così misera, e poco meno che brutale, mentre noi viviamo nel secolo dei lumi. La madre comune, la natura insegna a quei della terra del fuoco, che, di quei che ho veduti, sono i più miserabili eziandio moralmente parlando, a farsi certe barcotte lunghe e strette, che chiamano Canoe come una piccola arca! Uomini, donne, vecchi, giovani, ragazzi e ragazze, cani, caccia, armi, fuoco, piuma, ecc. in tutto però contempi miseria. - Dietto a diverse osservazioni inferimmo che egliino pure conservano la idea di una divinità, e ciò lo indicano gli urli misteriosi, accompagnati da certi movimenti, che fanno sentire in certi tempi determinati; il comparire in tali giorni, tutta dipinta la faccia ed i capelli di un certo colore rosso di cui ne ignoro il composto. Ma che s'è ne sia, so che è difficile la loro conversione, o dirò meglio la loro civilizzazione; ciò non ostante lo zelo degli operai della Chiesa

di Gesù Cristo, non sta inoperoso, e sebbene siano già
molte le vittime fatte da quegli ingrati figli della
natura, non dimeno la terra quasi feconda dal sangue
di quelle, ne va producendo dei nuovi, e la vigua del Signore
non lascia di render frutti per mancanza di coltivatori.

Intanto noi passavamo i nostri giorni nel Puerto Galan
senza poter far vela. I cibi principavano a mancare, lo
scorbuto era comparso fra noi, alcuni n'erano già morti
e tutto chiamava le nostre serie riflessioni, le montagne
da cui eravamo circondati, la solitudine del luogo, e gli
guardissimi venti che ad ogni istante parva di volgersi
gittar fra gli scogli; e il pensiero che nessuno era un
lontano di mille leghe, da cui implorare soccorso; ci
teneva in continua agitazione. Trari giorni in cui
il tempo permettera succedevano in terra ci erano di
alcuna distrazione, perchè otto o dieci di noi uniti e ben
armati onde assicurarci dagli insulti dei selvaggi ci
internavamo in quei boschi, per dove si poteva pensare
a far caccia di certi uccelloni propri del luogo. Il mare
internandosi nel continente, forma una piccola penisola
sulla cui parte più elevata sorge una gran croce, eretta
forse quando Magellano visitò il primo quel luogo,
imponendo a quello stretto il proprio nome. Suo ^{perchè} ~~ci~~ ^{perchè}
sulla stessa croce si leggono diverse date cui il tempo
e le intemperie cancellarono in gran parte; la prova
di esse pare rimanti all'epoca in cui passò per colà
il detto celebre viaggiatore; ed oh! quali sentimenti na
scito nel mio cuore quella croce. Più volte so mi
sedei a' di lei piedi, e col capo stretto in fra le mani,
e tutto concentrato in me stesso, ricadeva col pensiero
le meraviglie operate in ogni tempo da quel venerando
segno della nostra redenzione ed affrettava co' miei voti

il giorno in cui tutti gli uomini non formarono che una sola famiglia. Avete la stessa fede e lo stesso capo che è Gesù Cristo.

Frattanto, come già dissi, i giorni passavano e si aumentavano per conseguenza i nostri affanni; poiché molti dei marinai erano già caduti infermi, gli alimenti si facevano ogni dì più scarsi, i malumori si dilatavano come le male erbe in buon terreno; sicché non poteva a meno che rendersi sempre più penosa la vita. Ma quando meno ce l'aspettavamo, circa la metà di Novembre, potemmo uscire, sebbene a stento, da quel triste luogo, che la lunghezza del tempo ce l'aveva reso ancora più triste, e dopo trenta miglia circa di viaggio potemmo riparare nella così detta Bahia-Boya.

L'aspetto di tale porto è più tetto d'ogni altro, sì per la sua posizione, sì per la sterilità delle alte montagne di pietra che lo circondano dirigendosi dal Sud al Nord per Est. e all'West poi dove è la entrata si trova un'isola con sopra pochi arbusti. Io ricordo con dolore quest'isola perchè nel mezzo vi seppellimmo un nostro compagno di viaggio, io dico l'ottimo e mai abbastanza compianto Pietro Degiorgi Piemontese. Questo giovane e valente pittore che lasciò in Roma molti segni del suo artistico e squisito ingegno, e che anche in mezzo ai disagi del viaggio si era occupato a ritrarre diverse vedute, moriva quasi repentinamente fra le mie braccia sulla florida età di 33 anni, vittima non tanto del cattivo clima di quelle regioni quanto dei sofferti incomodi nel decorso di sì lungo e penoso viaggio. Una croce che erigemmo sopra la sua fossa, additerà al viaggiatore la silenziosa terra che accoglie le ossa di lui, non che quelle di un marinaio, di una donna.

di due bambini che riposavano nello stesso luogo, diedi anch'essi a bordo del nostro bastimento per gli strapazzi sofferti nel viaggio. Requiescant in pace.

Il dì 25 Novembre, aiutati da scarso vento, veleggiavamo con non molto profitto tutto il giorno, e si dalla notte vicino ad un piccolo seno forse innestato, fummo obbligati ad entrare per dimorarvi fino al 29 dello stesso mese, nel qual giorno si poté proseguire il viaggio, ma per poco tempo; imperocchè appena eravamo usiti da quello stretto malaugurato di Magellano che il vento scese, da cui il nostro S. Giorgio era stato spinto fin sulle sospirate acque del Pacifico, si cambiò di repente in un tempesto magano direttamente contrario, che ci ricacciò nell'ultima bahia dello Stretto, difesa dal capo Pilar, chiamata Bahía della Misericordia.

Dopo tante burrasche e sì gravi disagi da noi sofferti, tutto quindi concessiva a farci desiderare la morte o almeno abbattere la stentata vita che menavamo. La solitudine era insopportabile dai continui pericoli, anzi dal pensiero che solo Iddio, e per miracolo, ci potesse ancora salvare; la mancanza dei marinai, dei quali tre o quattro eran uccisi e gli altri gravemente infermi; l'evidente impossibilità di trovar aiuto da poter uscire da quel luogo, ben con ragione ci facevano temere che lo stesso nostro bastimento sarebbe stato presto il nostro sepolcro. Ma colui che ascolta sempre la prece del travagliato, era benigno i nostri voti. Si fattosi volgeva il quindicesimo giorno che noi dimoravamo fra quegli orridi ucelli colla sola e inutile compagnia di alcuni selvaggi, che di quando in quando si avvicinavano al nostro bastimento coi loro canoa, ed esse compa-

ire un piroscapo diretto alla nostra volta. Non è a dire
 quali e quante speranze a tal vista non nascero nei
 nostri cuori; qual copia di lieti pensieri non rallegrò
 la nostra mente a sì inaspettata comparsa! Avvicinato
 il piroscapo si ferma in mezzo all'entrata della Bahía
 alla distanza di cento metri incirca dal nostro bastimen-
 to; e mentre dulle stavamo, senza batter palpebra, osserva-
 ne i più minuti movimenti vedemmo gettare uno
 schifo, che senz'altro indugio mosse veloce verso di noi,
 portando un ufficiale di marina, quel caro José-Dolores
 Salamanca, che veniva a comunicarci gli ordini che il
 comandante del piroscapo (della distinta famiglia Scala
 della repubblica Chilena) aveva ricevuti dal supremo
 governo del Chili, di fare cioè diligenti indagini del nostro
 bastimento, e, trovarlo, somministrarsi tutto il bisognevole.
 Stavamo dunque tutti in sulla poppa contemplando, senza
 saziarci, il nostro salvatore; ed ascoltando nello stesso tempo
 con quel piacere che può immaginare ognuno le conso-
 lanti parole che uscivano dal labbro del giovane ufficiale.
 Quando, che è, che non è? scorgiamo sull'amico vapore aule-
 rati movimenti; un corso senza posa dei naviganti; un
 gettar delle lance e degli schifi, e un rumore udiamo
 di confusi e lamentevoli voci. Ahimè! che varrà egli
 mai dir tutto ciò? ... Un momento di pazienza, che
 già s'avvanza ed è uno schifo... esso ben come porterà
 la notizia, ed ah!... notizia lacrimevole e fatale! il
 vapore è perduto! il nostro liberatore ha bisogno di cure
 liberate.... Il salvator nostro ci grida che lo salviamo!
 Io vinsi cose ch'io stesso ho vedute e che mi paion
 sogni; ma se per poco vi penso, mi sento ancor oggi
 tutto abbacchiare. Cento e cinque persone stavano su
 quello sgraziato vapore e la maggior parte ancor corica

nel momento ch'esso aveva rotto in quegli scogli fatali ed appena ebbe tempo a levarsi, e così restò da vedere salvarsi mediante i pronti soccorsi apprestati loro giandio dalle nostre lance. Del resto, piroscapo, prigionieri, e bagagli, tutto, fu in meno d'una mezzora inghiottito dai flutti vorciosi.

I salvaggi auarsi coi loro canoé, dividevano con noi le nostre cure, e le grida lamentevoli che mandavano, spinti dal solo natural sentimento d'umanità, facevano più pittoresca la scena, e più commovente.

Ma fra diversi affetti e spaventosi pensieri che avevano agitato l'animo nostro, si alzava ora gigante sopra quello della morte più vicina. Ed era immaginario; perchè eravamo circa dugento persone da alimentare; e ci rimanevano pochissimi cibi, e per avola divenuta il vento infuriava più che mai, e il bastimento era mal sicuro per la fatta perdita delle ancore; della

idea d'essere a guisa di una nave, più che una piccolissima nave. Dunque, a nostri disegni, d'infranti fra gli scogli, sarebbe stata la nostra dura ed inevitabil sorte; e, giulio, in cui obbediscono i venti e la natura, non si può nulla con quella pietà di noi. E furono appunto le comuni preghiere, che giorno e notte dirigevamo a Dio, quelle che ci liberarono da un spaventoso pericolo. Si fatti una apparenza trascorsi due giorni dal fatale naufragio, che coll'aiuto d'una medesima vento che spirava, e quello dei naufragi, acquistate, potemmo abbandonare quella stanza di dolore, e dopo 14 giorni d'un vento regolare, abbastanza buono, entrare nel già troppo respirato porto di Nalparaiso, dove giungemmo la mezza notte del 30 Dicembre. Fu regolamento di quella parte non si permette di sbarcare che a giorno

fatto: cioè, all' otto del mattino; momento che noi tutti
 aspettavamo con indissolubile impazienza. Ma, come Dio
 volle, giunse finalmente la benedetta ora, e già eravamo
 circondati da una folla di Chileni che ci accolsero con
 quel piacere, stesso (che già era stato pubblicato nei giornali
 il nostro naufragio), con cui si riceve una persona cara
 creduta morta, e ci colmarono di tutta quella affettuosa
 cordialità che è propria del carattere Chileno. Dopo alquan-
 ti giorni arrivammo a Santiago capitale della repub-
 blica, e così ebbe fine questo disastroso viaggio, i cui
 pericoli, più volte per vero miracolo superati, restarono
 sempre impressi nella mia memoria, e mi ricorderanno
 in ogni tempo l'obbligo che mi corre di ringraziare la
 Divina Provvidenza, che mi sorbi ad affaticarmi nella
 sua mistica vigna, coll' esercizio del mio sacerdotale
 ministero.

Varie Missioni si tentarono ancora a' giorni nostri tra i
 Pamperos ridotti cioè che già direttamente dipendono dalla Repub-
 blica Argentina; si ha speranza di felice risultato.

Abili indigeni insieme con i nostrali accondisusero volentieri
 ad abitare in paeselli o città da poco costrutte e questi per lo zelo
 veramente Apostolico di Mons. Anayros arcivescovo di Buenos-
 Ayres già poterono avere un prete che li istruisca nella Religio-
 ne Cristiana e li mantenga nella pratica dei Santi Sacramenti.

Anche tra i selvaggi si fecero de' nuovi sforzi. Abbiamo senti-
 to con somma gioia che i Domenicani Padri Lazaristi da 4 anni ini-
 ziarono tra loro una missione che ha già prodotto molto del bene e
 speriamo sarà an' inolare destinato a produrre tra quei selvaggi i frutti più abbon-
 danti.

Ci rimorse che per quante ricerche si siano fatte queste sono le sole
 notizie che si abbiano potuto trovare riguardo alle Missioni nella
 Patagonia.

Conclusione.

Stato presente della Patagonia

Abitanti - È impossibile calcolare con precisione il numero degli abitanti di queste regioni. Non essendo ancora state percorse nell'interno da alcun dotto viaggiatore, neppure si può dare un numero che sia probabilmente approssimativo; ciò che si può dire di più certo si è che più si fanno studii, più uno si capacita dovere il numero degli abitanti essere grande. Non si saprebbe dar ragione di molte cose fin'ora descritte se il numero degli abitanti non fosse maggiore di quello che ordinariamente si dice in libri di geografia e nelle descrizioni di viaggi. La cosa che più fa arguire il numero sterminato d'Indi che popolano i confini del territorio della repubblica Argentina e del Chili si è che a malgrado degli sforzi del governo di Buenos-Ayres e di Santiago non si pote ancora soggiogare quelle tribù, le quali molte volte portano importanti risultati sopra i bianchi. Eppure questi hanno cannoni e fucili a disposizione, armi bianche d'ogni genere; sono ben ammaestrati nell'arte militare; con tutto ciò molte volte restano sopraffatti dagli Indi. Come avverrebbe ciò se quelli non fossero in numero straordinario? E poi da tre secoli i bianchi fan loro guerra di sterminio, massacrano senza pietà quelli che loro si presentano; molti ne fan prigioniere. Come potrebbero ancora resistere se le loro tribù non fossero state numerosissime? E da aggiugnersi che non hanno i Patagoni mezzo di farsi pervenire le notizie; non strade, non comunicazioni. Quelli adunque che combattono contro gli Argentini od i Chelini, sono solamente le tribù limitrofe, quelli del mezzo non mandano né aiuti né soldati. Eppure si hanno notizie da pochi mesi, che inducono in un sol punto esser radunate alcune migliaia di selvaggi atti a portare

... la Patagonia colle isole e co' Pampas attigue e
 quali si estendono senza interruzione sin fino all'Equatore,
 ... Qual popolazione non possiamo
 noi arguire in tanta estensione notando tribù così numerose
 ai confini? Aggiungendo un'osservazione di molta
 importanza, tutti i viaggiatori che esplorarono le coste, in ogni
 stagione in ogni tempo videro dei selvaggi. Fossoro pur rari
 ma se ne trovavano per ogni dove e le coste girano per varie
 migliaia di chilometri. Più, si pote ricavare che le popola-
 zioni più fitte non sono mai sulle coste perchè più sterili;
 mentre l'interno specialmente la parte Orientale delle Cordigliere
 paiono grandemente più popolate. È vero che la vita roma-
 de e pastorizia che minano richiede che la popolazione non
 sia molto fitta e le vaste solitudini affatto sterili non possono
 essere abitate; ma posto anche che si supponga in massa
 essere quelle regioni abitate rispettivamente 10 volte meno
 che l'Italia io troverei ancora circa 40 milioni d'abitanti
 ha la Patagonia e le Pampas. Questo numero, si dirà, è
 evidentemente esagerato. Ebbene, poniamo che sia solo metà,
 solo un terzo; anzi solo un decimo ed io si troverà ancora circa
 4 milioni d'indigeni il che supera sempre immensamen-
 te quanto si vada scrivendo nei libri di geografia e di
 viaggi. Eppure a calcoli fatti pare questo dover essere il nu-
 mero minimo possibile per poter produrre in tutti i confini
 di vari stati, gli effetti sopra descritti.

Questa numerosa popolazione giace tuttavia nelle tenebre
 e nell'ombra di morte. Sono interamente selvaggi senza
 dimora fissa, senza case, nè cristianesimo nè civiltà potè fin
 ora penetrarsi; nè alcuna autorità civile, vi pote estendere
 la sua influenza ed il suo impero. Fin ora la voce del
 Missionario non pote ancora farsi udire in quella vastis-
 sima regione sebbene già molti sforzi si siano tentati nei

suoli nati per evangelizzarla. Fu la ferocia degli abitanti che mandò a vuoto ogni loro sforzo poichè trucidarono barbaramente ogni missionario che loro si appressasse ed anche ne mangiarono le carni.

Guerre ed ostilità. — Puntualmente la repubblica Argentina è immischiata in orribili lotte co' selvaggi che si trovano a suoi confini. I selvaggi sono quanto mai si possa dire esasperati poichè gli Argentini acquistano tutto giorno terreno su loro caccia solo dai luoghi ove essi han diritto di stare. Si credono autorizzati di fare in verso i bianchi ogni sorta di crudeltà. Continuamente fanno scorrerie nei luoghi in cui sperano di poter fare maggior preda con minor loro pericolo. Sanno & cercare scialtamente il tempo e le circostanze più opportune; e per non essere scoperti per lo più usano del seguente stratagemma. Si muovono sui loro cavalli i quali adoperano per lo più senza bardatura di sorta alcuna, e così senza essere veduti li dirigono verso il luogo stabilito. Gli abitanti soliti a vedere turme di cavalli che in quelle vastissime pianure errano a migliaia, al loro arrivo non si allarmano punto. Ma i cavalieri selvaggi dato un grande urlo tutti insieme saltan su animosi, precipitano su quel paese, o su quelle truppe designate e non danno indietto se non proprio sopraffatti dal numero. Il loro arrivo è una cosa terribile per un villaggio, devastano tutto, uccidono gli uomini, risparmiano solo i fanciulli e le donne ancora in buona età che fanno loro schiave e concubine, poichè tra i Pamperos per ragione di molte guerre loro fatte dai Gaucho, hanno grande scarsità di donne per essersi esse rifuggite con gli Ibrucani, e poi non più tornate. Questo fece sì che, a malgrado della gran quantità di schiave che si procurarono frequentemente in queste scorrerie, la india è ancora ai giorni nostri d'una donna per 5 uomini. Sono soliti in queste scorrerie abbruciare tutti i dintorni, rubare ogni cosa che trovano, anche mobilie ed utensili domestici. Se trovano armi se ne impadroniscono

colla maggior sollecitudine; fanno propri buoi, cavalli, mandre; colui che riesce a rubare più cose è considerato come il più valente. I Tampus possiedono già tutti i fucili, cannoni ed armi bianche di cui si servono con mirabile destrezza; armi tutte ricamate nelle loro esportazioni insieme ^{con la} maggior quantità di cartucce che lor sia possibile poiché già son dediti a conoscere in quali luoghi esse si trovano e su d'essi specialmente si avventano con valore straordinario tenendo ciò per principale preda che possano fare.

S. Cagliari in data dei 19 Febbraio ^{di quest'anno 1816} ci scrive « Gli Indi mi fanno non poca compassione. I cauchi sono in lotta col governo Argentino; fanno scorie e rubano continuamente; ed il governo dalla sua parte li uccide a centinaia. Se invece di soldati il governo mandasse de' missionarii, farebbe molto meglio e colla vita si salverebbe loro anche l'anima. Non sono molto distanti da noi; sessanta leghe e non di più al Sud-Ovest. Vi sono alcuni missionarii però possono far poco o nulla ora perché gli Indi sono troppo esasperati contro il governo nazionale. Fanno prigioni uomini, donne, fanciulli. Sono andati da un'impresa che di notte era fuggita dalle mani de' selvaggi; poverina! aveva ancora le piaghe di ferri. Bisogna pregar Dio che loro mandi dei missionarii per liberarli dalla morte dell'anima e del corpo ».

Solo il missionario colla sua condotta di pace potrebbe a poco a poco far deporre l'odio che si ha contro quanto sa d'Europa e insieme colla religione introdurre la civiltà. Ma questi formano la parte più piccola e tra i selvaggi delle vicinanze non ridotti. S. Cagliari ci scrive essere inutile per momento tentare la prova perché troppo esacerbati contro tutti i bianchi d'ogni genere. Parrebbe invece più conveniente cominciare da luoghi più lontani non avendo ancora quelle tribù prevenzione alcuna contro gli Europei.

Nuovo Progetto. — Da quanto fin qui si venne esponendo pare sia giunto il tempo della Misericordia Divina per queste terre fin ora disgraziate. Non deve tornare inutile una nuova prova d'Evangelizzazione. Vedendo che il metodo tenuto fin adesso non riuscì che allo sterminio dei missionarii, si può di agire diversamente. Il nuovo piano fu combinato col P. Padre. Esso consiste nell'aprire collegi, case d'educazione, veri, orfanotrofi sui confini di questi paesi e attrarre i giovani; e coll'educazione de' figli farsi strada a parlare di religione coi genitori. La qual cosa potrà riuscire in due modi, e che i genitori pel naturale istinto che porta ad esser benevoli a chi tratta con bontà i proprii figli, o più ancora, che per volta crescendo su i figli ben istruiti, vadano poi essi stessi a parlare la buona novella a quei della propria tribù, i quali volentieri accetteranno la parola di Dio bandita da tali predicatori.

Di ciò abbiamo una prova di fatto ne' collegi già aperti nella Repubblica Argentina dai Salesiani dove parecchi indigeni domandarono istantaneamente di farsi missionarii. Questo era lo scopo primitivo dei Salesiani quando si recarono ad aprire una casa in Buenos-Ayres ed un'altra in S. Nicolas per avere così alcuni centri di comunicazione tra l'Europa e l'America, e tra i selvaggi e i popoli inciviliti della stessa America.

Il Signore benedisse questo primo passo e già nel collegio di S. Nicolas (distante appena 60 leghe da' selvaggi), si hanno oltre ad un centinaio di giovani, cui è impartita scintilla e religiosa educazione, e tra costoro la Divina Provvidenza dispone che se ne trovino parecchi le cui famiglie vissero tra i selvaggi.

Mentre si pensava al modo di far passo per nuove case nella Repubblica Argentina, favorevoli circostanze concorsero a favore dei disegni sulla conversione della Patagonia. Tre progetti si presentano in questo momento e ciascuno dà speranza di riuscita.

E prima di tutto, l'Arcivescovo di Buenos-Ayres propone di affidare alla congregazione Salesiana l'ultima parrocchia della sua vastissima arcidiocesi, la quale si trova sui confini della Patagonia. Avuto in mano questo luogo già cattolico e cotanto inoltrato tra i selvaggi, si può metter quivi un ospizio dove ritirare sia i bambini che, nella loro crudeltà, i Patagoni non vogliono educare e lasciano morire di stento, sia ritirare giovanetti abbandonati che vengono pel commercio in detto paese; sia, per mezzo di benevolenza, acquistare l'amore dei selvaggi i quali di tanto in tanto fanno escursioni per vendere delle loro mercanzie ed acquistare certi oggetti da loro molto curati. Posto così un centro sui confini settentrionali si potrà poi con facilità inoltrarsi nell'interno da quella parte. Questo è il pensiero che con sua lettera 1.^a Luglio manifestò Mons. Federico Aneyros Arciv. di Buenos-Ayres. D. Cagliero poi aggiunge: « Il sentimento di questo prelato sarebbe di darci la cura dei Patagoni Molu-ches, Phel-ches e Che-che-hest che si trovano riserveci del Rio Negro e si estendono fino ai gradi 37.^o verso il mare».

Il secondo progetto porge anch'esso fondate speranze. Due Cacichi dei più influenti avendo udito parlare favorevolmente de' missionarii Salesiani, mandarono a pregare D. Cagliero che mandasse dei missionarii a spiegar loro la religione dei Cristiani, promettendo di ascoltarli con docilità e di somministrar loro qualunque cosa abbisognassero. Dopo l'ultima sua lettera, scrive D. Cagliero a D. Bosco, ho quasi dimenticato Buenos-Ayres per occuparmi della Patagonia. Ed appunto in questo momento te posso dare una notizia veramente la più consolante. Una lettera del Signor Antonio Oneto genovese, commissario della Colonia Gallense del Chubut che si trova al grado 41 di latitudine

e sulle rive dell'Oceano Atlantico, invita me, con altri Padri, a recarci presso ai Patagoni Hurli-ches e Etu-rel-ches, poiché i due cacichi Foul e Cingucian, capi di quelle tribù riceverebbero volentieri i missionarii, li ascoltassero con rispetto, somministrando quanto loro è necessario. Ci assicura nello stesso tempo che ammansando queste due tribù potremo farci strada per tutta la Patagonia. — Questo è proprio un tratto Nordiduziale. Si vede chiaramente che è il Signore vuole quest'aprire e la protegge.

Un terzo progetto viene ad aprire una nuova via per la conversione della Patagonia. Il governo Argentino vuole aprire una colonia in un punto affatto opposto a quelli di sopra accennati, e ne affiderebbe la direzione ai Salesiani. Questa colonia si deve fondare a S.^{ta} Cruz che è un porto con un fiume posto al fondo della Patagonia sulle rive dell'Oceano Atlantico ai gradi 50 cioè poco prima di entrare nello stretto di Magellano. Molti viaggiatori visitarono questo posto e lo trovarono atto per mettere vi una colonia. Sebbene vi faccia molto freddo, tuttavia è abitabile, e il suo clima assai confacevole a noi. Il governo si propone di somministrare ai Salesiani le sussistenze per loro e per i Patagoni Quianc-cho e Pitmachy. Stabilite una buona scorta di missionarii in questo punto sembra dover tornare assai facile di penetrare nell'interno anche da questa parte ed in pochi anni tastare tutti i punti della Patagonia.

Lo stesso S. Cagliari in altra lettera. — Buenos-Ayres 5 Luglio dice: « Tutti questi Indii sono facili ad essere mansuetti, ma pure facili al sospetto, ed allora ammazzano inesorabilmente. Comunque sia, prepari il personale per i Patagoni, ed i destinati si amino fin d'ora

della pazienza, studio, prudenza e coraggio. Con gli
 Indi se non si procede cautamente in un giorno si
 distrugge l'opera di anni e anni. Se il missionario loro
 parla di sommissione a Buenos-Ayres è ammazzato, se
 li minaccia colla forza è ammazzato. Ma poter far del
 bene in una tribù bisogna farsi amico con il Cacico,
 regalandolo, e civilizzarlo colle buone e colla religione, porlo
 al contatto con qualche buon cristiano; dopo se gli parli
 del governo per aver favori ma non mai per sottometterlo.
 «Resto lo farà la Provvidenza.»

Tutte queste cose sono inevitabili e si spera che tutte
 tre i progetti potranno in poco tempo esser messi in esecuzione.
 Intanto sono con premura richiesti non meno di 20 nuovi
 missionarii che si preparano alla partenza pel prossimo Ottobre
 per Montevideo e Buenos-Ayres purché mediante la
 carità dei fedeli si possa preparar il necessario corredo.

Costi saranno suddivisi ed inviati a cominciare l'opera
 loro evangelica nei tre punti mentovati, cioè il Patagone,
 a S.^a Cruz, e nelle tribù degli Hurli-chez e Cheral-chez.

Conclusione

Due pensieri servono di conclusione. Il primo è ben doloroso!
 E chi è che non s'attristi al vedere varii milioni di uomini,
 ancora affatto ignari del cristianesimo, d'ogni idea di religione
 e di moralità giacere nell'ombra di morte? Essi non sanno
 e non rade neppure loro in pensiero, che Gesù Cristo, Dio
 eterno come il Padre, sia venuto a farsi uomo ed a morire
 per salvarci dalla schiavitù del demonio e del peccato! Essi
 non hanno né civiltà, né governo, né industria, né agricoltu-
 ra né commercio: le questioni le finisce la forza brutale, ed

il diritto è riconosciuto a chi più può ed è più astuto: i
 scorderie ed i ladroncelli amano con predilezione; Lasciano
 morire barbaramente i bambini, che non vogliono educare.
 Non hanno idea di matrimonio ed ammettono la poligamia
 e ben anche la poliandria. Si fanno guerra, uccidono, si
 nuociono continuamente. Ben molte volte mangiano anche
 carne umana. Potrebbe un cuore cristiano star freddo a
 cotale considerazioni?

Ma se questo pensiero è tanto doloroso ed opprimente,
 un altro, oh! quanto consolante comincia ad affacciarsi alla
 nostra mente e togliere l'angoscia lasciata dal primo. Sì,
 pare quanto il tempo della Divina Misericordia per questi
 vastissime terre. È bontà di Dio, che vuol liberare quei popoli
 dalla schiavitù di satana; quei popoli che dal mezzo
 delle loro sciagure dicono al Signore: Oh Dio di bontà e di
~~che fate che cessino i nostri mali ed inviate anche a~~
 noi la luce di quel vangelo di cui godono altri popoli da
 tanti secoli; venga anche per noi il tempo di redenzione,
 il tempo di misericordia!

Dio voglia che la Congregazione Salesiana abbia la buona
 ventura di prendere anche una piccolissima parte in questa
 opera providenziale; ad essa si aggiungano altri e poi altri
 missionarii e religiosi i quali tutti con un cuor solo ed un
 anima sola lavorino per la evangelizzazione dei Pamperos e
 dei Patagons e così accrescano il numero dei veri eredi in terra
 affinché tutti possano poi un giorno godere il Beato Regno
 che Gesù Redentore tien preparato in cielo.

Questa impresa avrà un sicuro presagio di riuscita se
 la Sacra Congregazione de Propaganda Fide si degnarà di
 prendere l'esposto progetto sotto alla efficace sua protezione;
 lo esaminerà, lo modificherà, e coi santi ed illuminati suoi

consigli dirigerà coloro che di buon grado si offrono a lavorare, se non con molta scienza e virtù, certamente con buon volere e con animo pronto a qualunque sacrificio che da loro dipen-

— Soli Deo honor et gloria —

— Amen —

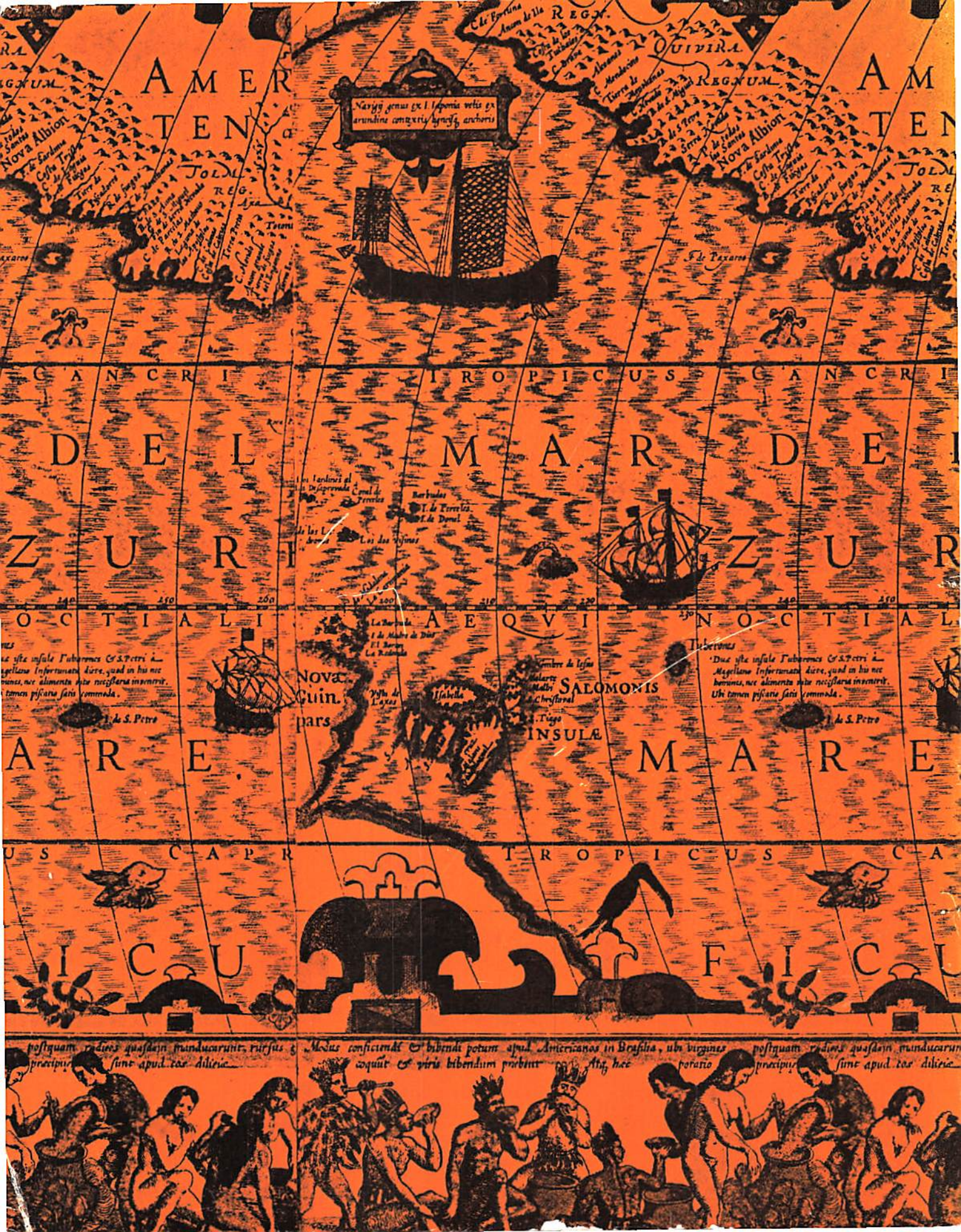


Torino 20 agosto 1876
Gae Gio. Botto

Indice

<i>Parte Prima - Descrizione Fisica</i>	<i>Pg. 1</i>
<i>Parte Seconda - Storia della scoperta della Patagonia . . . »</i>	<i>29</i>
<i>Parte Terza - Gli Abitanti. Loro carattere e costumi . . . »</i>	<i>61</i>
<i>Parte Quarta - Religione</i>	<i>95</i>
<i>Parte Quinta - Missioni</i>	<i>117</i>
<i>Conclusione - Stato presente della Patagonia</i>	<i>144</i>

Este libro
se terminó de imprimir
el 24 de mayo de 1986,
Festividad de María Auxiliadora,
en el Instituto Salesiano de Artes Gráficas
(ISAG)
Buenos Aires — República Argentina.



AMER
TEN

QUIVIRA
REGNUM

AM
TEN

Navigi genus ex Hispania velis ex
arundine contextis hincq; anchoris



CANCRICUS TROPICUS CANCRICUS

DE L M A R D E I

Z U R Z U R

OCTIA LI A EQVI NOCTIA LI

A R E M A R E

US CAPR TROPICUS CA

I C U F I C U

postquam radices quasdam manducarunt rursus
sunt apud eos dilicia

